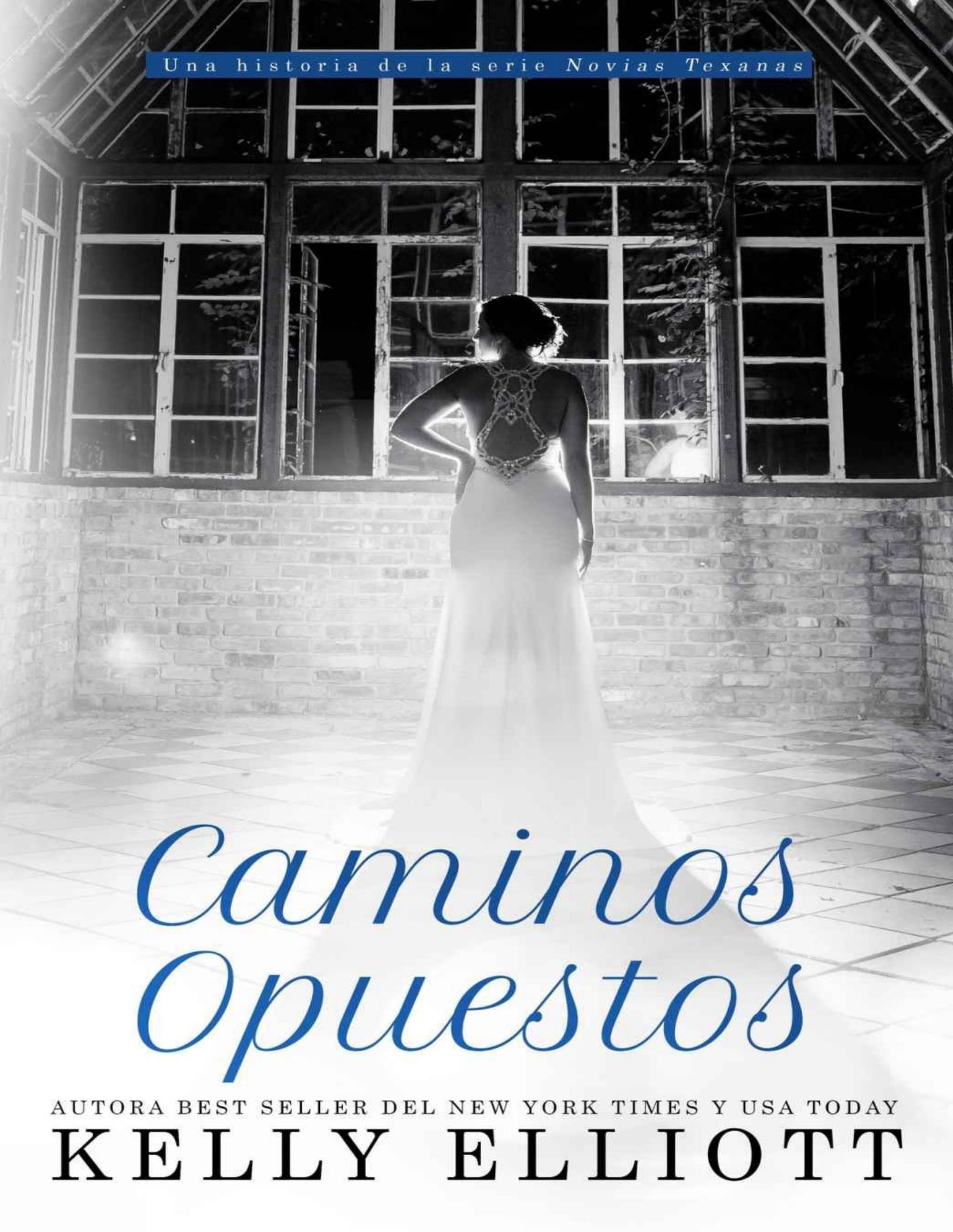


Una historia de la serie *Novias Texasas*



*Camminos
Opuestos*

AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES Y USA TODAY

KELLY ELLIOTT

Camino
s opuestas
Novias Texasas Libro 3

Autora Best Seller del New York Times
KELLY ELLIOTT

Caminos Opuestos
Libro 3 de la serie Novias texanas
Kelly Elliott

Caminos Opuestos
Libro 3 Novias texanas Copyright © 2020 por Kelly Elliott

Foto de portada por: Shannon Cain Photography por Shannon Cain
Diseño de portada de: RBA Designs www.rbadesigns.com
Traducción Daisy Services for Authors

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o físico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso por escrito del autor, excepto por el uso de citas breves en una reseña del libro.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Para obtener más información sobre Kelly y sus libros, visita su sitio web www.kellyelliottauthor.com

Otros libros de Kelly Elliott en español

Serie Novias texanas

[Amor a Primera Vista](#)

[El Valor de una Promesa](#)

Índice

[Otros libros de Kelly Elliott](#)

[Índice](#)

[Prólogo - Lucas](#)

[Capítulo 1 - Paige](#)

[Capítulo 2 - Paige](#)

[Capítulo 3 - Lucas](#)

[Capítulo 4 - Lucas](#)

[Capítulo 5 - Paige](#)

[Capítulo 6 – Lucas](#)

[Capítulo 7 – Paige](#)

[Capítulo 8 – Lucas](#)

[Capítulo 9 – Paige](#)

[Capítulo 10 – Lucas](#)

[Capítulo 11 – Paige](#)

[Capítulo 12 – Lucas](#)

[Capítulo 13 – Paige](#)

[Capítulo 14 – Lucas](#)

[Capítulo 15- Paige](#)

[Capítulo 16 – Lucas](#)

[Capítulo 17 – Paige](#)

[Capítulo 18 – Lucas](#)

[Capítulo 19 – Paige](#)

[Capítulo 20 – Lucas](#)

[Capítulo 21 – Paige](#)

[Capítulo 22 – Paige](#)

[Capítulo 23 – Lucas](#)

[Capítulo 24 – Paige](#)

[Capítulo 25 – Paige](#)

[Capítulo 26 – Lucas](#)

[Capítulo 27 – Paige](#)

[Capítulo 28 – Lucas](#)

[Capítulo 29 – Paige](#)

[Capítulo 30 – Lucas](#)

[Epílogo](#)

[No te pierdas De buenas en el amor](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo - Lucas

Me quedé mirando al hombre.

Tenía que haber habido algún tipo de error.

Lo había escuchado mal.

Mi estómago estaba hecho nudos mientras asimilaba esas palabras.

—Lo siento —dije mientras me reía—. Creí oírle decir que soy copropietario de la casa del rancho de mi abuelo aquí en Johnson City.

El asintió.

—Eso es lo que dije, Lucas.

Con una fuerte sacudida de mi cabeza, me dirigí a él—: Esto es un error, Lou. Soy el único nieto de William Foster. ¿Si el abuelo no le legó la propiedad a ninguno de mis padres, a quién se la dejó?

El anciano intentó ocultar su sonrisa y falló miserablemente.

—El cincuenta por ciento de la casa ubicada en el número cuarenta y cinco siete dos en la carretera estatal ciento setenta y cinco se le ha dejado a una tal... —juré que hizo una pausa para darle efecto dramático—. Paige Miller.

Cerré los ojos y solté un suave gemido.

—Ahora seguro que te escuché mal. ¿Qué nombre acabas de decir?

Sin abrir los ojos, pude escuchar el humor del abogado en su respuesta.

—Paige Miller, formalmente de Johnson City, se mudó a Arkansas para asistir a la Universidad de Arkansas con un título en Negocios Internacionales con un...

—Una especialidad en francés. ¡Sé quién es Paige, Lou, y sabes que lo sé! ¿Por qué aparece en el testamento de mi abuelo?

El anciano, que también era el mejor amigo de mi abuelo, se reclinó en su enorme silla de cuero y me sonrió.

—Me temo que la única persona que lo sabe es tu abuelo.

Me obligué a sonreír.

—Eso no me ayuda en nada, Lou, cuando el hombre fue enterrado hace tres días.

Su sonrisa se desvaneció.

—Eso es cierto ... ¿Y por cierto, dónde estabas?

La culpa me golpeó de lleno en el pecho. Nunca me perdonaría por perderme el funeral del abuelo. *Maldita Bianca*.

Suspirando, respondí—: Fiji.

Chasqueó los dedos.

—Así es. Tu mamá dijo que tú y tu novia salieron de viaje. Escuché que la chica esperaba un anillo. ¿Le pediste que se casara contigo?

—No, no lo hice. ¿Podemos volver a este... error?

—Esto... la señorita Miller estuvo en mi oficina hace dos días y recogió las llaves y una carta que le escribió tu abuelo—. Sacó un sobre del archivo y lo deslizó sobre su escritorio—. Esta es tu carta y tu llave.

Luego colocó una sola llave en la parte superior del sobre.

Lo miré. Si la tocara, podría quemarme y prender fuego a toda la maldita oficina.

Luego me reí, me froté la nuca y miré al amigo más antiguo y querido de mi abuelo.

—¿Esto es una broma verdad? Tiene que ser una más, porque a él le encantaba bromear. Sé que adoraba a Paige, y siempre decía que necesitaba reconocer que me había equivocado, pero no hablaba en serio.

No esbozó una sonrisa. De hecho, parecía un poco cabreado.

—Créeme cuando digo que esto no es una broma. William sabía exactamente lo que estaba haciendo. Lee la carta, Lucas. Todas las respuestas que buscas empiezan en esa carta. —Señaló el sobre con la barbilla.

Lo agarré y me paré.

—¿La mitad de la casa es mía, la otra mitad es de Paige?

—Así es, el terreno también.

Una sensación de hundimiento me golpeó en medio de las entrañas. La tierra también. Qué maravilla. Lo primero que se me vino a la cabeza es vender todo. Cada vez que entré en esa casa pensé en ella. En Paige. La mujer con la que ahora la comparto. Jesucristo, esto es un desastre.

—Gracias por tu tiempo, Lou.

Mientras me dirigía hacia la puerta, me gritó—: Bienvenido de nuevo a Johnson City, hijo.

Puse mi mano en la puerta. Una parte de mí se enfadó porque mi abuelo había tratado de forzarme. El plan siempre había sido que yo fuera a la universidad, luego regresara y trabajara junto a mi padre y mi abuelo en la empresa familiar. Todo eso cambió el verano después de que me gradué del bachillerato. No quería esa casa ni los recuerdos asociados con ella.

—Tan pronto como le compre a Paige su parte y venda esa casa, me regreso a Austin, Lou.

Él frunció el ceño.

—Es una lástima. Nos vendría bien un hombre de tus muchos talentos aquí en el pueblo.

Me reí. Pensar que Bianca considerara la idea de vivir en Johnson City era una broma de las malas. Ella ya se estaba quejando de quedarse en el hotelito al final de la calle, que en realidad creí que era mejor que cualquier hotel caro en el que nos hayamos alojado.

—No me quedaré, pero gracias, Lou.

Antes de que la puerta se cerrara, juré que escuché al anciano reír y decir—: Ya veremos.

Capítulo 1 - Paige

Tres días antes

—Paige, cariño, muchas gracias por venir. William te amaba como a una nieta y te extrañaba mucho.

Limpié una lágrima de mi mejilla y forcé una sonrisa cuando Lynn Foster colocó sus manos en mi parte superior de los brazos y me dio una mirada. Ella siempre había hecho esto, desde que tengo memoria. Cuando entré en la casa de Lynn y Carl Foster, me dolía el corazón. Amaba al padre de Carl, William, como si fuera mi propio abuelo.

—No tenía idea de que estaba enfermo, o habría venido de visita —dije—. Han pasado meses desde que lo vi.

Ella sacudió la cabeza.

—No te laments, jovencita, lo llamabas todas las semanas. Viniste la navidad pasada a verlo y jugaste dominó con él y lo ayudaste a decorar el árbol fuera de la casa. Él habló durante días sobre lo bonito que quedó.

Le sonreí a Lynn cálidamente, pero no podía ignorar la forma en que me dolía el pecho. Había planeado volver a casa para ver a mi padre, y a mis hermanos, Tom y William. Usé la excusa de que estaba tan ocupada con el trabajo y nunca hice el viaje. Volver a casa en Johnson City siempre traía consigo un manto de tristeza. Los recuerdos y los sueños perdidos a menudo me dificultaban la respiración.

Los ojos de Lynn estaban llenos de una mirada amorosa. Siempre la había adorado y no tenía nada que ver con el hecho de que su hijo, Lucas, había sido uno de mis mejores amigos mientras crecía, junto con Milo Elliott y Jen Adams. Había salido con Lucas durante todo el bachillerato. Había sido mi primer amor. Mi primer beso de verdad. Demonios, el primero en cada encuentro sexual, hasta que me fui a Arkansas hace once años, cuando tenía dieciocho.

—Lo voy a extrañar. —Miré a mi alrededor, buscando a su hijo. No lo había visto en algunos años. Cada vez que estaba en el pueblo, él no estaba. Y aunque ambos vivíamos en Austin, nunca nos encontramos ni una sola vez.

Eso es mentira. Me había tropezado con él unas cuantas veces, pero siempre me las arreglaba para escapar antes de que él pudiera verme. Por supuesto, ahora nos movíamos en diferentes círculos. Nunca me perdonó por ir a Arkansas y no a la Universidad de Texas. Soñaba con abrir mi propio negocio y Lucas tenía el sueño de quedarse en Johnson City y hacerse cargo del negocio de su familia. No es que no me gustara mi pueblo natal; me encanta. Pero yo era joven y quería ver qué más había ahí afuera.

Esta fue la razón por la que elegí estudiar negocios internacionales y una especialidad en francés. La idea de vivir en Francia siempre había sido un sueño, uno que compartí con Lucas hace siglos. Él había estado totalmente de acuerdo, pero cuando descubrió que no quería el simple título en negocios que ofrecía Texas, se molestó. Una parte de mí pensó que tal vez quería un descanso; después de todo, habíamos salido durante todo el bachillerato. Pero me dio un ultimátum y ese fue el punto de ruptura. Si no iba a UT con él, tendríamos que romper porque él no podría tener una relación a larga distancia. La verdad era que obviamente no confiaba en mí, y eso me partió el corazón en dos.

—Paige, antes de que te vayas para a Austin, ¿te importaría pasar por la oficina de Lou

Howard mañana? Te nombraron en el testamento de William.

—¿A mí? —pregunté, mi voz sonaba tan aturdida como me sentía.

—Sabes que él te quería muchísimo. Esperaba que tú y Lucas hubieran encontrado el camino de regreso el uno al otro.

Forcé una sonrisa. Una parte de mí había pensado que quizás nosotros también lo haríamos. Nunca había sentido algo por ningún otro hombre como lo había sentido por Lucas. Me tomó casi todo mi primer año de universidad superarlo, e incluso hasta el día de hoy, mi cerebro me dice que es una vieja noticia y mi corazón responde.

—¿Dónde está Lucas? —pregunté, tratando de ser indiferente.

Lynn frunció el ceño.

—Fiji.

Mis ojos se agrandaron.

—Lo siento, ¿dijiste Fiji?

Por un momento, pensé que Lynn soltó un gruñido. Ella puso los ojos en blanco.

—Debo decir que está en camino. Una vez que las cosas empeoraron y me di cuenta de que William no iba a mejorar, llamé a Lucas. El pobre hizo lo que pudo, pero no alcanzó a regresar a tiempo para el funeral de hoy. De alguna manera perdieron su vuelo.

Lynn miró a su alrededor, me tomó del brazo y me condujo hasta el porche trasero. Había pocas personas alrededor, así que pudimos hablar con tranquilidad. Una vez que estuvimos afuera, se inclinó hacia mí y me susurró—: Bianca *convenientemente* no pudo encontrar su pasaporte.

Arqueé una ceja.

—¡Sí, a propósito! Lucas debería haberla dejado en esa isla.

La puerta trasera se abrió de golpe y salió Linda May Hacker.

—Oh, Lynn, cariño, lamento mucho oír lo de William y que Lucas no haya podido regresar a tiempo.

Cubrí mi sonrisa cuando Lynn llamó así a la novia de su hijo. Observé como ella esbozaba una sonrisa y se volvía hacia Linda May. Estaba segura de que ella seguía siendo la persona a la que acudir en Johnson City para los chismes.

—Linda May, muchas gracias por venir —dijo Lynn, tan dulce como una tarta de manzana.

Se abrazaron, luego Linda May miró en mi dirección.

—¿Es esa la pequeña Paige Miller?

Asentí. No importa la edad que tengas, cuando regresas al pueblito en que naciste, eres la misma niña que corría con coletas. Todavía soy fanática de las coletas, no me malinterpretes; simplemente ya no las uso en público. Está bien, eso es una mentira, lo he hecho en alguna ocasión. Cuando necesito sentirme una chica otra vez y también los viernes por la noche cuando me pongo mi pijama y me meto en la cama a las ocho para ver la última obsesión de Netflix. Sí, mi vida es así de emocionante.

—Así es —dije, dándole un abrazo rápido a Linda May.

Casi todas las mujeres del sur eran abrazos. Todavía no me había dado cuenta de eso. Tenía que haber una razón. Mi mamá solía decir que era porque querían ver cuánto peso habías ganado desde la última vez que te vieron. O si el rumor sobre el levantamiento de senos era cierto o no. De todos modos, en este pueblo, todo mundo se saluda de abrazo.

Me dolía el corazón al pensar en mi mamá. Ella nos había dejado hace cuatro años y no había un día en que no la extrañara o deseara poder levantar el teléfono y pedirle un consejo.

—Cuatro años —murmuré.

—¿Cuatro años, qué? —Lynn me miró confundida.

Agité mi mano frente a mi cara como si estuviera perdiendo la cabeza.

—Acabo de recordar cuánto tiempo ha pasado desde que vi a Lucas. Cuatro años. En el funeral de mi madre.

Lynn inclinó la cabeza, al igual que Linda May. Ambas me miraron con lástima, esa que las mujeres sureñas han perfeccionado hasta convertirse en una maldita tradición. Algunas lo decían en serio, otras no. De hecho, en una de ellas la compasión era sincera. Lynn lo decía en serio, Linda May no. Ella y mi mamá se odiaban.

—Así es, sé que estaba tan feliz de verte. A menudo pregunta por ti —dijo Lynn.

Quería reírme. Lucas estaba todo menos feliz de verme, y sabía que su orgullo no le permitiría preguntar por mí. No entendía mi deseo de hacer algo diferente, de ver el mundo, y no podía entender por qué él no quería las mismas cosas. Regresar a Johnson City fue su idea de un sueño y, sin embargo, mis propios sueños no tenían valor. Cuando era más joven, no pensaba en nada más que viajar por el mundo.

Y viajé. Conseguí un trabajo en una gran empresa recién salida de la universidad y viajaba a menudo a Europa. Mi especialidad en francés fue útil. Había tenido oportunidades increíbles, así como experiencias que nunca olvidaré. Lamentar mi decisión nunca pasó por mi mente, a pesar de que el resultado había sido mi corazón roto. Casi no había salido con nadie desde Lucas. Algunas citas casuales, una relación seria que terminó hace poco cuando me di cuenta de que Jeff no era el hombre con el que quería sentar cabeza y formar una familia. Todo había parecido... apagado últimamente. Necesitaba un cambio importante.

Había trabajado para esa empresa durante dos años, viajando el noventa por ciento del tiempo como analista, antes de que a mi madre le diagnosticaran cáncer. Acepté otro trabajo en Austin para estar más cerca de ella y de mi padre. Murió poco después de que me mudara de regreso a Texas. Mi papá había estado tan perdido sin mi mamá. Era ganadero, cuarta generación. No hace falta decir que mi hermano mayor, Tom, había sido de gran ayuda para mi papá cuando nuestra madre estaba enferma. Me encantaba el rancho, pero dirigirlo no era mi sueño; era de Tom. Él y su esposa Kate forman una pareja de ensueño. A Kate le encanta el rancho y ha estado apoyando a mi hermano cuando se trata de ayudar a mi padre a administrar el rancho. La he admirado por tantas cosas. Es madre de mi hermosa sobrina Callie y de mi sobrino Tom Jr. Ayudó a Tom a hacer de todo, desde arar campos hasta castrar un toro. Luego regresó a casa a tiempo para preparar un postre fabuloso para llevar a la reunión de padres de familia esa noche. Ella es una chica fuerte y no duda en demostrarlo. No, no es envidia; simplemente hay que reconocer el valor de quien lo merece.

Por mucho que mis padres desearan que yo hubiera estado más en Texas, disfruté viajando por el mundo con mi trabajo y me apoyaron al ciento por ciento. Una vez que mi vida cambió y ya no quise viajar, me encontré soñando despierta con ser dueña de mi propia florería en Johnson City. Ha sido un objetivo a largo plazo, uno que quería hacer después de tener algo de experiencia en el mundo de los negocios, otra cosa que Lucas se negó a entender.

Mi mente se centró en las floristerías que había visitado en Francia. A mi madre le encantaban las flores y me había transmitido su pasión. Cuanto más trabajaba en las empresas estadounidenses, más deseaba una vida más sencilla. La vida que Lucas había soñado para nosotros. El pensamiento hizo que mi pecho se oprimiera con un dolor sordo que nunca había desaparecido desde que se alejó de mí.

Estaba tan enojada con él.

¿Cómo pudo hacerme elegir?

¿Por qué me hizo elegir?

¿Por qué no confiaba en mí?

Todas fueron preguntas que nunca obtuve respuesta, y todavía me duele tanto hoy como en ese entonces.

—¿Paige? Pareces perdida en tus pensamientos —escuché decir a Lynn, llevándome de regreso a nuestra conversación.

Con una expresión neutra, pregunté—: ¿Cómo está Lucas, además de lo de Fiji?

Lynn forzó una sonrisa, y no estaba segura de sí era por ella o por mí.

—Le ha ido realmente bien. Su carrera ha despegado, creo que es feliz.

Lucas es ingeniero civil y trabajaba para una gran empresa de construcción en Austin, lo que me pareció una locura, ya que él había sido el que dijo que quería vivir en Johnson City para siempre y no en una gran ciudad. Su plan siempre había sido trabajar para la empresa de construcción de su padre. William había iniciado el negocio y luego se lo pasó a Carl, el padre de Lucas. Carl también era dueño de un rancho ganadero cerca del de mi padre. Lucas y yo nos hicimos amigos en la escuela primaria. Hace mucho tiempo, cuando él y Milo eran mejores amigos, y Jen y yo lo éramos también. Todavía me mantengo en contacto con Jen. No tan a menudo como me gustaría, pero siempre retomamos justo donde lo dejamos, como habíamos hablado ayer. Me encantaba eso de Jen.

—Ha estado viajando mucho con Bianca. Le gusta viajar —agregó Lynn.

Ay. Eso dolió más de lo que quería admitir.

No le había interesado viajar y ver el mundo cuando era mi sueño.

Lynn debió haber visto la expresión de mi cara porque intentó dar marcha atrás.

—Aunque lo odia. Me dice todo el tiempo que no puede soportar las constantes vacaciones.

—Estoy feliz de que esté feliz —dije, esperando romper con el momento incómodo. Realmente estaba feliz por él. Está bien, eso también es mentira. Tal vez una pequeña parte de mí en algún lugar profundo de mi corazón se sentía herido porque Lucas viajó por el mundo con su actual novia. Quizás esa parte no era pequeña. Era grande, de acuerdo, era enorme. Sin embargo, decidí que no volvería a tomar ese camino y aparté todos los pensamientos de Lucas y Bianca de mi cabeza.

No pude evitar notar que la expresión de Lynn decaía. Sus ojos se llenaron de tristeza, y una parte de mí quería preguntarle si todo estaba bien. Entonces me di cuenta de que su suegro acababa de morir. Por supuesto, ella no estaba bien.

Lynn tomó mis manos entre las suyas. No pude evitar notar sus manos frías, y las miré, tratando de quitarme el frío. Extrañaba mucho a mi mamá.

—¿Eres feliz, Paige, con tu vida en Austin?

Con un asentimiento, respondí—: Ah, sí.

Por supuesto, tenía que sonar como la idiota que soy.

Básicamente no tenía vida y estaba cansada. Cansada de mi trabajo de escritorio. Cansada de mi aburrida vida. Una parte de mí estaba lista para establecerse, casarse y formar una familia. Estaba a la puerta de los treinta. Carecía de cualquier tipo de emoción en cualquier área de mi vida. Quizás ese era mi problema. Necesitaba salir, ir a citas. Ir a los clubes cuando mis amigos me invitaran. No era de extrañar que hubieran dejado de llamarme. Los rechazaba el noventa por ciento de las veces.

Linda May me sacó de mis pensamientos.

—¿Le ha pedido Lucas a esa modelo que se case con él?

Ah, sí. Podría contar con Linda May para traer mis pensamientos de regreso a la feliz pareja. Bianca Howard. Ella era hermosa. Ella era rica. Ella no se parecía en *nada* a mí. Lucas había

estado saliendo con ella durante los últimos años... cuántos exactamente no sabía porque deliberadamente traté de no seguir el ritmo de su vida.

Está bien. Esa fue otra mentira.

Había descubierto hace dos años, seis días y unas pocas horas que el hombre con el que pensé que me casaría algún día se había ganado el premio mayor.

Como dije, soy una idiota.

—¡No, pero ella lo esperaba en este último viaje! Me temo que William podría haberla estropeado con su muerte. Lucas tuvo que acortar el viaje.

Internamente choqué cinco con William. Él no podía soportar a Bianca y cada vez que lo visitaba o hablaba con él por teléfono me hacía saber que deseaba que Lucas y yo encontráramos el camino de regreso el uno al otro. Lo había intentado una vez. Cuando regresé a Austin, llamé a Lucas. No había estado saliendo con nadie en ese momento, e hicimos planes para encontrarnos para cenar. Pero el bastardo nunca apareció. Me dejó plantada y estaba enojada. Cuando le envié un mensaje de texto y le pregunté si se le había olvidado, respondió—: Tuve un cambio de planes.

No volvimos a hablar después de eso.

Mi cuerpo había latido de ira y había jurado odiar a Lucas Foster por el resto de mi vida. Por supuesto, nunca podría odiarlo. Él fue mi primer amor. Mi mamá solía decirme que una vez que abres tu corazón al amor, pase lo que pase, siempre amas a esa persona. ¿Cómo podría tu corazón dejar de amar a alguien honestamente? Sigo creyendo que ella tenía razón. No es como si el sentimiento se desvaneciera. Simplemente se guarda, fuera de la vista y de la mente. ¿Si no estaba enamorada de Lucas, por qué todavía me dolía oír hablar o pensar en él?

¿Por qué nunca lo había superado realmente? Salí con un chico recientemente durante casi un año. Durante los últimos meses de nuestra relación, Jeff me había pedido que me mudara con él. Incluso insinuó que tal vez nos casáramos. No pude hacerle eso. Especialmente no después del día que vi a Lucas en un supermercado en Austin, y me escondí detrás de una alacena para mirarlo. Sabía que no estaba siendo honesta conmigo misma o con Jeff. Fui a su casa esa noche y rompí con él. Eso fue hace casi siete meses...

No había tenido una sola cita desde entonces.

Soy una idiota, de esas de marca mayor.

—¿Qué hay de ti, dulce Paige, tienes novio? —preguntó Linda.

—No en el momento. Tenía un novio, pero rompimos.

Lynn me dio una sonrisa que decía que lo sentía, mientras Linda May me miraba de arriba abajo, como si dijera que tal vez eran las cinco libras de más que había acumulado lo que era el punto de ruptura.

Bien, bien. Diez libras.

—Linda May, si nos disculpas, tengo algo personal de lo que hablar con Paige.

Mis ojos se abrieron ante el énfasis que Lynn había puesto en lo personal. Linda May le lanzó a Lynn una mirada de desagrado y regresó a la casa.

—Como estaba diciendo, necesito que pases por la oficina de Lou antes de regresar a Austin.

—Bueno, no te preocupes, lo haré. ¿Está todo bien?

Los ojos de Lynn brillaron con picardía. Algo estaba pasando y Lynn no estaba dispuesta a ponerme al corriente.

Con un guiño, ella respondió—: Lo estará.

Capítulo 2 - Paige

En la actualidad

Me paro frente a la vieja casa y sonrío. Siempre me había encantado este lugar. Incluso había soñado con que algún día sería mi casa y estoy segura de que se lo había mencionado una o dos veces a William. El hecho de que me dejara la casa me emocionó más de lo que podía expresar con palabras.

Bueno, me dejó la *mitad* de la casa. La otra mitad pertenecía a su nieto. Mi ex.

Lucas.

Al mirar la casa blanca de dos pisos, me fijo en los pequeños detalles. Ya no construyen casas como esta. Las grandes columnas blancas sostienen el techo del segundo piso. Recuerdo haberme escapado de los dormitorios de arriba y subirme a ese mismo techo. Lucas y yo nos tumbábamos y mirábamos las estrellas. No era raro que todos pasáramos la noche en la casa de William y May. May era la abuela de Lucas. Les encantaba tenernos allí. Dijo que llenaba la casa de amor y risas. Jen y yo nos quedábamos en una habitación, mientras que Lucas y Milo se quedaban en otra.

Mi mirada vaga hacia el porche vacío. Entonces la voz de Milo interrumpe mis pensamientos.

—Puedo darte un presupuesto para pintar la casa y hacer algunas reparaciones menores. Quieres mantenerla blanca, ¿verdad? —me pregunta, escribiendo en su cuaderno mientras subimos los escalones, hacia el vestíbulo y hacia la gran sala.

Fue una obviedad llamar a Milo cuando me di cuenta de que a la casa le vendría bien una mano de pintura por dentro y por fuera. Probablemente debería haber esperado a Lucas, pero como no había tenido noticias suyas después de dejarle un mensaje de voz pidiéndole que me llamara, decidí lanzarme a este proyecto. Me había despertado el alma en el momento en que Lou me dijo que era copropietaria. Tenía que admitir que no me sorprendió cuando Lou me dijo que William había dejado la casa para los dos. El hombre había querido que volviéramos a estar juntos de una manera feroz y no había guardado silencio sobre el tema durante los últimos diez años.

—Sí, si pudiéramos igualar el tono de blanco, sería increíble. También encontré esta vieja foto en uno de mis álbumes. ¿Crees que podrías construirme un columpio en el porche? Recuerdo que los cuatro nos columpiábamos. Esperaba que el viejo estuviera en algún lugar de la propiedad, pero todavía no lo he encontrado.

—Puedo hablar con Carl. Sería la mejor persona para construirlo, ya que probablemente también se columpió en él y podría disfrutar haciéndolo —dice Milo con una amplia sonrisa, antes de ponerse serio—. ¿Paige, ya has hablado con Lucas?

—No —respondo, mientras sostengo una muestra de pintura contra la pared de la sala.

—¿No crees que deberían decidir qué mitad de la casa es suya y cuál es la de él?

El humor en su voz no pasa desapercibido para mí.

—Mi plan es comprarle su parte a Lucas.

Los ojos de Milo se agrandan y luego se ríe. Cuando no me río, se detiene.

—Espera, ¿hablas en serio?

—Claro que hablo en serio. Lucas no quiere esta casa. Estoy bastante segura de que su novia no quiere mudarse a Johnson City. Además, tiene una casa en Austin.

—¡Tú también!

—Ya no. Puse mi apartamento a la venta y me mudé a esta casa de campo esta mañana... justo

después de dejar mi trabajo.

Mira a su alrededor, con una expresión de asombro en su rostro.

—¿Dónde están todas tus cosas?

—Nuevo comienzo, Milo. En todo.

—Está bien, pero esta casa perteneció a *su* abuelo. ¿No crees que querrá quedársela?

Me río burlonamente.

—Por favor. Querrá deshacerse de ella simplemente porque ahora soy parte de esto.

Él frunce el ceño.

— No lo creo, Paige. Ha preguntado por ti varias veces, ya sea a mí o a Jen.

Lo miro fijamente. Jen nunca había mencionado que Lucas preguntara por mí. Decido ignorarlo y seguir hablando. Tendría que ocuparme de esa información más tarde.

—Tengo la intención de devolver esta casa a sus días de gloria. Cuando William me dijo que tenía una bodega en las afueras el pueblo llena de muebles, supe que quería que la casa volviera a su gloria original.

—¿Cuándo te dijo eso?

Con un encogimiento de hombros, digo—: Cuando lo visitaba, me hablaba de cómo solía ser la casa. Y lo escribió en una carta para mí, contándome sobre la bodega.

Milo mira alrededor de la casa.

—Pero ya hay muebles en este lugar. ¿Y tiene una bodega?

Asiento.

—¿Quizás los muebles de sus padres? Cosas que él y May querían conservar a lo largo de los años. Todavía no he ido para verlo.

—¿Lucas también es dueño de parte de eso?

Con una sonrisa que podría haber sido un poco sarcástica, respondo—: No, eso es sólo mío.

No hace falta decir que cuando Lou me dijo que William me había dejado el cincuenta por ciento de su casa aquí en Johnson City, pensé que estaba bromeando. Luego me entregó la carta que William había escrito y mi corazón casi explotó. Busco en mi bolsillo y sonrío cuando toco el tenue contorno del papel doblado mencionando la bodega, y dejando claro que su contenido es todo mío.

—¿Qué dice la carta? —pregunta Milo, de pie detrás de mí mientras yo estoy en la escalera.

—Que él sabía cuánto significaba esta casa para mí, cómo siempre había soñado con ser la dueña. Él quería hacer realidad ese sueño.

—Está bien, entonces, ¿dónde encaja Lucas con todo esto? ¿Por no hablar de su novia más buena que el pan caliente?

Me encojo de hombros, sin pensar en nada.

—A mi modo de ver, William se sintió obligado a dejar a Lucas la mitad de la casa. Después de todo, es su nieto. Eran muy unidos.

Milo se frota la barbilla.

—¿Y crees que Lucas no querrá mudarse aquí?

Esta vez me río de verdad.

—Oh, por favor, Milo. Él vive en Austin en una mansión de un apartamento con su... ¿cómo la llamaste? Novia más buena que el pan. Dudo seriamente que quiera trasladarla de regreso aquí. Estoy segura de que Bianca no quiere vivir aquí.

—Dije más buena que el pan caliente.

Frunzo el ceño.

Se aclara la garganta.

—Sí, no puedo ver eso. Betty dijo que Bianca no hace nada más que quejarse cada vez que se quedan allí.

—¿Por qué no se quedan en casa de Carl y Lynn?

Las mejillas de Milo se enrojecen.

—Bueno, según Betty, Bianca grita cuando tienen sexo.

Arrugo la nariz.

—Asco. No necesitaba saber eso.

Él se encoge de hombros.

—Además, Lynn no soporta a Bianca y ella lo sabe. Lucas me dijo que su mamá se había equivocado un par de veces y la llamó Paige.

Jadeando, me tapo la boca.

—¡NO!

—Sí y Lucas dijo que lo hace a propósito, para cabrear a Bianca. —Milo se ríe.

Con mis labios apretados, sonrío, Lynn es un encanto.

Era hora de cambiar de tema.

—¿Cuándo crees que puedes conseguir un equipo aquí para pintar?

—Ni siquiera quieres saber cuánto va a costar, Paige. —Dobla su cuaderno y lo mete en su bolso.

—Por supuesto que sí, pero sé que no me vas a cobrar las perlas de la virgen, ¿verdad?

Me guiña un ojo y no pude evitar devolverle el coqueteo. Milo siempre ha sido guapo. No tan guapo como Lucas, pero bien parecido. Se siente bien que un hombre hiciera algo tan simple como guiñarme un ojo. Recientemente se había divorciado de la mujer que conoció en la universidad. La trajo a casa en Johnson City y él pensó que a ella le encantaba. A ella le encantó; le encantaba follar con el entrenador asistente del equipo de fútbol del bachillerato, que resultó ser el hermano de Milo. Actualmente viven juntos, lo que fue un gran escándalo.

El divorcio fue definitivo hace unos seis meses, o al menos eso fue lo que Jen me dijo.

Comenzamos a caminar de regreso a la puerta principal.

—Te conseguiré una cotización en el próximo día o dos. Una vez que elijas los colores para el interior, tendré un mejor precio.

—¿Y si ayudo a pintar el interior? Eso ahorraría algo de dinero, ¿verdad? —pregunto mientras Milo sale al porche.

—Por supuesto que sí. Puedo comprarte la pintura a un costo, luego puedes pintar la mayor parte del interior. Ahora tienes tiempo, especialmente si dejas tu trabajo, lo cual todavía no puedo creer que lo hayas hecho.

—¿Quieres ayudar en tu tiempo libre... fuera del reloj? —pregunto, con un toque de coqueteo en mi voz.

Arquea una ceja y sonrío.

—¿Estás coqueteando conmigo, Paige Miller?

Sonrío.

—Sí, lo estoy, ¿eso significa que me ayudarás a pintar el interior y no cobrarás por el trabajo?

—¿Habrá cerveza y pizza incluidas en este arreglo?

—Sí, por supuesto. ¿No me conoces, Milo?

Él se ríe.

—Considéralo un hecho. No tengo mucho tiempo libre, pero vendré algunas noches y te ayudaré.

Estaba a punto de abrazarlo cuando una voz familiar me detiene en seco.

—Bueno, me alegra mucho verlos. La tinta ni siquiera se seca en los papeles del divorcio, Milo.

Lucas.

Milo se vuelve y suelta una carcajada. Yo, por otro lado, le lanzo a Lucas una mirada de esas que matan.

Uno, porque se ve tan guapo parado allí, es totalmente injusto. Sobre todo, porque mi cuerpo reacciona instantáneamente al verlo. Dejo que mis ojos recorran su cuerpo y luego me río entre dientes cuando encuentro sus zapatos elegantes. Atrás quedaron los días de las botas de vaquero para Lucas Foster. En su lugar, zapatos de muy buen gusto que parecen incómodos y tan fuera de lugar en esta propiedad y en el pueblo. Sin mencionar los pantalones caqui, que lleva bastante bien, si soy honesta. Pero este look no es de Lucas. Para. Nada.

—Mierda, Lucas Foster, el hijo pródigo ha regresado.

Los ojos de Lucas se vuelven de Milo a mí. Trato de ocultarlo cuando mi respiración se acelera. Sólo verlo me hace temblar las entrañas. Odio que todavía tenga tanto control sobre mí. Él, por otro lado, no tiene una sola reacción al verme. Bueno, excepto por el ceño fruncido.

—Nada más me voy a quedar el tiempo suficiente para resolver un... problema de bienes raíces.

Mis brazos se cruzan sobre mi pecho mientras entrecierro los ojos. Parece que esas diez libras de más no me estaban ayudando porque luce como si verme le revolviere el estómago.

Imbécil.

Él aparta la mirada, totalmente indiferente. Si no doliera tanto, lo ignoraría. Pero sé cómo manejar todo esto. Más tarde, esta noche, me quedare en la cama demasiado tiempo y analizaré cada segundo, comenzando con esa mirada. Luego me compararé con esa novia estúpida antes de que finalmente salga y me dé cuenta de que puede que no parezca una supermodelo, pero tengo un buen cuerpo. Incluso con algunas libras de más. Todavía puedo hacer que los chicos coqueteen conmigo. Ahí está Milo, por ejemplo. Los hombres en la oficina me invitaban a salir todo el tiempo. La respuesta siempre fue no porque no quería admitir que todavía tenía sentimientos por un hombre que se había alejado de mí hace más de una década.

Dios. De nuevo, patético. Realmente necesito profundizar y sacar mi valquiria interior. La parte de mí que dice—: Que se joda Lucas Foster. Sé que yo lo valgo y él se lo pierde.

Pero, aun así, el corazón estúpido quiere lo que quiere.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Planeando una cita? —pregunta Lucas, volviendo a concentrarse en Milo, quien me lanza una sonrisa que dice que quiere divertirse un poco con Lucas. Yo estoy de acuerdo con eso. Milo y Lucas se han mantenido bastante unidos, según Jen.

—Sólo ayudaba a una amiga. Te llamaré más tarde, Paige —dice Milo.

Con un guiño, le respondo—: Gracias, Milo. Te lo agradezco mucho, recuerda, cualquier noche libre que quieras pasar, aquí estoy.

Lucas y yo observamos mientras Milo camina hacia su camioneta. Detrás de su camioneta hay un Lexus. Por supuesto; un Lexus para combinar con los pantalones caqui y los zapatos.

Una vez que nos quedamos solos, se pone más incómodo, darme cuenta que estoy aquí con él. Miro hacia el carro como una cobarde, demasiado asustada por mi reacción.

—¿Dónde está tu novia?

—Bianca está en el hotelito.

Las palabras de Milo acerca de que ella es una gritona regresan, odio estos celos. La idea de que ella puede estar con Lucas es enloquecedora. Y eso me cabrea. Necesito encontrar un chico que me ayude a liberar algo de esta energía sexual acumulada. Ha pasado mucho tiempo y estar en

presencia de Lucas no ayuda a mejorar la situación.

Moviendo mi mirada de nuevo a Lucas, descubro que me está mirando.

—¿Cuánto por comprar tu parte? —Finalmente pregunto.

Lucas se ríe mientras sube los escalones. Trato de no dejar que mis ojos se detengan en cómo se mueve su musculoso cuerpo. Sus estúpidos pantalones caqui muestran sus muslos. Y luego está su pecho. Dios, es tan ancho y musculoso como cuando era más joven. No, tacha eso. Tiene más músculos ahora. Es oficial. Realmente no me gusta Bianca.

Pasa junto a mí y entra en la casa. Su colonia se infiltra en mi nariz. Estoy bastante segura de que gimo un poco. Es la misma que usaba en el bachillerato. Maldito sea. No sabía por qué, pero me hace feliz saber que Bianca no ha cambiado eso de él.

—¿Qué te hace pensar que te estoy vendiendo mi mitad? —pregunta.

Cierro la puerta y lo sigo adentro, mis ojos aterrizan en su perfecto trasero.

Dios, Paige. Deja de mirarlo.

Definitivamente es hora de echar un polvo.

—No quieres la casa, Lucas. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

Se vuelve y me mira con fuego en los ojos.

—¿Entonces, viniste y ayudaste al abuelo a decorar un árbol, lo llamaste, y eso te hace digna de esta casa?

Mis cejas se levantan por la sorpresa.

¿Qué significa eso?

¿Celos o enojo porque vine a ver a su abuelo cuando él no lo hizo?

—Estuve aquí hace unos meses —dice. El abuelo mencionó que tú estuviste de visita en navidad. ¿Tratando de asegurarte de mantener una mano en las cosas, Paige, para cobrarte luego?

Sus palabras cortan profundamente, y sé que realmente no las dice en serio. No obstante, duele.

—Lucas, quiero estar enojada contigo ahora mismo, pero siempre has sabido cuánto me ha encantado esta casa desde siempre y, *lo que es más importante*, lo mucho que quise a tu abuelo.

De hecho, parece culpable por un momento, luego desaparece.

—Traté de comprarle esta casa a William hace unos años, pero tal vez no lo sepas ya que rara vez venías de visita —digo, queriendo lastimarlo como él me ha lastimado a mí.

Él se ríe.

—Sí, lo recuerdo. Por casi nada.

Mi boca se abre.

—Disculpa, le ofrecí un valor justo de mercado y haré lo mismo contigo. *Imbécil.*

Esa última parte murmuró entre dientes.

—¿Cómo me acabas de llamar? —pregunta Lucas, dando unos pasos hacia mí. No me muevo hacia atrás. Si piensa que me va a intimidar, se le avecina otra cosa.

—Obviamente lo escuchaste, así que no tengo por qué repetirlo. A menos que te guste que te pongan apodos.

Él pone los ojos en blanco.

—Estoy aquí para comprar tu parte.

Una risa estrangulada sale de mi garganta.

—*Ah.* No. No vendo. *Especialmente* después de la carta que me dejó tu abuelo.

Eso despierta su interés.

—¿Qué decía tu carta?

Pongo mi mejor puchero.

—¿Qué pasa, tienes miedo de que mi carta sea mejor que la tuya?

Lucas sonríe.

—Recibí una carta, pero todavía no la he leído.

— Qu ? —digo, segura de que mi sorpresa est  clara en mi rostro—.  Lucas, cuándo la recibiste?

—El día de hoy. Lou me la dio cuando fui a su oficina. Yo quería leerla aquí, en su estudio.

Una pequeña parte de mi corazón frío se derrite porque lo entiendo por completo. Yo había hecho lo mismo. Después de que Lou me dio la llave, vine a la casa y al estudio donde me sent  en el escritorio de William y le  su carta, sabiendo que la había escrito mientras estaba sentado en este mismo escritorio.

Dejo que las comisuras de mi boca se levanten ligeramente.

—Yo hice lo mismo.

Sus ojos brillan para encontrarse con los míos. Nos miramos el uno al otro durante más tiempo del que deberíamos, antes de que Lucas se gire y camine por el pasillo y entre en el estudio de su abuelo. Salto cuando escucho la puerta cerrarse.  Qu  diablos ha sido eso?

Me dirijo a la cocina y sirvo dos vasos de t . Me pregunto si Lucas todavía lo toma. Los coloco en una bandeja con unas galletas que compr  en la tienda, y después de unos minutos, camino hacia el estudio. Supongo que ha tenido tiempo suficiente para leer su carta. Siempre la anfitriona adecuada, algo que mi madre me había enseñado a ser, voy a la puerta y llamo ligeramente antes de abrirla.

Cuando entro al estudio, me detengo. Lucas tiene el rostro enterrado entre las manos, los codos descansan sobre el escritorio. Voy a marcharme, pero su voz me detiene.

—Espera, no te vayas.

Trago saliva y me preparo. Si Lucas est  llorando, yo no podría jugar duro. No importa qué tan enojada o herida estuviera todavía. Verlo llorar me haría desmoronar.

Cuando me acerco, me mira y frunce el ceño. No est  llorando. Demonios, ni siquiera parece molesto. Se ve... terrible. Tiene círculos oscuros alrededor de sus ojos rojos. Tal vez había estado llorando antes de que yo llegara.

— Est s bien? —pregunto.

—Estoy cansado.

Dejo la bandeja y le entrego uno de los t s. Una parte de mí quiere ser comprensiva, pero la chica que todavía se tambalea por mi corazón roto quiere ser una perra. Es una batalla interna, y honestamente no estoy segura de quién ganara. Oh diablos, s  quién ganara, así que la dejo salir a jugar.

La perra ha ganado.

—Cierto, tu mamá me contó sobre tus *problemas* de viaje. Algo sobre un pasaporte perdido o alguna tontería. Por lo mucho que ustedes *viajan*, me sorprendió que perdieran un pasaporte. —Así es. Puse énfasis en esas palabras para hacer entender mi punto.

Lucas me mira con los ojos entrecerrados y le respondo con una sonrisa cortés. Está bien, fue un tiro bajo con un poco de celos en el costado, pero qué demonios.

—Entonces  qu  hacemos?  C mo resolvemos este problema? —pregunto, tomando asiento y luego recogiendo mi t .

Lucas se reclina en la silla y se frota el cuello.

— Qu  decía tu carta?

— Qu  decía la tuya? —pregunto con una sonrisa de suficiencia.

—Te pregunt  primero.

—Bueno, yo fui la primera en llegar a la casa, así que gano.

Se inclina hacia adelante, con una expresión de pellizco en su rostro.

—¿Tú ganas?

—Sí, yo gano. — Asiento.

—¿Qué diablos es el juego que estamos jugando, Paige? ¿Dónde alguien gana y alguien pierde?

—El juego de quién-llegó-a-la-casa-primero, Lucas. Eso cuenta para algo. Me importa más esta casa que a ti.

Él se burla.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Si te vendo mi porción, ¿te mudarás?

—No, no seas ridícula. La voy a vender en cuanto pueda.

—¿Quieres vender? —Casi me atraganto con mi propia lengua.

—Sí, quiero vender. Ya tengo una idea de qué hacer con ella.

Mi voz se va. Se pierde. No podría haber hecho un sonido si hubiera querido, y créeme quería hacerlo.

Después de unos momentos, mi boca se mueve y finalmente salen las palabras.

—Lucas, ¿por qué demonios querías vender esta casa a alguien que no sea yo? ¿A alguien que no apreciaría este lugar y lo vería sólo como una fuente de ingresos?

Veo el conflicto en sus ojos. No había forma de que vendiera, ¿o sí?

—Porque, Paige. No hay *nada* aquí para mí.

—Los recuerdos, todos los momentos increíbles que pasamos en esta casa. Que viviste en esta casa. Esta casa significó algo para tu abuelo, Miles.

Por un momento, parece que va a sonreír.

—Ya nada de eso importa. El abuelo no está aquí y los sueños que una vez tuve para esta casa murieron hace mucho tiempo, así que ya no tengo nada que me interese.

Miro mi té. Alguna vez, Lucas había dicho que nos casaríamos aquí. Que aquí formaríamos una familia, este sería nuestro hogar. Entonces Lucas cambió de opinión acerca de lo que sentía por mí y utilizó mi elección de universidad como excusa para romper. Todavía me hacía sentir mal del estómago.

Antes de que pueda detener las palabras, susurro—: Yo tampoco quería perder ese sueño, Lucas. Simplemente te estaba pidiendo que lo pusieras en espera. Te alejaste de eso.

Me mira fijamente durante mucho tiempo. Ambos nos damos cuenta de que compartimos la misma pérdida. Sus ojos parecen querer decir algo, pero cuando abre la boca, el momento se ha ido.

—A Bianca no le gusta el campo. Incluso si me quedara la mitad de este lugar, nunca estaría aquí.

—Gracias, Dios —murmuro. Está bien, la perra interna ha vuelto. La idea de que esa mujer compartiera una casa conmigo me da ganas de vomitar.

—¿Que se supone que significa eso?

Me encojo de hombros.

—Se rumora que ella es una gritona. Y el sonido se escucha bastante lejos, podría ser incómodo vivir aquí. ¿No te parece?

—No puedes vivir aquí, *Paige*. Tú vives en Austin. Trabajas en Austin. ¿Realmente vas a recorrer ese trayecto todos los días?

Respiro lenta y profundamente y exhalo con la misma lentitud. Me doy cuenta de que está esperando mi respuesta.

—Primero que nada, *Lucas*. Puedo hacer lo que se me dé la jodida gana.

—Vaya boquita.

—Gracias. En segundo lugar, *idiota*, aunque no es de tu incumbencia. Dejé mi trabajo y me mudé a la casa esta mañana.

Tose y se golpea el pecho.

—Espera, ¿hiciste qué?

—¿Sobre qué parte de eso me preguntas? ¿El trabajo o la casa?

Él gruñe—: ¿Dejaste tu trabajo y ya te mudaste a la casa?

—Sí, y sí. —Tomo otro sorbo de té y veo como su rostro se pone más rojo por segundo.

—Te mudaste. A la casa. Esta sigue siendo mi casa.

—La mitad es tuya y la otra mitad mía. Te dejé la habitación principal abajo que era la habitación de William. Tomé la otra de arriba. Siempre me gustó estar arriba.

Me mira incrédulo mientras yo cierto la boca de golpe. Quiero pegarme a mí misma por hacer sonar eso tan sensual. *¿Qué diablos me pasa?*

—Quiero decir, siempre me gustó el dormitorio de arriba. Ese dormitorio. Ese dormitorio en particular. No es que quiera estar arriba todo el tiempo, por supuesto. La cocina y todo está aquí abajo, así que sería ridículo.

Las comisuras de su boca se mueven levemente.

—¿Ya terminaste?

Aprieto la boca. Lucas mira su té y me doy cuenta de que está luchando contra una sonrisa.

Luego deja escapar un largo suspiro.

—Necesitas venderme tu mitad, Paige.

—No, tienes tú que venderme la tuya.

—No te voy a vender la mía —afirma.

—No te voy a vender la mía.

Con un gemido frustrado, se pone de pie.

—Entonces, ¿qué diablos vamos a hacer porque no puedo compartir una casa contigo?

—Entonces déjame comprar tu parte.

—¡No!

Le doy un medio encogimiento de hombros mientras permanece sentado.

—Entonces parece que tienes media casa y veinticinco hectáreas. ¡Oh, espera, sé lo que podemos hacer!

Sus ojos se iluminan.

—¿Qué, tienes una idea?

—¡Si! Me quedo con la casa y diez hectáreas, y tú puedes quedarte con el resto y venderlo a quién diablos quieras.

Prácticamente puedo ver el vapor saliendo de sus oídos.

—Lo quiero todo.

Arqueo una ceja y sonrío.

—Veo que algunas cosas nunca cambian.

Me paro y tomo la bandeja. Dándome la vuelta, me dirijo a la puerta.

—Todavía alejándote de mí. Ciertamente algunas cosas nunca cambian.

Deteniéndome, me giro lentamente.

—No fui yo quien se fue, así que haz memoria, Lucas.

Parece como si pudiera arrepentirse por su decisión de hace tantos años, luego una expresión fría se mueve por su rostro.

—¿Y mira lo bien que nos ha ido, todos los *lugares* que hemos visto?

No quería que esa indirecta me hiciera sentir como lo hizo. Una parte de mí ni siquiera estaba segura de cómo me sentía. ¿Triste, enojada, celosa? Todo mezclado.

—Que te den, Lucas.

Él sonríe.

—Tú desearías poder hacerlo.

Me obligo a sonreír.

—¿Por qué desearía eso cuando tengo a Milo?

La expresión engreída de Lucas se desvanece instantáneamente, salgo de la habitación sin mirar atrás.

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

¿Qué he hecho? Milo me va a matar por meterlo en esto. Tal vez, si tengo suerte, estará de humor para tomárselo como broma.

¿A quién engaño? Añadiría este inconveniente a la factura por pintar la casa y tengo la sensación de que el precio de esa *mejora* va a ser muy elevado.

Capítulo 3 - Lucas

No quiero admitir lo fuerte que me golpean sus palabras, me duelen en lo más profundo del pecho.

A pesar de que le había lanzado palabras hirientes, no esperaba que me las devolviera. Me siento en el escritorio y me froto la cara con las manos. Ver a Paige me había arrojado a un enjambre de emociones. Siempre ha sido bellísima, ahora incluso más, y me tomó mucho esfuerzo no mostrar ningún tipo de reacción. Cuando ella estaba a punto de abrazar a Milo, casi corrí los escalones para darle una buena golpiza. Sé que no tengo el derecho, ninguno.

Gimo, no puedo sacar ese momento de mi cabeza. Saco mi teléfono y presiono el número de teléfono de Milo para escribir un mensaje de texto.

Yo: ¿Estás durmiendo con Paige?

Su respuesta es instantánea.

Milo: ¿Estás drogado o algo así?

Luego llega otro mensaje de texto.

Milo: ¿Por qué te importa? Tú estás con Bianca.

Esa respuesta me molesta más de lo que quiero admitir.

Yo: No me importa.

Milo: Bien, entonces no es asunto tuyo. ¿Cuándo te vas? Un montón de chicos saldremos a tomar una cerveza esta noche. Noche de chicos. ¿Quieres venir?

Mirando su mensaje de texto, me cabreo aún más. ¿Qué quiso decir con que no es asunto mío? Paige es mía; pequeño detalle.

Froto mis manos sobre mi cara cuando me doy cuenta de lo que acabo de pensar. Paige no es mía. No lo había sido desde que teníamos casi diecinueve años. Cuando cometí el mayor error de mi vida. Después de que rompí con ella, pasé casi dos años solo, nada más salí unas pocas veces para tener sexo sin sentido. Para cuando Bianca llegó a mi vida, estaba tan jodidamente insensible que me pregunté si mi corazón podría sentir algo por alguien más que por la mujer con la que ahora tengo media maldita casa.

—Mierda.

Esta mujer me va a volver loco. Moviéndome alrededor del escritorio, recorro la casa hasta que encuentro a Paige. Ella está mirando su teléfono, probablemente diciéndole a Milo que siga su juego.

—¿Qué estás haciendo?

Ella salta y grita. No me molesto en ocultar mi sonrisa.

—¡Por el amor de Dios, idiota! Me asustaste.

—Vaya, tu boca se ha vuelto colorida estos últimos años. ¿A quién le escribes?

Paige me mira como si estuviera loco. Estoy bastante seguro de que voy por buen camino en lo que a ella respecta.

—No estoy escribiéndole a nadie, si es que eso es asunto tuyo. Estoy buscando muestras de telas para las cortinas.

Cuando voltea el teléfono para mostrar la tela, instantáneamente huelo las galletas de avena de mi abuela.

—Esas se parecen a las cortinas que tenía la abuela aquí.

Ella sonrío.

—Sí, lo sé. He estado buscando esta tela por todas partes. Voy a encargarla y a hacerlas.

—¿Tú vas a hacer las cortinas? —pregunto con una risa.

Paige casi parece herida, me odio por eso. Como si no la hubiera lastimado lo suficiente y tiene que seguir recibiendo golpes.

—¿Por qué, crees que soy incapaz de hacer unas simples cortinas?

Con un encogimiento de hombros, respondo honestamente.

—Ya no sé de lo que eres capaz.

Traga saliva y vuelve a mirar su teléfono. Yo soy un idiota. Sí. Maldito gilipollas.

Me encojo de hombros ante mi comportamiento idiota y voy por la honestidad bruta.

—¿Estás saliendo con Milo?

—No. —Sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Así que simplemente vas a tener sexo con él al azar?

Algo en sus ojos cambia.

—Tal vez —dice tranquilamente.

—No puedes. Él es mi mejor amigo y tú no eres ese tipo de chica, Paige.

Sus ojos se abren, no por la conmoción sino por la ira. Doy un paso atrás cuando ella se acerca a mí.

—No sabes qué tipo de *mujer* soy, y por tu propia admisión hace unos momentos, no sabes de lo que soy capaz, Lucas.

Mis ojos vagan abiertamente por su cuerpo. Sí, Paige ya no es una chica. Jódeme, todavía tiene un cuerpo que haría que la polla de cualquier chico se emocionara, y recuerdo haberme sentido así muchas veces cuando estábamos saliendo. Tenía un cuerpo increíble en el bachillerato, pero ahora tiene curvas femeninas. Curvas que pondrían a un hombre de rodillas. Paige tiene el tipo de cuerpo que los chicos se rompen el cuello para echar un segundo vistazo. En una palabra, perfecto.

Y yo soy un bastardo total.

Tienes novia, idiota.

Vuelvo a mirarla a los ojos, mi rostro aún neutral, por lo que no puede ver cómo reacciona mi cuerpo al suyo.

—Tienes razón, Paige. Ya no te conozco.

Por un momento, parece que va a llorar. El impulso de tirar de ella a mis brazos es tan fuerte que instantáneamente me asusta muchísimo.

Ella se aclara la garganta.

—Voy a poner cortinas nuevas en todas las ventanas. Voy a ir a la bodega para ver qué hay allí. Supongo que querrás vender todo el contenido, pero por suerte, eso es todo mío.

—¿Qué bodega? —pregunto, moviendo en mis cejas.

Paige parece confundida.

—¿William no te contó sobre la bodega en el cual tiene muchos muebles?

Mi abuelo no había mencionado nada sobre eso. Cuando abrí su carta en el estudio, esperaba que hubiera una explicación de por qué nos dejó la casa a los dos. No la hubo. Todo lo que había adentro eran dos elementos: una foto mía y de Paige la noche de nuestro baile de graduación y una llave. La carta simplemente decía—: *A mi amado nieto, Lucas. Encuentra el cofre y encontrarás las respuestas. Sigue siempre tu corazón, hijo. Te llevará a casa.*

No estaba de humor para jugar. Necesito comprar la parte de Paige antes de que Bianca se entere de todo esto, la noticia no le va a gustar en lo más mínimo. Para Bianca, Paige es un tema delicado. Probablemente tiene que ver con el hecho de que accidentalmente la había llamado Paige *una vez...* mientras tenía relaciones sexuales. Sí, no fue uno de mis mejores momentos. Y, para echarle más sal a la herida, mi madre se equivoca a propósito de vez en cuando y la llama Paige. No ayuda que a mis padres realmente no les caiga bien Bianca. Demonios, si estaba siendo honesto conmigo mismo, incluso yo estoy a punto de no soportarla mucho más.

Ese pensamiento me hace detenerme por un momento. Casi había terminado con ella antes de este estúpido viaje.

—No, él no mencionó eso en su carta.

—¿De verdad? —ella honestamente parece confundida.

—¿Qué dice tu carta?

Paige saca un papel doblado de su bolsillo trasero y lo miro fijamente. Se muerde el labio y luego me lo entrega.

—Puedes leerla.

La miro. El hecho de que Paige lleva la carta de mi abuelo en su bolsillo hace que mi pecho se apriete. Sabía cuánto se querían ellos, en los últimos años, su relación había crecido, mientras que la mía había flaqueado. El arrepentimiento y la culpa se sienten como si me estuvieran tragando por completo. Bianca odia venir a Johnson City, así que yo viajaba cada vez menos.

Mi voz se quiebra un poco mientras le pregunto—: ¿Estás segura?

Ella asiente.

Me tiemblan las manos cuando alcanzo la carta. No estoy seguro de por qué estoy nervioso. ¿Es porque no quiero estar molesto porque el abuelo le había dejado a Paige una carta mejor que la mía? Tal vez es porque soy un idiota y estoy comiéndomela con los ojos cuando tengo una relación con alguien más. ¿O es simplemente porque es Paige, la mujer con la que quería casarme y formar una familia dentro de esta misma casa? No habíamos querido las mismas cosas y yo había sido demasiado terco para escuchar sus razones. Dejo todo eso a un lado; no puedo volver atrás y cambiar el pasado. Nuestro pasado.

La verdad sea dicha, no estaba enojado con Paige por seguir sus propios sueños, estaba enojado porque la había obligado a elegir. Su vida o la mía. Y cuando eligió, no era la elección que quería escuchar. Me dolió que no me hubiera elegido. Sin embargo, ¿por qué debería haberlo hecho? Había actuado como un estúpido. Estaba celoso. Muerto de miedo, conocería a alguien que le ofrecería más. Estaba enojado porque no quería comenzar la vida de la que habíamos hablado tan rápido como yo. A lo largo de los años, me di cuenta de lo tonto que había sido. No nos habría hecho daño pasar tiempo juntos antes de regresar a casa. Todas las veces que había visto sus publicaciones en Instagram, en un país lejano, explorándolo, me daba cuenta de que debería haber estado con ella. Tal vez realmente había temido que ella terminara amando su carrera más que a mí.

Abro la carta, respiro profundamente y comienzo a leerla. En voz alta.

Mi querida Paige,

Probablemente te estés preguntando en qué demonios estaba pensando cuando te di el

cincuenta por ciento de la casa que siempre has amado. Bueno, eso es parte de la razón, porque te encanta y es parte de lo que eres. Estoy seguro de que ya sabes que Lucas es el dueño de la otra mitad.

Tengo una bodega en 4547 en la carretera 175, que es exclusivamente tuya para hacer lo que quieras. Una vez que mi amada falleció, puse todos sus muebles allí. Era demasiado doloroso mirarlos. Todas las piezas se almacenaron profesionalmente y la unidad tiene un clima controlado. Hay algunas otras cosas ahí, también, para ti. Es todo tuyo, Paige. Haz como mejor te parezca.

En cuanto a todo lo demás, lo resolverás, pero el destino es algo divertido y tiende a llevarnos por desvíos muy grandes, pero eventualmente te lleva de regreso a donde perteneces.

Ahora, te doy esta casa para que encuentres las respuestas.

No puedes encontrar las respuestas sin la llave, y Lucas la tiene.

Con mucho cariño,

William.

P.D. Paige, recuerda seguir tu corazón. Es la regla más importante del juego.

Mirando hacia atrás a Paige, digo—: ¿Juego?

Ella se encoge de hombros.

—No sé si por *llave* se refiere metafórica o literalmente a una llave. ¿Y de qué respuestas está hablando?

Le devuelvo la carta y luego saco la llave de mi bolsillo.

—Creo que se refiere a esta llave, que me dejó en mi carta.

—Parece vieja. —Paige entrecierra los ojos.

—Dijo que tengo que encontrar un cofre, y encontraré las respuestas. Ojalá sea un testamento actualizado que me proporcione toda la casa.

—Ja, ja —espeta—. ¿Lucas, cómo va a funcionar esto? No te voy a vender mi parte de la casa.

—No te voy a vender la mía.

Ella deja escapar un suspiro.

Mi teléfono suena y lo saco para ver que es Bianca llamando. Perfecto.

—Hola, nena. —Me encojo cuando Paige desvía la mirada ante mis palabras. *Sí, soy un maldito gilipollas.*

—Está bien, ya es suficiente, Lucas. Quiero irme a casa —dice Bianca.

Salgo de la habitación y salgo al pasillo.

—Como dije antes, puedes hacerlo cuando quieras.

—¿Por qué insistes en quedarte en este horrible pueblito?

—Mi familia está aquí y mi abuelo acaba de morir. Estoy bastante seguro de que mi madre se enojaría si me fuera. Me perdí el funeral de mi abuelo, si lo recuerdas, por tu pasaporte convenientemente extraviado.

Ella suspira, pasando por alto mi ira.

—¿Qué te dejó tu abuelo? ¿Esa casa? ¿La vamos a vender? Podríamos usar ese dinero para el enganche de esta linda casita que vi en el lago Travis. Reduciríamos el tamaño a ocho mil pies cuadrados, pero creo que se sentiría cómodo. Tal vez haga que alguien esté de humor para hacer la Gran Pregunta.

—¿Vamos? —pregunto.

—¿Qué?

—Tú preguntaste si “vamos a vender”. ¿Quién te habló de Paige?

El silencio al otro lado de la línea me hace darme cuenta de que estaba hablando de ella y de

mí, no de mí y Paige. Tan estúpido. ¿Por qué eso significaría Paige? *Dios, no soy bueno en este juego y no quiero serlo.*

—¿Paige? ¿Qué sobre Paige? ¿Está esa pequeña vagabunda en el pueblo? ¿Está tratando de poner los movimientos en ti?

—¿Qué? —digo, un poco demasiado alto—. ¿Por qué diablos la llamarías vagabunda?

—Vuelve ahora a este infierno, Lucas. Obviamente, necesitamos hablar.

En lugar de contarle a Bianca mis planes por teléfono, decido que tengo que hacerlo en persona.

—Estoy terminando una reunión, luego me dirijo hacia allá.

—¿Ella está en la reunión?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí.

Más silencio.

—Bien, estaré allí pronto.

Antes de que pueda decir algo, cuelgo.

Cuando me doy la vuelta, Paige está parada allí.

—¿De verdad me llamó vagabunda?

—¿Realmente te quedaste ahí y escuchaste mi llamada telefónica?

Ella sonrío.

—Esta es mi casa, vaya joyita que te conseguiste.

Paige comienza a alejarse, así que la sigo.

—No sabes nada de ella, Paige.

—Obviamente, le han dicho mentiras sobre mí si cree que soy una vagabunda, y parece que te tiene comiendo de la palma de su mano, sin mencionar que hizo que te perdieras del funeral de tu abuelo. Así que sí, sé mucho sobre ella y eso es nada más de lo que me enterado en los últimos días.

Paige se vuelve para mirarme, lo que hace que choque con ella. Mis manos se extienden para estabilizarla. Rápidamente la dejo ir cuando siento la descarga de electricidad corriendo entre nosotros.

—¿Me perdí algo que pudiera darle a alguien una impresión diferente de exactamente el tipo de mujer que es? —pregunta, con una sonrisa de suficiencia en su hermoso rostro.

—Te perdiste mucho. Es una persona muy agradable que hace muchas cosas para diferentes organizaciones benéficas.

¿De verdad acabo de decir eso?

Ella arquea las cejas.

—¿Con o sin cámaras?

—¿Disculpa?

Ella pone los ojos en blanco como si le hubiera dicho la cosa más estúpida.

—Estas organizaciones benéficas ... ¿hay cámaras cuando ella les ayuda?

Pienso en eso por un momento, antes de contestar—: De hecho, las hay.

Ella sonrío.

—Entonces lo está haciendo por relaciones públicas. No cuenta, lo siento.

Girando sobre sus talones, se aleja, cierro los puños y la sigo a la cocina.

—Necesito irme, así que necesito que me digas el número mágico que te sacaré de aquí, Paige. Lo que sea, lo pagaré.

Su cabeza se inclina mientras me mira. Finalmente, estamos llegando a alguna parte. Si hubiera

sabido que todo lo que iba a necesitar era dinero, lo habría hecho cuando entré por primera vez.

—Déjame aclarar esto, puedo pedirte lo que yo quiera, ¿y estarás de acuerdo en pagarme si firmo mi mitad?

—¡Si! Si hubiera sabido que el dinero era tu motivo principal, Paige, podríamos haber hecho esto sin todo el drama.

Algo en sus ojos brilla. O está enojada o se le ocurre un número. Decido ayudarla.

—Millón y medio.

¿Diablos, por qué le dije eso? No tengo esa cantidad de dinero. Bianca lo tiene, pero yo no.

Su barbilla tiembla y me siento como el idiota más grande del planeta. Ella no está interesada en el dinero. Esa no es quien es Paige. Fue como dijo cuando yo llegué aquí. Su motivación para querer vivir en esta casa son los recuerdos.

Paige aparta la mirada por un momento y luego se aclara la garganta.

—No quiero tu dinero. —Su voz tiembla—. Nada de eso. No vendo, y si honestamente crees que puedes lanzar un anzuelo y voy a morder, entonces nunca me conociste, Lucas.

—Paige, espera.

Pasa a mi lado y agarra su bolso.

—Cierra *nuestra* puerta cuando te vayas.

—Espera, Paige. Por favor detente.

Apenas puedo seguirle el ritmo cuando atraviesa la casa corriendo y sale por la puerta principal.

Cierro la puerta, rápidamente saco la llave de la casa y la cierro.

—¡Espera un segundo!

La veo subir a una Toyota 4-Runner. Eso me hace hacer una pausa. Al principio me había preguntado a quién pertenecía ese carro, pero nunca se me pasó por la cabeza que fuera el de Paige. Sé que tiene un trabajo exitoso, gana bastante bien y vive en un lujoso apartamento en el centro de Austin, que no es barato. No es que la acosara ni nada. Puede que le haya preguntado a Jen, quien estaba más que feliz de contarme lo que Paige estaba haciendo en su vida. Pensé que conduciría un pequeño carro deportivo. Pero claro, esa no es Paige Miller.

Mierda, había estropeado todo esto desde el principio.

Paige sale por la carreterita que conduce a la casa, levantando tierra y piedras a su paso.

Gimo y dejo caer mi cabeza hacia atrás, mirando al cielo.

—Bien hecho, Lucas. La estás viendo irse una vez más.

Capítulo 4 - Lucas

Después de salir de la casa del abuelo, voy a casa de mis padres y paso un rato con ellos. Necesito la sensación de normalidad que me da mi familia antes de enfrentarme a Bianca.

Mi padre no está manejando muy bien la muerte de su padre y me rompe el corazón. Habían sido tan cercanos. Dirigieron Foster Construcciones juntos a tiempo completo, al menos hasta hace unos años, cuando el abuelo finalmente se retiró.

Cuando salgo del carro, mi madre me toma de la mano.

—Lucas, espero que puedas quedarte unos días. Tu padre mencionó algo sobre ir a pescar, y sé que le vendría bien un poco de ayuda aquí en el rancho.

—Me gustaría eso. —Sonrío.

—¿Eso significa que te quedarás? Cuando hablé con Bianca hoy, me dijo que te ibas después de tu reunión.

—¿La llamaste? —La ira corre por mis venas.

—No, ella llamó antes de que llegaras aquí y preguntó si Paige había vuelto, lo cual me pareció extraño. No tenía cosas muy agradables que decir sobre Paige y, a decir verdad, le dije que no hablara de alguien a quien claramente no conocía. Mi respuesta no le gustó, eso creo.

Froto la parte de atrás de mi cuello.

—No se han conocido y nunca lo harán.

Sus cejas se levantan.

—Bueno, seguro que no le agrada para ser alguien a quien no conoce.

—Es porque salí con Paige, y Bianca encontró un anillo una vez, pensó que se lo compré a ella y tuve que explicarle que había sido para Paige. Entonces, sí, ella es un tema un poco delicado.

Los ojos de mi madre se iluminan.

—¿Le compraste un anillo a Paige? ¿Cuándo?

—Iba a dárselo la navidad de nuestro primer año de universidad, pero todos sabemos cómo resultó.

—Lucas.

—Mamá, por favor, ahora no. He tenido un día de mierda y estoy lidiando con dos mujeres muy diferentes que están enojadas conmigo por dos razones también muy diferentes.

Ella asiente.

—Por favor, no dejes que te convenza para que te vayas.

La beso en la frente.

—No lo haré. Voy a decirle a Bianca que regrese a Austin. Ella comprenderá mi necesidad de quedarme. En realidad, no le voy a dar una opción.

Mi madre sonrío, pero intenta ocultarlo.

—¿Te quedarás aquí después de que Bianca se vaya?

Con una sonrisa en mi rostro, niego con la cabeza.

—No, me quedaré en casa del abuelo.



En el segundo en que entro a la suite del hotelito, Bianca está sobre mí.

—¿Qué está pasando, Lucas? ¿Por qué Paige está involucrada con la casa de tu abuelo? ¿La viste? ¿Hablaste con ella?

—Dios, Bianca, ¿puedo al menos entrar por la puerta y prepararme un trago antes de que me disparen un millón de preguntas?

—Bueno, necesito respuestas. He estado en la piscina toda la tarde esperando a que te reúnas con el abogado, luego no regresas en horas.

—Fui a la casa de mis padres. Sabías que iba a ir allí, ¿recuerdas? ¿Te pedí que vinieras y les presentaras tus respetos?

Ella suspira y me rodea con sus brazos.

—Lo siento, cariño, pero sabes lo mucho que le desagrado a tu madre.

La miro con incredulidad.

Con un ronroneo en su voz, dice—: Déjame compensarte.

Su mano se mueve por mi pecho y se frota contra mi pene. De hecho, esperaba que me pusiera duro después del día que había tenido, pero resulta que estoy flácido como un puto fideo.

Frunciendo el ceño, da un paso atrás.

—Está bien, estás estresado. Hablemos de lo que pasó.

Esto no va a ser divertido.

—Mi abuelo me dejó la casa y la propiedad, pero sólo el cincuenta por ciento.

Sus cejas se tensan.

—Está bien, compraremos a tus padres la otra mitad para que podamos venderlo y terminar con este lugar.

—No se lo dejó a ellos, y no hay nosotros en esto.

Por qué le está tomando tanto tiempo sumar dos y dos está más allá de mí.

—Págale a la otra persona, Lucas —dice, frustrada.

—Ella no quiere vender.

Un fuego arde en sus ojos. La bombilla finalmente se enciende.

—¿Le dejó la casa a *ella*? ¿A tu ex?

—Sí.

—¿Por qué?

Entro al baño y abro la ducha, esperando hasta que este caliente.

—No lo sé.

—¿Y ella se niega a vender?

—Siempre le ha encantado la casa y mi abuelo lo sabía. Quería que ella la tuviera porque ella le mencionó varias veces que le encantaría tener la oportunidad de restaurarla.

—Putita manipuladora, se salió con la suya...

Suspiro.

—Paige no es así, Bianca.

—¿Cómo lo sabes, la última vez que la viste fue hace cuántos años?

La ironía de esta conversación no se me escapa.

—Hace cuatro años, el funeral de su madre. Bianca, le ofrecí una gran suma de dinero para comprarla, ella no lo quiso. Ella quiere la casa.

Bianca suspira.

—Está bien, conseguiré a mi mejor abogado e impugnaremos el testamento. Decimos que tú tienes lazos de sangre y que tu abuelo fue claramente manipulado. Podemos hacer que parezca una cazafortunas.

Frente a ella, Suelto una carcajada.

—No voy a hacer eso.

—¿Por qué no? —Arquea una de sus cejas perfectamente delineadas.

¿Son de verdad o se las pinta? ¿Por qué me estoy dando cuenta de lo falsas que parecen?

—¿Todavía te preocupas por esta chica?

Me río amargamente.

—No voy a hacer eso porque no voy a hacer que parezca que mi abuelo perdió la cabeza al final. Él quería que Paige tuviera la casa, así que tengo que encontrar una manera de hacer que Paige quiera vender.

Se lleva las manos a las caderas.

—No, no me voy a mudar a esa casucha.

—No es una casucha, Bianca.

—Como sea, no voy a vivir aquí en medio del jodido Egipto.

—No te estoy pidiendo que te mudes aquí. Me voy a vivir con ella.

Su rostro cae, luego se echa a reír.

—Eso es gracioso, Lucas. Realmente me engañaste por un minuto.

Me quito la ropa y me meto en el agua caliente.

—No estoy bromeando. Voy a mudarme y hacerle la vida miserable. Tal vez pueda contratar a alguien para que piense que la casa está embrujada o algo así.

Cuando no escucho a Bianca, corro la cortina de la ducha. Ya no está en el baño. Suelto un suspiro de alivio. Apoyando mi mano contra el azulejo, respiro hondo. ¿Qué está pasando aquí?

Quiero estar lejos de Bianca. A decir verdad, sabía mucho antes de la muerte del abuelo que esto tenía que terminar. Simplemente no quería que otra relación fracasara. El último clavo fue martillado cuando fingió perder su pasaporte. A Bianca nunca le he importado mucho yo, ni mi familia. Jamás.

—Esto no está funcionando —susurro, cerrando los ojos.

Cierro la ducha, envuelvo una toalla alrededor de mi cintura y me dirijo a la otra habitación.

—George, no conozco el nombre de esta pequeña vagabunda. ¿Paige Mustard? ¿No, Mulligan? No. Escucha, lo averiguaré, y quiero que desentierres tanta suciedad sobre ella como tú... ¡Hey!

Le quito el teléfono de la mano y aprieto el botón de finalizar.

—¿Qué diablos estás haciendo? —pregunto.

Ella sonrío.

—Voy a contratar a mi mejor detective privado para sacarle a Paige todos los trapitos al sol. Ahora, cariño, ¿cuál es su apellido? Yo me ocuparé de este asunto, tranquilo.

Niego con la cabeza.

—Bianca, no vas a contratar a nadie para que ensucie a nadie, especialmente a Paige.

Se lleva las manos a las caderas.

—Si piensas por un minuto que voy a dejar que te quedes en la misma casa que ella, estás loco. Eres mi novio, pronto serás mi prometido, y no te vas a quedar con ella.

Agarro mis jeans y me los pongo. Luego agarro la primera camiseta que puedo encontrar. Entro al baño, agarro todas mis cosas y las tiro en mi maletín.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Estoy empacando mis cosas.

—Gracias a Dios. ¡Nos vamos a casa! —Prácticamente salta al baño y comienza a empacar los cientos de productos de baño que había llevado con nosotros a Fiji.

Dejo las llaves del carro de alquiler.

—Bianca.

—Honestamente pensé que te estabas volviendo loco. De hecho, estaba comenzando a sudar frío y sabes cuánto odio sudar.

—Bianca.

—Mis abogados se encargarán de todo. No te preocupes, cariño.

—¡Bianca! —Grito, causando que ella se congele y me mire.

—¡Dios! ¿Qué?

—Tú y yo hemos terminado.

Una breve risa escapa de sus labios.

—Lo siento. ¿Qué estás diciendo?

—Esto no está funcionando. Quieres algo que yo no puedo darte.

—¿Disculpa?

Niego con la cabeza.

—Nunca te voy a pedir que te cases conmigo porque no te amo. Creo que lo sabes desde hace algún tiempo. Ya no puedo hacer esto, lo siento.

Su rostro se tuerce en una expresión malvada.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—Sí, y debería haberlo hecho en Fiji y dejarte allí para poder regresar a tiempo para el funeral del abuelo. Demonios, debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Su boca se abre y cierra unas cuantas veces.

—¿Es esto por ella?

—Esto es porque tú y yo no nos parecemos en nada, y he estado fingiendo. No estoy feliz, y realmente no puedo creer que tú estés feliz conmigo. Si lo estuvieras, no estarías tratando de cambiarme todo el tiempo para que encaje con tu idea de lo que debería ser un novio perfecto.

—¡Solo trato de cambiarte para mejor! —escupe.

Suspiro.

—Disfruta tu vida, Bianca. Enviaré a alguien a Austin para que recoja mis cosas. Todo lo demás, puedes quedártelo.

No tengo carro, ya que vivimos cerca del centro de Austin. Dejar atrás el lugar en el que vivimos no es un gran problema. Todo está a nombre de Bianca y no quiero ni una sola cosa. Bianca había elegido todo en nuestro apartamento. Nada es mío. De hecho, odio el maldito lugar. Nunca me había dado cuenta de cuánto lo odiaba hasta este mismo momento.

—Si sales por esa puerta, Lucas, nunca vuelvas a verme.

Agarro mis dos maletas y me dirijo a la puerta.

—Estoy siendo seria. No te necesito. Tú eres el que me necesita para superar a esa putita.

La miro y sonrío.

—Paige es diez veces la mujer que jamás podrías tú soñar ser.

Salgo por la puerta y me dirijo a la residencia privada de Betty. Después de llamar a la puerta una vez, se abre.

—¿Oye, hay alguna forma de que John pueda llevarme? Bianca se va a llevar el carro de alquiler.

Betty mira mis maletas y sonrío.

—Por favor, dime que finalmente la dejaste.

—La dejé.

Sus ojos se elevan y dice—: Gracias, Padre Celestial.

Capítulo 5 - Paige

—Si comes más helado, te enojarás porque no planeé una intervención.

Con un suspiro, dejo que la cuchara vuelva a caer en el bote y la aparto de mí.

—Gracias, Jen. Yo necesitaba eso.

Jen y yo estamos celebrando mi gran mudanza. Creo que ella está aún más emocionada que mi padre cuando le dije que me mudaría de regreso a Johnson City.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Jen.

—No, sigo molesta.

Ella suelta una carcajada entre dientes.

—Ese chico siempre te encendió.

Me dejo caer en la silla.

—Ese chico no es un chico. Es tan injusto. Ahora es más guapo.

—Oh, lo sé. Lo vi junto a su muñeca Barbie en un artículo de revista. Honestamente, creo que esta chica lo mantiene a su lado porque él está muy bueno.

Me río y luego gimo.

—Es un idiota de marca mayor. Quiero decir, ¿por cuánto tiempo me va a castigar por seguir mi propio sueño? Yo no quería que termináramos. Él fue quien terminó conmigo. Si alguien debería estar cabreada, debería ser yo porque yo lo amaba y me tomó una eternidad superarlo. Una parte de mí nunca lo olvidará.

—Ustedes dos siempre fueron buenos juntos, la pareja perfecta —dice con un suspiro, y agrega—: Los hombres son idiotas.

—Pero encontraste uno bueno.

Ella sonrío.

—Así es, hay algunas excepciones a la regla, pero incluso Gene puede ser un idiota a veces. Está en su ADN.

—Creo que puede que tengas razón. Será mejor que vuelva. Necesito medir las ventanas. Puede que tenga tiempo de conducir hasta Dripping Springs y conseguir algunas persianas. Es un poco espeluznante estar en casa sin persianas. Siendo esta mi primera noche durmiendo allí, necesito algo de privacidad.

Jen toma mi mano.

—Paige, ¿y si no te vende su mitad? Odio verte poner todo el dinero que tanto te costó ganar en esa casa.

Le doy una cálida sonrisa.

—No lo estoy desperdiciando. Parte de ella sigue siendo mi casa. —Miro al suelo y luego a ella—. Me ofreció más de un millón de dólares por ella hoy.

Sus ojos se agrandan.

—¿Qué?

Con un asentimiento, respondo—: Lo rechacé. Ahora sabe que hablo en serio. No me voy a ir, creo que ahora es puro orgullo. Regresará a Austin, esperará unos días y luego hará un trato conmigo para comprarle, estoy segura de ello.

Jen asiente.

—Creo que tienes razón. Probablemente él estaba de terco porque su abuelo te dejó la mitad de la casa. Una vez que regrese a Austin, y se olvide de todo, te venderá su mitad.

Tengo que admitir que me siento confiada sobre la situación.

—Si tú necesitas algo házmelo saber.

La abrazo.

—Lo haré. Muchas gracias.

—Por supuesto. ¡Estoy muy emocionada de que estés de vuelta en JC!

—Yo también. —Me despido con la mano y regreso a la casa del rancho para medir las ventanas. En mi mente, repaso todo lo que debe hacerse. El proyecto más costoso sería la cocina. Quiero que el resto de la casa este exactamente como estaba cuando William y su esposa May vivían allí. Pero la cocina va a ser fabulosa de última generación. La cocina de mis sueños. Si hiciera un presupuesto correcto, podría hacerlo realidad. Especialmente si Milo me da un descuento en la pintura.

Mientras conduzco por la carretera, no puedo evitar recordar lo que pasó antes. Había dolido tanto cuando Lucas me gritó. Está acostumbrado a tratar con su preciosa Bianca. Bueno, ninguna cantidad de dinero me hará irme. De hecho, nada me haría salir de esta casa. Nunca.

Al acercarme a la casa, veo a alguien en el porche sentado en una de las mecedoras. Me estaciono y me siento allí, mirándolo. ¿Qué demonios está haciendo Lucas, sentado en el porche? Viste una playera verde que sin duda resalta sus ojos; no me quiero imaginar cómo se verían de cerca.

Se pone de pie y se acerca a los escalones. Rápidamente miro a mi alrededor en busca de Bianca y no veo ni rastro de ella. Si ella está en mi casa, eh, *nuestra* casa, voy a estrangular a Lucas.

Un gemido se escapa de mis labios.

No. Dios mío, no. ¿Por qué? ¡¿Por qué me castigas con la apariencia de este hombre?!

Lucas se ha cambiado. Ahora usa jeans, botas y se ha puesto su sombrero de vaquero. El mismo que usó todo el tiempo en el bachillerato. Trago saliva. Entonces, ese es el juego que va a jugar.

Está bien, estoy preparada para darle guerra.

Abro la puerta de mi SUV y lo miro mientras subo los escalones. Si piensa que puede vestirse como el viejo Lucas y aun así convencerme de que me vaya, tiene otra cosa por delante. Puede que haya cedido a este Lucas alguna vez, pero no más.

No. No, está pasando. Ahora soy más fuerte.

—Hola, compañera de casa.

Se me cae el corazón al estómago y se me forma un nudo en la garganta que me dificulta hablar. Esa palabra me congela en seco.

—¿Q-qué?

Se acerca y me mira a los ojos. La forma en que sus ojos color avellana brillan me dice que me estoy metiendo en un problema serio.

—Felicidades, deseo concedido, no te voy a vender. En cambio, me mudé. Somos compañeros de casa.

Mis ojos vuelan más allá de su hombro y atraviesan la puerta mosquitera.

—¿Bianca?

Mi voz suena muerta de miedo, lo que me cabrea. No hay forma de que pueda vivir en esta casa con ella. Eso sería cruel, incluso para Lucas.

—Ha decidido volver a Austin, sólo estamos tú y yo.

Enderezando la espalda, me obligo a sonreír.

No le muestres miedo a la bestia. Eres una mujer fuerte y segura, Paige Miller. Muéstrale a

este idiota quién manda.

—Suena genial. Ahora tengo un par de manos extra para ayudarme a pintar.

Para crédito de Lucas, no vacila. Eso me pone nerviosa. No debería querer ser compañero de casa. Esto debería resultar incómodo. Entonces me doy cuenta. Este es probablemente el plan de Bianca. Quiere sus manitas codiciosas en mi parte de la casa.

Reforzando mi resolución, decido que lo que sea que este hombre me arroje, estoy lista para ello.

Levanta las manos y me guiña un ojo.

—En caso de que no lo recuerdes, soy bueno con mis manos.

Mis rodillas tiemblan porque *lo recuerdo*. Dios, siempre lo recordé. Cada. Momento. He pasado muchas noches con mi consolador perdida en esos recuerdos.

Sacudo el recuerdo. *¡No, no, no! El hombre tiene novia. Guarda los pensamientos sucios, Paige.*

Le doy una risa sin humor.

—Claramente le has mentado a tu novia y le has dicho que te quedarías en casa de tus padres.

Sacude la cabeza.

—No lo he hecho.

—¿Ella está bien con que vivas aquí, sin ella?

—No, ella no está de acuerdo con eso en absoluto.

—¿Entonces por qué estás aquí si eso molesta a tu novia, Lucas?

Él sonríe. No es una sonrisa forzada. No, es el tipo de sonrisa que dice que Lucas está llevando la cuenta. Lucas, uno. Paige, cero.

—Mierda —susurro. Cuando sus ojos recorren mi cuerpo, trato de que no me vea temblar.

Por favor, que no diga lo que creo que está dispuesto a decir.

—Bianca y yo terminamos.

Oh, Dios, ahí está.

—¿Terminaron, sí?

Él asiente.

—A decir verdad, se veía venir desde hace tiempo. Cuando te dijo vagabunda fue la gota que derramó el vaso.

Le entrecierro los ojos y luego gruño—: Esa no fue la razón.

Se ríe.

—No, no lo fue. Pero estaba destinado a pasar. Mañana voy a tener que pedir prestado tu carro para ir a Austin. Parece que necesito comprarme una camioneta.

—¿Una camioneta?

Estoy segura de que sueño como una maldita idiota.

—Sí, un tipo que tiene un rancho necesita una camioneta.

Lentamente, niego con la cabeza y regreso a mi carro.

—¡Oye! Compañera, ¿a dónde vas? Pensé que podríamos repasar las muestras de pintura. No estoy tan seguro de algunos de estos colores.

Mis puños se cierran a mis costados mientras prácticamente corro hacia el carro. Entro y me dirijo por el camino de entrada. Cuando llego a donde está fuera de la vista, me detengo, saco mi teléfono y llamo a Jen.

—Hola, llegaste a casa sana y salva.

—Sí, y había una especie de paquete en el porche. Esperándome.

—Oh, ¿qué pediste? —

Mi cabeza cae al volante—. Bueno, puedo asegurarte de que no le pedí a un hombre de seis pies, cabello oscuro y ojos color avellana que solía conocer muy íntimamente.

—Estoy confundida.

—Yo también. Lucas acaba de informarme que se mudará conmigo. Mudarse a la casa. Viviendo aquí.

—Vaya. Así que va a seguir ese camino. Está bien, bueno, la modelo no dejará que eso suceda por mucho tiempo, así que solo necesitas tensarlo hasta que se doble.

—Empezó el juego, Jen. Empezó el juego, y ese bastardo ya está un punto por delante.

—¿Por qué? —pregunta, nerviosismo en su voz.

Con un gemido, respondo—: Terminó con Bianca.

—Oh. No. Demonios, no. ¡Código maldito rojo! Voy de camino a tu casa con el helado y las películas.



Jen y yo nos sentamos en la sala, en pijama y con la televisión encendida. *Top Gun* está reproduciéndose, y chillamos como colegialas cuando empieza la escena del voleibol. Lucas entra caminando, su mano pasa por su cabello, claramente enojado por haberlo despertado.

Mis ojos casi se salen de mi cabeza cuando se centra en la televisión, prácticamente sin ropa.

—Es la una de la mañana. ¿Están ustedes dos en serio viendo eso ahora mismo? ¿*Top Gun*?

Jen pone su dedo en mi barbilla y cierro mi boca abierta. Tiene una buena excusa para ello. Lucas ha salido de su habitación vestido nada más que con una fina sudadera que no deja *nada* a la imaginación en lo que a su paquete se refiere. Y su pecho está expuesto. Vacío de cualquier playera, dejando a la vista su impresionante pecho.

—Vaya —susurra Jen; Asiento. Lucas Foster tiene un cuerpo por el que morir. Me encuentro odiando a Bianca de nuevo por dormir junto a él durante años. Tocar. Pasar su lengua por su cuerpo. Gritar su nombre. *Perra*.

Lucas nota que ambas estamos mirándolo. Mis ojos se posan en su entrepierna. En lugar de dejar escapar un gemido como quiero, voy en la dirección opuesta. Arrugo la nariz y digo—: Ah, sí.

Luego vuelvo a mirarlo.

Me fulmina con la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso?

Me encojo de hombros y vuelvo a mirar su entrepierna.

—Nada.

Se acerca a nosotras.

—Me miraste el paquete y arrugaste la nariz, Paige. ¿Por qué?

Jen se aclara la garganta y se pone de pie.

—Está bien, entonces esto es incómodo. Voy a ir al baño mientras ustedes dos... compañeros de casa... solucionan esto.

Una vez que Jen está fuera de la sala, Lucas se agacha y se acomoda. Quiero morir, pero me siento allí, sin una sola emoción en mi rostro. Yo lo había hecho a propósito, y si piensa que le iba a dar algún tipo de reacción, está loco.

—No es nada, Lucas. Acabo de recordarte de manera diferente.

—¿Diferente? —Levanta la ceja.

—Sí —digo con un medio encogimiento de hombros—. Supongo que, porque era tan joven e ingenua, parecía...

Me río y deliberadamente no termino mi oración.

—¿Estás diciendo que crees que soy *pequeño*?

Mis ojos se desvían hacia su impresionante bulto. Su bulto creciente. Oh, Dios mío, ¿por qué se está poniendo duro? ¿Fue porque lo estaba mirando o por hablar de esto? El pene de un hombre es una cosa extraña y compleja.

—Estoy diciendo que en ese momento pensé que eras impresionante, pero ya sabes. —Le guiño un ojo.

La frustración nubla su rostro y es difícil no sonreír.

—No, Paige. No lo sé.

Suspiro y lo miro.

—He visto otras pollas desde entonces y tú eres... promedio.

La mirada de pura conmoción casi me hace estallar en carcajadas. Miro a mi alrededor y vuelvo a mirar la televisión.

—¿Promedio? ¿Estás diciendo que crees que mi polla es normal?

Lo despido con la mano.

—Me estoy perdiendo la película, Lucas.

Se para frente a mí, su cintura a la altura de mis ojos.

—¿Crees que soy promedio?

—Está bien —digo, poniéndome de pie, porque seamos honestos, una chica no puede tener una polla muy por encima del promedio al nivel de los ojos y no querer jugar con ella. Lucas o no. Especialmente si esa chica no ha tenido relaciones sexuales en una eternidad.

—Lucas, esto es una tontería. Estoy segura de que sabes qué hacer con lo poquito que Dios te dio.

—Dijiste *poquito*.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga?

Él sonríe.

Frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre mi pecho, notando cómo rápidamente echa un vistazo a mis pechos antes de encontrar mi mirada de nuevo.

—Necesitas un impulso de ego tan fuerte, ¿eh? ¿Qué te pasa? ¿Tu novia no te felicitó lo suficiente? Quizás ella tenía una razón para no hacerlo —digo encogiéndome de hombros.

Su sonrisa se desvanece.

—No eres una buena persona, Paige.

—Entonces múdate.

—*Nunca*. Ah, y en caso de que lo hayas olvidado, la casa está embrujada.

Suelto una carcajada.

—No lo está.

Él arquea una ceja.

—No digas que no te lo advertí.

Se gira y no pude evitar mirar su perfecto trasero mientras camina. Me muerdo el labio y me obligo a no gemir clavándome las uñas en las palmas.

—Deja de mirarme el trasero —dice Lucas mientras dobla la esquina.

—¡Eres un imbécil y yo no te estaba mirando el trasero! —Grito.

—No estoy de acuerdo, te lo estabas comiendo con los ojos —dice Jen mientras regresa a la

sala.

—Me vuelve loca —digo, dejándome caer en el sofá.

—Sí, él es algo especial. Les doy tres semanas. —Jen agarra su almohada y se dirige a las escaleras.

Siguiendo su ejemplo, apago la televisión.

—¿Tres semanas para qué?

Ella permanece en silencio hasta que entramos a mi habitación. Jen se deja caer en la cama, abraza su almohada y cierra los ojos.

—Tres semanas y ustedes dos van a estar chocando sus carritos.

Suelto una carcajada.

—De ninguna manera.

Ella me mira con los ojos abiertos.

—Dime, ¿qué fue lo primero en lo que pensaste cuando entró en esa sala medio desnudo, con el cabello desordenado, su impresionante polla en esos pantalones delgados? Estoy casada e incluso tuve un pensamiento sucio... o tres.

Abro la boca para responder, luego la cierro rápidamente.

Jen sonrío.

—Está bien pensar en ello, pero mantén la cabeza clara. Si se da cuenta de que su cuerpo te vuelve loca, usará tu debilidad a su favor.

Cierra los ojos como si estuviera a punto de irse a dormir, luego se levanta rápidamente, asustándome como una mierda.

—¿Qué, qué pasa?

Jen se vuelve hacia mí, me mira de arriba abajo y luego sonrío.

—No me gusta esa sonrisa.

—Es hora de darle un empujón, Paige. Y sé exactamente cómo hacerlo.

Capítulo 6 – Lucas

Café. Santo cielo, mi aroma favorito.

Dándome la vuelta, me estiro y dejo que los recuerdos de ayer me golpeen, recordando dónde estoy.

—Paige —refunfuño mientras me siento. Necesito idear un plan para que se mude de casa. Voy con la teoría de los fantasmas. Si Jen no hubiera pasado la noche, habría puesto mi plan en acción de inmediato. Mientras camino hacia el baño, pienso en Jen. ¿Por qué diablos estaba ella aquí anoche?

Mientras me cepillo los dientes, tengo un pensamiento. ¿Paige había necesitado a alguien cerca para no tener que estar sola conmigo?

Tengo que admitir que la idea me hace sonreír y hace que mi polla salte en mis pantalones. Paige tiene miedo de estar a solas conmigo. Necesito capitalizar esto, literalmente. Había visto la forma en que Paige llevaba ese camisón, cubriéndose de la cabeza a los pies anoche. Actuaba como que el que yo estuviera aquí no significara nada para ella, pero estaba más incómoda de lo que quería admitir. Y la forma en que me repasó el paquete. Promedio, claro que sí. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para salirme con la mía.

Suelto una carcajada.

—Oh diablos, esto va a ser fácil.

Después de ponerme unos jeans y una camiseta, me dirijo a la cocina y me detengo abruptamente. Se me ocurrieron nuevas reglas para este juego, y en un instante, Paige las había cambiado todas.

Ella está inclinada mientras mira dentro del horno, vestida con nada más que unos pantaloncitos de seda y una camisola a juego. Su culo perfectamente redondo estaba jugando a las escondidas conmigo, lucho para evitar que mi otro cerebro salte a toda marcha. Luego se da la vuelta y siento que todo el puto lugar tiembla.

Mis ojos recorren su cuerpo. La camiseta de tirantes es tan fina que puedo ver sus pezones presionando contra la tela. Cuando logro apartar los ojos de sus tetas, tengo que agarrarme de la silla para evitar que mis rodillas se doblen.

Cuando mi mirada se mueve más arriba, estoy seguro de que me desmayaré por toda la sangre que sale de mi cerebro y hace el viaje hacia mi polla ya endurecida. Paige está de pie frente a mí, con el cabello recogido en coletas. Es la maldita cosa más linda que jamás había visto. No tiene ni una onza de maquillaje, a diferencia de Bianca, que se levantaba todas las mañanas para cargarse de maquillaje, Paige no es así. Esta, esta de aquí es la chica que recordaba. La chica que solía volverme loco con su inocente belleza. Nada ha cambiado. Sigue siendo la mujer más hermosa que jamás había visto.

Ella sonrío.

—Lucas, pensé que te habías ido.

Deseo que mi boca hable, pero de repente se siente seca.

—¿Qué...?

Inclina la cabeza.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

Trago un par de veces, lamo mis labios secos y logro hablar.

—¿Qué diablos llevas puesto?

Ella se mira a sí misma, luego vuelve a mirarme.

—Mi pijama.

Niego con la cabeza.

—Esos no son pijamas, Paige. Esto no es...esto... —Muevo mi mano hacia arriba y hacia abajo mientras señalo su cuerpo—. Esto no está bien.

Ella frunce el ceño antes de contestar—: ¿Por qué no?

Suelto una carcajada.

—¿Por qué no? Estás prácticamente desnuda. Quiero decir, veo tu trasero. Puedo ver tus...

Con una sonrisa, pregunta—: ¿Mis qué?

Mirando, grito—: ¡Tus pezones! Paige, veo tus pezones. Todo este asunto de la chica sexy e inocente es un *no* rotundo.

Paige coloca una bandeja llena de magdalenas de arándanos en una rejilla para enfriar.

Luego se quita los guantes de cocina, lo que, curiosamente, la hace lucir aún más sexy, y los deja caer en un cajón.

Mete la mano en otro cajón, saca un cuchillo y procede a usarlo para sacar una magdalena y ponerlo en un plato pequeño.

—Pensé que te habías ido. Estos son mis pijamas normales. Si hubiera sabido que todavía estabas aquí, me habría cambiado o me habría puesto la bata.

—No —digo, negando con la cabeza—. Los que tenías anoche. Esos eran normales.

Ella suelta una risa descuidada.

—¿Mis pantalones de yoga? No voy a llevar mis pantalones de yoga a la cama, Lucas. Lo siento.

La señalo de nuevo, agitando mis manos en el aire indicando su cuerpo.

—Bueno, no puedes ponerte eso.

Ella sonrío.

—¿De verdad crees que soy sexy? Tengo alrededor de diez, tal vez un poco más, libras de más.

—Ella mira hacia abajo y frunce el ceño—. Supongo que necesito empezar a correr de nuevo para perderlos.

—¡No! —grito, luego cierro los ojos. Santo Dios, me estoy deschavetando.

Abro los ojos y respiro hondo mientras trato de concentrarme en su rostro. Incluso eso es difícil de hacer. ¿Por qué su apariencia parece gritar, *quiero que me inclines sobre el mostrador ahora mismo y me folles duro, Lucas?*

—Te ves bien, Paige. No necesitas nada de eso.

Mordiéndose el labio, mira hacia otro lado, con las mejillas rosadas de vergüenza. Luego habla y no pude creer lo que dice. Me aturde en un estupor aún más profundo.

—Bueno, *bien* es muy diferente a ser sexy. Tal vez fue un desliz de tu lengua. Estoy segura de que tu exnovia súper modelo tiene un cuerpo mucho mejor que el mío y dudo que alguna vez comiera magdalenas de arándanos. —Sacude la cabeza como si no hubiera querido decir eso en voz alta. Luego se encoge de hombros—. Sírvete tú solo, por cierto, o terminaré comiéndomelos todos.

Me duele el estómago cuando pasa junto a mí. Quiero extender la mano y detenerla. Decirle que no era eso lo que quise decir y que su cuerpo es diez veces más sexy que el de Bianca. Pero no lo hago. La dejo pasar, con los ojos llenos de algo que se parece un poco a la tristeza y mucho a lágrimas no derramadas.

Joder, me las había arreglado para hacerle daño una vez más.

—Joder —murmuro mientras me paso la mano por el rastrojo en mi barba.

Después de que estoy allí demasiado tiempo tratando de decidir si debo subir a su habitación y decirle que no quise decir que está bien, de una manera *normal*, o si necesito dejarla pensar que no me atrae... Maldita sea. ¡Ella me gusta! Cuando los vi a ella y a Milo ayer, los celos atravesaron mi cuerpo como un viejo amigo. Fue el mismo sentimiento que tuve cuando ella dijo que quería ir a una escuela diferente y yo le dije que los chicos estarían encima de ella si yo no estaba cerca. Cuando sus ojos se encontraron con los míos hace unos momentos, tuve dificultades para recuperar el aliento. Hice todo lo que estaba en mi maldito poder para actuar como si verla no estuviera causando estragos en mi cuerpo y mi corazón.

Me acerco, me sirvo una taza de café y me quedo mirando las magdalenas de arándanos.

Alcanzando la mesa, uso el cuchillo que Paige había usado para sacar una. En el momento en que lo muerdo, una explosión de sabor asalta mis sentidos.

—Joder, esto está buenísimo. Maldición.

Bianca nunca permitió comida como esta en la casa. No podía recordar la última vez que comí una magdalena, ni nada dulce, para el caso. Necesitaba descubrir la marca y comprar algo para el futuro.

En ese momento, escucho a Paige bajar los escalones y salir por la puerta principal. Rápidamente me abro paso por la casa y la atrapo mientras se sube a su camioneta.

—¿Paige, a dónde vas?

Ella me mira.

—Home Depot, si debes saberlo.

—¿Puedo ir? Necesito agarrar algunas cosas.

La expresión de su rostro dice que yo soy la última persona con la que quiere estar en un carro. Quiero pensar que es algo bueno, que mi plan está funcionando, pero todo lo que hizo fue hacer que me doliera la mitad del pecho.

—¿Por favor? —digo con una media sonrisa, medio puchero.

—Sí, eso no funciona conmigo, Lucas. Tú deberías saber eso.

Su voz es fría y distante, y me merezco cada gramo de su condescendencia.

—Está bien, veré si papá puede pasar y recogerme para conseguir lo que necesito.

Deja escapar un suspiro frustrado, luego niega con la cabeza.

—Está bien. Aunque me voy ahora mismo.

—Excelente, déjame correr a buscar mi billetera y la llave de la casa, espérame.

Después de correr y casi tropezar y romperme el tobillo, finalmente me subo a su SUV, sin aliento.

—¿Qué quieres comprar en Home Depot? —le pregunto cuando sale a la carretera.

—Persianas.

—¿Para tu habitación?

—Sí.

Miro por la ventana. Claramente ella no está de humor para charlas triviales. Conducimos en silencio todo el camino hasta Dripping Springs. Son unos largos veinticinco minutos. Una vez que Paige estaciona su carro, entra a la tienda lo más rápido que puede. El único problema es que puedo caminar igual de rápido, incluso más rápido. Ella está tratando de perderme y eso me hace cosquillas por alguna razón.

—¿Quieres separarte o deberíamos permanecer juntos?

Ella mira hacia arriba, registrándose conmovión, y por un momento me transporto al día en que le había hecho casi esa pregunta exacta. Ella debe haber estado pensando lo mismo.

—¿Quieres quedarte conmigo en Texas o nos vamos a separar?

—Probablemente será más rápido si agarras lo que necesitas mientras yo ordeno las persianas. La decepción se apodera de mí, pero rápidamente la aparto.

—Bueno.

La veo alejarse y no puedo ignorar la forma en que había querido tocar su mejilla suavemente y decirle lo hermosa que es.

Dios, Foster. Concéntrate.

Antes de girarme para dirigirme hacia las herramientas, veo a Paige mirar por encima del hombro antes de mirar hacia adelante de nuevo. Ignoro la forma en que me da un vuelco el corazón.

Después de recoger algunas herramientas, regreso al área de persianas. Paige está sentada en una silla, sonriendo por algo que había dicho el asociado. Odio que no sonría así cuando hablo con ella. Por supuesto, tal vez si yo no fuera tan idiota, ella lo haría. Si no le hubiera roto el corazón actuando como un completo imbécil cuando éramos más jóvenes, es posible que no me mirara como si le doliera respirar a mi alrededor.

—¿Cómo te va por aquí? —le pregunto, guiñándole un ojo a Paige y luego asintiendo al chico. Su sonrisa se desvanece, pero toma mi mano. Sé el tipo de impresión que le estoy dando, y también Paige. Instantáneamente piensa que estamos juntos. Paige no parece feliz en lo más mínimo.

—Va bien. Estamos a punto de ordenar las persianas para su habitación.

—No es *nuestra* habitación. Es *mi* habitación —dice Paige con una dulce sonrisa dirigida al chico.

—Bueno, es *nuestra* casa —agrego.

Los ojos del chico rebotan de mí a Paige y luego de vuelta a su computadora.

—Está bien, parece que estamos listos. ¿Quieres que las instalemos?

—No, yo puedo hacerlo —digo rápidamente.

Paige me mira de reojo.

—Puedo colgarlas yo misma, gracias.

—Ah, una mujer de muchos talentos —dice el idiota del empleado.

Ella suelta una carcajada y yo echo la cabeza hacia atrás con sorpresa. ¿Se está enamorando del pobre intento de este tipo de coquetear? ¿Y por qué diablos está coqueteando con ella cuando yo estoy aquí? Por lo que él sabe, muy bien podríamos estar juntos. Como pareja. Tener relaciones sexuales. Mucho sexo conmigo agarrándome de sus caderas y...

Sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos descarriados. Necesito quitarle esas coletas. Cuanto antes mejor.

Saca una tarjeta y escribe un número.

—Aquí está mi tarjeta. Me adelanté y puse mi teléfono celular allí, por si acaso.

—Gracias, Doug. Agradezco toda tu ayuda —dice Paige con un tono meloso en su voz que hace que mi estómago se sienta como si acabara de comerme un frasco entero de mermelada de melocotón de mi madre.

No me gusta la forma en que la está mirando.

—¿Lista para irte, Paige? —pregunto, rompiendo la extraña conexión que tienen.

Paige le da a Doug otra sonrisa coqueta.

—Volveré a pedir más pronto.

Él me dice adiós con la mano.

—Estoy deseando que llegue. Asegúrate de preguntar por mí, así puedo darte el mejor trato, Paige.

Cuando me mira, mi expresión claramente dice—: *¡vete a la mierda!* —Su sonrisa se desvanece en un instante.

Estúpido.

Mientras caminamos hacia el mostrador, me río entre dientes.

—¿En serio, Paige? ¿El tipo de Home Depot?

—¿Qué hay de malo con él?

Miro hacia el área de dónde venimos.

—Para empezar, seguro que está casado.

Ella suelta una carcajada.

—¿Y qué te llevó a esa conclusión, detective Lucas?

—Tiene la línea de un anillo en su mano izquierda.

—Está divorciado. Recientemente.

Bueno, mierda.

—Oh.

—¿Qué más le pasa? ¿Trabaja en Home Depot y no en una gran empresa elegante en Austin? ¿Es eso lo que se supone que debo buscar? ¿Un tipo con dinero? ¿Seguridad?

—Bueno, un tipo que gana mucho dinero no es algo malo. Y tampoco lo es la seguridad.

—Bueno, prefiero tener felicidad que dinero.

—¿Qué pasa con la seguridad?

Ella me mira.

—Puedes tener eso sin dinero.

—Oh, entonces crees que la felicidad *puede* comprarte todo.

Sus ojos se llenan de tristeza de nuevo, y cuando habla, su voz tiembla suavemente.

—No, no soy tan ingenua.

Nos marchamos en silencio. Las únicas palabras que se dicen son al cajero para agradecerle y que tenga un buen día.

Después de poner mis compras en la parte trasera de su 4-Runner, me deslizo en el asiento del pasajero. Esta vez no me voy a sentar durante casi treinta minutos sin hablar.

—¿Quieres cruzar la calle y comprar un helado?

—¿Qué, ahora somos amigos, Lucas? Porque eso es lo que hacen los amigos, y dejaste muy claro que ese no es el caso —me recuerda, su voz fría nuevamente.

—Me gustaría pensar que sí. ¿No hemos sido siempre amigos?

—No parecía así cuando me dejaste plantada para cenar.

—¿De eso se trata? ¿Estás enojada conmigo por algo que sucedió hace unos años?

Me mira con expresión de asombro.

—¿Hablas en serio? El sartén le dijo al cazo.

—¿Entonces, quieres helado? —pregunto con agitación.

Con un giro de sus ojos, pone la direccional para dirigirse a la plaza al otro lado de la calle en el que hay una heladería.

Cuando entramos, digo—: Yo pago.

—No, gracias. No quiero nada.

La miro como si se hubiera vuelto loca.

—¿No quieres nada? Pensé que era tu favorito.

—Ya no lo es.

—Oh. —Froto la parte de atrás de mi cuello y le indico que salga—. Podemos seguir adelante e irnos entonces.

Ella parece confundida.

—¿Pensé que tú querías yogur?

—No, pensé que tal vez te gustaría. Recordé que te encantaba cada vez que lo veíamos por ahí. Estudia mi rostro antes de negar con la cabeza. Su expresión pierde algo de tensión y levanta un poco las comisuras de la boca.

—Ya no lo como, pero gracias.

Antes de que volvamos a su carro, la tomo de la muñeca y la hago detenerse.

—Te ves más que bien, Paige.

Su rostro se arruga por la confusión.

—¿Qué?

—Antes, en la cocina. Me preguntaste si pensaba que te veías sexy y dije que te veías bien. No quise decirlo de esa manera. Eres una mujer hermosa con un cuerpo aún más hermoso, y cualquier chico se consideraría muy afortunado de ser tuyo. Honestamente, te veías jodidamente sexy esta mañana. Eso es todo lo que intento decir.

Sus ojos se abren con sorpresa, y abre y cierra la boca un par de veces antes de finalmente hablar.

—Gracias. Y tú te ves... *bien*, también. —Ella me guiña un ojo y me encanta que sus mejillas se ponen rosadas. También me encanta que parece calentarse un poco. Fue el comentario que le hice en la cocina lo que la molestó. Me odio a mí mismo por hacerla sentir así. Paige nunca había sido el tipo de chica que se preocupara por su apariencia o su cuerpo. Pero algo me dice que esta Paige, la Paige adulta, a la que le había roto el corazón, era más sensible. Necesito mantener eso en el fondo de mi mente. Sobre todo, porque se había comparado a sí misma con Bianca. Lo cual es ridículo. Bianca no puede sostener una vela con Paige.

Suelto una carcajada.

—Y para aclarar un poco más las cosas, no es promedio.

—Si tú lo dices —dice, abriendo las puertas del carro.

—Puedo mostrarte, si quieres.

—No, gracias, he visto lo suficiente —responde con una sonrisa.

Y ahí está. Me acaba de sonreír de la misma manera que hizo con el chico de la tienda, me doy una palmada en el hombro internamente. Tengo la sensación de que perseguir a Paige fuera de esta casa terminara siendo más divertido de lo que pensaba. Ver esa sonrisa me recordó que una pequeña parte de mí no quiere que se vaya. Sí, estoy perdiendo la cordura, seguro.

Capítulo 7 – Paige

El fuerte ruido me hace saltar de la cama. Me siento perfectamente quieta mientras trato con todas mis fuerzas de escuchar de dónde viene.

Tap. Tap. Tap.

Mis ojos se dirigen a la ventana.

Las cierro con fuerza y susurro—: Es la rama de un árbol, eso y nada más que eso.

Tap. Tap. Tap.

Abriendo los ojos de golpe, salgo volando de la cama. Agarro el bate de béisbol que mi hermano me ha dado para mi propia defensa, me acerco a la ventana y corro la improvisada cortina.

Estoy lista para gritar, pero termino muerta de risa—: Bueno, ¿quién eres tú? —pregunto, abriendo la ventana y dejando entrar a un gato blanco y negro. Ella se frota contra mis piernas, me mira y maúlla. Luego salta sobre mi cama y se pone cómoda, girando en tres círculos.

—Bueno. Bienvenido a casa, Oreó.

La gata abre los ojos y maúlla.

—¿Ese es tu nombre? ¿Oreó?

Decido que, si este gato va a invadir mi casa, tengo derecho a nombrarlo.

—Te llevaremos al veterinario por la mañana y veremos si alguien te ha perdido, dulce niña.

Tintinar. Tintinar. Tintinar.

Me quedo helada.

Esa *no* es la ventana. Este sonido viene de abajo.

Con mi bate todavía en la mano, bajo lentamente los escalones. Oreó corre delante de mí. Claramente, conoce la distribución de esta casa y me pregunto si le podría haber pertenecido a William.

Otro ruido viene de la cocina. ¿Dónde diablos está Lucas? ¿Por qué no está investigando? Entonces recuerdo su estúpido comentario sobre la casa embrujada. Sonrío.

¿El idiota llegaría a tanto por asustarme?

Me río entre dientes, pero aún mantengo el bate firmemente en mis manos.

Poco a poco me dirijo a la cocina. Hay una sombra en la esquina y me quedo paralizada. Parece una mujer. Una mujer más joven. Oreó se acerca a la sombra y desaparece. La piel de gallina corre instantáneamente por mi cuerpo y comienzo a temblar.

Un crujido viene detrás de mí. Oh, Dios mío. ¡El fantasma viene por mí! Me vuelvo y balanceo el bate, haciendo contacto con algo duro.

—¡Ay, qué diablos!

Dejo caer el bate, aturdida. Esa no es la voz de una mujer.

—¿Lucas? —digo, tratando desesperadamente de encontrar el interruptor de la luz. Cuando lo enciendo, Lucas está inclinado, gimiendo de dolor.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Te pegué con el bate! ¡Lo siento mucho! ¿Estás sangrando?

Se pone de pie, con expresión aturdida y confusa.

—¿Qué está pasando?

—Espera, ¿te pegué?

—No, un gato me arañó en el pecho cuando golpeaste el maldito marco de la puerta. Por cierto, perdiste la oportunidad de golpearme con esa cosa, loca.

Detrás de mí se escucha un *maullido*. Me vuelvo para encontrar a Oreo sentada en la mesa, limpiándose. Ella mira hacia arriba y juro que le sonrío a Lucas. Me va a gustar mucho este gato, había decidido, y esperaba que no perteneciera a nadie.

—¿El gato saltó sobre ti?

Suspira mientras se frota el pecho.

—Probablemente la asustaste.

Su voz suena como si estuviera hablando más lento. Como si le hubiera costado un poco de concentración hablar.

—¿Por qué estás caminando en la oscuridad con un bate de béisbol, Paige?

—Escuché un ruido. Cuando bajé, vi una sombra en la esquina. Aunque está bien. Creo que era Mary.

—¿Mary, quién diablos es Mary?

—Mary, el fantasma.

Me parpadea repetidamente. Una mirada en blanco en su rostro.

—Espera, ¿de verdad crees que la casa está embrujada?

Suelto una carcajada.

—No creo, lo sé. William me dijo que sí. Aparentemente, había una familia que vivía en una cabaña que estaba casi en el mismo lugar exacto que la casa. Su hija menor, Mary, estaba montada en su caballo e intentó saltar una valla pequeña, ella se cayó y se rompió el cuello. Permaneció acostada en su habitación durante semanas, sin poder despertarse. Luego le dio fiebre y se murió. William dijo que no puede cruzar porque está esperando que su prometido vuelva a casa por ella.

Lucas niega con la cabeza y luego se apoya contra el mostrador, casi como si estuviera exhausto. Luego se frota la cara con las manos y murmura algo sobre que las cosas no iban a ser fáciles ahora.

—Espera un minuto, ¿de dónde venías cuando el gato te arañó? ¿Saliste?

—Sí, Milo me invitó a salir con algunos chicos. Se suponía que íbamos a salir anoche, pero acabamos haciéndolo esta noche. Nos tomamos unas cuantas cervezas mientras nos poníamos al día. Volviendo a los detalles más urgentes, ¿no tienes miedo de que la casa esté embrujada?

—No. ¿Por qué, tú sí? —Suelto una carcajada.

Me fulmina con la mirada.

—Claro que no.

Su respuesta es rápida y cortante. Luego deja que su mirada vague por mi cuerpo como lo había hecho esta mañana.

—Joder, estás usando ese pijama de nuevo.

Con un rápido vistazo a mi ropa, sonrío antes de volver a mirarlo.

—Sí, porque es lo único que tengo y es media noche.

Sus ojos miran hacia mi cuerpo con avidez esta vez, y al instante me pone la piel de gallina. Esta vez no está asustado; Está excitado. La forma en que me mira calienta todas las partes importantes.

Siento que mis pezones se aprietan mientras su mirada se calienta. Se lame los labios y luego sonrío mientras dice—: ¿Qué hay de mí, no me tienes miedo?

Con una burla, le respondo—: ¿Por qué debería tener miedo de ti, Lucas?

Da unos pasos hacia mí. Yo doy unos alejándome hasta que me apoyo contra el mostrador.

Cuando se detiene frente a mí, huelo un toque de alcohol. Sus ojos se ven claros, pero ciertamente está actuando como borrachito.

—¿Cuánto has bebido? —pregunto, asumiendo que por eso había arrastrado las palabras hace

unos momentos.

Él sonríe y eso hace que mi estómago de un vuelco. Es su sonrisa sexy y despreocupada. La que no da a menudo, pero cuando lo hace, hace que mis entrañas se aprieten con anticipación. La tela sedosa de mi camiseta se frota contra mis pezones duros y tengo que obligarme a no moverme.

—Mucho.

—¿De verdad? —pregunto. Pero debe haberlo hecho, porque el sobrio Lucas no me estaría mirando así. El sobrio Lucas quería que me fuera, como ayer.

Mira mi boca y se humedece los labios una vez más. Trago saliva y voy a hablar, pero él habla primero. Y lo que dice casi me hace doblar las rodillas.

—Quiero tocarte.

—Um...

Sí, esa es mi respuesta.

¿Qué diablos?

Entonces escucho mi respuesta e instantáneamente quiero tragarme por completo y desaparecer.

—¿Dónde?

Dios, ¿dónde? Paige, estás tan fuera de práctica. Ahora es el momento de detener esta tontería. Está borracho y probablemente piensa que eres Bianca.

—¿Es un sí? —pregunta, sus palabras ligeramente arrastradas. ¿Está borracho de alcohol o de deseo? No puedo negar que quiero que sea por deseo.

Di no. Di no. Él cree que eres otra persona y está claramente borracho.

Cuando no dije nada, Lucas frota su pulgar sobre mi pezón endurecido. Jadeo, luego presiono mi boca en una línea apretada.

—Joder, Paige. Eres tan sexy.

Entonces, claramente sabe que soy yo y no su ex. Bueno. Ahora, realmente necesito detener esto.

—¿Gracias?

Cierro los ojos y gimo por dentro, he dicho eso como una maldita pregunta. Quería decirle: “Lucas, deja de tocarme, estás borracho. Vete a la cama”. En cambio, cuando me pellizcó el pezón, gemí de placer porque se sintió muy bien y estoy cachonda. Lucas está parado frente a mí luciendo absolutamente delicioso y mi mente no puede pensar con claridad a su alrededor.

—¿Te gusta eso? —pregunta antes de agachar la cabeza y presionar su boca contra la mía.

Por un momento, me quedo allí, sorprendida. Lucas me está besando... mientras pellizca mi pezón. Madre del amor hermoso, se siente realmente bien. Realmente muy bien.

Pongo mis manos en su pecho y trato de obligarme a apartarlo. En cambio, agarro su camisa y lo acerco más. Él gime y agarra mi pierna, levantándola para poder empujar su dura polla en mi centro.

Jadeando al sentirlo *allí*, deslizo mis manos por su pecho y las enredo en su cabello. Dios, me había olvidado de lo increíble que besa. Cuán perdida en él podría estar.

Muevo las caderas y puedo confirmar que de hecho *no es promedio*. Empuja más fuerte contra mí, y vuelvo a la realidad porque el sobrio Lucas no estaría haciendo esto.

Eso lo sé.

De ninguna manera.

Cuando está sobrio actúa como si no pudiera soportar estar cerca de mí la mayor parte del tiempo. Necesito detener esto antes de que las cosas vayan demasiado lejos. La resaca emocional es la peor de todas.

Rompo el beso, pero él sigue presionando contra mi núcleo. Incluso en la oscuridad, puedo ver

el deseo en sus ojos. Sí, está borracho.

—Detente —susurro.

Lucas se detiene instantáneamente. Me mira a los ojos y no dice una palabra. Tropezando hacia atrás, mira al suelo.

—Has estado bebiendo, Lucas, y no sabes lo que estás haciendo. Si estuvieras sobrio, ni siquiera me habrías mirado dos veces mientras te dirigías a tu habitación.

Trae su mirada hacia atrás para encontrarse con la mía. Quiero poder leer su expresión, pero sus ojos están vacíos de toda emoción, una neblina de borrachera cubriendo su brillo habitual. Se balancea de un lado a otro.

—Deberías irte a la cama —insisto, mirando hacia el pasillo que conduce al dormitorio principal.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta. De repente parece estar en sus cabales.

Asiento con la cabeza, pero no hablo, porque no es lo que quiero. Quiero volver a sentir sus manos en mi cuerpo. Su lengua bailando con la mía. Su polla dura dentro de mí.

Mi mano se acerca a mi boca para evitar que diga algo más y, por un momento, parece que va a hablar. Entonces algo en su rostro cambia. Casi parece... ¿enojado?

Lo escucho reírse.

—Maldita sea, bueno, está bien entonces. Buenas noches.

Observo mientras camina por el pasillo. Después de calmar mi respiración, echo un vistazo rápido alrededor de la cocina y me aseguro de que todas las ventanas y puertas estén cerradas. Escucho un fuerte estruendo en la habitación de Lucas. Con él borracho, no puedo simplemente alejarme e ignorarlo. Me dirijo a su dormitorio. Ocurre un pensamiento al azar. ¿Ha conducido la vieja camioneta de su padre mientras bebía? Voy a llamarle la atención por conducir mientras tomaba. Llamo a la puerta de su dormitorio.

—¿Lucas?

La puerta de su dormitorio no se había cerrado del todo y se abre lo suficiente para que yo pueda entrar. Entro en el dormitorio y llamo en voz baja su nombre. No quiero asustarlo si el sonido que oí no es nada. La ducha está prendida y la puerta del baño está abierta de par en par. Todo lo que puedo ver es vapor saliendo por la puerta.

—Mierda, ¿y si se cae? —Susurro. Una parte de mí quiere dejarlo allí por lo que acababa de hacerme. La otra parte, la parte que todavía se preocupa un poco por él, sé que yo no puedo hacer eso. No parecía tan borracho, pero él siempre había sabido manejar el alcohol mucho mejor que yo.

Voy de puntillas al baño y estoy a punto de gritar su nombre cuando escucho gemidos. Me quedo helada. Mi corazón instantáneamente late como loco en mi pecho.

—Oh Dios. Sí, más rápido.

Miro detrás de mí y luego alrededor del lugar como una idiota.

¿Ha traído a una chica a casa y está teniendo sexo con ella en la ducha?

¿Cómo demonios había perdido de vista a una mujer que entraba en mi propia casa?

¡Qué idiota! ¡Él me estaba tocando a mí! ¡Uf! Hombres.

Me vuelvo para irme, luego me congeló cuando escucho mi nombre.

—Paige.

Mi corazón da un vuelco. Lo ha dicho de una manera tan desesperada y ansiosa. Trago saliva y miro hacia el baño.

—Eso es, nena. Más rápido.

Después de levantar mi mandíbula del suelo, miro de nuevo hacia el baño. Como la puerta está

abierta, el espejo no está empañado, puedo verlo claramente, con una mano en la pared y la otra masturbándose.

—Mierda. Más rápido. Paige, me voy a correr, cariño.

Mi mente me dice que me dé la vuelta y me vaya. Esto está mal. Estoy invadiendo su privacidad. Pero no puedo, está gritando *mi nombre* mientras se masturba en la ducha. Borracho o no, hace calor y el corazón casi se me sale del pecho. Mis manos cubren mi boca mientras lo veo caer por el borde. Es la cosa más sexy que he visto en mi vida, y no puedo apartar los ojos de él.

Su cuerpo tiembla cuando baja de su orgasmo. Luego deja escapar un gemido de frustración, golpea con el puño la pared de azulejos y dice—: Esa mujer va a acabar conmigo.

Me doy la vuelta y salgo corriendo de su habitación, por el pasillo, y luego subo los escalones tan silenciosamente como puedo con Oreó siguiéndome.

Una vez que entro en mi habitación, cierro la puerta con seguro, luego me vuelvo y me apoyo en ella. Estoy completamente sin aliento y mi corazón late como loco. Es como si me fuera a dar un infarto, nunca antes me había sentido así.

La visión de Lucas obligándose a correrse mientras dice mi nombre se repite una y otra vez en mi mente. No era Bianca con quien estaba fantaseando. Era conmigo.

¡Yo! Virgen santísima. ¿Qué tan borracho estaba?

Miro a mi nuevo gato.

—No sé qué hacer con esta información, Oreó.

Ella maúlla.

—¿Qué, qué me estás diciendo?

Otro maullido.

—No, no, está borracho. Estoy segurísima que sí. Ni siquiera puede soportar estar cerca de mí o, al menos, ese fue el caso ayer. Ha estado muy bien hoy, pero sé que todo es un juego. Está jugando conmigo para sacarme de la casa. Y esta noche estaba bebiendo. Me vio en mi camisón y actuó como lo haría cualquier hombre. Eso es. Eso lo explica. Los hombres son... hombres. Simple y llanamente. Se excitó, jugó con mi pezón y me besó. Entonces dije que no, él necesitaba liberar su... excitación o lo que sea, y eso es todo. Tan simple como eso. No significa nada.

Oreó me mira fijamente.

—¿Estás de acuerdo, verdad?

Esta vez decide guardar sus pensamientos para sí misma.

Pongo los ojos en blanco y decido que necesito sacar esto de mi cabeza y ocuparme de ello mañana.

—Lo que sea. Hablaré con Jen al respecto por la mañana.

Alejo el giro de los acontecimientos de esta noche es más fácil de decir que de hacer, y no es hasta las cuatro de la mañana cuando finalmente siento que me quedo dormida.



Jen me mira fijamente, con la boca y los ojos muy abiertos. Va a hablar, luego ciérrala boca de golpe. Luego intenta de nuevo.

Oreó frota mis piernas mientras yo estoy en la cocina, esperando pacientemente a que mi amiga descubra cómo hilar palabras con coherencia. La misma cocina en la que Lucas me ha tocado y besado. Para cuando yo me había levantado y bajado esta mañana, Lucas se había ido. Había dejado una nota en la mesa diciendo que iba a trabajar en Austin y que volvería en unas horas. Le

había dado las gracias a Dios en silencio por no haberlo visto porque no tenía ni idea de cómo demonios lo enfrentaría después de anoche. ¿Recordó algo? ¿Recuerda haberme tocado? ¿Besarme? ¿Preguntarme si estaba segura de que quería que se detuviera? ¿Recordó la ducha? ¿Él corriéndose mientras gritaba mi nombre?

Señor, estoy en un aprieto. Un maldito aprieto gigantesco.

—¿El... pezón?

Asiento mientras me muerdo el labio.

—¿Te besó?

—Sí.

—¿Entonces la ducha?

Otro asentimiento.

—¿Ves por qué me estoy volviendo loca? ¡Esto es tu culpa!

—¡Mi culpa! —ella jadea.

—¡Sí! Me dijiste que me pusiera mi pijama más sexy. “¡Pon tu cabello en coletas! Lo volveré loco”, dijiste.

Se tapa la boca y tiene el descaro de reír.

—Bueno, para ser justos, parece que lo volvió loco porque se acercó a ti.

—¡Cuando estaba borracho! Eso no cuenta.

—No parece que estuviera tan borracho si pudo ocuparse de los asuntos en la ducha.

Suspiro.

Jen toma un sorbo de su té dulce y luego respira hondo.

—Está bien, entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Nada.

Abre los ojos como platos.

—¿Nada? ¿Vas a fingir que no sucedió y si él lo recuerda?

Me encojo de hombros.

—Si siente que necesita hablar sobre lo que pasó, entonces puede acercarse a mí.

Con los ojos entrecerrados, inclina la cabeza para mirarme.

—Dijiste que lo alejaste cuando te besó.

—Así es, eso hice. —Me siento bastante orgullosa de mí misma. Dios sabe que mi cuerpo quería ser devastado por el hombre en ese momento, pero me mantuve fuerte.

—Pero te preguntó si estabas segura de que querías que se fuera a la cama. ¿Cuánto tiempo después del beso lo alejaste?

Trago saliva, luego espero estar ocultando mi culpa instantánea.

—¿Importa?

Se inclina más cerca y me mira a los ojos.

—¡Oh por Dios, le devolviste el beso, zorra!

No digo nada.

Cuando salta hacia arriba y hacia abajo, pongo los ojos en blanco.

—Le devolviste el beso, no me dijiste toda la verdad. Escúpelo, Paige. ¡Ahora mismo!

Suspiro—: ¡Está bien! Cuando me besó, puse mis manos en su pecho para alejarlo, pero lo acerqué más.

Ella jadea y se sienta. Colocando su barbilla en su mano, dice—: Zorra, sigue.

Sonrío levemente.

—Bueno, podría haberme atrapado en el beso porque deslicé mis manos hasta su cabello.

—¿Y luego qué pasó? —Ella mueve sus cejas.

—Nada.

—Mentirosa.

Entierro mi rostro en mis manos y gimo.

—¡Mierda, está bien! Levantó mi pierna y más o menos, ya sabes.

Ella sonrío.

—No, no lo sé. Vas a tener que explicarme esto, Paige. Diablos, aquí hay una servilleta y un bolígrafo, hazme un dibujo si es necesario.

Poniendo los ojos en blanco, exhalo y luego le digo.

—Bien, empezó a frotarse contra mí.

—¿La tenía tiesa?

Mi cara se calienta.

—Sí, pero fueron como treinta segundos y recobré el sentido. Le dije que se detuviera y lo hizo al instante.

Paige levanta las manos.

—¿Espera, se detuvo justo en ese instante, en el momento en que dijiste detente?

Asiento.

—Sí.

Su boca se abre y algo en sus ojos se enciende.

—No estaba borracho.

Suelto una carcajada.

—Sí, claro que sí.

Ella sacude su cabeza.

—No, no lo estaba.

—Jen, lo vi tropezar, olía a cerveza. Se balanceó después de que nos separamos. Un Lucas sobrio no habría dicho que quería tocarme y luego proceder a aplastarse contra mí.

Una sonrisa de complicidad aparece en su rostro.

—¿Entonces, por qué se fue al amanecer? Si hubiera estado tan borracho, habría sacado el culo de la cama, se habría sentado aquí con una aspirina y una taza de café. En cambio, ¿se levanta temprano y se va a Austin? No me la creo.

—Según tú, porque se detuvo cuando le dije que lo hiciera, significa que no estaba borracho. Incluso borracho, creo que Lucas todavía respetaría cuando una mujer le dice que se detenga.

—Seguro, lo haría, después de que te mordiera el cuello o te besara en la línea de la mandíbula, preguntándote si realmente estabas segura de que querías que se detuviera. Pero dijiste detente y él se detuvo instantáneamente. Él usó el alcohol como excusa para tocarte, Paige.

Trago el aliento que parece atascado en mi garganta.

—Pero ... pero admitió haber bebido.

—¿Crees que si hubiera estado borracho se hubiera puesto detrás del volante? Tú y yo sabemos que Lucas no sería tan irresponsable, además. Milo no lo hubiera dejado.

—Sus ojos se veían vidriosos —digo débilmente. Se me están acabando los argumentos.

—De la lujuria. Inmediatamente se fue a la ducha y se pajeó, contigo como la fantasía jugando en su cabeza. Él te desea —dice las últimas tres palabras de manera seductora.

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—De ninguna manera. No me lo creo.

La puerta principal se abre y Jen y yo nos quedamos paralizados.

—¡Está en casa! —Susurro-grito.

—Actúa con normalidad—, aconseja Jen, susurrando a sí misma.

—Entonces, le conté a Gene sobre tu problema con las ventanas. Él puede recomendarte a alguien.

La confusión se arremolina en mi cabeza.

—¿Qué? —pregunto, mirando a mi amiga como si hubiera perdido la cabeza.

Sus ojos se abren con frustración. Solo toma un nano de segundo darme cuenta de lo que está haciendo.

—Qué gran tipo —digo rápidamente—. Realmente tuviste suerte con él.

Ella sonrío.

—Lo sé. Creo que esta noche vamos a ver una banda local. ¿Quieren venir?

Lucas entra en la cocina. Sus ojos se encuentran con los míos, y cuando no aparta la mirada, siento que un escalofrío me recorre entera.

No recuerda lo de anoche.

—¿Qué problema con la ventana? —pregunta Lucas.

—Hola, buenos días, Lucas —dice Jen.

Lucas mira a Jen y sonrío, luego se inclina y le da un beso en la mejilla. Me pongo celosa al instante.

—Jen, ¿cómo estás? ¿Viniste a ver otra película con hombres sin camisa en la playa?

Ella sonrío.

—No, nada de eso, tengo planes con mi esposo. Por cierto, estaba invitando a Paige. Gene conoce al cantante principal de una banda. Es soltero, atractivo y estoy bastante segura de que te llevarías bien con él, Paige.

Eso hace que Lucas se detenga por un momento mientras mira a Jen, luego a mí, luego de nuevo a Jen.

—Me encantaría ir. Necesito salir por la noche, ha sido una eternidad.

Lucas abre el refrigerador y acomoda un paquete de seis cervezas. Luego saca una y la abre. Se apoya contra el mostrador y toma un trago. Trato de no mirarlo, pero puedo sentir sus ojos sobre mí. Rápidamente miro en su dirección.

Sí. Me está mirando.

—¿No bebiste lo suficiente anoche? —pregunto.

Él sonrío e instantáneamente siento que mis mejillas se calientan. Jen se aclara la garganta y se pone de pie.

—Voy a irme. Tengo que llegar a la oficina de correos antes de que cierren. Me alegro de verte de nuevo, Lucas.

—No tienes que irte por mí culpa, Jen —responde Lucas.

—Realmente tengo que ponerme en marcha —dice con una sonrisa que dice que sabe algo que nosotros no.

Frente a ella, le doy unos ojos suplicantes que le ruegan que no se vaya. Simplemente guiña un ojo, agarra su bolso y grita mientras se aleja—: Avísame si quieres que nos encontremos allí o que te recojamos, es en el bar de la calle Tercera. Empiezan a tocar a las ocho.

Cuando escucho cerrarse la puerta principal, respiro hondo y me doy la vuelta. Me dirijo al fregadero y comienzo a lavar los vasos.

—Lo siento si te desperté anoche cuando llegué a casa. Honestamente, ni siquiera recuerdo haber entrado.

La tristeza se apodera de mi cuerpo y estoy segura de que mis hombros se hunden un poco. Maldito sea todo al infierno. Lo último que quiero es que Lucas pensara que estoy molesta por algo.

—Ya estaba despierta. No manejaste borracho, ¿verdad? —pregunto, concentrándome en lavar los vasos. Me muevo lentamente y lavo uno de los vasos al menos cuatro veces antes de enjuagarlo.

—No, el amigo de Milo, Chuck, era el conductor designado. Nos trajo a todos a casa.

Asintiendo, enjuago el otro vaso y alcanzo el paño de cocina. Cuando miro a Lucas, él todavía me mira.

—Bueno, espero que lo hayas pasado bien.

El asiente.

—Estuvo bien, fue bueno pasar el rato con nuestros viejos amigos. A Bianca nunca le agradaron mucho mis amigos de JC.

Me obligo a sonreír.

—Me imagino que no tiene mucho en común con ellos.

Lucas no dice nada, pero la forma en que me mira me incomoda. Seco los vasos y me muevo alrededor de él para ponerlos en el gabinete.

El olor de su colonia llena el aire y me hace contener la respiración. Lo último que quiero hacer es olerlo. Incluso su estúpido olor hace que mi cuerpo duela por su toque.

—Si me disculpas, Lucas, tengo que ir a prepararme. Tengo una reunión con alguien.—

Se aparta de la encimera y me bloquea el camino. La forma en que me mira casi me hace sentir como si estuviera deseando que dijera algo.

—¿Necesitas algo? —pregunto, mirando a sus ojos verdes.

—Normalmente no regreso a casa borracho, para que lo sepas. No volverá a suceder.

Quiero preguntarle de qué parte está hablando específicamente. ¿De él regresando a casa después de beber o él viniendo hacia mí? ¿Quizás él masturbándose en la ducha y gritando mi nombre? Pero no pregunto nada de eso. Con un encogimiento de hombros, le doy una leve sonrisa.

—Lo que haces o dejas de hacer no es de mi incumbencia.

Asiente y luego sonrío.

—¿En serio no te desperté?

Trago saliva. El hecho de que no recordara lo que pasó entre nosotros duele más de lo que quiero admitir. Había tenido razón anoche. El sobrio Lucas no habría querido tocarme. O besarme. O devorarme en medio de la cocina de la casa que ambos poseemos.

Pero no parecía *tan* borracho. No lo suficientemente borracho como para no recordar. A menos que Jen tuviera razón. Lo estaba usando como excusa. Como no estaba mencionando lo que pasó, él iba a fingir que no recordaba.

—No, claro que no.

Por un momento, hubo algo en su expresión que me pareció diferente, algo en sus ojos. Pero desaparece tan rápido como llegó ahí.

—¿Has pensado en mi propuesta?

Dejo escapar un gemido de frustración y lo empujo. Mientras me dirijo a las escaleras, grito —: ¡No te voy a vender mi mitad!

Oreo corre escaleras arriba y entra en mi habitación. Cierro la puerta de golpe y camino hacia mi cama. Cuando me siento, respiro profunda y lentamente y luego lo suelto. Sacando mi teléfono de mi bolsillo, le envío un mensaje de texto a Jen.

Yo: No lo recuerdas, así que fingí.

Me preguntó si me había despertado cuando llegó a casa anoche.

Odio sentirme tan decepcionada por el hecho de que Lucas no había recordado nada. Jen

responde con un mensaje de texto casi de inmediato.

*Jen: Yo digo que es una excusa. Él lo recuerda.
Está jugando contigo, así que tienes que imponer tus reglas.*

Me dejo caer sobre la cama. Jen siempre ha sido una romántica empedernida. Sé que ha esperado que Lucas y yo volviéramos a estar juntos. Está más que claro que eso nunca va a suceder. Incluso si no quisiera admitirme a mí misma cuánto lo he deseado.

Y ya me estaba cansando de este juego.

¿Por qué William había hecho esto?

¿Nos quiso volver a reunir con expectativas poco realistas?

Lo único bueno que ha salido de esto era que Lucas ha roto con Bianca. No es que me hubiera beneficiado en absoluto. De acuerdo, anoche lo hice por un breve momento, pero necesito olvidar que algo había sucedido. Si Lucas no quiere admitirlo, yo tampoco lo hare.

Decido que de ahora en adelante intentare seguir adelante. Pongo mi pasado, incluido Lucas, exactamente en donde pertenece.

Capítulo 8 – Lucas

Milo se frota la nuca mientras me mira. No sé decir si está enojado o simplemente no está seguro de qué decir.

—¿Por qué fingiste no recordar lo que pasó?

Me río.

—Ella no iba a reconocerlo, así que ¿por qué debería hacerlo yo?

Entrecierra los ojos.

—Mira, *brother*, tú te acercaste a ella, fingiste estar borracho, luego actuaste como si nunca hubiera sucedido. Incluso para ti, eso es una tontería.

—Ella me dijo que me detuviera. Me detuve. Ella me rechazó. ¿De verdad crees que quiero que me eche eso en cara? Ambos sabemos que ella lo haría.

—¿A qué estás jugando? Este nunca fue tu *modus operandi*. ¿Y de verdad crees que Paige haría eso? Esa no es la chica que conocemos.

Sé que tiene razón, pero no quiero admitirlo, mucho menos a mí mismo.

—Bebí demasiado, ella estaba vestida con ese camisón casi transparente y yo simplemente no estaba pensando con claridad. Fue un error, un error que es mejor olvidar. Claramente, ella también se dio cuenta de eso. ¿Por qué ponernos a ambos en esa situación tan incómoda?

—Amigo, no bebiste tanto y le mentiste acerca de conducir a casa. Viniste en la camioneta de tu papá y te fuiste después de qué, ¿dos cervezas?

—No importa. Ella lo olvidará muy pronto.

Él asiente, dándome la razón.

—¿Tú puedes olvidarlo?

Me burlo.

—Estaba cachondo, eso es todo. No significó nada.

Odio la forma en que Milo me mira, como si pudiera ver mis verdades destellando en un letrero de neón sobre mi cabeza. Ese beso significó más de lo que esperaba. No había podido dormir anoche porque todo lo que seguía haciendo era reproducir la forma en que sus manos se deslizaron por mi pecho y mi cabello. La forma en que gimíó cuando pellizqué su pezón. La forma en que su calor se sentía contra mi polla dura.

Mierda. Mierda. Mierda.

Entonces el idiota se ríe.

—Amigo, si quieres mentirte a ti mismo, hazlo. Puede que no nos hayamos visto mucho en los últimos años, pero te conozco. Querías que sucediera *algo*.

Giro mi cuello, haciendo rotar algunos puntos donde la tensión se había estado acumulando. Él está en lo correcto. *De todo*. Yo quería que sucediera algo. En el momento en que vi a Paige en la cocina, vestida con ese puto camisón, el pelo recogido en coletas, mi polla se había endurecido.

—Bueno, es bueno que ella haya dicho que no, porque a mí se me fueron las luces por un momento. Necesito volver a meter la cabeza en el juego y encontrar la manera de conseguir que Paige me venda la mitad de la casa. De eso se trata todo esto. Quiero que ella me devuelva lo que es legítimamente mío.

—Ella nunca va a vender. Simplemente minimiza tus pérdidas, Lucas, ella no necesita el dinero y el hecho de que quieras vender la casa de tu abuelo me hace cuestionar cuánto has cambiado. Te encantaba ese lugar, hombre. Soñaste con criar a tu familia allí.

Resoplo—: Sí, con la mujer que actualmente posee la mitad. —Suspiro—. Y no tengo intenciones de venderla, pero estoy enojado. Nunca le haría eso al abuelo.

Él arquea una ceja.

—Arréglalo con ella, Lucas. Este no eres tú. Sabes cuánto significa esa casa para Paige, cuánto significó para William.

Echo un vistazo a la oficina de Milo y suspiro.

—Creo que voy a regresar a la casa. Si voy a encontrar una solución a este problema, necesito comenzar a buscar el maldito cofre del que hablaba el abuelo.

Milo tiene una mirada de decepción.

—Mañana iré a la casa. Paige necesita ayuda para pintar. Le dije que le haría un trato en el interior si me ayuda a hacer la mayor parte.

Trato de ignorar la chispa de los celos que corre por mi cuerpo.

—No necesitas ayudarla, yo puedo hacerlo. La ayudaré a pintar el interior de la casa.

Él simplemente asiente.

—Si es lo que quieres.

Me pongo de pie, me obligo a sonreír.

—Eso es lo que yo quiero.

Milo sigue mi ejemplo y se pone de pie.

—Ella ya no es tuya, Lucas, a menos que la reclames.

—¿Reclamarla? —pregunto con una risa, eso parece tan arcaico—. Espera un maldito minuto.

Miro al hombre que ha sido mi mejor amigo desde que teníamos la edad suficiente para darnos cuenta de que las chicas nos volvían un poco locos.

—¿Milo, estás interesado en Paige?

—Tal vez.

Él se encoge de hombros y a mí me dan ganas de partirle la crisma.

—¿Estás interesado en mi chica?

Esperando que se eche para atrás o me diga que está bromeando, cruzo los brazos sobre el pecho. No hace ninguna de esas cosas.

—Ella ya no es tuya, Lucas. A no ser que...

Deja que su voz se apague. Lo miro fijamente con una mirada dura. O está tratando de hacer un punto, o realmente está interesado en Paige. De cualquier manera, me cabrea.

—No necesitas ayudarla a pintar este fin de semana. Yo la ayudaré. Después de todo, es la mitad de *mi* casa. Y que no se te olviden las reglas, no vas detrás de la ex de tu amigo.

Él arquea una ceja y sonrío.

—Especialmente cuando el amigo todavía está muy interesado en dicha ex.

Me duele la mandíbula por lo fuerte que la sostengo. Salgo de su oficina, cerrando la puerta de su oficina detrás de mí. Odio que el imbécil tenga razón al cien por cien.

Todo lo que escucho mientras me alejo es su molesta carcajada a través de la puerta de su oficina.



En el momento en que entro a la casa, me detengo. Paige baja los escalones, Oreo, su nueva amiga, corre delante de ella.

Cierro la puerta y la miro. Me mira directamente a los ojos y sonrío.

—Hola.

—Hola —respondo, la rabia por las palabras de Milo aún es evidente en mi voz.

—Suenas molesto. ¿Todo bien?

—No, necesito encontrar ese maldito cofre y terminar con esta mierda.

Se detiene al pie de las escaleras, y no puedo evitar dejar que mis ojos recorran cada centímetro de ella. Su cabello castaño está recogido en un pulcro moño en la parte superior de su cabeza. Unos pocos mechones de su cabello castaño envuelven su hermoso rostro en suaves rizos. Su maquillaje es ligero, pero realza cada uno de sus rasgos. Sus labios están pintados de un rosa pálido y ansío besarlos. Mis ojos se demoran demasiado en esos labios. El recuerdo de mi boca sobre la de ella anoche me golpea con fuerza. ¿Por qué demonios ella está fingiendo que nada pasó? Cuanto más lo pienso, más me cabrea.

Aparto la mirada. Quizás ella no hubiera querido que sucediera. Dios sabe que yo sí quería. No podía llegar a la ducha lo suficientemente rápido y masturbarme, las imágenes de Paige encima de mí alimentaban mi liberación.

—¿Qué mierda? —pregunta.

Con un suspiro largo y prolongado, indico entre nosotros.

—Esto.

Una ceja se arquea perfectamente mientras repite la palabra en forma de pregunta.

—¿Esto?

—Sí, Paige. Esto. Tú y yo, viviendo bajo el mismo techo.

—Eso es tu culpa, Lucas. Tú eres el que se mudó aquí. Estoy perfectamente bien si quieres volver a Austin.

Siento que mi mandíbula se contrae mientras aprieto los puños por la frustración. Todo lo que quiero hacer es tirar de ella a mis brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. Eso la callaría.

—¿Vas a salir vestida así? —Me escucho ladrar. Había salido más duro de lo que pretendía.

Paige mira su vestido azul claro. Abraza su cuerpo de todas las formas correctas. Sus piernas tonificadas están rematadas con tacones negros. Para salir por la noche en Austin, habría sido perfecto, pero para salir por la noche en Johnson City, probablemente es más de lo que los chicos de aquí pueden soportar. Ella tendrá a los chicos mirándola toda la noche y esa idea me molesta muchísimo. No hay forma de que la deje salir con ese vestido.

—¿Qué pasa con lo que llevo puesto? —pregunta.

—Esto es Johnson City, Paige. No Austin.

Sus ojos se llenan de dolor. Me odio incluso por decir algo. Necesito suavizar mis palabras y decirle que se ve hermosa, porque es cierto, pero si sale con ese vestido, todos los hombres del maldito bar la estarán mirando.

—Bien —dice, volviéndose y subiendo los escalones.

—Paige, espera.

—No, tienes razón, Lucas. Debo cambiarme, Dios no lo quiera que parezca fuera de lugar. — Ella me da una sonrisa forzada por encima del hombro y comienza a retroceder.

—Maldita sea, ¿podrías esperar un segundo, Paige?

Sin prestarme atención, sigue caminando.

—¡Paige!

—Está bien, Lucas. Ya dejaste claro lo que piensas.

Subo corriendo los escalones tras ella.

—Estás preciosa. Solo quise decir, tal vez quieras bajarle dos rayitas.

Ella se vuelve hacia mí. Su rostro se contrae por la confusión.

—¿Me veo hermosa, qué tienes miedo de herir mis sentimientos y ahora estás tratando de hacerme sentir mejor? Bueno, por favor, no dejes que tu culpa te consuma.

—Eso no es lo que quise decir —digo, alcanzando su brazo.

—Déjame ir, Lucas. Necesito ir a vestirme con algo más informal.

Cierro mis ojos.

—Te dije que no lo decía de esa manera.

Ella tira de su brazo, tratando de alejarse de mí. La dejo ir, luego me paro frente a su puerta, impidiéndole entrar.

—Todo lo que quise decir es que todos los chicos del maldito bar van a estar babeando, Paige. ¿Es eso lo que quieres? ¿Un montón de hombres desnudándote con los ojos? Porque eso es lo que pasará si te presentas vestida así.

Paige levanta la barbilla.

—Quizá eso sea exactamente lo que quiero, Lucas. La atención de un hombre. Sus manos en mi cuerpo, haciéndome sentir cosas que no he sentido en mucho, mucho tiempo.

Mi cuerpo se calienta y doy un paso hacia ella. No podría haberme detenido si lo hubiera intentado. ¿Escucharla decir que quiere las manos de un hombre sobre ella, que no había sentido eso en mucho tiempo? Sí, esas palabras son mi kriptonita.

—¿Es eso lo que quieres, Paige, que un hombre te toque?

Traga saliva, pero mantiene su expresión vacía de nada.

—Y más que eso. Me vendría bien un buen orgasmo de un hombre que realmente quiera tocarme y lo recuerde al día siguiente.

Eso hace que se me revuelva el estómago y se me cae el corazón.

—¿Un hombre como... Milo?

Paige se encoge de hombros.

—Si él está interesado, sí.

Rabia, no, furia, corre por mis venas cuando doy otro paso hacia ella, haciéndola retroceder contra la pared opuesta a la puerta de su dormitorio.

—Estás jugando con fuego, Paige.

Ella suelta una risa sin humor.

—¿Cómo es eso? Soy una joven soltera que no ha tenido relaciones sexuales en mucho tiempo. Si quiero divertirme un poco, ¿por qué no debería hacerlo? Los hombres pueden tener aventuras de una noche, ¿por qué no puede una mujer?

—Te olvidaste de atractiva.

—¿Qué? —Sus cejas se tensan.

—Eres una mujer soltera, joven y muy atractiva.

Su boca se abre para decir algo, luego la cierra rápidamente.

—Entonces, quieres una aventura de una noche.

—Tal vez —dice en voz baja.

—¿Alguien en particular, quizás Milo, mi mejor amigo?

—¿Tu antiguo mejor amigo del *bachillerato*? ¿Existe algún tipo de ley en contra de eso?

—De hecho, sí, la hay.

Ella suelta una carcajada y va a empujarme cuando la aprieto contra la pared con mis brazos.

Mis ojos buscan su rostro y se posan en su boca, y presiona esos deliciosos labios en una línea apretada.

—¿Quieres que te toque, Paige, que te de ese orgasmo tan esperado?

—¿Q-qué?

—Es una pregunta simple. Y la respuesta te involucra a ti, a mí y a un orgasmo... o tres. Puedo ayudarte con eso, ya sabes.

Sus ojos brillan con algo que no había visto en mucho tiempo. Determinación. Pura jodida determinación. No estoy seguro de qué demonios está decidida a conseguir, e instantáneamente me preocupo de que la esté alejando.

—Por favor, muévete, Lucas, necesito cambiarme. Como señalaste, no estoy vestida apropiadamente.

Mis ojos se posan en el área expuesta de sus senos. Su cuerpo ha tenido el papel principal en varios de mis sueños húmedos a lo largo de los años. Incluso cuando estaba con Bianca, frecuentemente era Paige. Un hecho que en ese momento me había llenado de culpa. Soñar con otra mujer cuando una dormía a tu lado era una verdadera gilipollez. Pero no podía olvidar a esta mujer por mucho que lo intentara.

Respiro rápido mientras paso mi dedo por el borde de su vestido, tocando ligeramente su piel. La respiración de Paige también se detiene con el toque.

—¿También me escuchaste decir que te ves hermosa?

Sus ojos ven como mis dedos se mueven sobre su piel, y eso hace que mi polla se endurezca. Me voy a ir derecho al infierno, esta mujer siempre puede hacer que mi polla se solidifique como una roca con sólo tocarla. Es una de las cosas más calientes que jamás he experimentado con una mujer. Muevo mi mano por el costado de su vestido, sintiendo cada curva de su cuerpo hasta que toco la piel desnuda de su pierna.

Paige abre la boca y suelta una voz temblorosa cuando pregunta—: ¿Qué estás haciendo, Lucas?

—Sé lo que te gusta, sé cómo hacerte correr en segundos. ¿Lo recuerdas?

Su lengua sale para lamer sus labios. Mi mano se mueve debajo de su vestido y me encanta poder sentir su cuerpo temblar. Me encanta aún más que ella no me esté alejando.

—¿Estás borracho de nuevo, Lucas?

Si ella supiera lo que me está nublando ahora mismo el entendimiento...

—No, estoy muy sobrio.

Le subo el vestido y miro hacia abajo para ver que lleva bragas negras de encaje. Gimo. Apuesto mi mitad de la casa que es un tanga.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Paige, desde que un hombre te hizo correr?

Antes de que tenga la oportunidad de responder, me acerco y deslizo mi mano en sus bragas. Cuando toma aliento, los recuerdos de la primera vez que la hice correrse con mi mano inundan mi mente. Los dulces gemidos que salieron de sus labios mientras bombeaba mis dedos dentro de ella. La forma en que pasó sus dedos por mi cabello, rogándome que la rematara. Casi había volado mi carga en mis pantalones cuando finalmente se dejó caer por el borde. Ver a Paige tener un orgasmo ha sido una de mis cosas favoritas de todos los tiempos.

Ni siquiera tengo que tocarla para saber que está empapada. Prácticamente puedo oler su excitación.

Bajo la cabeza, entierro la cara en su cuello y levanto su pierna, luego deslizo un dedo dentro de ella. Cuando ella gime, dejo escapar un gruñido primitivo. No hay forma de que ningún otro hombre la toque esta noche.

Paige Miller es mía.

Ella siempre será mía.

Me muevo lentamente al principio, luego deslizo otro dedo dentro de ella.

—Lucas —jadea, sacudiendo sus caderas, rogándome en silencio por más mientras se agarra a

mi camisa para estabilizarse.

Retrocediendo, sonrío cuando veo su cabeza apoyada contra la pared, una ligera O se forma en sus labios, sus ojos cerrados con fuerza.

—¿Quieres más, nena? Dime que quieres más. ¿Quieres que me detenga esta vez?

Sus ojos se abren y nuestras miradas se encuentran. Abre la boca para hablar y luego la cierra rápidamente. Sus manos van a mi pecho y me empuja con fuerza. Una expresión de pura ira se apodera de su rostro.

—Maldito idiota. ¡Te acuerdas de lo de anoche!

La miro sin decir una palabra.

—Anoche. Me tocaste, me besaste. Lo recuerdas, ¿no?

Frotando la parte de atrás de mi cuello, miro hacia otro lado, tratando de averiguar cómo explicarlo.

—¿Por qué actuaste como si no lo recordaras? —pregunta mientras se baja el vestido.

—¿Por qué actuaste como si no te importara? —respondo.

Se ve cabreadísima, aquí va a arder Troya.

—¡Te pregunté primero!

—Yo... no quería hacerte sentir incómoda.

Sus ojos se vuelven negros como la noche.

Claramente, esa no ha sido la respuesta correcta.

Capítulo 9 – Paige

Me quedo allí, mirándolo. Nunca he estado tan enojada en toda mi vida.

—¿No querías hacerme sentir incómoda? ¿Haces eso a menudo, Lucas? ¿Manosear a una mujer y luego finges que no te acuerdas?

Deja escapar una risa ronca.

—No seas tonta. Estuve con Bianca durante...

Deja de hablar cuando me ve respirar lento.

¡Estúpida, estúpida, estúpida! Dejé que me lo volviera a hacer. Esta vez lo dejé ir más lejos y Dios sabe hasta dónde habría llegado.

—No puedo creer lo estúpida que soy —murmuro.

—¿Qué, por qué dices eso? —Honestamente, parece confundido.

—No me desees, Lucas. Todo lo que quieres es esta casa y no te detendrás ante nada para que eso suceda.

Sacude la cabeza, mirándome con expresión perpleja.

—¿Ese es tu plan de juego? ¿Conseguir que me vuelva a enamorarme de ti para que puedas convencerme de venderte mi mitad?

—Paige. —Me mira como si hubiera perdido la razón, tal vez lo he hecho. Cuando se trata de este hombre, no estoy segura de qué camino va hacia arriba y qué camino va hacia abajo y no necesito que lo use para su ventaja.

Empujándolo en el pecho, camino hacia él, haciéndolo caminar hacia atrás.

—A partir de este momento, no me vuelves a tocar. No quiero que hagas ningún comentario sobre mi ropa, cómo estoy vestida, con quién salgo, nada. Nada de esto es asunto tuyo, si quiero tener una aventura de una noche, tendré una. Y no me importa una mierda si es con uno de tus amigos o no. No te pertenezco. Te aseguraste de eso cuando rompiste conmigo y te alejaste como si nuestra relación no tuviera la menor importancia. Ahora, si me disculpas, voy tarde.

Dándome la vuelta, bajo los escalones. Puedo sentir sus ojos, y me toma más fuerza de voluntad de la que sé que tengo para seguir y poner un pie delante del otro.

Cuando llego a la puerta principal, su voz me detiene en seco.

—Lo siento.

Respiro temblorosamente. No estoy segura de querer saber de qué se arrepiente. Si me dice que tocarme así había sido una estrategia, no estoy segura de lo que haría. Mi ego había estado tomando tiros de este hombre durante los últimos días, y no estoy segura de cuánto más podría tomar.

—Nunca me aprovecharía de ti así, Paige. Pensé que me conocías.

Con una rápida mirada hacia atrás por encima del hombro, suelto una risa sin humor.

—Dejé de saber quién eras hace mucho tiempo, Lucas.

Una vez que abro la puerta principal y salgo, la cierro de golpe. Mi corazón se acelera y el intenso latido entre mis piernas no se ha aliviado con mi ira.

—¡Maldito sea! —Murmuro mientras me dirijo a mi carro y me deslizo dentro. Saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto a Jen.

Yo: ¿Qué llevas puesto?

No tarda en responder con una foto de ella llevando un vestido corto. No se ve tan diferente al mío, y ella también se ha puesto tacones. Miro de nuevo a la casa.

*Jen: Tenía ganas de vestirme un poco sexy.
Esperando que Gene decida aprovecharse de mí esta noche.*

Eso me hace sonreír.

Yo: Lucas recuerda lo de anoche.

Suena mi teléfono y el nombre de Jen aparece en la pantalla.

—Hola —digo, todavía sentada en mi carro estacionado en la entrada.

—¡Lo sabía! Te dije que lo recordaba, te apuesto lo que sea a que no estaba tan borracho. ¿Como lo descubriste?

Mordiéndome el labio, respondo—: Bueno, es una larga historia. Digamos que iba a repetirse y se le resbaló cuando me dijo que no lo detuviera esta vez. Honestamente, creo que me resbalé primero.

—Santo cielo. ¿Te volvió a besar?

Arrugo mi rostro.

—Bueno...

—¡Te tocó el pezón de nuevo!

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué pasó?

Dejando caer mi cabeza en el volante, suspiro.

—Dios, cuando se trata de este hombre, soy débil. Muy débil.

—¡Oh, Dios mío, dime que te acostaste con él!

—¿Qué? ¡No!

—Está bien, bueno, estoy esperando, y voy a suponer que esto no es algo de lo que podamos hablar en el bar.

Riendo tristemente, apoyo la cabeza contra el reposacabezas.

—No. Ni siquiera recuerdo cómo llegamos al tema de que posiblemente tendría una aventura de una noche, pero dije algo sobre la necesidad de un toque de un hombre. De alguna manera, el pobre Milo se vio arrastrado a la conversación y, antes de que me diera cuenta, su mano estaba en mis bragas, mi pierna se levantó y estaba en camino de darme lo que sé que habría sido un orgasmo alucinante.

El silencio llena la línea.

—¿Jen?

—Estoy aquí. Tuve que entrar a mi baño. Gene está en el dormitorio y no quiero desmayarme frente a él. Vaya. Está bien, realmente lo están persiguiendo. ¿Dejaste que te tocara, Paige?

Arrugo la nariz. De alguna manera, escucharla decir eso me hace sentir sucia.

—¡Te lo dije! Soy débil. Hablaba de manera tan seductora, y me di cuenta de que la idea de que yo me acostara con Milo lo pone como loco. Todo pasó. Creo que el vestido tiene la culpa.

—¿El azul claro que te dije que te pusieras?

—Sí. Me dijo que iba muy emperifollada.

Ella suelta una carcajada.

—Te dijo eso porque sabía que todos los hombres en el bar te estarían mirando y eso no lo hizo muy feliz.

Enciendo el carro y espero a que se conecte el Bluetooth antes de conducir por el camino de entrada y salir a la carretera del condado.

—Me está confundiendo, Jen. Un minuto actúa como si no me soportara, al siguiente me dice que sabe cómo me gusta cómo me toquen.

Un fuerte jadeo llega a través de los altavoces.

—¡Bastardo! Necesitamos averiguar qué mierda quiere.

Mi corazón se siente como si dejara de latir. Un juego. Eso fue todo lo que fue. Lucas quería que me fuera de la casa de su abuelo y parece que haría cualquier cosa para que sucediera.

Doy la vuelta al carro y me dirijo de regreso a la casa.

—He cambiado de opinión, Jen. No voy a ir esta noche.

—¡Qué! ¿Por qué no? ¿Vas a volver a patearle el trasero? Por favor, dime que no vas a volver con la esperanza de acabar con ese orgasmo.

Con una risa frustrada, digo—: Necesito averiguar qué quiso decir William que es lo que tenemos que encontrar en la casa. Sabes lo mucho que significa para mí y no quiero perderlo. No voy a averiguar nada sentándome en un bar.

—Paige, también necesitas tener una vida.

Me burlo.

—Lo haré, una vez que todo esto esté arreglado. Escucha, diviértete esta noche y lo siento. Para ser honesta no estoy de humor para eso de todos modos.

Jen suspira.

—Yo podría darle unas cuantas si eso es lo que quieres.

Retrocedo por el camino de entrada. Una vez que llego a la casa, frunzo el ceño al ver una luz que viene de detrás de la casa.

—Diviértete esta noche y espero que tengas suerte con Gene.

Ella suelta una carcajada.

—Créeme, lo haré cuando vea lo bien que se ven mis tetas con este vestido.

—Al menos una de nosotras se divertirá esta noche.

Jen suspira una vez más.

—Aún podrías venir. Guarda la búsqueda del tesoro para mañana.

Subiendo los escalones de la entrada, abro la puerta.

—Hablamos mañana.

—Bueno. Buena suerte esta noche y recuerda, mantente alejada de él.

Con un asentimiento firme, respondo—: Considéralo hecho.

Aunque cada palabra de eso sea una mentira.

Oreo se sienta al pie de los escalones y me mira mientras yo cierro la puerta principal. Entonces ella maúlla.

—Oh, claro, como si supieras que volvería.

Subo corriendo los escalones y espero junto a la puerta de mi dormitorio.

Después de cambiarme y ponerme un chándal holgado y una camiseta de gran tamaño, me recojo el cabello en una cola de caballo y me pongo mis tenis deportivos.

—Vamos a ver qué está haciendo, Oreo.

Con una linterna y mi teléfono en la mano, atravieso la casa y salgo por la puerta trasera. A través de los árboles puedo ver mejor la luz. Lucas está en el viejo invernadero.

Todavía tengo que explorar ese desorden. Principalmente porque el recuerdo de Lucas y yo parados allí hace años, hablando de casarnos, me hace doler la cabeza y el corazón.

Mientras recorro el camino, recuerdo la carta de William.

Te doy esta casa para que encuentres las respuestas. Sin embargo, no puede encontrar las respuestas sin la llave.

Una cosa es obvia. William quería que Lucas y yo estuviéramos juntos en esta casa y quería que buscáramos algo en lo que encajara una estúpida llave.

El camino se abre y puedo ver el invernadero. La luz que brilla en el interior proyecta el brillo más hermoso en los árboles. Me deja sin aliento.

Camino hacia la puerta de vidrio y silenciosamente intento abrirla. Fallo. Un fuerte crujido hace que Lucas se vuelva y me mira.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que habías salido —espeta.

—Resulta que alguien se encargó de echar a perder mi humor. Pensé que volvería a la casa y empezaría a buscar este cofre o lo que sea. ¿Por qué estás tú aquí?

Lucas me mira fijamente durante mucho tiempo. Parece en conflicto por algo. Tal vez había estado tramando algo y lo había pillado in fraganti. O tal vez había estado esperando tener el lugar para él solo.

—Está bien, está bien —digo—. Puedes seguir adelante y quedarte aquí solo, yo regresaré a la casa.

—No, espera. No te vayas.

Lucas acorta la distancia entre nosotros y me entrega una vieja libretita de cuero.

—Encontré esto en la habitación del abuelo. En realidad, en el armario que era de la abuela. Oreo estaba sentado en una vieja cómoda en la habitación y tiró algo de la parte de atrás. Cuando lo moví, encontré esto.

Paso los dedos por el cuero de la portada. El nombre de la abuela de Lucas está grabado en el cuero.

May.

—¿Esto era de May? —pregunto, encontrando su mirada.

—Sí, eso creo.

—¿Aún no lo has abierto?

Sacude la cabeza—. Después de leer las primeras palabras de su diario, decidí venir aquí y leerlo.—

Abro el libro y leo la primera página, entendiendo por qué necesita estar en el invernadero cuando leo la primera línea.

Esta noche me senté en la casa de cristal, sola en mis pensamientos.

No estoy segura de cómo podré perdonarlo alguna vez, pero sé que debo hacerlo.

Sé que lo haré, porque lo amo tanto. Me ha herido más allá de todo lo que podría imaginar.

Mi corazón se siente como si fuera a dejar de latir por completo.

Todo lo que quería era que compartiéramos esto.

Para que sea nuestro. De los dos, y él me lo quitó.

Mi cabeza se levanta bruscamente.

—¿May escribió esto?

Él se encoge de hombros antes de contestar—: Es su diario, así que creo que sí.

Niego con la cabeza en confusión.

—¿De quién está hablando? ¿William?

—Creo que sí. Por la fecha del diario, tendría veintiséis años cuando lo escribió.

Mirando hacia abajo, paso el dedo por la fecha.

—¿Y estaba en su armario?

Asiente.

—El abuelo nunca se quiso deshacer de sus cosas, todo se ve exactamente como era cuando ella murió.

Me duele el corazón.

—¿Quieres que lea más en voz alta?

—Casi tengo miedo. ¿Y si mi abuelo engañaba a la abuela? No estoy seguro de cómo me sentiría al respecto.

Trago saliva y paso la página. La escritura continua.

*El bebé cumpliría su primer año hoy.
Mi corazón todavía sufre el dolor de ese terrible día.
El día que Dios me quitó a mi bebé.
Mi ira hacia él está disminuyendo lentamente.
Quizás William y yo tengamos otro bebé. Nuestro bebé, para compartir.*

Mis ojos se levantan hacia Lucas. Él se había dado la vuelta y está mirando alrededor del invernadero.

—Creo que está hablando de Dios.

Se da la vuelta.

—¿Qué?

—May, ella perdió un bebé, supongo, después de tener a tu padre. Ella está hablando de perdonar a Dios, no a William.

El alivio inunda el rostro de Lucas y cierra los ojos.

—Eso realmente hubiera apestado si el abuelo hubiera resultado ser un idiota.

Sonríole levemente, luego camino más hacia el invernadero.

—Es tal como lo recuerdo.

Una sonrisa se extiende por su rostro.

—¿Recuerdas el té de la tarde aquí con la abuela?

—¡Sí! —digo con una ligera risa—. Me encantaba el té de la tarde y tú lo odiabas.

—Yo tenía dieciséis años en ese momento. ¿Qué chico de dieciséis años quiere sentarse en un invernadero con su abuela y su novia y tomar té?

—¿Qué más querías hacer? —pregunto mientras paso mi dedo por una de las ventanas de vidrio.

—Estoy seguro de que probablemente sepas lo que quería hacer, Paige.

El calor se apodera de mis mejillas y rápidamente aparto la mirada. Caminamos en silencio alrededor del invernadero. No estoy segura de lo que estamos buscando, pero no hay nada aquí. Está vacío salvo por una silla y una pequeña mesa que están en el medio de la enorme cristalera.

Cuando me acerco a una de las ventanas, la abro y sonrío mientras la fresca brisa nocturna me golpea en la cara. El otoño finalmente llegó, mi época favorita del año. Y aunque no veremos temperaturas más frías hasta dentro de uno o dos meses, todavía me encanta esta temporada. Me recuerda a estar sentada en las gradas, viendo a Lucas y sus amigos jugar al fútbol. Sentados alrededor de una fogata mientras todos bebíamos alcohol que habíamos sacado de contrabando de las casas de nuestros padres.

El calor recorre mi cuerpo mientras respiro lenta y profundamente y lo dejo salir. Este lugar es uno de esos en donde pensé que todos mis sueños se harían realidad. Ahora, no estoy segura de lo que representa porque mi vida y mi corazón están en completa confusión.

Abro los ojos y veo el reflejo de la silla en la ventana.

—Dijimos que nos casaríamos aquí —digo, casi en un susurro, pero lo suficientemente alto para que Lucas lo oyera—. Solo tú y yo con nuestras familias.

Cuando no dice nada, me vuelvo para mirarlo. Está al final del invernadero, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la oscuridad más allá de las ventanas de vidrio.

¿Tiene idea de lo mucho que yo había querido casarme con él?

¿Cuánto lo había amado realmente?

Mirando hacia el suelo, me obligo a no dejar que las lágrimas broten.

Cuánto lo sigo amando.

Capítulo 10 – Lucas

Sus palabras resuenan en mi cabeza, golpeando de lado a lado, formando instantáneamente un remolino que duele o tal vez está tratando de asumir el dolor que siente mi pecho cuando menciona el sueño que una vez compartimos.

Quiero girarme y enfrentarla. Puedo sentir sus ojos sobre mí. Demonios, estoy casi seguro de que puedo escuchar los latidos de su corazón. O tal vez son los míos.

—Voy a ver si Milo conoce a alguien que pueda echar un vistazo al invernadero y asegurarse de que aún sea seguro —digo haciendo todo lo posible por cambiar de tema.

—¿Crees que la estructura es inestable?

Con un encogimiento de hombros, finalmente la miro. Ha sido una tontería no reconocer su comentario sobre la boda, pero no me atrevía a admitir lo mucho que me había equivocado.

—La maldita cosa tiene más de cien años. Hay que revisarlo.

Paige aprieta los labios con fuerza, luego asiente. Se acerca a la silla en la que mi abuela se había sentado tantas veces. Su mano traza el dorso.

—Podría ser un hermoso invernadero de nuevo o una oficina.

Eso me llama la atención.

—¿Una oficina para quién?

Cuando sus suaves ojos café se encuentran con los míos, trato de no quedarme sin aliento. Dios, ella es impresionante. La luna había salido y arroja la cantidad perfecta de luz al invernadero. La linterna también se suma a su brillo. Necesito apartar la mirada, o la urgencia de cruzar el lugar y besarla ganaría todos los sentidos.

—Olvidalo, estaba pensando en voz alta.

Asiento.

—¿Paige, cómo te vas a mantener si no trabajas?

Ella sonrío.

—Si crees que no podré pagar los impuestos, estás equivocado. Tengo una buena cantidad en mis ahorros. Vivo una vida sencilla, así que guardé mucho dinero y lo invertí desde el principio.

Las comisuras de mi boca se elevan ligeramente. Paige no se parece en nada a Bianca, y sé que por eso incluso yo había mostrado interés en Bianca en primer lugar, para dejar de pensar en lo que había perdido. No me recordaba a la chica dulce y con los pies en la tierra de la que me había enamorado a tan temprana edad. Bianca también era alguien con quien nunca desearía casarme. Jamás. ¿Cómo podría hacerlo cuando le había dado mi corazón a la mujer que compartía el aire a mi alrededor en este mismo momento?

—No me sorprende. Siempre fuiste alguien a quien le gusta ahorrar —respondo con un guiño.

Quiero preguntarle si todavía tiene la cuenta en su banco correspondiente a su boda. La abrió cuando tenía doce años y les informó a sus padres que era el dinero del fondo de su boda. Quiero preguntar, pero no lo hago. Lo más probable es que lo haya usado para la universidad o para viajar.

Paige patea a la nada en el suelo, luego me mira.

—Tuve una reunión hoy con Virgil, del banco, hay un pequeño local en la carretera. Estaba pensando en abrir una florería.

Esta vez sonrío. Una sonrisa sincera y siento que mi pecho se llena un poco de orgullo.

—Siempre te gustaron las flores, como tu mamá. Hablaste de ser dueña de una florería.

—Siempre ha sido el plan a largo plazo, aprender el mundo empresarial y luego volver a instalarme aquí. —Su voz se va apagando hacia el final.

Eso se siente como una patada en el estómago.

No le había dado a Paige la oportunidad de decirme qué quería en esta vida.

Me había concentrado en lo que yo quería.

Una vez que rompí con Paige, la idea de regresar a Johnson City se convirtió en un recuerdo lejano. Cada viaje que hacía con Bianca me hacía sentir mucho más idiota. La mujer a la que había amado, con la que planeaba pasar el resto de mi vida, me había pedido que siguiera su plan, nada más por un tiempo, y no lo hice.

¿Cómo ella debió sentirse al saber que viajé por todo el mundo con otra mujer, viviendo en Austin, tan cerca de ella?

La había visto de vez en cuando y siempre a escondidas. La miraba, riendo con un amigo en algún restaurante, tratando de elegir el melón perfecto en el mercado de la calle Seis. De lejos, estudiaba cada uno de sus movimientos. Me preguntaba si era feliz, con quién estaba saliendo, si había encontrado el amor de nuevo. Todo el tiempo viví una vida que desprecié. Una vida que no la incluía a ella y me destrozó.

—¿Vas a alquilar o comprar el espacio?

—Bueno, tengo cualquiera de las dos opciones. En cuanto a la inversión a largo plazo, sería inteligente comprarlo.

—Estoy de acuerdo.

Ella me da una débil sonrisa.

—Voy a hablar con mi papá y Tom al respecto. Entonces tal vez Carl pueda ir y me diga lo que se necesitaría para renovar y rehacer el frente de la tienda. Milo dijo que ayudaría con la pintura, para mantener bajos los costos.

La ira vuelve a hervir contra Milo y su *brocha* de mierda, pero trato de ocultarla. El sonido de su nombre en sus labios me vuelve loco siempre. Sé a ciencia cierta que ninguno de los dos está interesado el uno en el otro, pero aun así me hierva la sangre.

—Paige, lamento lo de antes. No debería haber...

Ella levanta una mano.

—Por favor, ¿podemos olvidar que sucedió?

Demonios, no, nunca olvidaré su deseo por mí porque era por mí. No por Milo o algún otro chico con el que hubiera querido ligar. Fue enteramente por mí, incluso si ella no quería admitirlo. La hice sentir de esa manera, gemir de esa manera...

—¿Arruiné tu noche?

Ella me da una sonrisa sexy.

—Sí, eso hiciste.

Me froto con la mano la parte de atrás del cuello.

—Lo siento.

—Eso dijiste. Ahora, tenemos que averiguar por qué William quería que estuviéramos juntos en esta casa. ¿Qué quería que encontráramos?

Paige se sienta en la vieja silla con un suspiro de frustración.

—No creo que estuviera tratando de jugar a casamentero. Es algo más. —Continúa, recostándose en la silla en profunda meditación. Es entonces cuando lo veo. ¿Un papel que sobresale del fondo de la silla, tal vez?

—Hay algo en la silla.

Con un grito, se pone de pie de un salto. Paige corre y salta a mis brazos. Me asusta tanto con

sus movimientos repentinos que no tengo tiempo de reír.

—¡Quítamelo de encima! —grita, sacudiendo su cabello y gritando como una loca.

—¡Paige, no quise decir un insecto! —le explico, tratando de no doblarme de la risa, poniéndola de pie—. Quise decir que hay algo que sobresale de la silla, como un papel.

Ella deja de saltar. Es adorable verla lanzar sus manos en el aire y golpear insectos que ni siquiera están allí. La forma en que su cola de caballo se balancea inspira asombrosos pensamientos sucios.

—Dios, casi me da un infarto —dice.

—Para que lo sepas, no es así como quiero ganar tu mitad de la casa.

Me gruñe y luego mira hacia la silla. Levanto el cojín del asiento y tiro suavemente del papel que sobresale.

—¿Qué es? —Paige pregunta, golpeándome en el costado de mi brazo. Ella siempre ha sido impaciente.

Dándole una mirada que le dice que se calme, la desdoble con cuidado y la leo en voz alta.

*¿M, me harías el honor de cenar conmigo?
Tengo una pregunta muy importante que hacerte.
Sinceramente tuyo,
William.*

Paige y yo levantamos la mirada del papel y nos miramos. Ambos sonreímos.

—¿Qué crees que le preguntó a May, que se casara con él? —Paige pregunta.

—No lo sé. La fecha de la nota no tiene mucho sentido. No pensé que estuvieran comprometidos tanto tiempo.

Vuelvo a mirar el papel y luego a la silla.

—Tenemos que quitar ese cojín.

—Arruinarás la silla, Lucas.

Sin prestarle atención, me inclino y tiro de la parte inferior de la silla.

—¡Lucas! —protesta, pero se detiene cuando se desprende y revela un pequeño cofre.

—¿Es *ese* el cofre? —susurra.

Niego con la cabeza mientras lo alcanzo.

—No, el cofre que estamos buscando tiene un candado. ¿Recuerdas la llave?

—Así es —dice, acercándose y tocando suavemente el cofre—. ¿Qué es esto?

—¿Quizás un joyero? —digo, girando lentamente el pestillo y abriendo la caja.

—Está vacío —murmura con decepción en su voz.

Con una amplia sonrisa, levanto la pequeña pestaña que sobresale en el interior de la caja y revela otro papel doblado.

—¡Es otra carta! —Paige grita directamente en mi oreja.

Sacudiendo la cabeza, la miro.

—Sí, y ahora he perdido toda la audición en ese oído, así que gracias.

Ella me mira con los ojos entrecerrados.

—¡Ábrela, Lucas, mira lo que dice antes de que te haga más daño!

Le entrego la pequeña caja y desdoble el papel. Es viejo y quebradizo.

*Mi querida M
Has salvado para siempre mi alma rota.
Fuiste traída a mi vida cuando pensé que toda esperanza estaba perdida.*

*Te doy este invernadero para que hagas lo que quieras.
Es mi regalo de bodas.
Sinceramente tuyo,
William*

Una mirada rápida a Paige, y no puedo evitar sonreír y negar con la cabeza.

—Mi viejo era un romántico.

—Sigue leyendo.

Cuando vuelvo a mirar el papel, mi sonrisa se desvanece y se me forma un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa? —Paige pregunta.

—La fecha es incorrecta.

—¿Qué quieres decir con que la fecha es incorrecta?

—La fecha de la boda. Es antes de la boda del abuelo y la abuela.

—Tal vez cambiaron la fecha, se casaron más tarde de lo que habían planeado.

Me encojo de hombros.

—Tal vez. Sin embargo, eso es extraño. Se casaron casi un año después de la fecha de esta carta.

Me invade una extraña sensación. Una inquietud a la que no estoy seguro de cómo responder. Siento como si me hubiera topado con un secreto, uno que se supone que no debo encontrar.

—¿Lucas, está todo bien?

Miro a Paige.

—Sí, está bien. Tal vez sea como dijiste, solo tuvieron un compromiso prolongado. Pero el abuelo solía hablar de su prisa por casarse porque no podían esperar.

Paige se muerde el labio y sé que estamos pensando lo mismo. El abuelo siempre había dicho que su relación con la abuela había sido un torbellino. Se casaron rápidamente, por razones que escaparon a su control.

—¿Estás pensando lo que estoy pensando? Sobre las historias de su...

—¿Romance tormentoso, la rápida boda?

Paige no responde; simplemente mira la caja, luego vuelve sus ojos a los míos.

Con un suspiro, digo—: Tenemos que encontrar ese maldito cofre, ahora mismo.

Capítulo 11 – Paige

Lucas sale corriendo del invernadero y por el camino, de regreso a la casa.

—¡Lucas, espera! ¿A dónde vas? —grito mientras intento seguirlo sin tropezar con una piedra o un palo.

—Al ático. Tiene que estar en el ático. No está en ninguna parte de su habitación; he estado mirando —grita Lucas.

Una vez que regresamos a la casa, corro hacia adelante y me paro frente a él, impidiéndole subir las escaleras.

—Detente un segundo, por favor.

—¿Por qué? Supuse que estás lista para terminar con todo esto. La única forma de obtener respuestas es encontrar el cofre.

Camino dos pasos hacia atrás, luego pongo mis manos sobre sus hombros para evitar que se mueva.

—Tratar de buscar en el ático en la oscuridad no va a ayudar. Tenemos que hacerlo por la mañana.

Sacude la cabeza.

—Lo que necesitamos es...

—Cálmate. Lucas, estas cartas fueron escritas antes de que tu abuela y tu abuelo estuvieran juntos. Estás leyendo sobre esto y haciéndote ideas equivocadas sobre su relación. Toma un respiro y piensa por un momento.

Baja la mirada al suelo y suspira.

—Simplemente no entiendo lo que está pasando. ¿Qué quiere que encontremos, Paige? ¿Y tiene algo que ver con nosotros?

—¡Tiene que! ¿Por qué *nos* daría a los dos esta casa? No podemos pensarlo demasiado. Ellos tuvieron un compromiso largo o tal vez terminaron por un tiempo. Tal vez se casaron, y eso es todo lo que importa al final.

Sus ojos se vuelven a levantar.

—¿Se separaron?

—No lo sé. Pero sabemos que se casaron, eran felices, así que tomemos un momento y no nos asustemos. Encontraremos las respuestas, Lucas. Sé que lo haremos.

Él asiente.

—Tienes razón. Supongo que sentí, diablos, ya no sé lo que siento.

Aprieto sus hombros.

—Lo resolveremos, Lucas. A primera hora de la mañana podemos revisar el ático.

—Esto sería mucho más fácil si me vendieras tu mitad.

Niego con la cabeza y luego cruzo los brazos sobre el pecho.

—Estás malgastando el aliento, Lucas. ¿Por qué estás listo para vender esta casa? ¿A qué le temes? Te conozco lo suficientemente bien como para saber que el dinero no puede ser la fuerza impulsora detrás de por qué quieres...

Mi voz se va apagando, luego mis ojos se abren.

Lucas me mira directamente, y puedo ver la verdad, amenazando con derramarse.

—¿Estás haciendo esto porque todavía estás enojado conmigo?

Él desvía la mirada.

—Tienes razón. Necesitamos retomar esto por la mañana. Estoy exhausto y listo para acostarme.

Se vuelve para irse, pero lo agarro del brazo.

—Lucas, por favor dime que no vas a vender la casa de tu familia como una forma de castigarme y deshacerte de la culpa por dejarme.

Cuando no responde, tengo mi respuesta. Me tapo la boca con la mano y casi tropiezo con los escalones.

—¿Serías tan cruel, tan insensible como para vender este lugar porque sabes cuánto lo amo?

—Es tarde, Paige. Estoy cansado y ahora probablemente no sea el momento adecuado para hablar de esto.

Dejo escapar una risa áspera.

—Tú rompiste conmigo. Tú fuiste el que me dejó ahí parada mientras te volviste de espaldas y te marchabas. ¡Te alejaste de nosotros! No fue al revés.

Él parece enojado. *Muy* enojado, pero no tengo la sensación de que sea conmigo. Más consigo mismo porque sabe que yo tengo la razón. Trago saliva mientras doy un paso atrás, subo otro escalón.

Debería haberme detenido, pero cuanto más lo pienso, más enfadada me pongo.

—¡Si alguien debería estar cabreado, debería ser yo!

Él se ríe.

—Ilumíname sobre tu razonamiento, Paige.

El calor hace vibrar mi cuerpo. *Este hombre es imposible.*

—No querías viajar, ¿recuerdas?

Su rostro se pone blanco como un fantasma.

—Necesitabas estar aquí, en Texas. Con tu papá y William, ayudándolos con el negocio. Creo que esas fueron las palabras que usaste cuando te dije que quería estudiar negocios internacionales. Viajar y conocer el mundo un poco antes de que nos estableciéramos. No te estaba pidiendo que lo hicieras para siempre. El tiempo suficiente para aprender sobre el mundo empresarial y poder seguir mi sueño de abrir la florería, aquí mismo en Johnson City. Ni siquiera me diste la oportunidad de contarte todos los detalles de mi plan. Todo lo que escuchaste fue que quería dejarte. Estabas estúpidamente celoso y no confiabas en mí. ¿Sabes lo que fue para mí escuchar a tu mamá o a William hablar de ti cuando volvía de visita? Tu madre me dijo que tú y Bianca, tu nueva novia, habían ido a Europa en un viaje de tres semanas. Cómo volviste de California sólo unas semanas antes y te ibas de viaje de nuevo por su... *trabajo*.

Cierro los ojos, en evidente pesar.

—¿Tienes idea de lo que fue abrir un periódico y ver una foto tuya y de Bianca en Nueva York o Londres o París? No olvidemos los viajes a París. No querías eso conmigo, pero ciertamente lo querías con ella y la seguías a donde ella quería ir.

Abre los ojos y niega con la cabeza. Si no lo supiera mejor, juraría que veo lágrimas en sus ojos.

Siento mi propio resbalón, y rápidamente lo alejo.

—¿Tienes idea de cómo me hizo sentir eso? Años después, ¿cuánto me sigue doliendo?

—Paige.

—No digas *mi nombre* así. Estás en una maldita vendetta para lastimarme. Bueno, noticia de última hora, Lucas Foster, nunca sentiré ese dolor tan profundo que sentí el día que te alejaste de mí. De nosotros. Y nunca olvidaré lo doloroso que fue verte con... —Se me escapa un sollozo y quiero gritar—. Verte con ella, mirarla como si fuera tu...

—No lo digas porque eso no es cierto. Sabes que eso no es cierto.

—¡Cállate! —grito, más lágrimas amenazando con derramarse de mis ojos—. Te odio por hacerme sentir así. Odio que me hayas hecho cuestionar toda nuestra relación. Por qué yo no era lo suficientemente buena, pero ella sí lo fue.

Sacude la cabeza con más fuerza, pero sigo.

—Sé que no soy la belleza que ella es. No tienes que recordarme con tus estúpidos comentarios que no soy una supermodelo.

Con eso, vuelve a la vida.

—¿De qué carajo estás hablando? —pregunta, sus cejas se arquean en confusión.

Levanto la barbilla y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Sabía que estabas enojado conmigo, pero honestamente nunca soñé que querrías lastimarme... otra vez.

—¿Lastimarte? Estás completamente equivocada.

—¿Lo estoy? —pregunto, dejando escapar una carcajada—. También podrías ponerte los guantes de combate porque no importa lo que encontremos en esta casa, o cualquier juego que William quisiera que sigamos, estoy en esto para ganar. *Nunca* dejaré ir esta casa, Lucas. Nunca.

Me doy la vuelta y subo los escalones. Una parte de mí quiere que él venga por mí. Que explique por qué estaba haciendo esto, que me diga que todo lo que estoy pensando está mal. Pero no lo hace. Cuando cierro la puerta de mi habitación, suelto un suspiro tembloroso y me dejo caer al suelo. Con mis manos cubriendo mi boca para guardar silencio, finalmente dejo que mis lágrimas mojen mis mejillas.



La luz de la mañana brilla por la ventana. Siento como si me hubiera quedado dormida hace una hora. Gimo cuando miro el reloj. Me *había* quedado dormida hace una hora. Fabuloso, seguro que me voy a ver preciosa hoy.

Me cubro la cabeza con la almohada y gimo. Ahora tendré que enfrentarme a Lucas después de soltarle todo eso anoche.

Justo cuando decido darme la vuelta y dormir un poco más, sin estar lista para enfrentar cualquier parte de este día, un golpe en la puerta de mi habitación me hace sentarme rápido. Casi demasiado rápido. Una ola de mareo me golpea. ¿Fue Lucas? Una parte de mí espera y reza que así sea. La otra parte, no tanto. ¿Pero quién más podría ser?

—¿Sí?

—¿Sigues durmiendo?

—¿Milo? —pregunto, saliendo de la cama y corriendo hacia la puerta. Gracias a Dios. La abro y lo encuentro allí de pie, con una taza de café en una mano y muestras de pintura en la otra.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto confundida.

Él se ríe.

—Me dijiste que viniera esta mañana, aunque Lucas me dijo que no lo hiciera. Nunca enviaste los colores que querías, así que traje muestras de pintura para la sala, los baños y el estudio.

Cierro mis ojos. Santo infierno, se me había olvidado.

—Mierda, lo olvidé. Lo siento, las cosas se pusieron un poco... locas anoche.

Mira más allá de mí hacia la habitación.

—¿Noche loca?

Me río.

—No ese tipo de locura.

Levanta una ceja como diciendo que no me cree. Me hago a un lado.

—Echa un vistazo por ti mismo. La única otra alma en esta habitación es mi gato.

—Te creo.

Su rostro lo delata.

—En serio, estoy sola. ¡Mira!

Milo se ríe entre dientes y da un paso rápido hacia la habitación.

—Paige, no es necesario que me expliques. Eres una mujer adulta. Aunque, estaba pensando que tú y Lucas finalmente habrían resuelto sus cosas a estas alturas.

No me molesto en responder.

Oreo maúlla y Milo se acerca para acariciarla.

—Por favor, dime que no te vas a convertir en la loca de los gatos. Tú eres demasiado sexy para eso y eres muy joven.

Sus mejillas se ponen de un rojo brillante y se frota la nuca.

—No quise decir eso. No estoy intentando coquetear contigo antes de que te tomes tu café, lo juro.

Sonrío.

—Eres un buen amigo, Milo. Déjame vestirme y te encontraré en la sala.

—Suena bien. Espero que al menos te hayas divertido anoche.

Cuando Milo sale de mi habitación, aparece Lucas. Debe haber venido por el pasillo desde el ático. Mira a Milo, luego a mí, luego de nuevo a Milo. Sus ojos se oscurecen por la ira.

—Te ves como una mierda —le dice Milo a Lucas.

—No dormí mucho anoche. —Me lanza una mirada, y si no lo supiera, habría jurado que veo dolor en sus ojos. Seguramente no.

—Acabo de llegar. Se supone que tenía que reunirme con Paige esta mañana para elegir muestras de pintura. —Levanta el catálogo de muestras de pintura para mostrárselo a Lucas. Quizás Milo se había dado cuenta, al igual que yo, de lo que parecía estar saliendo del dormitorio, yo todavía en pijama. Gracias a Dios que no eran las sexys, sino mis cómodos pantalones y camiseta de gran tamaño. No es que a Lucas le importe, pero entiendo cómo se siente Milo, siendo amigo del estúpido idiota parado en el pasillo.

—Te dije que no necesitábamos tu ayuda para pintar.

Eso me toma por sorpresa. ¿Cuándo le había dicho eso a Milo?

—Llamé a Paige ayer para hablar de los colores. Ella pidió reunirse conmigo esta mañana para elegir algunos.

Lucas mira a Milo.

—¿Pensaste que me gustaría ser parte de esta reunioncita? —dice Lucas, sus palabras goteando hielo mientras mira a Milo, luego a mí.

—Dame cinco minutos para cambiarme, y los veré a ambos en la sala —digo, haciendo todo lo posible por sonreír y no actuar como si mi corazón está latiendo en mi pecho. No tengo idea de por qué de repente estoy en un estado de pánico.

Lucas pasa junto a Milo y baja los escalones. Milo enarca las cejas y frunce los labios.

—Nunca fue una persona mañanera —bromeo. Lucas gruñe y Milo se ríe.

—Nos vemos en unos minutos —dice Milo, siguiendo a Lucas escaleras abajo.

Corriendo hacia el baño, rápidamente me lavo los dientes y miro mi cabello. Es un desastre. Coletas hoy.

Me pongo unos jeans, una camiseta y un par de tenis rosas. Bajo las escaleras. Puedo escuchar voces apagadas, pero no suenan como si vinieran de la sala. Las sigo y me detengo frente al estudio de William, que Lucas ha convertido en su oficina.

—No entiendo el problema, Lucas.

Un fuerte golpe me hace saltar.

—Tú sabes cuál es el maldito problema, Milo.

—No, honestamente no y, para ser sincero, ya no te conozco, hombre. No creo que tú te conozcas tampoco. ¿Por qué estás aquí? Si no quieres la casa, dásela. Déjala tenerla, déjala alquilarte tu parte. ¿Por qué estás tan desesperado por vender este lugar? En algún momento tú querías vivir en esta casa.

—¡Con ella! —Lucas grita.

Milo suspira.

—No quiero vender la maldita casa. Ya te lo dije.

Mi mano cubre mi boca.

—Lucas, cálmate, amigo. Sabes que nunca te haría eso. No pasó nada. Llamé a la puerta principal y nadie respondió. No estaba completamente cerrada, así que entré. Supuse que ella todavía estaba dormida.

Lucas hace un ruido y luego dice—: Me importa una mierda, si quieres invitarla a salir, invítala a salir.

Mi corazón da un vuelco, clavo mis dientes en mi labio inferior para mantener a raya el torrente instantáneo de emociones.

—No la voy a invitar a salir, Lucas. Cualquiera con dos ojos puede ver que todavía estás loco por ella.

Antes de que pueda escuchar la respuesta de Lucas, decido que he terminado de escuchar a escondidas. Probablemente porque estoy muerta de miedo cuál sería su respuesta. Llamo a la puerta.

—Adelante —ladra Lucas.

Con una amplia sonrisa, entro al lugar.

—Pensé que estarían en la sala, pero si quieres volver a pintar aquí, sin duda podemos elegir un color. Sin embargo, el costo de pintarlo recaerá sobre ti, Lucas. Desde que la reclamaste.

Milo sonrío y Lucas me mira fijamente. Me echa un vistazo antes de ponerse de pie, agarra sus llaves y su billetera, luego sale rápidamente del lugar.

—Me importa una mierda el color que pintes en las habitaciones. Me voy.

Lo veo pasar junto a nosotros como un niño de cinco años.

—¿Volverás o has decidido venderme tu mitad de la casa?

Lucas se detiene abruptamente y se acerca a mí. Se inclina, deja que sus ojos escudriñen mi rostro y luego deja escapar un largo suspiro. Con los dientes apretados, dice lentamente—: ¿Podrías *por favor* dejar de usar coletas? ¡Por el amor de Dios, basta con las coletas!

Luego sale furioso de nuevo, dejándome atónita en silencio con Milo agarrado a su costado, riéndose a carcajadas.

Me enfrento a Milo y niego con la cabeza.

—¿Qué demonios fue eso?

Levantando ambas manos, Milo dice—: Mejor ni me meto en este lío.

Capítulo 12 – Lucas

Bajo la silla y salgo del trastero. Cuando doblo la esquina, sonrío.

—Buenos días, papá.

Mi padre está de pie frente a mí, con su sombrero Stetson favorito, guantes de trabajo en la mano y una sonrisa en el rostro.

—No tienes idea de lo bueno que es verte en este granero, hijo. —Sus ojos me recorren—. Y vestido como un maldito hombre para variar.

Suelto una carcajada.

—Es bueno estar aquí, papá. ¿Necesitas que haga algo? Necesito trabajar duro.

Él se ríe.

—Esa es una pregunta complicada. Este rancho siempre necesita que se haga algo. Necesito ir al pueblo más tarde para una reunión con el concejo municipal.

Después de arrojar la silla sobre mi caballo favorito, Ranger, lo miro.

—¿El concejo municipal, qué está pasando?

—Quieren considerar la restauración de algunos de los escaparates de las tiendas en la plaza. Me ofrecí a darles algunos números para que tengan una idea.

Asiento.

—Paige está pensando en comprar o alquilar un lugar para abrir una florería.

—Lou me lo dijo.

Mi corazón se detiene ante la mención del mejor amigo del abuelo. Por un momento, debato ir allí, pero mi curiosidad gana.

—Papá, ¿la abuela salió alguna vez con Lou antes que con el abuelo?

Se pone los guantes de trabajo y agarra un fardo de heno. Me acerco y lo ayudo.

—No que yo sepa. Ellos eran muy unidos, los tres.

—¿El abuelo y la abuela se separaron alguna vez?

Él se ríe.

—Estoy seguro de que al principio tenían sus problemas, como cualquier pareja.

Tiramos el fardo de heno a la parte trasera del todo terreno.

—¿La abuela y el abuelo salieron alguna vez con otras personas?

Me mira con una expresión que no puedo leer, pero luego desaparece.

—Sí.

Lo miro con expresión de asombro.

—No te sorprendas, tu abuela era una mujer hermosa. Hubo otros jóvenes que la habían mirado, no solo tu abuelo.

Froto la parte de atrás de mi cuello y sonrío.

—Ella era hermosa, sin duda alguna.

Deja lo que está haciendo y me mira.

—¿Porque lo preguntas?

Con un suspiro, me apoyo contra la pared del granero.

—Todo esto con Paige... el abuelo le dejó la mitad de la casa y a mí la otra mitad. Nos tiene en una especie de búsqueda del tesoro, por así decirlo. Supongo que la razón por la que lo hizo está en algún cofre o algo así.

Mi padre se ríe.

—Suenas como tu abuelo. Él adoraba a Paige y sabía cuánto le gustaba esa casa. Estoy seguro de que se molestaría si supiera que quieres venderla.

La culpa en mi pecho me hace apartar la mirada.

—¿Quieres hablar de eso? Una vez también te gustó esa casa, hijo. Hablaste de criar una familia allí.

—Sí, todo el mundo me sigue recordando eso.

—¿Entonces, por qué la repentina necesidad de venderla?

—Pensé que quería venderla. Supongo que estaba teniendo un momento de locura.

Él arquea una ceja.

—¿Y ahora?

Me aparto de la pared y regreso a Ranger, que está esperando pacientemente que terminara de ensillararlo.

—Ahora, no sé qué diablos quiero. Admitiré que mis razones para querer venderla podrían haber sido incorrectas.

—¿Incorrectas, cómo es eso?

Aprieto la silla, ajusto las riendas y saco a Ranger del granero con mi padre caminando a mi lado.

—Paige. Todo vuelve a Paige. Estaba enojado, sobre todo conmigo mismo. Por renunciar a nosotros, por mi estúpido orgullo. Por lastimarla, por hacerme daño. Diablos, no lo sé. Una parte fue saber que Bianca se hubiera molestado mucho, lo sé.

—Y ahora, ¿todavía quieres venderla?

Lo miro en silencio por un par de segundos.

—No, papá. Nunca vendería esa casa, como nunca vendería el rancho.

—¿Entonces, por qué mantener esta farsa?

Con una sonrisa, respondo—: Bueno, ahora es divertido, poner a Paige nerviosa. Verla enojarse cada vez que menciono comprarle su parte. Ella no va a renunciar a su mitad, lo sé. Esa mujer es más terca que una maldita mula.

—Ella siempre ha sido una chica terca, sacó eso de su papá. Su hermano Tom es igual de terco, y un consejo: su papá está bastante enojado contigo. Tom también.

Con un asentimiento, respondo—: Estoy seguro de que lo están. Ambos creen que estoy intentando quitarle la casa a Paige. Pasaré por el rancho de los Miller en los próximos días y hablaré con ellos.

—Tienes algo más en la cabeza, hijo.

—Ya no sé qué pensar, papá. Ver a Paige en esa casa, estar cerca de ella de nuevo... Sabía que las cosas con Bianca habían terminado hace tiempo, y no quería admitir la derrota, pero toda esta cadena de eventos me dio una buena excusa para romper con ella.

—¿Qué excusa es esa, hijo?

Miro alrededor del corral y paso mi mano por el aire.

—Esta. Hogar. La vida que una vez quise. Amo mi trabajo en Austin, pero maldita sea, he extrañado ser yo. Extrañaba este lugar. Extrañaba a mi familia.

—No tienes idea de lo feliz que me hace oírte decir eso. Sé que tu mamá ha estado super feliz desde que tú, esto, rompiste con Bianca.

Esta vez suelto una carcajada.

—Sé que no les caía nada bien.

—No es que no nos cayera bien, es que sabíamos que ella no era la chica para ti. Demonios, todos en el pueblo se dieron cuenta de que sólo estabas saliendo con ella porque ella era el polo

opuesto de Paige.

—No estaré en desacuerdo con usted en eso, señor.

—Eso pensé. Ahora, volvamos a la verdadera razón por la que estás aquí. ¿Es Paige? ¿La casa? ¿Tu trabajo?

Lo enfrento.

—Todas las anteriores. Sobre todo, Paige, supongo. Anoche dijo algunas cosas que las sentí muy cercanas. Estuve despierto toda la noche, pensando en eso. Tiene la loca idea de que la quiero comprar para dársela a Bianca. Que ella no me importa y que solo quiero vender la casa para lastimarla.

—Hay un poco de verdad en esa declaración. Querías venderla para lastimarla.

Tragando saliva, tengo que apartar la mirada.

—Te crié para ser un caballero, así que sé que no la vas a comprar para dársela a Bianca. Veo la forma en que tus ojos se iluminan cuando se menciona a Paige, así que sé que no la odias. Eso me lleva a pensar que ella tiene razón sobre la casa, y lo descubrió, lo que supongo que la lastimó tanto como a ti te duele ahora, hijo.

La vergüenza burbujea por dentro y no puedo mirarlo.

—Supongo que al principio quería venderla por Paige, pero no para lastimarla. Era para borrar el pasado, para borrar mis errores.

Se burla y luego se sube al vehículo todo terreno.

—Tú, más que nadie, sabes que no puedes cambiar el pasado, Lucas. Puedes crecer a partir de eso, ser herido, sanar, pero no, no puedes cambiarlo. Los errores que cometemos en nuestro pasado nos moldean para el futuro. La forma en que ustedes dos manejaron las cosas entre sí estuvo mal. Tienes la oportunidad de arreglarlo, eso depende de ti. ¿Quieres arreglarlo o seguir adelante?

Me encojo de hombros.

—¿Alguna vez te detuviste durante cinco minutos y pensaste que tal vez, sólo tal vez, tu viaje te estaba trayendo de regreso al comienzo?

—¿Al comienzo, señor? —pregunto.

Mi padre sonrío y pone en marcha el vehículo.

—Es tu viaje, Lucas. Solo tú puedes decidir qué camino tomar.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tú y el abuelo se reunieron y decidieron darme algún tipo de lección con toda esta mierda críptica?

Echando la cabeza hacia atrás, mi padre suelta una carcajada.

—Demonios, estoy seguro de que papá está ahí arriba riéndose a carcajadas en este momento. Disfruta de tu paseo y si das un paseo por la valla en el pasto del oeste, ve si esos malditos niños han vuelto a cortarlo para montar en sus cuatro por cuatro. Voy a broncearles el trasero si alguna vez los atrapo.

—Lo haré —digo mientras me subo a mi caballo. Estoy listo para estar solo con mis pensamientos.

Mientras Ranger comienza hacia el sendero que conduce desde el granero, exhalo profundamente y dejo que la sensación de estar solo con mi caballo, en este rancho, en mi pueblo natal, se asiente en mi alma.

—Ya no tengo ni la más remota idea de nada, Ranger. Ni una maldita pista.

El caballo suelta un relincho y comienza a trotar mientras nos dirigimos a los pastos abiertos. Puedo sentir su cuerpo temblar por la necesidad de correr. No es el único que necesita sentir el

viento en la cara y perderse un poco.

Una vez que estuvimos en el prado abierto, le doy un apretón con las piernas.

—Vamos, Ranger.



Entro a la cocina e inhalo profundamente.

—¿Dios, qué es ese delicioso olor?

Mi madre me da un manotazo con el paño de cocina.

—Lucas Foster, no uses el nombre de Dios en vano.

Apartándome de su camino, me quito el sombrero de vaquero y me inclino para besarla en la frente.

—Sea lo que sea, huele increíble.

—Es pastel de pollo.

Gruño—: He echado de menos tu comida, mamá.

—Podrías ganar algunas libras. Esa mujer solo te hizo comer ensalada y tofu.

Con una carcajada, le quito el cuenco de ensalada de las manos y lo coloco sobre la mesa.

—Mientras me pasas una ensalada, qué irónico.

—Eso no es lo mismo. También les doy carne y papas.

—Bianca no estaba tan mal.

Ella gruñe, luego me da una dulce sonrisa.

—Me alegro de que finalmente hayas visto la luz.

Inhala una profunda bocanada de aire y luego lo suelto rápidamente.

—Creo que vi la luz hace unos meses. Me tomó un tiempo, pero se siente bien estar solo de nuevo.

Mientras se mueve por la cocina, me doy cuenta de que algo se le ha metido en la cabeza.

—Dilo, mamá. Nunca fuiste de las que mantienen sus pensamientos por mucho tiempo.

Encogiéndose de hombros, me mira.

—Tengo curiosidad por saber si te vas a quedar en Johnson City o volver a Austin. Quiero decir, ¿cuánto tiempo te dejarán trabajar desde aquí?

Me meto un tomatito en la boca.

—Puedo trabajar desde cualquier lugar. Mientras termine mis proyectos a tiempo, no les importa si estoy en Alaska o Australia.

Mi madre se apoya en el mostrador y me mira con seriedad.

—¿Has pensado en venir y trabajar con tu padre?

—Sí, de hecho, lo he hecho.

Una mirada de pura felicidad cruza su rostro.

—Si decido hacer de JC mi hogar nuevamente, puedo ayudar a papá con el rancho y el negocio de la construcción.

Ella sonrío.

—¿Si lo *decides*? ¿Eso significa que Paige y tú serán compañeros de casa permanentemente?

Pongo los ojos en blanco y agarro una galleta.

—No estoy seguro de cómo va a resultar eso, para ser sincero.

—Lucas, no puedes hablar en serio. ¿Vender la casa? Ha estado en la familia de tu padre durante más de cien años. ¿Cómo podrías hacer eso?

—Tú también, mamá. Por favor.

—Bueno, simplemente no puedo creer que alguien que alguna vez amó todo acerca de esa casa pueda estar tan ansioso por venderla.

Claramente, ella todavía no había hablado con papá.

—¿Crees que debería vender mi mitad a Paige? Si hiciera eso, la familia todavía la estaría perdiendo.

Sin responder, mete la mano en el horno y saca una cazuela. Después de colocarlo en la rejilla de alambre, agita las manos sobre él para oler su obra maestra.

—Cualquier cosa que decidas hacer, Lucas, tu padre y yo te apoyaremos. Tengo que admitir que tengo curiosidad por saber qué encontrarán en este cofre misterioso.

—Yo también. Traté de entrar al ático esta mañana, pero está cerrado. ¿No sabes dónde habría guardado la llave el abuelo?

Se abre la puerta trasera y entra mi padre.

—Ni idea, pero apuesto a que él sí —dice mamá, señalando a mi padre.

—¿Yo si qué? —pregunta papá, quitándose el sombrero y colocándolo en el mostrador antes de jalar a mi madre en sus brazos y besarla. No puedo evitar sonreír.

—Estás todo sudoroso, Carl. Ve a limpiarte. El almuerzo está listo.

Él le acaricia el cuello con la cara y la hace reír. Me había perdido esto. Extrañaba estar con mi familia. Ver el amor que mis padres se tienen. Una parte de mí lo evitaba porque no quería que me recordaran todo a lo que había renunciado.

—¡Vete, antes de que el almuerzo se enfríe! —dice mi madre, empujando a mi padre fuera de la cocina.

Con una amplia sonrisa en su rostro, se vuelve hacia mí. Inclinando la cabeza, me mira por un momento.

—¿Estás bien, cariño?

Me aclaro la garganta y me obligo a darle una pequeña sonrisa.

—Estoy bien, mamá, un poco cansado. Extrañaba estar con todos ustedes, estar en casa.

—Nosotros también te extrañamos. Espero que pienses en quedarte en JC, Lucas. Ni siquiera puedo empezar a decirte lo mejor que te ves con tus botas de vaquero sobre esos estúpidos mocasines.

Con una carcajada, abrazo a mi madre.

—Es bueno estar en casa, mamá. Realmente es bueno estar en casa.

Mi teléfono suena, y una parte de mí espera que sea Paige. Cuando lo saco de mi bolsillo trasero, me decepciono al instante.

—¿Dios, es un cobrador de facturas? —pregunta mi madre riendo—. Casi pareces asustado de contestar.—

Suspiro—: Es Bianca.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—Supongo que será mejor que le conteste.

—Por supuesto —dice mi madre, su voz sin ninguna emoción. Ese era su comportamiento típico cada vez que hablaba de Bianca.

—¿Hola? —digo mientras salgo al porche trasero.

—Lucas, cariño, te he estado esperando.

Froto el repentino dolor en la parte de atrás de mi cuello.

—¿Por qué estarías esperando, Bianca?

—A que lo pienses mejor, ¿qué más va a ser?

—Cuando dije que había terminado, quise decir en serio que había terminado.

—¿Porque esa vagabunda volvió a aparecer?

—Ya te dije que no la llamas así, y lo dije en serio la primera vez.

Ella resopla—: Entonces, veo que tu disgusto por ella se ha desvanecido. ¿Ya te la follaste?

Con un suspiro frustrado, niego con la cabeza.

—¿Hay algo que necesites o simplemente me llamas para darme un dolor de cabeza?

—Todavía tienes cosas aquí en la casa. Pensé que tal vez querrías recogerlas o podría llevártelas. Así aprovecho y conozco la casita que te dio tu abuelo.

—Ya te lo dije, no quiero nada. Tengo mi ropa, eso es todo lo que necesito.

—¿Entonces eso es todo? Me vas a dejar. Claramente has perdido la puta cabeza. ¿Ella, de verdad? Tienes a una mujer como yo del brazo y quieres a una pobre pueblerina.

Mi cuerpo se tensa mientras mi corazón se acelera.

—Déjame decirte algo, Bianca. Paige es diez veces la mujer que podrías esperar ser. Ella es hermosa, cariñosa y no se parece en nada a ti. Y sí, realmente terminamos. Borra mi número de tu teléfono porque bloquearé el tuyo. No nos queda nada que decirnos.

Presiono finalizar y dejo escapar un suspiro. Con una larga mirada al rancho de mi familia, dejo que todo se asiente. Esta es mi nueva vida. Un nuevo comienzo. Una segunda oportunidad. Sonriendo, saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto a Paige.

Yo: ¿Estás libre esta noche?

Espero uno o dos minutos, con la esperanza de que responda.

Paige: Depende de por qué lo preguntes.

*Yo: Quiero empezar de nuevo, Paige. Estoy cansado de pelear.
¿Podemos hacer una tregua? Cena conmigo, yo me encargo de todo.*

*Paige: ¿Te has caído y te has golpeado la cabeza?
Espera, ¿este es realmente Lucas? ¿Se le perdió su teléfono?*

Con una risita, escribo mi respuesta.

*Yo: No me he caído ni me he golpeado la cabeza. Realmente soy yo.
Necesito hablar contigo, Paige. Por favor.*

Paige: No tengo más planes que pintar.

Yo: Perfecto, estaré allí en un momento para ayudar. Entonces podemos comer alrededor de las seis.

Vine a almorzar en casa de mis padres.

Paige: Te veré en un rato entonces.

La esperanza burbujea en medio de mi pecho. Regreso a la cocina solo para encontrar a mis padres preparándose para sentarse a almorzar. ¿Qué estoy haciendo? Necesito ir a la casa y hablar con Paige ahora. He terminado de perder el tiempo.

—Lo siento, mamá. Necesito irme.

Un gruñido sale de la parte posterior de su garganta.

—¡Esa mujer está destinada y decidida a evitar que comas!

Riendo, la beso en la frente.

—Bianca no tiene nada que ver con esto. Me dirijo a la casa del abuelo para ayudar a Paige.

Una luz centellea en los ojos de mi madre.

—¿Quieres llevarle pastel de pollo?

Una mirada al plato celestial y mi estómago gruñe.

—Teniendo en cuenta que me ofrecí a cocinarle la cena y no tengo idea de lo que voy a preparar, será mejor que traiga un plan de respaldo.

Mi madre se levanta de un salto y agarra un recipiente para el pastel de pollo y otro para la ensalada.

—Espero que ustedes dos puedan resolver las cosas —dice mi mamá mientras me entrega la bolsa de plástico más dos rebanadas de su tarta de nuez.

Con un beso rápido en la mejilla y un guiño a mi padre, le respondo—: Todo saldrá bien.—

Me dirijo a mi camioneta, la misma camioneta vieja que conducía cuando estaba en la escuela. Todavía aguanta, así que no tengo prisa por correr y comprar una nueva.

Había sonado más convencido de lo que me siento cuando les dije a mis padres que todo saldría bien. No tengo idea de cómo Paige y yo manejaremos esta propiedad de la casa. Tengo que creer que, en algún lugar de esa casa, el abuelo nos había dejado las respuestas que ambos estamos buscando.

Me doy cuenta de que me había olvidado de preguntarle a mi padre sobre la llave del ático. Lo llamare cuando llegue a la casa. La llave tiene que estar en alguna parte. Paige y yo necesitamos entrar a ese ático. Sé que ahí es donde encontraremos las respuestas.

Al menos, espero que lo hagamos.

Capítulo 13 – Paige

Me paro en medio de la sala, mirando el texto de Lucas. Mi pecho se siente más ligero que en mucho tiempo, mientras mis manos tiemblan levemente mientras sostengo el teléfono.

—¿Qué diablos me pasa? —susurro. Oreó se sienta en el alféizar de la ventana, limpiándose. Ofrece un solo maullido como respuesta a mi situación.

—No tengo miedo.

Me mira y luego vuelve a maullar.

Le gruño.

—Está bien. Estoy nerviosa, pero no asustada. Definitivamente no tengo miedo.

Oreó parece poner los ojos en blanco. Si los gatos pudieran hacer eso, definitivamente él lo está haciendo.

—Oh, ¿qué sabes? —digo, soplando un mechón de cabello que cuelga frente a mis ojos.

Mi mirada recorre la sala. Saco todos los muebles de la pared y los cubro. Milo hizo que uno de sus muchachos dejara la pintura de color azul grisácea hace una hora. No puedo esperar para empezar. Había terminado una pared antes de que Lucas me enviara un mensaje de texto. Ahora mi mente está dando vueltas.

—Se siente culpable, de eso se trata —digo mientras ruedo el rodillo de pintura en la bandeja y comienzo a pintar la siguiente pared.

Oreó cambia de posición en el alféizar de la ventana.

—Anoche, me derrumbé y se me fue la lengua, ahora se siente culpable. Excelente. Lo último que necesito es su lástima.

Un largo maullido viene de Oreó. Dejo de pintar y la miro.

—¿No lo crees? Yo sí. Le dije algunas cosas, principalmente, por tratar de vender la casa para lastimarme. Conozco a Lucas, si ese fue su motivo para vender la casa, lo hizo por pura ira. En realidad, nunca lo haría. Le llamé la atención y su lado decente, el lado que sé que todavía está en algún lugar, se siente culpable. Bueno, tenemos que ser fuertes esta noche, Oreó. No dejar que nos endulce el oído. Si incluso trata de decirme palabras lindas, sabré que es la culpa la que habla, y no él.

Oreó salta del alféizar de la ventana y se acerca para sentarse a mi lado. Ella mira el rodillo que se mueve en la pared.

—Si saltas sobre esta pared, te vas para afuera.

Ella me mira.

—¿Qué, estás ofendida ahora?

Se gira, agita la cola varias veces y sale de la sala.

—¡Ni siquiera actúes así, sabes que lo pensaste!

—¿Con quién diablos estás hablando?

Gritando, dejo caer el rodillo, salto hacia atrás e instantáneamente sé que he cometido un gran error.

—¡Mierda! —grito mientras miro mi pie, en la bandeja de pintura, toda chorreado—. Maldita sea, todo al maldito infierno.

—¿Desde cuándo empezaste a maldecir tanto? —pregunta Lucas, agarrando la caja de trapos y acercándose a mí.

—Desde que la vida empezó a ser un idiota conmigo.

Él se ríe y se inclina.

—Agárrate de mí hombro y levanta el pie.

Hago lo que me pide. Saca un montón de trapos y los envuelve alrededor de mi zapato, sacándolo con cuidado.

—Espero que no gusten mucho estos zapatos.

Hago un puchero mientras miro mis tenis rosas.

—Si me gustaban. Eran uno de mis favoritos.

Cuando muevo mi mirada hacia Lucas, él me está mirando, con una sonrisa en su rostro.

—¿Qué? —pregunto.

Sacude la cabeza.

—Nada. Esto es novedoso, eso es todo.

Arqueo mis cejas.

—¿Qué es novedoso? ¿Yo queriendo caminar sobre la pintura? Porque quiero diferir de que no es nada novedoso.

Con una carcajada, se pone de pie, sujetándome para que no pierda el equilibrio.

—Verte sonreír. Por cierto, ¿necesitas ayuda para quitarte los pantalones?

Entrecerrando los ojos, me muerdo la lengua.

—No.

Levanta la ceja.

—Vas a dejar pintura por todas partes.

Con una mirada rápida hacia abajo, sé que tiene razón.

—Quédate aquí, puedo ir a buscarte algo.

Lucas se dirige a mi habitación.

—¿Consígueme mis pantalones de yoga! ¡Están en la canasta doblados!

—¿Te refieres al pijama para ver películas? —grita.

No estoy segura de sí quiero darle un puñetazo o reír.

—¡Sí! —grito, tratando de no sonreír.

Oreo regresa a la sala. Se sienta justo en el medio mientras mira furtivamente en mi dirección.

—No estoy sonriendo porque me hace feliz. Lo que dijo fue divertido, eso es todo. —Estoy susurrando estas respuestas... a un gato.

Se frota la cara con la pata y luego maúlla.

—Crees que lo sabes todo, pero no es así. —Todavía susurrando.

—¿Has empezado a hablar con el gato, Paige? Quizás deberíamos salir a cenar. Acercarte a la gente. Fuera en la sociedad y todo.

—Jaja, dame eso. ¿Puedes tomar una bolsa de basura de la cocina para que ponga mis jeans?

Asiente.

—Por supuesto.

Cuando da un paso atrás, Oreo está a sus pies. Tropezando, gira y trata de mantener el equilibrio alcanzándome. No hace falta decir que yo he estado tratando de mantener mi propio equilibrio mientras levanto una pierna.

—¡Lucas! —chillo mientras ambos nos caemos. La bandeja llena de pintura de alguna manera se levanta en el aire y aterriza directamente sobre la cabeza de Lucas.

Se sienta allí con pintura corriendo por su rostro. Mi mano se acerca a mi boca en un intento por no reír.

—Mierda —digo, sonriendo—. ¡No podría haberlo planeado mejor si hubiera querido!

Mirando a Oreo, digo—: Bien hecho, gatita.

Ella mueve su cola y maúlla mientras se aleja.

Con una mirada de pura ira, él me mira. Aprieto los labios con fuerza. Entonces lo pierdo. Me río con tanta fuerza que las lágrimas corren por mi rostro. Lucas no tarda en hacer lo mismo. Se levanta y se limpia la pintura de la cabeza, luego me agarra y me unta la cara con ella.

—¡Idiota! —chillo, tratando de alejarme de él, sólo para que él agarre mi pie descalzo y me tire hacia atrás. Con una brocha en la mano, se pone a trabajar tirándome pintura por todas partes. Gracias a Dios cubrí los muebles, porque ahora es una guerra total.

Lucas se inclina para poner más pintura en la brocha, agarro el rodillo y lo subo directamente a su espalda. Se da la vuelta, me agarra, me tira sobre su hombro y comienza a caminar. Cuando miro hacia atrás por encima del hombro, veo hacia dónde se dirige.

Oh. No. La lata de pintura.

—Lucas. ¡No lo hagas! —grito. Luego lo pateo y lo abofeteo en un intento de que me baje.

—¿Qué crees que voy a hacer, Paige?

Lo veo recoger la lata.

—Algo con la lata de pintura. Pintura cara, debo añadir, y tengo un presupuesto ajustado.

—No estoy en lo más mínimo preocupado por eso —dice, deslizándose lentamente por su cuerpo mientras me agarra con un brazo y me presiona firmemente contra su pecho. Había olvidado lo loco que es este hombre.

Mis ojos se encuentran con los suyos mientras lo miro.

—No lo harías.

Luego sonrío y mi corazón se siente como si estallara en mi pecho.

Oh diablos. Todavía estoy locamente enamorada de él.

—Lucas —susurro.

—Paige —murmura en respuesta, luego inclina la lata sobre mi cabeza.

Mientras me río más fuerte de lo que lo había hecho en años, uso mis dedos para limpiar la pintura que ahora corre por todo mi cuerpo.

Lucas tiene una amplia sonrisa.

—Lo hiciste.

Guiña un ojo.

—¿Dudaste de mí, cariño?

Mi sonrisa se desvanece. Siento como si sus ojos verdes están mirando directamente a mi corazón. Lo último que quiero es que sepa lo que todavía siento por él. Ahora no. Quizás nunca, porque no tengo idea de lo que él siente por mí.

Extiende la mano y toma mi rostro. Mi corazón golpea contra mi pecho. Usando su pulgar, limpia la pintura de mi boca.

Estoy a punto de ponerme de puntillas y presionar mi boca contra la suya, cuando una garganta se aclara detrás de Lucas.

—¿Estoy interrumpiendo algo?

Lucas cierra los ojos mientras yo miro a escondidas a Milo.

—Si hubiera sabido que iba a ser como las peleas de comida, habría traído a más personas a esta fiesta.

Lucas niega con la cabeza y se aparta de mí.

Cuando miro a Lucas, está sonriendo, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Milo echa un vistazo a la sala destrozada y se echa a reír.

—Ustedes dos siempre supieron cómo divertirse. —Junta las manos—. Te traje otro bote más de pintura, me alegro de haberlo hecho.

—Gracias, Milo. —digo—. ¿Quieres quedarte y ayudar a limpiar?

—No, gracias. Tengo una cita esta noche. —Él se ríe.

Lucas se gira rápidamente hacia Milo.

—¿Una cita, con quién?

Milo sonrío de oreja a oreja.

—Se acaba de mudar al pueblo y está trabajando en el juzgado. Su nombre es Rachel Greene.

—¿Como en *Friends*? —pregunto con una risita.

—Sí, ¿puedes creerlo? Me burlé un poco de ella al respecto y finalmente me animé a invitarla a salir.

Lucas le sonrío a Milo y es sincero.

—Eso es increíble, amigo. Me alegra verte salir y salir con alguien.

Milo arquea una ceja.

—Cierto. Bueno, voy a salir lentamente de aquí antes de que ustedes dos me arrastren a esta pequeña guerra. —Mira a Lucas, luego a mí—. Pero por lo que acabo de ver, diría que todos se están preparando para pedir una tregua.

Mis mejillas se calientan y Lucas se aclara la garganta.

—Disfruta tu cita, Milo. Espero que se diviertan —digo.

Él capta la indirecta y se despide.

—Hablamos luego. Diviértanse... pintando.

Una vez que Milo sale por la puerta, Lucas se vuelve hacia mí.

—Tenemos que empezar a tener la puta puerta de entrada bien cerrada. Me asusta la frecuencia con la que él entra.

Me río, luego miro alrededor del lugar.

—Oh, Dios mío, hicimos un lío.

Lucas se quita la camiseta y se seca la cara. Mis rodillas se sienten débiles cuando miro su cuerpo perfectamente tonificado.

Mira hacia otro lado, Paige. Mira. Lejos. No, no te lamas los labios y no te preguntes cómo sería trazar cada músculo abdominal con la lengua.

—¿Paige? —La voz de Lucas me saca de mis pensamientos sucios.

—¿*Mmm*? —pregunto, apartando mi mirada de sus abdominales a sus asombrosamente hermosos ojos verdes.

—¿Quieres que te lleve por los escalones de tu habitación?

Sí, sí, sí,

—No, está bien.

Veo como se agacha y empieza a quitarse las botas de vaquero y luego los jeans.

—¿Qué estás haciendo?

Me mira con una expresión en blanco.

—No quiero dejar rastro de pintura en todas partes.

—¿Entonces te vas a desnudar frente a mí?

Lucas se ríe.

—No me voy a desnudar —dice, bajándose los jeans y exponiendo sus bóxer. Y un bulto impresionante.

Dios, ayúdame.

—Tomaré algunas bolsas para que pongamos nuestra ropa.

—¿Nuestra ropa?

Él voltea a mirarme.

—Ni creas que vas a subir los escalones goteando pintura. Nunca lo sacaremos de los pisos de madera.

—¿Quieres que me desnude? —pregunto, un temblor muy evidente en mi voz.

Con un giro de sus ojos, camina hacia atrás.

—Paige, te he visto desnuda antes.

—Sí, hace años. Cuando tenía un cuerpo de dieciocho años. Ahora tengo un cuerpo de veintinueve años con algunas curvas adicionales.

Él frunce el ceño.

—Si estás tratando de decir que tu cuerpo no está tan sexy como cuando teníamos dieciocho años, necesitas que alguien te golpee. Eres perfecta.

Ahí está, de nuevo es la culpa que habla. Sé que tiene que estar justo debajo de esa capa de pintura en algún lugar.

—Lucas, no tienes que decirme tonterías por lo que dije anoche.

Algo cruza por su rostro. No es enojo y no es arrepentimiento. Sus ojos brillan con algo solo para mí. Es lo mismo que cuando solía decirme que me amaba. Honesto y tan puro que a veces me dejaba sin aliento.

—No te voy a decir mentiras. ¿Por qué no puedes creer que sigo pensando que eres atractiva, Paige?

Una sensación de malestar me golpea en medio del estómago. Odio sentirme tan insegura de mí misma con este hombre. Que me había comparado con su estúpida novia delgada como un palo durante los últimos dos años.

—Es que... quiero decir... no creo que sea fea ni nada —digo con una sonrisa—. Simplemente no soy...

Mi voz se apaga.

Lucas me mira fijamente, sin decir una palabra. Es como si su mente también estuviera corriendo. Ambos tratando de decir lo correcto para no comenzar otra discusión, o tal vez temía herir mis sentimientos. Odio haberle hecho sentir como si tuviera que caminar de puntillas a mi alrededor. Odio sentirme así.

—No soy una supermodelo y estoy perfectamente de acuerdo con eso. Estoy siendo estúpida y actuando como una niña tonta. —Me saco la camiseta por la cabeza y luego rápidamente me quito el otro zapato y ahora manchado de pintura. Me desabotono los jeans y me los bajo. En silencio agradezco a Dios que traigo bragas y sostén a juego. Y agradecida de no haber agarrado una tanga.

Lucas traga saliva y dejo que su mirada recorra mi cuerpo. La piel de gallina estalla por todas partes. La forma en que me mira es exactamente como me miró la primera vez que hicimos el amor. Puedo ver el deseo en sus ojos en este momento, y todo lo que había dicho durante los últimos días parecía haber sido borrado de mi memoria. Todo lo que necesito es esto. Un hombre que me mira como si me deseara. Como si me necesitara. Como si fuera una adicción.

Me agacho y agarro mi camiseta, envolviéndola alrededor de mi cabeza para, con suerte, evitar que la pintura gotee en el suelo. Luego agarro mis jeans y zapatos y los arrojo a la bandeja de pintura. Ahora todo es basura.

Cuando vuelve a mirar a Lucas, mis ojos se dirigen instantáneamente a su ahora muy duro bulto en sus bóxer.

Mis dientes se clavan en mi labio y tengo que morder con fuerza para evitar sonreír.

—Voy a ir a limpiarme. ¿Nos vemos aquí abajo para encargarnos de este desastre?

Lucas abre la boca para hablar, pero no sale nada. Luego asiente. Camino por la sala, subo las escaleras y entro en mi baño. Cierro la puerta, luego coloco mis manos en el fregadero, inhalando

profundamente una respiración tras otra. Los recuerdos de Lucas en su ducha la otra noche, obligándose a correrse mientras decía mi nombre pasan por mi mente. Levanto la cabeza y me miro al espejo.

—Mierda —susurro—. Eres tan tonta. Paige, eres tan estúpida.

Abro la puerta de mi baño, corro y cierro la puerta del dormitorio. William todavía tiene un teléfono fijo, así que corro al escritorio y lo agarro. Afortunadamente, Jen no ha cambiado su número de teléfono desde el bachillerato. Marco y llevo el teléfono inalámbrico al baño antes de que deje pintura en alguna parte.

—No voy a comprar nada —dice Jen cuando contesta el teléfono.

—¡Soy yo! Paige.

—¿De dónde me llamas? —pregunta.

—El teléfono fijo de la casa de William. Ha ocurrido algo importante. Algunas cosas importantes. Bueno, cosas enormes.

Oigo cerrarse una puerta.

—Estoy sola y lista para descifrar sus acciones. Vamos. No omitas nada.

—Jen, creo que él fingió estar borracho esa noche porque le preocupaba que lo rechazara.

—Vaya novedad, ya lo deduje.

Suspiro—: Bien, lo hiciste. Luego, al día siguiente, cuando pensé que me estaba insultando al compararme con Bianca, no fue así. De hecho, no creo que estuviera tratando de hacer eso en absoluto.

—Está bien, me has perdido allí.

—Luego las coletas... Se pone nervioso porque cuando me ve con coletas, se excita.

Ella suelta una carcajada.

—Él siempre estuvo al borde de la perversión, ¿no es así?

—¡Atención! Jen, creo que Lucas todavía me quiere.

El silencio se cierne sobre la línea. Oh, Dios, tal vez lo había leído todo mal.

—Quiero decir, acabamos de tener una guerra de pintura en la sala, y él se desnudó y luego yo me desnudé, y la tenía dura después de mirarme. Y sus ojos parecían en llamas. En serio, en llamas. ¿Estoy viendo mucho en esto?

Luego la escucho reírse, a carcajadas.

Gimo de frustración y espero a que ella lo diga todo.

—¿Ya terminaste? —pregunto mientras abro la llave de la ducha. Necesito sacar esta pintura de mi cabello.

—Si, lo siento. Oh, Dios mío, Paige, ahora estás entendiendo todo esto. En el momento en que entró en la sala y te vio viendo *Top Gun* supe que te quería. Todo lo que el hombre ha hecho ha gritado que te quiere.

—¿Entonces, por qué intentó vender la casa? ¿Por qué quería comprarme, hacerme renunciar a algo que él sabe que es importante para mí?

—Creo que esa fue su reacción inicial porque le hace pensar en lo que perdieron. Con lo que ambos solían soñar. Paige, nunca pensé realmente que Lucas Foster dejara de amarte. Eligió a una chica que era completamente opuesta a ti. Luego, cuando volviste a la escena, él rompió con ella el mismo día. Seguro, tal vez él había querido terminar con las cosas de todos modos, pero le diste la razón. Tú. Es tu nombre con el que se estaba masturbando en la ducha.

Dejo escapar un suspiro y me apoyo contra la puerta del baño.

—Dijo que quería hablar esta noche. Me pidió que le dejara hacerme la cena. Quiere una tregua.

Mi cabeza se siente como si estuviera dando vueltas. ¿Qué significa esto para nosotros?

—¿Vas a cenar con él?

—Creo que sí. Quiero decir: Sí. Mierda, necesito quitarme esta pintura e ir a limpiar la sala. Hicimos un lío.

Jen se ríe entre dientes.

—Señor, no puedo esperar a escuchar cómo va esta noche. Llámame si pasa algo importante. No le hagas el woohoo esta noche. Haz que se lo gane.

—Esta llamada ha terminado. —Pongo los ojos en blanco.

—¡Espera! Estoy hablando en se...

Al presionar finalizar, dejo escapar un profundo suspiro, pongo el teléfono en el mostrador y me quito la camiseta de la cabeza. Necesito una ducha caliente y luego pensar en Lucas, y en mi woohoo, y en lo desesperadamente que lo deseo.

Capítulo 14 – Lucas

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Paige en bragas y sostén. Me paro en la ducha, mi polla en mi mano, masturbándome. Ella está arriba, duchándose. Desnuda.

—Joder —gimo mientras bombeo más fuerte. Es un nuevo récord para mí. Mi semen está golpeando la pared de la ducha uno o dos minutos después de que comencé.

—Voy a dejar mi polla en carne viva si esto sigue así. Dios, estoy actuando como si tuviera dieciséis años.

No estoy seguro de cuánto tiempo estoy allí, el agua corriendo por mi cuerpo, mis ojos cerrados mientras repito cada segundo de lo que pasó en la sala. Una sonrisa crece, y archivo ese recuerdo para sacarlo a relucir una y otra vez, probablemente en la ducha o en mi cama, con mi mano en mi pene nuevamente.

—Pendejo —murmuro mientras cierro el grifo y salgo de la ducha. Cuando alcanzo la toalla, miro hacia abajo para ver a Oreó sentada en el medio del baño.

—Veo que te las arreglaste para mantenerte fuera de la zona de guerra.

En respuesta ella maúlla.

—No me mires con esos ojos. ¿La viste? Se veía tan bonita, goteando pintura y prácticamente desnuda.

La gata se pone de pie, mueve la cola y se acerca al pequeño armario contra la pared del baño. Ella se estira y toca la puerta.

—Está bien, continúa. No hay comida para ti, Oreó. Ve a buscar a Paige y mírala con esos ojos que creen que todo lo saben.

Se estira de nuevo y toca la manija, esta vez golpeando justo y haciendo que se abra.

Miro dentro y no puedo creer lo que veo. Hay una llave colgada en el pequeño tocador antiguo.

Con un vistazo rápido a Oreó, pregunto—: ¿Es esta la llave del ático?

Oreó maúlla. Entonces maldigo.

—Mierda, estoy hablando con la gata como lo hace Paige. —*Ambos hemos perdido la maldita cabeza.*

Saco la llave, sosteniéndola.

—Apostaría uno de mis huevos a que abre la puerta del ático.

Oreó se frota contra mis piernas mojadas, dejando un rastro de pelo a su paso.

—Bien, admitiré que eres una gata inteligente. Ahí lo dije. Ahora ve a molestar a Paige. —Veo como el gato sale de mi habitación. Rápidamente cierro la puerta y encuentro unos pantalones de chándal viejos y mi camiseta favorita de Def Leppard. Tiro mi ropa a la basura y me dirijo a la sala, para encontrar a Paige ya limpiando. No puedo evitar detenerme y mirarla. Si Milo no nos hubiera interrumpido, la habría besado y me alegro de que lo hiciera. Porque sé que tenemos que hablar antes de que pase algo más entre nosotros. Hasta ahora he actuado como un maldito capullo, tocándola y besándola cuando sé muy bien que no debo.

Sonrío cuando empieza a hablar con Oreó.

—La alfombra está destrozada, pero quizás eso sea algo bueno. Estoy pensando que la quitemos y veamos cómo se ven los pisos aquí abajo, ¿qué piensas?

Oreó responde, como siempre.

—De acuerdo. Ahora, toca convencer a Lucas para que acepte la idea de quitar esta alfombra.

—Estoy de acuerdo —digo, entrando en la sala. Paige se gira y sonrío cuando me ve, y el aire

de mis pulmones es succionado. No hay ira, ni dolor, ni desconfianza en sus hermosos ojos color caramelo. Me mira como solía hacerlo. Como si verme la hiciera feliz. Dios, cómo espero estar leyendo bien.

—Oye, te limpias bastante bien —dice en voz baja, luego se ríe entre dientes cuando mira alrededor de la habitación—. Hicimos un lío.

—Ciertamente lo hicimos. —Me río mientras hace lo mismo.

—¿Estás de acuerdo en quitar la alfombra?

Con un asentimiento, me acerco a ella y me detengo justo antes de su cuerpo. Me doy cuenta de que está conteniendo la respiración.

—Sí, pero creo que deberíamos dejarla hasta que la pintura esté terminada. Si los pisos están en buen estado debajo, los protegeré.

Ella sonríe con la sonrisa más brillante que jamás he visto.

—Creo que lo serán. Recuerdo que William habló de cuando hizo que pusieran la alfombra, les dijo que no destruyeran los pisos originales. May quería la alfombra. Le preocupaba que los nietos se lastimaran con los pisos de madera.

—¿Cómo recuerdas eso, Paige, cómo es que recuerdas todas esas conversaciones con el abuelo?

Paige se encoge de hombros.

—No estoy segura. Siempre me ha gustado esta casa y supongo que cada vez que William hablaba de ella, lo archivaba. Por si acaso nosotros...

Su voz se va apagando y va a alejarse de mí, pero la detengo.

—Espera —le digo, llevando mi mano a su cara. Cuando su respiración se acelera, la mía también.

Agarro un mechón de su cabello, sacando un poco de pintura.

—Todavía tienes pintura en el cabello.

Sus mejillas se sonrojan.

—No, gracias a ti. Todavía no puedo creer que me hayas echado eso por la cabeza.

—Eso fue divertido, creo que ambos lo necesitábamos.

Mordiéndose el labio, asiente.

—Mi mamá mandó pastel de pollo y ensalada. Estoy hambriento. ¿Cenamos temprano?

—Suena asombroso. ¿Qué pasa con todo esto?

—Podemos limpiarlo más tarde.

Sin pensarlo, tomo su mano. Ella no intenta apartarla, así que no la dejo caer hasta que entramos a la cocina. Empiezo a desempacar la bolsa de comida.

—Agarraré algo para calentarlo —dice Paige, sacando dos tazones—. ¿Un cuenco está bien?

—Agarra dos. Ella también hizo una ensalada.

Trabajamos en silencio, moviéndonos por la cocina como si la última semana ni siquiera hubiera pasado. Todos los insultos lanzados, los momentos en los que ambos dejamos que nuestra debilidad se apodere de nosotros. Y luego estaban las palabras que dijimos anoche. De eso es de lo que quiero hablar con ella. Para aclararle algunas cosas.

—¿Quieres comer en el porche? —pregunto, señalando con la cabeza hacia la puerta trasera—. Es un hermoso día.

—Sí, eso suena bien. Voy a agarrar dos botellas de agua, ¿todavía te gusta el aderezo *ranch*? Mi mamá mandó todo completo.

Ella me da una mirada que silenciosamente me pregunta si estoy hablando en serio.

—¿En serio? ¿A quién no le gusta el *ranch*?

Quiero decir Bianca, pero decido que es mejor no mencionarla, al menos no ahora.

Una vez que nos acomodamos, Paige se mete un bocado de pastel de pollo en la boca y gime. El ruido va directo a mi pene. Y al igual que el imbécil que soy, me pongo duro al instante.

—Paige, quería hablarte sobre lo que dijiste anoche.

Su rostro decae y mira hacia el patio y hacia los árboles. Al otro lado de los árboles y el camino se encuentra el invernadero, y más allá, el campo abierto.

—Nunca quise hacerte pensar que te estaba comparando con Bianca de ninguna manera. Esa mañana cuando preparaste las magdalenas fue refrescante ver comida de verdad. Por cierto, esas magdalenas estaban buenísimas. Luego tienes que decirme qué marca compraste.

Ella me da una suave sonrisa.

—No comparto mi receta.

Me enamoro más de ella.

—Y tu comentario sobre tu peso... siento que todo lo que he estado diciendo ha salido mal. Te ves increíble. Eres hermosa y no lo digo para hacerte sentir mejor. Cuando caminé por el sendero y te vi en este porche, hablando y riendo con Milo, ni siquiera pude hilar una frase.

Ella me mira.

—Hilaste una frase, si mal no recuerdo, un insulto o dos.

Miro hacia abajo, avergonzado.

—Estaba tratando de ocultar cómo me sentía.

Inclina la cabeza hacia un costado.

—¿Cómo te sentías?

Mis ojos se encuentran con los de ella.

—Confuso. Emocionado de verte. Y, sobre todo, enojado conmigo mismo por dejarte ir.

Cuando su cara se transforma, suelto una risa insegura y sigo adelante.

—Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y no estaba seguro de por qué. Verte me trajo de vuelta cada recuerdo que compartimos, cada sueño que tuvimos, cada caricia que intercambiamos. Y luego eso me cabreó.

—¿Por qué eso te cabrearía?

—Realmente no sé cómo explicarlo. Creo que todo me golpeó. La culpa que sentí por seguir adelante después de ti.

—Lucas, también salí con otros chicos.

Niego con la cabeza.

—Eso no es todo, Paige. Me pediste que confiara en ti, que te dejara seguir tu propio camino, y estaba tan jodidamente asustado que te alejaras de mí que te dejé ir antes de que pudieras lastimarme. Traté de ocultar el hecho de que sabía que había cometido un terrible error al estar enojado contigo, aunque sabía que todo había sido yo. Luego me perdí por un tiempo. Busqué a alguien que te quitara de mi memoria y fue entonces cuando conocí a Bianca, ella era todo lo contrario a ti. El único problema era que todavía no podía olvidarte. Ella también lo sabía. Poco después de que empezamos a salir, encontró un anillo de compromiso y se emocionó muchísimo. Fue entonces cuando planeó nuestro primer viaje. París. Ni siquiera puedo empezar a contarte la culpa que sentí al ir con ella a Europa cuando fuiste tú quien me pidió que fuera contigo primero.

Los ojos de Paige se ponen vidriosos, pero mantiene las lágrimas a raya.

—De todos modos, Bianca tenía un trabajo de modelo allí, nos quedamos una semana y luego volvimos a casa. Ella estaba de mal humor cuando regresamos y cuando le pregunté qué le pasaba, me preguntó por el anillo. Digamos que no le cayó bien cuando le dije que lo había comprado mucho antes que ella y que estaba destinado a mi antigua novia. Para ti.

—¿Qué? —Paige pregunta, llevándose la mano a la boca—. No es de extrañar que me odie. Suelto una carcajada.

—Sí, nunca fuiste su persona favorita.

—¿Me compraste un anillo, Lucas?

Con un encogimiento de hombros, le respondo—: Así es, el verano antes de empezar la universidad. Te iba a pedir que te casaras conmigo esa navidad. Tenía toda nuestra vida planeada, Paige, y cuando cambiaste de rumbo, en lugar de apoyarte, me asusté. Probablemente no ayuda el decirte que aproximadamente una semana después de que rompí contigo, conduje hasta Arkansas.

—¿Qué? —pregunta, con sorpresa en su voz.

—Iba a pedirte que me perdonaras, *rogarte* que me perdonaras, porque sé que te lastimé cuando me alejé de ti.

—¿Qué pasó? Nunca me llamaste. Nunca te vi.

—Te vi por pura suerte. Estabas caminando desde una de tus clases y atravesando este parque. Empezaste a llorar y te apoyaste contra un árbol, luego te deslizaste hasta el suelo. Comencé a caminar hacia ti y me detuve cuando vi a un tipo inclinarse y preguntarte si estabas bien. Te atrajo a sus brazos. Me quedé allí por lo que se sintió una eternidad mientras veía a otro chico abrazándote. Luego me fui y conduje de regreso a Austin.

Paige me mira fijamente, con una expresión en blanco en su rostro. Luego cierra los ojos y niega lentamente con la cabeza.

—¿Sabes quién era ese tipo, Lucas?

—¿Realmente necesito saber?

Sus ojos se abren de golpe y la ira se mueve por su rostro.

—Si tú necesitas saber. Era Josh Miller.

Echo la cabeza hacia atrás en confusión.

—¿Tiene el mismo apellido que tú?

Deja escapar un gemido ahogado.

—¡Es mi primo, idiota! Josh es mi primo. Él era un estudiante de último año en la Universidad de Arkansas cuando yo apenas empezaba. Le envié un mensaje de texto y le dije que estaba teniendo un mal día. Extrañaba mi hogar, te extrañaba a ti, estaba triste porque habíamos roto y estaba a punto de decirles a mis padres que quería volver a casa. Nos quedamos de ver en el parque. Él me habla para tranquilizarme. ¡Dios mío, me viste abrazando a mi maldito primo!

—A ver, ¿cuándo empezaste a maldecir tanto?

Su boca se abre.

—¿Eso es lo que vas a decirme, es en serio?

—Bueno, ¿qué quieres que diga? ¿Estoy enojado conmigo mismo? Demonios sí. ¿Me siento un poco enfermo? Sí, pero no puedo retroceder en el tiempo y cambiar nada de eso.

Se pone de pie, derribando la silla.

—No sé si quiero estrangularte, arrancarte las pelotas o abrazarte porque eres tan estúpido.

Aprieto mis piernas, luego me pongo de pie.

—Paige, me acerqué y vi algo que me descolocó. No tenía idea de que tu primo fuera a la escuela allí, nunca me lo dijiste.

—No querías saber nada de que yo fuera a la Universidad de Arkansas. Todo lo que querías era que yo fuera a la escuela contigo. Ni una sola vez te detuviste a pensar lo que yo quería. Te negaste a escuchar mi plan.

—Es cierto, Paige. Joder, es cierto y fue un error. Un gran error con el que he tenido que vivir desde que me di la vuelta y me alejé de ti.

—Dos veces, aparentemente.

Froto mis manos por mi cara.

—Escucha, el pasado es el pasado y no quiero discutir contigo sobre eso. Lo jodí. ¿Estamos de acuerdo en eso, verdad?

Sus brazos cruzan su pecho.

—Ciertamente.

—Lo que necesito que sepas es que no quiero lastimarte, tal vez mis motivos para querer vender la casa estaban mal, pero nunca quise sacarte de la casa para lastimarte o vengarme. No te haría eso, Paige.

Paige aparta la mirada.

—Por favor mírame.

Ella se encuentra lentamente con mi mirada.

—¿Entonces, por qué estabas tan empeñado en comprarme, en vender esta casa? Sé que alguna vez significó algo para ti.

Trago saliva.

—Me encantaba esta casa y me encantaba la idea de que estuviéramos juntos en ella. Tal vez tuvo algo que ver con mi orgullo y el hecho de que me equivoqué con nosotros. Todo lo que sé es que en el momento en que te vi, supe que la vida que había estado viviendo era una mentira.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no estaba feliz, no lo he sido durante mucho tiempo. Dejé que Bianca tomara todas las decisiones, la seguí como un jodido cachorro porque estaba tratando de compensar el error que cometí contigo. Cuando mencionaste anoche lo mucho que te dolió verme viajar con ella, quise golpearme a mí mismo.

—Estoy más que feliz de hacer eso por ti.

Ambos sonreímos levemente.

—Siento haberte herido. Lamento no haber hablado contigo y decirte que estaba asustado.

Paige envuelve sus brazos alrededor de su cuerpo y da un paso atrás.

—Ojalá lo hubieras hecho.

—Sí, ojalá —digo suavemente.

—¿Entonces, que vamos a hacer? ¿Acerca de la casa?

Exhalo un profundo suspiro.

—Vamos a buscar ese cofre y averiguar qué estaba pensando el abuelo cuando nos la legó.

—¿Lucas, no crees que lo hizo como una forma de obligarnos a volver a estar juntos? Siempre decía que nos pertenecíamos.

—Estoy seguro de que eso es una parte de todo esto, pero siento que hay algo más. Algo más profundo que se supone que debemos encontrar. Juntos.

—¿Tregua, entonces? —pregunta, la sonrisa más dulce en su rostro.

—Tregua. Y tal vez podamos, no sé, empezar de nuevo.

Paige se clava los dientes en el labio inferior y me mira con la mirada más inocente que jamás he visto. Una mirada que dice que está tan insegura de nuestro futuro como yo.

—¿Empezar de nuevo como qué, amigos?

—¿Es eso lo que quieres? —

Cuando miro a lo lejos, no puedo ignorar el dolor instantáneo en mi pecho, la sensación de algo pesado en la boca del estómago. No estoy seguro de poder vivir con ser su amigo por el resto de mi vida.

Cuando vuelve a centrar su atención en mí, toma una respiración lenta, casi tranquilizadora.

—¿Por qué rompiste con Bianca? Quiero la verdad, toda la verdad.

—¿La verdad?

—Sí. —Ella asiente.

—Bueno, puedo decirte que era algo que ya se esperaba, pero cuando te vi me di cuenta de que no quería estar más con ella.

Paige suelta una risa sin humor.

—¿No te diste cuenta cuando ella estaba tratando de evitar que asistieras al funeral de tu abuelo?

Me paso las manos por la cabeza, tirando de mi cabello.

—Por supuesto lo hice. Lo supe tal vez seis meses después de que comencé a salir con ella, ella no iba a ser la indicada, pero no quería admitir que volví a fallar.

—¿Y verme te hizo cambiar de opinión, por qué?

—Porque todavía te amo, Paige.

Las palabras salen tan rápido que no podría haberlas detenido si lo hubiera intentado.

—¿Qué? —susurra, tan bajo que apenas la escucho.

—Joder —digo, frotando mis manos por mi cara—. Eso no era lo que quería decir.

—¿Entonces no me amas? —pregunta, su voz temblorosa e insegura.

Me enfrento a ella de nuevo.

—Lo hago, pero no quería soltarlo así. Quería... empezar de nuevo, Paige. Ser amigo tuyo, salir contigo, demostrarte que me preocupo por ti y que no estoy tratando de engañarte. Realmente no sé qué diablos estoy haciendo. He estado tan mal desde que descubrí que eras dueña de la mitad de esta casa. Estoy enojado conmigo mismo, estoy enojado con el abuelo, estoy luchando contra la necesidad de besarte cada maldita vez que te veo y luego te vas y te vistes sexy y se necesita cada gramo de fuerza para no pedir si puedo besarte.

—Aunque me has besado.

—¡Lo sé! —digo, levantando mis manos en el aire—. Pensé que tal vez si fingía estar borracho, podría compensar las cosas.

Tuerce la boca.

—¿Besándome y tocándome? ¿Pensaste que podrías mejorar las cosas con sexo?

La miro fijamente antes de confesar—: ¿Sí?

—¿Esa es tu respuesta o una pregunta, Lucas?

—¿Pueden ser ambas?

Ella pone los ojos en blanco.

—Que tengamos sexo no va a hacer nada más que complicar todo esto, lo sabes, ¿verdad?

Con un gemido frustrado, asiento.

—Por supuesto, lo sé. No significa que no te desee, porque confía en mí, Paige. Te deseo. Nunca dejé de desearte. Nunca dejé de amarte.

Paige se vuelve y se aleja unos pasos, tapándose la boca con la mano. Por un momento me pregunto si debería haberme guardado mis sentimientos, pero ese momento llegó y se fue. Estoy cansado de guardarlo.

—Lo siento, Paige. Perdón por todo.

Capítulo 15- Paige

Lucho para evitar que mi cuerpo tiemble. Las lágrimas pican en la parte posterior de mis ojos mientras trato de no llorar. Desde el día en que Lucas se alejó de nosotros, había estado soñando con escucharlo decirme que lo sentía. Incluso soñé que lo oiría decirme que me amaba. La verdad es que nunca he dejado de amarlo. Eso ha sido obvio para todos los que me conocen, especialmente con mis dementes celos por su relación con Bianca.

—¿Paige?

—Dame un momento, por favor —grazno, mi voz temblorosa e insegura.

Siento sus manos sobre mis hombros y mi respiración se atasca en mi garganta. Me gira y pone su dedo en mi barbilla, levantando mi mirada para encontrarme con la suya.

—Quiero ser sincero contigo. No te estoy pidiendo nada. Bueno, tal vez tu perdón —dice con una leve sonrisa. Mi corazón late más rápido en mi pecho.

Por el más breve de los momentos, quiero que me bese. Luego me aparto de él y doy un paso atrás. Lejos del calor de su cuerpo y el anhelo de sentir sus manos.

—Me siento un poco abrumada con todo esto, Lucas.

Asiente, la tristeza asoma a sus ojos y sé que también tengo que ser honesta con él.

—Yo tampoco dejé de amarte.

Una chispa de esperanza brilla en su rostro.

—Pero no creo que volvamos a tener una relación. Quiero decir, cada gramo de mi cuerpo me ruega que te deje tocarme, que sienta tus labios contra los míos, que te sienta entre mis piernas de nuevo.

Un gruñido sale de la parte de atrás de su garganta y enciende un ardor en mi vientre.

—Y es por eso que no podemos. Primero tenemos que resolver algunas otras cosas, y la única forma de hacerlo es con la cabeza despejada. El sexo solo va a complicar las cosas.

—O podría eliminar algo del estrés, ayudar a aclarar nuestros pensamientos —dice con un guiño.

Riendo, niego con la cabeza.

—No voy a negar que me duele porque te deseo, pero tenemos que tomar esto con calma. La intensidad de nuestros sentimientos podría deberse simplemente a que nos hemos encontrado y estamos solos en esta casa. Ambos hemos tenido algunos cambios importantes en nuestras vidas y más por venir. Estoy pensando en abrir un nuevo negocio, somos copropietarios de esta casa, tú trabajas en Austin. ¿Cómo será nuestro futuro? ¿Cuál es el futuro de esta casa? ¿La propiedad y los secretos que claramente guarda?

Lucas se frota el cuello, algo que siempre ha hecho cuando está frustrado o pensando profundamente.

—No la voy a vender, ni voy a intentar convencerte de que me dejes comprarte la mitad.

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—El primer día me motivaron las emociones equivocadas. Una parte de mí cree que el abuelo sabía que lo haría, y en su extraña manera de evitar que cometiera otro error, te hizo copropietaria. Sabía que nunca dejarías ir esta casa.

Sonrío.

—Era un hombre sabio.

Lucas se ríe entre dientes.

—Sí, lo era. Ese mismo día supe que no la vendería.

—Así que has estado, ¿qué? ¿Torturándome?

Él se encoge de hombros.

—Ha sido un poco divertido ver ese fuego en tus ojos cuando dijiste que nunca te irías.

Suspiro, sin querer admitir que ha sido un poco divertido el ir y venir con él.

—¿Entonces, qué hacemos desde aquí? —pregunta.

Camino hacia él y tomo su mano en la mía. Sus ojos buscan mi cara y exhalo lentamente.

—Nos volvemos a conocer siendo amigos.

—¿Entonces, no debería besarte?

Mis dientes se clavan en mi labio y no puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro.

—No creo que un pequeño beso duela. Un beso amistoso. Como un piquito.

—¿Un besito? —pregunta, acercándose a mí.

Asiento.

—*Mmm-hmm*. Un besito. —Mi voz es un susurro en la brisa mientras mis ojos se clavan en su boca.

Se inclina, a centímetros de mis labios.

—Eso funciona para mí.

—Está bien —digo en voz baja, poniéndome de puntillas para salvar la distancia entre nuestras bocas.

En el momento en que hacemos la conexión, estoy perdida.

Lucas pone su mano en mi espalda baja y me acerca mientras mis manos suben por su cuerpo y se envuelven alrededor de su cuello.

El beso es suave y lento. Amoroso. Como si estuviéramos conociendo de nuevo los labios del otro. Yo gimo, luego él gruñe y lo profundiza, atrayéndome hacia su pecho. Su lengua se mueve de una manera tan exploratoria que casi hace que mis piernas se doblen debajo de mí.

Quiero más.

Necesito más, pero sé que ya hemos ido demasiado lejos.

Sin embargo, ninguno de los dos se detiene.

Cuando sus dedos empujan mi cabello, le muerdo el labio, lo que hace que gruñe de nuevo, esta vez como advertencia.

Lucas desacelera el beso, se echa hacia atrás y apoya su frente contra la mía. Nuestros pechos suben y bajan, cada uno de nosotros respira como si acabáramos de correr un maratón. Y de alguna manera, lo hicimos. Años de un viaje emocional, no de millas sino de momentos, empaquetados en nuestro abrazo, en ese beso.

—Eso... fue mucho más que un piquito —dice mientras sonrío.

—Puede que tengamos que definir eso de tomar las cosas con calma.

—Eso creo —responde, dándome un suave *piquito* en la frente—. Tal vez deberíamos terminar de limpiar la sala y luego explorar el ático. Creo que encontré la llave.

Saltando hacia atrás con sorpresa, lo miro.

—Pensé que tenías la llave, que William te la había dado.

Sacude la cabeza.

—No esa llave. Esta mañana, cuando subí al ático, la puerta de arriba estaba cerrada. Tu extraña gatita me ayudó a encontrar una llave. Creo que es la llave del ático. Al menos, espero que lo sea.

—¿Oreo la encontró? —pregunto confundida.

—Es una larga historia, pero creo que ese gato es un fantasma o algo así. Con suerte, no del tipo de reencarnación del *Cementerio de mascotas*, sino más bien del tipo de *Gasparín*.

Frunzo el ceño.

—¿Un fantasma, de verdad?

Me toma de la mano y me lleva de regreso a la mesa, donde saca una silla para mí. Ambos nos sentamos. Lucas se encuentra con mi mirada mientras toma su bebida y la levanta.

—Por nuestra amistad.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo antes de que tome mi vaso y lo choque con el suyo.

—Por explorar.

Lucas me guiña un ojo y luego se ríe.

—Por explorar.



Oreo, por supuesto, nos ha seguido escaleras arriba y se sienta en el último escalón fuera de la puerta del ático.

—Está bien, veamos si esta es la llave. —dice Lucas.

Lucas la mete en la cerradura y, antes de que la gire, agarro su mano.

—Espera.

Mueve la mano y me mira. Un solo foco ilumina el pequeño pasillo. Me tiemblan las manos y rápidamente las froto para calmar mis nervios.

—¿Qué pasa si encontramos algo que lo cambia todo?

Con el ceño fruncido, pregunta—: ¿Cambiar qué?

Niego con la cabeza frenéticamente.

—No sé... todo esto con las fechas incorrectas.

Cierra los ojos y maldice en voz baja.

—Olvidé decírtelo. Mi papá insinuó que tal vez la abuela y el abuelo podrían haberse separado.

Estoy segura de que mis ojos están a punto de salirse de mi cabeza.

—¿Qué?

—Sí, realmente no salió y lo dijo, pero lo hizo parecer de esa manera.

—¡Y te olvidaste de decírmelo!

Él se ríe.

—Bueno, en mi defensa, hemos armado unos buenos líos desde que regresé de la casa de mis padres.

—Es verdad. ¿No estás preocupado?

Lucas toma mis manos entre las suyas.

—Paige, no creo que el abuelo quiera que tropecemos con algo que pueda lastimarnos de alguna manera. No estoy preocupado.

Muerdo mi labio.

—Está bien, yo tampoco estoy preocupada.

Cuando sonrío, siento mi corazón saltar. Voy a ignorar el impulso de acercarme y besarlo.

—Veamos qué hay aquí.

La emoción burbujea dentro de mí.

—No he estado aquí desde que era una niña.

—Yo tampoco —dice Lucas, girando la cerradura. La escuchamos hacer clic, y cuando empuja la vieja puerta de madera para abrirla, deja escapar un crujido, o es un gemido, que haría que cualquier película de terror saliera corriendo por su dinero.

Oreo entra corriendo.

—Ella no parece estar preocupada. Vamos —dice, tomando mi mano y entrando en el gran ático. Mis ojos tardan un momento en adaptarse a la oscuridad.

—Si mal no recuerdo, hay una luz a tu izquierda —digo. Lucas sostiene mi mano y camina unos metros.

—Aquí está.

Escucho el clic del interruptor y la luz llena el ático mientras mira detenidamente el espacio gigante.

—Vaya, olvidé lo grande que es aquí —susurro.

—¿Por qué estás susurrando? —pregunta Lucas.

Me encojo de hombros y me río.

—No lo sé, parece que es lo correcto.

Lucas camina hacia el centro del ático. Abarca de un lado a otro de la casa, tanto a lo largo como a lo ancho.

—El abuelo me dijo que solía dormir aquí cuando era más joven. Tenía su propia área en esa esquina del frente a la derecha.

Miro al otro lado del lugar y puedo distinguir una cama.

—Todavía hay una cama aquí.

—Eso no me sorprende.

Haciendo un círculo completo, observo el espacio del ático. Está lleno de cajas, baúles y muebles viejos. Está lleno casi a capacidad.

—¿De quién son estos muebles? —pregunto, dirigiéndome hacia un viejo cofre. Encima hay un cuenco y una jarra de porcelana, del tipo que se coloca en los dormitorios para que la gente se lave.

—Estas son cosas de mis bisabuelos.

Me enfrento a Lucas.

—¿Qué, cómo lo sabes?

Lucas está de pie frente a un reloj de pie.

—Recuerdo este reloj. Solía estar en el pasillo delantero. Dios, yo podría tener tal vez dos o tres años. El abuelo solía pararse frente a él cuando sonaba, el sonido del timbre solía hacerme reír.

—Pero, pensé que May y William vivían en esta casa cuando naciste.

—Así fue, mi bisabuela todavía estaba viva, se quedó en... —deja de hablar y rápidamente se vuelve para mirarme—. Tu cuarto. La habitación en la que te estás quedando ahora, era su habitación.

Sonrío.

—¡Qué maravilloso! William nunca me dijo eso.

—No hablaba mucho de su mamá. Mi padre solía decirme que su abuela era un alma problemática. Se perdió cuando murió su esposo. Recuerdo que le encantaba tejer y leer.

—Eso explica la estantería de esa habitación. Todavía está llena de libros —digo.

Una mirada extraña se mueve por su rostro e intenta no sonreír, pero lo hace.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto.

—Ah, bueno, realmente no sé cómo decirte esto.

—¿Qué? —pregunto sonriendo—. ¡Dime! ¿Es algo sobre la casa?

Él se ríe.

—Estoy un poco enojado porque no recordaba esto cuando intentábamos echarnos el uno al otro fuera de la casa.

Inclino la cabeza y le doy una mirada interrogante.

—¿Por qué, qué es?

—Mi bisabuela murió en su habitación. En tu habitación.

Estoy segura de que mi mandíbula cae al suelo.

—¿Perdón, qué dijiste?

—Ella murió allí. En... —comienza a reír.

—Oh Dios. No. No lo digas, Lucas.

Se ríe con tanta fuerza que apenas puede hablar.

Mi mano cubre mi boca y niego con la cabeza.

Lucas asiente y dice—: ¡Murió en la cama en la que estás durmiendo!

—¡Idiota! ¡Me dejaste tomar esa habitación!

Levantando las manos en defensa, intenta hablar mientras se ríe a carcajadas.

—¡Lo olvidé, lo olvidé totalmente!

—¡Dijiste que la casa estaba embrujada! ¿Cómo no recuerdas que alguien murió en mi habitación?

Se encoje de hombros y luego se seca las lágrimas de risa.

—Recordé a la abuela haciendo un comentario sobre cómo la casa estaba embrujada por su suegra. Se me olvidó por completo.

Levanto la barbilla.

—¡Eres un hombre horrible! ¿Cómo murió ella, murió por causas naturales?

Una vez que Lucas se controla, respira hondo y suelta el aire.

—Lo siento.

Cierro mis puños. No quiero perder terreno en el progreso que hemos hecho al comenzar de nuevo como amigos, amigos que intercambian besos apasionados, pero, vaya, quiero darle una patada en los huevos por mantener esa pequeña joya en secreto.

—Lo siento, cariño. Honestamente, lo estoy. Realmente lo olvidé.

Escucharlo llamarme cariño envía un rayo directo a través de mi cuerpo. Me quedo paralizada, mirándolo como una idiota.

La sonrisa en el rostro de Lucas se desvanece.

—Realmente lo olvidé, Paige.

Con una sacudida brusca de mi cabeza, me obligo a hablar.

—Está bien. Pero puede que me cambie de habitación.

Me guiña un ojo, enviando otra ola de electricidad a través de mi cuerpo.

—Puedes dormir conmigo.

—Ja, ja. Muy bueno el chistecito —logro decir, mientras finjo que no quiero saltar y ofrecerme como tributo.

—Está bien, estamos buscando un cofre —dice Lucas, echando un vistazo a la habitación.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando un gran baúl que está en la esquina—. Recuerdo que May nos dijo cuando jugamos aquí que no podíamos abrirlo.

Lucas se dirige al viejo baúl.

—Se llama baúl de armario. El abuelo me decía que era de la abuela y que algún día podría revisarlo.

Me agacho y lo miro. El baúl de cuero marrón tiene una parte superior abovedada con patas de bronce en la parte inferior. Parece estar en perfecto estado.

—Vamos a abrirlo —dice Lucas, alcanzando el pestillo.

Agarrando su mano, le digo—: Espera. ¿Y si se supone que no debemos tocarlo?

Me da la sonrisa más dulce.

—En realidad, es la mitad tuyo, la mitad mío. Se nos permite abrirlo. Juntos.

Respirando hondo, asiento con la cabeza y Lucas lo abre. El interior está en una forma increíble, con un forro de tela color melocotón claro y oscuro. Cinco cajones están a un lado y el otro contiene unas perchas de madera con el vestido más hermoso aun colgando de uno de ellos. Casi parece un vestido de fiesta.

Lucas abre el cajón superior. Jadeo cuando veo el interior.

—Santo cielo.

—Bueno, no es de extrañar que la abuela no quisiera que jugáramos con esto —dice Lucas inexpresivo.

Abro y cierro la boca al menos una docena de veces mientras miro el cajón lleno de joyas.

—¿Lucas, por qué demonios May y William dejarían todo esto aquí?

—¿Bisutería?

Me río mientras meto la mano y saco un collar que tiene un rubí talla princesa encerrado en diamantes.

—Esto no es bisutería.

—¿Cómo lo sabes?

Yo lo miro.

—Mi abuela tenía bisutería. Créeme, esto no es lo mismo.

—Bien, entonces la abuela podría haber tenido una pequeña fortuna en joyería. ¿Por qué lo guardó en su baúl de viaje?

—¿Y por qué May o William no lo tocaron? ¿Por qué no se la habría puesto? ¿Por qué tus padres no miraron aquí?

—La misma razón por la que no quisiste tocarlo. Te dijeron que no lo hicieras.

La esquina de mi boca se eleva en una leve sonrisa.

—Touché.

—Casi tengo miedo de abrir el siguiente cajón.

Lo alcanzo y tiro suavemente.

—No, no te asustes, vamos a seguir, tengo mucha curiosidad.

—¿Qué diablos? —dice Lucas, alejándose de las prendas de vestir en el cajón.

—Bueno, parece que May tiene un fetiche por la lencería coqueta —digo con una risita.

—¿Por qué no tiene entrepierna? Oh, Dios. Oh, Dios.

—Fue para que pudiera usar el baño, pervertido. Pero, para cuando May usó este cofre, no habría necesitado estas bragas. Estas son viejas, tal vez la mamá de May las usó o algo así.

Lucas suelta una risa ronca.

—Créeme, cualquier hombre que supiera que la ropa interior de una mujer tenía una abertura como esa la aprovechó al máximo. Sé que yo lo haría.

Lo miro, el calor golpea mis mejillas mientras lo imagino haciendo precisamente eso. A mí.

Paige, te lo estás tomando con calma, como amigos, no vayas allí.

Una sonrisa malvada se extiende por su rostro.

—¿Quieres probártelos?

Dándole una palmada en el pecho, grito—: ¡Lucas Foster, eso es asqueroso!

—¿Por qué es eso asqueroso? —Él arquea una ceja.

—¡Simplemente lo es! Esas son las prendas interiores de tu abuela o bisabuela.

Gruñe.

—Ahí va esa imagen en mi mente. Muchas gracias por ese bloqueo a mi polla.

Riendo, cierro el cajón y abro el siguiente. Contiene medias.

El siguiente cajón está vacío y el fondo contiene algunos diarios, algunos libros, una pluma y un frasco vacío de lo que probablemente había sido tinta.

Lucas se pone de pie y mira el baúl.

—Si esto era de la abuela, ¿a dónde lo llevó? ¿Cuándo lo usó? ¿O tal vez era de su madre y por eso no querían que lo tocáramos?

Reviso algunas de las joyas.

—Creo que necesitas que revisen todo esto, Lucas. Por supuesto, enséñaselo a tu padre. Estas son reliquias familiares.

—La mitad son tuyas.

Con una rápida mirada a él, niego con la cabeza.

—No, no lo son. Son tuyas.

Lucas me mira y algo pasa por su rostro. No puedo decir lo que está pensando, pero la forma en que mira hace que mis entrañas se vuelvan locas de nuevo cuando mi estómago da un vuelco.

—¿Tienes idea de la persona increíble que eres?

Me paro y sonrío.

—La tengo. Soy algo especial, eso es seguro.

Su expresión se suaviza aún más cuando pone su mano en mi mejilla y sonrío.

—Ciertamente lo eres.

Capítulo 16 – Lucas

Paige y yo nos paramos frente al viejo baúl mirándonos el uno al otro. Quiero besarla de nuevo. Decirle que pienso que ella es la criatura más magnífica de todos los tiempos. Aquí está ella, mitad dueña de algunas joyas de aspecto bastante caro, y me dice que son mías. La mayoría de las mujeres no habrían reaccionado de esa manera.

Cierro los ojos y maldigo. Dios, la deseo muchísimo. Abriendo mis ojos de golpe, le doy una última mirada antes de dejar caer mi mano y mirar alrededor del ático.

—Si bien todo esto es divertido, buscar en el armario prohibido de bragas sin entrepierna, tenemos que encontrar el cofre.

—¿No te parece raro descubrir todas estas cosas sobre tu familia?

Con un encogimiento de hombros, miro alrededor del área donde estamos parados. Hay tanta mierda en este ático que tardaremos semanas en revisarla.

—Seguro, muy divertido, pero tengo una misión.

Escucho a Paige reír detrás de mí.

—Bueno, por mi parte, lo encuentro fascinante.

—Por supuesto que sí, eres una mujer.

—Pues no tiene nada que ver con eso, Lucas. Esta es la historia de tu familia aquí. ¡Quién sabe qué más encontraremos!

—Antes tenías miedo de mirar.

Paige se acerca a mí y mira hacia un sofá viejo.

—Eso fue antes de que encontráramos lo que muy bien podría ser un collar de rubíes en un baúl de armario vintage. —Saca la sábana blanca que cubre a medias el sofá—. ¿Te acuerdas de este sofá?

Sonrío mientras lo miro.

—Diablos, sí, lo recuerdo. Fue donde te besé por primera vez.

Paige pasa los dedos por la tela y sonrío.

—Estaba tan nerviosa. —Ella me mira—. ¿Estabas nervioso por besarme la primera vez?

—Sí —respondo honestamente—. Sobre todo porque pensé que nos pillarían besándonos y la abuela nunca nos dejaría aquí solos de nuevo.

Ella suelta una carcajada y se sienta en el sofá.

—¿Quieres que te vuelva a besar, por los viejos tiempos? —pregunto con voz profunda.

Su boca se abre y su lengua sale para humedecerse los labios. Si eso no es un sí, no sé qué lo sea. Me siento a su lado.

—¿Un beso? —pregunta, con una sonrisa en su rostro.

Agarrándola rápidamente, la siento en mi regazo para que se acomode a horcajadas sobre mí. Si se sienta así, su calor se presionará sobre mi polla cada vez más dura.

—Lucas.

Mi nombre en su boca casi suena a súplica. No estoy seguro de si me está pidiendo que no la bese o suplicando que la bese. De cualquier manera, voy con el mejor de los casos.

Tomo su rostro entre mis manos y gentilmente acerco su boca a la mía. Y nos besamos.

Santa madre de todos los besos. Paige profundiza el beso mientras se hunde, presionándose contra mi polla.

Agarrando sus caderas, me levanto, necesitando más contacto. Sus dedos se atascan en mi

cabello y lo jala, lo que provoca que le chupe la lengua y la acerco más a mí.

—Sí —susurra mientras se mece contra mi erección.

—Joder, esto no es lento, Paige. Esto no es lento —le digo apartando mi boca de la suya.

Sin una palabra, ella acerca mi boca a la suya. Nuestro primer beso no fue nada como esto. Fue incómodo, desordenado. Lenguas sin experiencia tratando de descubrir cómo moverse juntas en un movimiento fluido. Este beso dice un millón de cosas tácitas.

Te amo. Siempre te he amado. Te deseo. Joder, necesito estar dentro de ti.

—Joder, Paige.

Presiono mi polla contra ella mientras ella envuelve sus piernas alrededor de mí, un gemido moviéndose de su boca a la mía.

—Lucas.

—Deja de decir mi nombre así o te voy a follar aquí mismo, creo que eso de tomarse las cosas con calma está sobrevalorado.

Ella muerde mi labio. Mi mano se desliza por su camiseta y acaricio su pezón a través del encaje de su sostén.

—No te detengas, Lucas. No te detengas.

—Dijimos lento.

—Sólo un poco más. Por favor.

¿Quién soy yo para negarle eso?

—Quiero hacer que te corras, Paige.

—No voy a discutir con eso —jadea, sus manos se mueven sobre mi polla dura, acariciándola a través de la tela.

—Pues a mí no me parece.

Me congelo, al igual que Paige.

Apartamos nuestras bocas y nos volvemos para encontrar a Tom Miller de pie en medio del ático.

Su hermano, mierda. Me detuve en el rancho Miller para hablar con él, pero no estaba allí. Y ahora está aquí. Mirándome montar a su hermana.

—¡Oh, Dios mío! —Paige susurra, empujándome—. ¡Tom!

Me pongo de pie, sin siquiera molestarme en ocultar la furiosa erección. Por la forma en que él me mira, no tengo ninguna duda de que mi pene se encoge por segundos.

Sí. Ahí está, la última causa de una polla desinflada. El hermano. El padre también lo haría.

Paige me mira frenéticamente, luego a su hermano.

—¿Qué, por qué estás aquí? No sabía que vendrías —ella finalmente logra decir.

Él me mira con pura ira o tal vez es el odio. No estoy seguro. De cualquier manera, las cosas no se ven bien para mí.

—Después de que este imbécil pasó por el rancho para hablar conmigo, intenté llamar a tu celular y no he tenido noticias tuyas. Me preocupé, así que vine.

—Lo siento por eso. Debo haber dejado mi teléfono abajo, como puedes ver todo está bien.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —él pregunta, su mirada y sus palabras dirigidas únicamente a mí.

—Estábamos, eh, tratando de encontrar un cofre.

Levanta la ceja.

—Parece que lo encontraste.

—Tom, por favor. Regresemos abajo, vamos a tomar un té.

—¿Cuál es tu juego, Foster? —él pregunta.

—No hay juego, Tom. Pasé a hablar contigo. Para decirte que lamento las cosas que sucedieron entre Paige y yo.

Paige me mira con expresión de asombro.

—¿Qué?

Le doy una suave sonrisa.

—Mi papá me dijo que Tom estaba enojado conmigo.

—Ja —dice Tom—. Eso es ponerlo a la ligera. Si crees que estoy enojado, alégrate de que no te encontraste con mi padre.

Caminando hacia su hermano, Paige dice—: Tom, bajemos.

Se vuelve hacia ella.

—Él tiene novia, ¿recuerdas? ¿Has olvidado cómo te trató? ¿Cómo te lastimó?

La culpa araña mi pecho y mi garganta.

—Hemos hablado de cosas y él no tiene novia.

—¿Por qué él está aquí?

Paige me mira con pánico total en sus ojos. Mierda, todavía no se lo ha contado a su familia.

—El vive aquí.

Con esa declaración, rápidamente busco un escape porque Tom Miller está dispuesto a romperme la crisma.



Me apoyo contra la encimera de la cocina y trato de no dejar que mi miedo se manifieste. Tom está actualmente sentado a la mesa, disparándome rayos mortales desde sus ojos.

—¿Cuándo ibas a decirnos que él vive aquí?

—La próxima vez que fuera a la casa. Sabes que él es dueño de la mitad de la casa.

—Sí, al igual que yo sabía que él vivía en Austin con una modelo elegante en un apartamento elegante y vestía como un maldito *hipster*. También supe que no se había molestado en presentarse al funeral de su propio abuelo.

—Eso es suficiente, Tom. No sabes la historia completa —dice Paige en un tono de advertencia.

Se siente como un *déjà vu*. Excepto que la última vez que estuve en una cocina con un hombre mirándome como si me odiara, yo era mucho más joven. Paige estaba tratando en ese entonces, como ahora, de convencer a su padre de que yo tenía buenas intenciones. El único problema era que estaba en camino de desnudarla y tomarla, y si su padre no hubiera aparecido, las cosas se habrían complicado. Ahora es su hermano quien está en ese lugar.

—Entonces cuéntame la historia, Paige. Porque lo que acabo de ver no parecía inocente.

—Quedamos atrapados en viejos recuerdos —digo.

Me mira y Paige me lanza una mirada que dice que *deje de hablar*.

—Así que la verdad es que Lucas y yo vivimos en la casa. Ya conoces la carta que me dejó William y también le dejó una a Lucas. Estamos tratando de encontrar un cofre que William dijo que contiene respuestas sobre por qué nos dejó a los dos en la casa.

Tom se ríe.

—Ah, por Dios santo ambos son lo suficientemente inteligentes. La única razón por la que William los dejó a los dos en esta casa fue para obligarlos a los dos a unirse para encontrar una solución. Todos saben eso y está funcionando, considerando que este idiota acaba de tener su

lengua en tu garganta y sus manos debajo de tu camiseta.

Aparto la mirada y me aclaro la garganta.

—Sí, estoy seguro de que era parte de la intención de William, pero creo que hay más. Quería que encontráramos algo juntos.

—Paige, no lo hay. Desde que eras pequeña te has enamorado de esta casa. Demonios, te has enamorado de él.

Señala con la barbilla en mi dirección.

—William lo sabía. Los forzó a los dos a estar juntos. No es así como reparas una relación. Forzó tu mano y ahora estás dejando que otro Foster se aproveche de ti.

—Espera un minuto, Tom —digo, empujándome del mostrador.

—Mi abuelo sabía cuánto significaba esta casa para Paige. Se lo dejó a ella por esa razón y solo por esa razón. Nadie puede obligar a Paige a hacer algo que no quiere hacer, y yo no me estoy aprovechando de nada.

—Entonces véndele la mitad de la casa.

Con una mirada de advertencia, Paige dice—: Tom, por favor no te metas en esto.

—No, Paige. Si este idiota realmente se preocupa por ti, si realmente quiere verte feliz, entonces debería marcharse.

—¡Es la casa de mi familia! —protesto.

—Y en la calle se dice que quieres venderla. Obtener una ganancia considerable y regresar a Austin y probablemente lleve a su modelo a otro viaje a Europa.

Paige gime mientras entierra su rostro entre sus manos.

—¿Es eso lo que la gente dice de mí? —pregunto, el miedo se instala en la boca de mi estómago.

—Por supuesto que lo es, Lucas. Te fuiste de Johnson City y nunca miraste atrás.

—Porque la vida que quería aquí...

—Déjalo ir, hiciste esa elección. Tú. Renunciaste a tu oportunidad.

—Cometí un error, que estoy tratando de compensar.

Él se burla.

—Quieres esta casa, simple y llanamente.

—Tom, te estoy pidiendo que te detengas —le suplica Paige.

Miro a Tom, luego miro a Paige. Las palabras de su hermano me golpean como una pared de ladrillos. ¿Realmente había perdido mi oportunidad con Paige? ¿Podríamos olvidar el pasado y descubrir un futuro juntos? ¿O todos pensarían que simplemente la había seducido para conseguir la casa? Incluso si nunca la vendiera, la gente susurraría a mis espaldas.

—Dejaré que tú y tu hermano hablen.

De pie, Paige toma mi brazo.

—Lucas, espera.

Con un rápido paso atrás, me obligo a sonreír.

—Fue un gusto verte, Tom. Acepta esto como una disculpa por la forma en que traté a tu hermana en el pasado. Realmente lo lamento.

—¡Lucas!

Paige me sigue rápidamente. Tomo mis llaves y billetera de la mesa en el vestíbulo y salgo por la puerta principal.

—Por favor, no te vayas. Por favor.

Camino hasta mi camioneta y abro la puerta.

—¡Detente! —ella grita—. Me lo prometiste.

Lentamente, la enfrento.

—¡Todos en este pueblo pensarán exactamente como él! —digo, señalando hacia la casa—. Nunca podré convencer a nadie diferente.

—Ellos no importan. La única que importa debería ser yo. Lo que yo pienso.

—¿Qué piensas, Paige? Porque anoche yo era el enemigo.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—Lucas, nunca has sido el enemigo.

Me obligo a pasar saliva.

—Estoy seguro de que eso me pareció.

Paige da un paso atrás cuando me deslizo en la camioneta y la enciendo.

—¿A dónde vas? —pregunta.

Con una leve sonrisa, porque realmente no quiero que ella piense que estoy molesto con ella, le digo—: A la casa de mis padres. Quizás iré a dar un paseo a caballo, necesito aclararme la cabeza. No me arrepiento de haberte besado antes, ni de lo que te dije.

Ella asiente.

—Yo tampoco. Ten cuidado, no montes enojado.

Dios, esta mujer. Ella está preocupada por mí. Realmente soy un idiota estúpido al dejarla ir.

—Lo prometo y no estoy enojado.

Mientras me alejo, miro por el espejo retrovisor para verla de pie, mirándome. Hoy habíamos dado dos pasos hacia adelante, para retroceder tres.

Con una maldición, golpeo el volante mientras me alejo de la mujer que amo.

Capítulo 17 – Paige

Lucas levanta tierra mientras conduce. Han sido dos veces que nos interrumpen antes de que las cosas se pusieran intensas. Incluso con la promesa de que iríamos despacio, estoy empezando a preguntarme si eso es realmente lo más inteligente que puedo hacer.

Dándome la vuelta, regreso a la casa. Quiero estrangular a mi hermano.

Se para en medio de la sala, mirando a su alrededor.

—¿Qué diablos pasó aquí? —pregunta.

—Es una larga historia. Tom, necesito que entiendas algo.

Me mira con la preocupación grabada en su rostro.

—Todavía lo amas —dice antes de que pueda pronunciar otra palabra.

—Nunca dejé de amarlo. Honestamente, no creo que sea posible para mí no amarlo. Lucas es parte de mí, es dueño de una parte de mi corazón y no estoy segura de lo que va a pasar. No sé lo que nos depara el futuro.

—Tienes un futuro. La florería.

—Lucas nunca detendría eso.

Deja escapar una carcajada.

—Trató de detenerte antes.

Levanto las manos y las dejo caer a mi lado.

—Eso es el pasado. Esto es ahora. Esto es hoy. Somos Lucas y yo tratando de encontrar algo en común.

—¿Y crees que dormir con él te ayudará?

Mi cara se calienta.

—Nos dejamos llevar. Tenemos muchos recuerdos entre nosotros, Tom. Más buenos que malos. Sentimientos que ninguno de los dos realmente dejó ir.

—Él parecía que los dejó ir. Estuvo con esa modelo el tiempo suficiente.

—Realmente desearía que la gente dejara de sacarla al tema. Él rompió con ella. Él dijo que nunca vio un futuro con ella.

—¿Le crees?

La comisura de mi boca se eleva ligeramente.

—Sí, le creo.

Se pasa las manos por la cara y suspira.

—Paige, sé que él te lastimó.

—Sí, lo hizo.

—Eres mi hermana y me preocupo por ti.

Camino hacia mi hermano y lo rodeo con mis brazos.

—Soy una chica grande. Sé lo que estoy haciendo. ¿Podrías confiar en mí para manejar esto?

—¿Me prometes que no volverás con él?

Mis hombros se hunden y lo miro.

—No puedo, ni quiero prometer eso.

—Bien, no te lo pediré. Sabes, me agradó él una vez. A mi papá también.

—Sé que lo hiciste, y papá lo adoraba. Y mamá también. Nos perdimos y no sé adónde nos llevará este viaje. En más de una ocasión hemos tenido caminos opuestos, y estoy segura de que lo haremos en el futuro, pero siento en mi corazón que pase lo que pase, tengo que esforzarme más

esta vez. *Ambos* tenemos que esforzarnos más. Ya no tenemos dieciocho años.

Con una gran inhalación, mi hermano cierra los ojos.

—Si él te lastima, que Dios me ayude.

—Si me lastima, tendrás que hacer fila. Yo soy la primera.

Con una risita, me envuelve en sus brazos y besa la parte superior de mi cabeza.

—Te quiero, hermana.

—Yo también te quiero. Mucho.

Cuando me suelta, sonrío.

—¿Oye, no conocerás a un joyero, de casualidad?



Después de que mi hermano se va, me cambio y me pongo mis zapatos para correr. Tengo otra hora más o menos antes de que se ponga el sol y quiero correr antes de que oscurezca. Tom ayudó a terminar la pintura en la sala, luego cortó alrededor de la alfombra para que Lucas y yo pudiéramos levantarla más fácilmente.

Llevo casi una hora fuera, con los pies golpeando contra la carretera, miro mi reloj. Todavía no he tenido noticias de Lucas; parte de mí está preocupada. Alejando mi miedo, corro más rápido hacia la casa. Reduzco la velocidad cuando veo a Milo estacionado detrás de mí.

—¿Oye, qué estás haciendo aquí?

Él sonrío—. Recibí una llamada de Chuck.

Con el ceño fruncido, le pregunto—: ¿Chuck Nelson? Pensé que se había mudado a Austin y abierto un club.

Milo se frota la barbilla, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Lo hizo, pero regresó a JC cuando Austin se puso un poco demasiado... raro. Abrió un bar justo afuera de JC.

Suelto una carcajada.

—Está bien, bueno, ¿qué tiene eso que ver conmigo y por qué luces tan afligido?

—Bueno, él me llamó. Lucas está en el bar; ha estado allí toda la tarde. Dijo que está en camino de estar borracho como una cuba.

Mi corazón se siente como si cayera a mi estómago.

—¿Él está bien?

—Me detuve y hablé con él. Está bastante deprimido. Pensé que tal vez tú podrías ir allí.

Ni siquiera me toma un momento tomar mi decisión.

—Déjame cambiarme. ¿Me enviarías un mensaje de texto con la dirección del bar?

Milo sonrío.

—Por supuesto. Está justo en las afueras del pueblo, hacia Fredericksburg.

Poniéndome de puntillas, le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, Milo. Sé que fuiste arrastrado a todo esto.

Con una sonrisa infantil que me hace sonreír, aparta la mirada por un breve momento y luego vuelve a mirarme.

—Tuve mi momento de locura cuando pensé en invitarte a salir, pero todo lo que necesité fue ver a Lucas mirarte una vez. Él nunca ha dejado de amarte, Paige. Sé que eso no mejora lo que sucedió entre ustedes, pero es cierto.

Pongo mi mano en su brazo y le doy un apretón.

—Gracias, Milo. Voy a cambiarme.

Treinta minutos después, entro al bar de Chuck. No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro cuando veo a Lucas. Se sienta en la barra, mirando un tarro de cerveza. Mi corazón martillea en mi pecho y tengo que concentrarme en mantener mi respiración uniforme. Él es tan guapo. Incluso en este bar oscuro, se destaca. Siempre lo ha hecho. Siempre ha habido algo tan diferente en Lucas Foster. Desde el primer momento en que nos conocimos, supe que mi vida nunca volvería a ser la misma, incluso a una edad tan temprana. Lo que empezó como amistad no tardó en transformarse en algo más.

Me deslizo en el taburete de la barra junto a él y le dedico una sonrisa a Chuck.

—Bueno, si no es Paige Miller. Escuché que habías vuelto al pueblo.

—Veo que tú también lo has hecho.

El asiente.

—Este lugar es mi hogar. ¿Qué puedo hacer por ti?

Después de una rápida mirada a Lucas, que me está mirando, me concentro de nuevo en Chuck.

—¿Quizás un agua mineral con limón?

Guiña un ojo.

—Viene en camino.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Lucas. No está borracho; podría decirse. Pero seguro que algo le pesa mucho en la mente.

—Milo me dijo que estabas aquí.

Pone los ojos en blanco y suelta un gruñido antes de tomar un largo trago de cerveza.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunto, chocando su hombro con el mío.

Lucas me mira directamente a los ojos.

—Sabes que te amo. Nunca dejé de amarte, Paige. Incluso cuando estaba con ella, todo lo que podía ver o pensar era en ti. Todo lo que pude hacer fue maldecirme por alejarme de ti.

—¿Por qué me dejaste plantada en esa cena? —pregunto, dándole un rápido asentimiento a Chuck cuando coloca mi agua frente a mí—. Si me amabas, Lucas, ¿por qué me volviste a hacer daño? ¿Por qué seguirías en una relación con otra mujer? ¿Por qué viajar con ella y hacer con ella todas las cosas que yo quería hacer contigo?

Sus ojos se ponen vidriosos y toma otro trago de cerveza.

—Porque soy un idiota. Por eso tu hermano tiene razón, Paige. No te merezco. Te mereces a alguien que te trate como si fueras una princesa. No, una maldita reina, porque lo eres.

Con una carcajada, niego con la cabeza.

—No sé sobre reina, pero tomaré princesa.

Lucas mira su cerveza.

—Sé que el abuelo estaba avergonzado de mí.

—Eso es mentira —le contesto.

—Es cierto. Mira los extremos que hizo para reunirnos. No sé si quería que volviéramos a estar juntos, pero estoy seguro de que quería que yo fuera un hombre y te dijera que lo siento por lo que hice. Lo siento por cómo te traté. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo. Haría tantas cosas de manera diferente.

Me rompe el corazón escuchar el dolor y el arrepentimiento en su voz.

—Él te quería mucho.

Él se burla—: Sí, eso es cierto y dejé que ella se interpusiera entre mi familia y yo. Incluso hasta el final.

Se queda en silencio y lo dejo estar en sus propios pensamientos por un momento o dos.

—¿Lucas, puedo hacerte una pregunta?

Girando todo su cuerpo, Lucas me mira.

—Por supuesto que puedes. Ya no quiero que haya nada sin decir entre nosotros.

Me muerdo el labio por un momento y luego le pregunto—: Si estabas tan descontento con ella, ¿por qué te quedaste tanto tiempo? ¿Por qué le permitiste abrir una brecha entre tú y tu familia?

Sus ojos se ponen tristes.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Tal vez porque tenía miedo de volver a fallar, aunque sabía que nunca iba a funcionar. Ella era una distracción de todo lo que me recordaba a ti. Y Johnson City me recordaba a ti. Tal vez en el fondo fui yo evitando el hogar y todos los fantasmas de los recuerdos que me vería obligado a enfrentar, y la usé a ella como excusa.

—¿Y un día te despertaste y decidiste que habías terminado?

Él se ríe.

—No, decidí que había terminado hace mucho tiempo. Pero al verte, ese día en el porche de la casa del abuelo, de la casa que una vez soñamos con ser dueños, sabiendo que ambos teníamos una parte, supe que la farsa había terminado. No era justo para Bianca y no era justo para mí. A decir verdad, en el viaje de regreso en avión supe que iba a terminar con las cosas. Ella hizo que me perdiera el funeral de mi abuelo, simplemente no quería lidiar con eso hasta después de llegar a casa y todo eso.

Asiento.

—Si William no me hubiera dejado la casa, ¿la habrías vendido?

Una expresión de absoluta tristeza cruza su rostro.

—Me gustaría pensar que no lo hubiera hecho. Podría haber llegado hasta el último momento y haber recuperado el sentido. Habría sido lo último que me unía a ti. No creo que pudiera dejarla ir.

Dejo escapar una suave risa.

—Entonces, estás sentado en un bar, bebiendo porque te sientes como un pedazo de mierda que trataba a su familia y amigos como unos idiotas.

Sus ojos se agrandan.

—¿Dije todo eso?

Con una sacudida de mi cabeza, respondo—: Completé los espacios en blanco por ti.

—Gracias por eso. —Lucas se ríe.

Me encojo de hombros a medias.

—De nada, ¿estás listo para irte, cuánto has bebido?

—Tres cervezas.

Mis ojos se abren.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que salí de casa. No llegué a ir a casa de mis padres.

Miro a Chuck confundida.

—Milo dijo que Chuck llamó porque habías estado aquí toda la tarde y... —Mi voz se va apagando—. *Milo*.

Lucas levanta la esquina de su boca en una media sonrisa y mi interior se aprieta con deseo.

—Parece que todos están tratando de ayudarnos en el camino —digo.

Lucas saca algunos billetes de veinte dólares y los arroja sobre la barra.

—Eso parece.

—¿Quieres volver a jugar en el ático? —pregunto mientras me bajo del taburete.

Levantando sus ojos para encontrarse con los míos, una lenta y sexy sonrisa se extiende por su

rostro.

—Primero tenemos que asegurarnos de cerrar bien las puertas.

Me río y tomo su mano mientras salimos juntos del bar.

—¡Buenas noches, ustedes dos! —Chuck nos llama.

—¡Buenas noches, Chuck! —Ambos nos despedimos.

Mirando alrededor de la barra, noto que algunas personas nos miran irnos. Agarrados de la mano, dos viejos amantes que parecen retomar donde lo dejaron.

—Los rumores se extenderán como la pólvora, lo sabes, ¿verdad? —pregunto mientras caminamos hacia mi camioneta.

—Entonces, déjalos.

Aprieto mis labios y entrecierro mi mirada en él.

—¿Qué? —pregunta con un poco de humor en su voz.

—¿Estás de acuerdo con lo que la gente dice, o posiblemente dice? ¿Bueno o malo? ¿Verdadero o falso? —pregunto, mirándolo con atención.

Lucas se acerca a mí, haciendo que me apoye en mi carro.

—Sentado en un bar durante horas, pensando en todas las cosas que he hecho mal en los últimos diez años de mi vida, puedo decir honestamente que me importa un carajo lo que digan, piensen o digan los demás o sobre que hablen. Ya no estamos en el bachillerato, Paige.

Trago saliva mientras miro sus hermosos ojos verdes.

—¿Qué te preocupa?

—Encontrar ese cofre.

Mi corazón se hunde.

—Aprender tu cuerpo de nuevo.

Y mi cuerpo vuelve a la vida.

—Ver una puesta de sol contigo, ver a dónde nos lleva la vida y, sinceramente, ni siquiera me importa, siempre y cuando pueda hacerlo contigo.

—Lucas —susurro.

—Lo sé, dijiste lento, y voy a esforzarme mucho para ir lento, pero Paige, todo lo que realmente quiero hacer es besarte.

Con una rápida lamida de mis labios, pongo mis manos sobre su amplio pecho y suavemente digo—: Entonces bésame.

Lucas sonrío de oreja a oreja y hace precisamente eso.

Capítulo 18 – Lucas

Después de besar a Paige en el estacionamiento del bar de Chuck, la sigo de regreso a la casa. Es tarde y ninguno de los dos quiere explorar el ático. A decir verdad, la idea de ir allí de noche me asusta un poco.

Me meto en la cama y paso una hora mirando al techo. El suave golpe en la puerta de mi habitación me hace levantar la cabeza.

—¿Paige?

La puerta cruje cuando asoma la cabeza.

—Sí, soy yo.

—¿Qué pasa? —pregunto sentándome.

—No puedo dormir en esa habitación.

Sonrío.

—¿Quieres dormir aquí conmigo?

Corre a través del dormitorio y se sube a mi cama. Gimo internamente porque ella tiene puesto uno de esos camiones que están diseñados especialmente para volverme loco. Gracias a Dios, su cabello no está en las malditas coletas.

Sin dudarle, Paige se mete debajo de las sábanas, tirando de ellas hasta la barbilla. Nos quedamos allí en silencio durante unos minutos antes de que sienta algo en los pies de la cama.

—Algo está tocando mi pie —susurro.

—¿Qué? —Paige susurra.

Pop.

Pop.

Pop.

—¡Mierda, me está golpeando el pie! —Digo, sentándome rápidamente y alcanzando la lámpara de a un lado. Cuando la enciendo, miro a la pequeña bestia en blanco y negro al pie de mi cama.

—¡Es Oreó! —Paige dice encantada—. Ven aquí, dulce niña. ¡Siento mucho haberte dejado ahí arriba!

Oreó cruza la cama, moviendo la cola de un lado a otro mientras se mueve. En un momento, estoy seguro de que me dispara una mirada que dice *jódete* mientras se acurruca entre Paige y yo.

—Esa gata no puede dormir en mi cama.

—¿Qué? ¿Por qué? —Paige pregunta con una voz fingida y conmovida.

—No quiero que su pelo quede por todas partes.

Paige hace un puchero.

—Ella también está asustada, Lucas. ¿De verdad la vas a echar?

—¡Sí!

Paige sonrío y se acurruca junto a la maldita gata.

—Ella no te molestará, lo juro. Ni siquiera sabrás que está aquí. ¿Verdad, dulce niña?

Oreó maúlla y luego procede a lamer su cola. Gruño mientras Paige se tapa la boca para ocultar su risa.

Apago la luz.

—Ahora no voy a poder dormir.

—¿No puedes dormir? —Paige pregunta suavemente.

—No, no puedo.

—¿Necesitas un poco de leche tibia o podría hacer té?

—No, está bien.

—Buenas noches, Lucas —dice Paige, acercándose y tomando mi mano entre las suyas.

Su mano contra la mía instantáneamente me hace relajarme. Una simple caricia y en minutos, estoy profundamente dormido.

Me despierto a la mañana siguiente con Paige acurrucada a mi lado, mi brazo alrededor de ella y Oreo durmiendo en mi pecho. Su rostro a centímetros del mío. Tan pronto como abro los ojos, el gato juzgador me está mirando.

Veo a Paige dormir. Ella es hermosa. Quiero despertarme así todos los días.

Mi mirada vuelve a Oreo.

—Puedes irte ahora —digo en voz baja. Ella me mira fijamente. Sacudo mi cuerpo lo suficiente para hacer que el gato se mueva, pero no lo suficiente como para despertar a la bella durmiente a mi lado.

El gato se mueve, pero también Paige. Su mano está en mi pecho y lentamente baja por mi cuerpo.

—*Mmm*, Lucas.

Mi cuerpo se congela. Tengo dos opciones. Dejo que su mano baje hasta mi polla rígida como una roca o la despierto.

Oreo salta de nuevo a la cama. Sus ojos de gato juzgador me miran.

—¡Está bien! —digo.

—¿Paige? ¿Nena? ¿Estás despierta?

Ella acaricia más mi cuerpo con la nariz.

—Te sientes muy bien.

—¿Gracias? —Trago saliva.

Ella suelta una carcajada y sé que está despierta.

—Tu gata me está mirando como si estuviera a punto de arruinar tu virtud o algo así.

Paige levanta la cabeza y apoya la barbilla en el dorso de su mano, que actualmente está en mi pecho.

—¿Oreo, dormiste bien?

Pongo los ojos en blanco.

—¿En serio, Paige? Estás contra mi cuerpo, tengo una furiosa erección y le preguntas a la gata si durmió bien.

Paige levanta la cabeza y me mira.

—¿Dormiste bien?

Sonrío.

—Dormí como no lo había hecho en años.

—Yo también —dice, dejando caer la barbilla sobre su mano—. Tengo que preguntarte algo.

—Si me vas a preguntar algo que requiera pensar, no lo hagas.

Ella se ríe entre dientes.

—¿Por qué no?

—No estoy seguro de tener suficiente sangre en mi cerebro para pensar. Toda está en mi pene.

—Bueno, esto se trata de tu pene, así que...

—Eso es cruel. Solo quiero que sepas eso. —Gruño.

—Entendido. Pero esa noche que llegaste a casa y fingiste estar borracho ...

—Yo estaba un poco borracho.

—¿Aun así sabías lo que estaba pasando? ¿Cierto?

Con una rápida mirada hacia ella, asiento—: Sí, lo sabía.

Sus dientes se hunden en su labio.

—Te escuché en la ducha.

Mi respiración se detiene.

—¿Qué escuchaste?

—A ti... corriéndote mientras decías mi nombre.

Cierro los ojos. El calor se apodera de mis mejillas y mi erección rápidamente pierde su gloria de la mañana.

—Lo siento. Supongo que yo estaba un poco alterado.

Se sienta y se mueve sobre mí, luego se sienta a horcajadas sobre mis caderas. Mi polla se despierta instantáneamente, haciendo que ella arquee una ceja.

—Fue muy sexy escucharte. Verte.

Mis cejas se disparan hacia arriba.

—¿Me estabas mirando?

—Escuché un sonido fuerte y pensé que te habías caído porque estabas borracho. Luego vi lo que estabas haciendo y yo... estaba demasiado sorprendida para irme.

Riendo, agarro sus caderas y empujo mi polla hacia su cálido calor. Ambos soltamos un gemido de placer.

—¿Tienes alguna idea de lo jodidamente sexy que eres, Paige?

Ella sacude su cabeza.

—Me he estado masturbando con imágenes mentales de ti desde que me mudé.

Se pasa la lengua por el labio.

—Hazlo ahora —dice, alejándose de mí.

—¿Qué? —pregunto medio divertido, medio sorprendido.

—Juega contigo mismo. Quiero verte.

Estoy seguro de que mi cara tiene una expresión de asombro increíble.

—¿Quieres que me masturbe mientras tú miras?

Ella asiente.

—¿Cuándo te volviste tan perversa?

Inclinándose, roza sus labios sobre los míos suavemente.

—No lo sé. Este es un lado nuevo de mí y me gusta.

—Lo amo, joder.

—¿Entonces me dejarás mirarte?

Quitando las mantas, saco mi polla de mis pantalones y me acaricio. Mis ojos se fijan en Paige mientras observa todos mis movimientos.

Se lame los labios, gime, se muerde el labio, se retuerce mientras se sienta a mi lado. Dios, voy a soltar mi carga en cualquier momento, pero no quiero que esto termine. Me está mirando como si nunca antes hubiera visto mi polla y eso me enciende.

Luego sus ojos se mueven rápidamente hacia los míos. Nos miramos el uno al otro por un momento antes de que abra un poco la boca.

—Lucas, te deseo.

—Gracias a Dios. —Dejo escapar un suspiro de alivio y me quito los pantalones. Le paso la camiseta de seda por la cabeza y contemplo la pura perfección ante mí.

—Te he echado de menos, durante tanto tiempo te he echado de menos, Paige —susurro, inclinándome y tomando un pezón en mi boca. Sus dedos entran en mi cabello mientras deja

escapar un largo gemido.

—Ahora. Te necesito ahora. No puedo esperar un segundo más —jadea Paige.

Empujándola hacia abajo, me muevo sobre ella y en un movimiento, le quito los pantalones cortos del pijama y las bragas, arrojándolas a un lado.

Paige abre las piernas y quiero saborearla, pero me agarra, jalándome hacia ella mientras envuelve sus piernas alrededor de mí.

—Hazme el amor, Lucas. Por favor.

Mi polla está presionada contra su entrada, lista para sumergirse cuando recupero mi juicio.

—Necesito un condón.

Paige asiente mientras yo salto de la cama y agarro mi billetera.

Me detengo antes de preguntarle—: ¿Alguna vez te has acostado con alguien sin condón?

—Por supuesto que no. Jamás.

—Igual yo.

La idea de Paige teniendo sexo con otro hombre casi me vuelve loco.

—¿Con cuántos chicos has estado? —le pregunto, sin estar seguro de por qué lo hice.

Ella me mira con las cejas levantadas.

—¿De verdad quieres tener esa conversación ahora?

—No. En realidad, no, pero quiero saberlo.

—Desde ti, sólo dos.

La miro por un momento antes de abrir el paquete y ponerme el condón.

—Estoy tomando la píldora desde que estamos hablando de este negocio.

Moviéndome a la cama, me acomodo entre sus piernas, luego empujo la punta de mi polla dentro de ella, provocando que tome aire.

—Dos son demasiado.

Ella sonríe, luego clava su talón en mi espalda baja, empujándome más profundamente.

—¿Paige, estás segura?

—Sí estoy segura. Quiero esto, Lucas. Dios, quiero esto.

—Te amo. Siempre te he amado —susurro contra sus labios antes de besarla y empujarme hasta el fondo.

Sus brazos rodean los míos y me abraza con fuerza. Durante unos segundos, no me muevo, disfrutando de la tensión de ella envuelta a mi alrededor. Nuestros corazones martillean y nunca en mi vida he sentido una felicidad tan completa. Tan íntegra.

Lentamente, entro y salgo de ella, nuestros besos suaves y dulces mientras nos movemos en perfecta armonía.

Apoyo mi frente en la de ella mientras me retiro casi por completo, luego empujo hacia adentro.

—Sí, Lucas. Más rápido.

Le doy lo que pide. Pronto sus caderas se encuentran conmigo empuje por empuje. Sus ojos se encuentran con los míos y sé que está cerca. La sensación de su coño apretando alrededor de mi polla casi me hace correrme, pero me contengo. Espero por ella. La he estado esperando tanto tiempo, así que esperaré un poco más.

—Voy a correrme —susurra.

Nuestros ojos se encuentran y su cuerpo tiembla, atrayéndome aún más profundamente.

—¡Lucas! —grita, su cuerpo se arquea hacia el mío cuando golpeo el lugar que necesito para su liberación. Se ve absolutamente impresionante cuando se corre. Ni una sola vez aparta sus ojos de los míos.

—Paige, oh, Dios.

Y así, todo en mi mundo vuelve a su lugar. Las estrellas se alinean. Todo está bien en el mundo de nuevo.

Nos corremos juntos y siento como si las estrellas explotan detrás de mis párpados. Mierda, nunca antes había experimentado un orgasmo como este. Mi cuerpo tiembla y me toma todo lo que tengo para sostener mi cuerpo sobre el de ella sin aplastarla.

Nuestras respiraciones se vuelven rápidas y duras. Todavía estoy dentro de ella cuando apoyo mi frente contra la de ella.

—No quiero moverme.

Sus dedos se mueven lentamente sobre mi espalda.

—Yo tampoco.

Me río.

—No creo que hayamos entendido qué significa despacio.

Ella suelta una carcajada y me rodea con los brazos con fuerza.

—Ese fue el mejor sexo que he tenido, sin hacer menos todas nuestras otras experiencias, por supuesto. Simplemente el mejor sexo que he tenido en mis veintes.

Paso mi rostro contra su cuello y digo—: Lo mismo para mí.

—Sé que lo correcto es decir que tenemos que retroceder un poco, como hablamos, pero el caballo ahora está claramente fuera del establo —dice Paige—. Entonces, ¿cuándo podemos hacer eso de nuevo?

Y así, me enamoro aún más de ella.

Capítulo 19 – Paige

Mi mirada vaga a través del ático hacia Lucas. Estoy bastante segura de que estaré flotando en mi nivel orgásmico durante días. Me siento diferente, como la primera vez que Lucas y yo tuvimos sexo. ¿Qué tan loco es comparar esta mañana con cuando perdí mi virginidad? Pero este último día con él había sido increíble y nunca quiero olvidarlo.

Lucas maldice y estornuda mientras intenta mover una caja gigante de la esquina donde ha estado buscando.

Llevamos dos horas en este ático. Está lleno de muebles antiguos y polvo, mucho polvo. La idea es abrumadora, teniendo en cuenta que también tengo una bodega llena de muebles.

—No creo que el cofre esté aquí. No puedo encontrarlo en ningún lado —dice Lucas.

Mirando a mi alrededor, suspiro—: ¿Qué diablos vamos a hacer con todos estos muebles?

Lucas se encoge de hombros.

—Supongo que podríamos tener una venta de garaje.

Camino hasta la cómoda y abro el cajón superior que tiene todas las joyas dentro. Yo había tomado una foto del collar de rubíes, así como algunas otras piezas, incluido un pequeño brazalete de diamantes, y se lo di a mi hermano para que se lo llevara a su amigo, que es mineralogista. Le pedí que verificara si realmente es bisutería o no. Todavía no puedo creer que todo esto hubiera sido arrojado a un cajón de un armario.

Cerrando el armario, miro a mi alrededor y veo algo junto a la ventana en el lado norte de la casa. Me acerco con cuidado y me agacho.

Hay una cajita de madera encima de un viejo taburete de madera. No es más grande que una caja de zapatos, pero necesita una llave para abrirlo. Los latidos de mi corazón se aceleran y no podría haber borrado la sonrisa de mi rostro si lo hubiera intentado.

Con cuidado, recojo la pequeña caja, camino hacia el sofá y me siento. La miro mientras paso mi dedo sobre el nombre grabado en él.

William Lucas Foster.

—Lucas, encontré algo.

Rápidamente se acerca y se sienta.

—¿Qué encontraste?

La levanto.

—Creo que este es el cofre que estás buscando. Estaba en ese taburete, tan claro como el día.

Lucas mira por la ventana, luego vuelve a bajar a la caja.

—¿Crees que es este?

Asiento y señalo el ojo de la cerradura.

—Se necesita una llave para abrirlo.

Lucas se mete la mano en el bolsillo y dice—: Sólo hay una forma de averiguarlo.

Inserta la llave, la gira y ambos escuchamos el *clic*.

—¡Mierda! Lo encontraste, Paige.

Con una risita, le entrego la caja.

—Deberías abrirla. William quería que tú la encontraras.

Lucas mira fijamente la caja. Luego me mira.

—No necesitamos abrirla.

Mis ojos se abren.

—¿Qué? Por eso hemos estado aquí las últimas horas. Buscando esta caja. Por la razón por la que William nos dejó esta casa.

Sacude la cabeza.

—No me importa por qué lo hizo. Todo lo que me importa eres tú, que abras tu tienda de flores, yendo a la casa de mis padres todos los domingos para cenar. Discutiendo contigo sobre qué color pintar las paredes de nuestro dormitorio. Planificación de nuestra boda en el invernadero. Eso es lo que me importa.

Se me llenan los ojos de lágrimas y trato, sin éxito, de contenerlas. Cuando se sueltan, Lucas coloca la caja a su lado y se inclina frente a mí, sus manos en mi rostro, sus pulgares enjugando mis lágrimas.

—Te amo, Paige. Por la razón que sea, se nos ha dado una segunda oportunidad y no quiero cuestionarla más. La idea de perder un minuto más me vuelve loco. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, simple y llanamente.

Mi garganta arde mientras lucho por contener un sollozo.

—¿Realmente no sabes el significado de tomarnos las cosas con calma, verdad?

Él se ríe y acerca mi boca a la suya, besándome. Cuando nuestras frentes se encuentran, ambos dejamos escapar un suspiro de satisfacción. Yo retrocedo primero.

—Yo también quiero todo eso, pero también quiero honrar los deseos de William. Quería que encontraras este cofre. Debe haber sido importante para él.

Lucas cierra los ojos y deja que mis palabras se hundan.

—¿Tienes miedo de lo que encontrarás? —pregunto.

Abre los ojos y mira directamente a los míos.

—No.

—Entonces hagámoslo juntos.

Lucas agarra la caja y se sienta a mi lado. Entrelazo mis dedos con los suyos y sonrío.

Abro la caja y ambos miramos dentro. Intercambiamos una mirada rápida, luego Lucas toma una pila llena de sobres.

—Son cartas escritas a mano —dice mientras abre la carta superior y respira hondo—. Es de la abuela para el abuelo.

Agrega con una voz apenas audible.

Me acerco a él.

—¿Quieres que las lea?

Me entrega la carta y asiente.

Aclaro mi garganta, respiro profundamente y leo.

Querido William,

Por favor, no te enfades conmigo. Estaba confundida y asustada.

Sé que hoy me pediste que fuera tuya.

No puedo, al menos, no ahora. Pero quiero que sepas que te amo con todo mi corazón.

Por favor, nunca lo dudes. No te enojas con Lou, no hay nada inapropiado entre nosotros.

Estuvo de acuerdo en ayudarme, para asegurarse de que saliera sana y salva.

Sabía que, si te contaba mis planes, me detendrías. Necesito hacer esto, William.

Temo que, si no lo hago, siempre me preguntaré si mi vida fue plena o no.

Esta es mi decisión de dejar Johnson City, viajar por el mundo y...

Mi voz se apaga. Lucas me acerca más, su brazo envuelto alrededor de mi cintura.

—Sigue leyendo, Paige. Por favor.

Levanto mi mirada hacia la suya.

—El baúl del armario. Ella lo dejó el día que él le pidió que se casara con él. —Cuando vuelvo a mirar la fecha de la carta, se me llenan los ojos de lágrimas—. Tiene una fecha de casi un año antes de la carta que encontramos en el invernadero. ¿Por qué lo habría dejado?

Lucas parece tan confundido como yo.

—No lo sé. Parece que ella rechazó su propuesta, luego él le preguntó de nuevo, pero ¿no se casaron hasta después? Así que dos años después de su propuesta original es cuando se casan. ¿Por qué esperaron tanto?

—Porque ella quería viajar, ver el mundo —le digo. Tragando saliva, tratando de aclarar la pesadez en mi garganta. Lucas se acerca y coloca un mechón de cabello detrás de mí oreja.

—Sigue leyendo.

Me concentro de nuevo en la carta.

Esta es mi decisión de dejar Johnson City, viajar por el mundo y experimentar las cosas que he leído en mis libros.

Ojalá hubieras estado de acuerdo cuando te rogué que te escaparas conmigo.

En cambio, me llamaste una chica tonta con grandes sueños.

Supongo que eso es lo que soy entonces, una chica tonta que quiere ver mundo. Quien quiere visitar los lugares con los que ha soñado.

Lo entenderé si no deseas aceptarme. Sé que los rumores se dispararán y sé lo que dirán de mí.

Por favor, entiende que no serán ciertos.

Te seré fiel a ti y solo a ti, William. Tienes mi palabra.

Te escribiré cuando llegue a París.

Lou me acompañará en el barco, luego se irá a Inglaterra a visitar a sus tíos y regresará a casa antes que yo. Tengo un itinerario. Lo dejé en tu cama.

Léelo, cariño, y será como si estuvieras conmigo o, mejor aún, ¡ven conmigo, William!

Ven a explorar el mundo conmigo. ¡Juntos!

Lucas deja escapar una risa de incredulidad.

—¿Qué diablos? ¿Se fue con el mejor amigo del abuelo y luego le pidió que la viera en Europa antes de que se casaran? Y aquí estamos preocupados por los rumores.

Le doy una suave sonrisa.

—Pobre William. Él debe haber estado desconsolado. Leer adónde ella quería ir y no poder ir con ella. ¿Por qué no habría ido con...?

Lucas y yo nos miramos el uno al otro. Dejo la carta en mi regazo y me tapo la boca con las manos. No es exactamente nuestra historia, pero de repente todo se siente demasiado familiar.

Lucas cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Tiene mucho más sentido por qué el abuelo estaba enojado conmigo. Por qué me suplicó que fuera por ti... porque no había ido él por la abuela y lamentaba su decisión.

—¿Por qué no fue tras ella o por qué no viajaron después de casarse? Seguramente podrían haberse llegado a un arreglo.

Lucas desvía la mirada.

—Tal vez la terquedad sea hereditaria.

Lucas hojea las cartas, encuentra otra y la abre.

—Esta está fechado seis meses después.

—¡Seis meses! ¿Cuánto tiempo se fue May?

Sacude la cabeza y empieza a leer.

Mi querido William,
No he sabido nada de ti y debo ser honesta, esperaba verte en Londres.
Esperé en el restaurante del que te escribí. Estoy segura de que no tengo que decirte lo
desconsolada que estaba cuando no llegaste.
Supongo que esa es la chica romántica tonta que hay en mí, pensando que correrías detrás de
mí y me seguirías en este viaje. Me siento tan tonta. Me siento avergonzada.
Te abandoné y no te culpo por hacer lo mismo, si eso es lo que has hecho.
He conocido a gente encantadora y me he encontrado con un duque aquí en Londres.
Es un primo lejano de una mujer maravillosa que he conocido y me ha regalado un hermoso
collar hecho de un rubí de lo que sospecho podría ser de un pariente de la reina de Inglaterra.
Se ríe cuando le pregunto al respecto y me dice que debería escribir libros con una imaginación
como la mía.
Es un pensamiento... escribir libros sobre mis viajes.
Podría llenar diario tras diario con los cuentos. Oh, cómo desearía que estuvieras aquí
conmigo.
No puedo esperar para mostrarte las cosas maravillosas que he encontrado para nuestro hogar
cuando regrese.
Te amo siempre y para siempre
May

Lucas deja la carta a un lado y busca otra.
—Esta está fechada diez meses después de la primera.
Con un movimiento de cabeza, miro a Lucas con incredulidad.
—Ella estuvo viajando por Europa durante mucho tiempo, creo.
—No lo sé. —Lucas comienza a leer la carta.

Mi querido William,
He recibido tu carta.
Las palabras ni siquiera pueden comenzar a describir el dolor en mi corazón.
Me doy cuenta de lo egoísta que he sido con mis viajes y debo volver a casa de inmediato.
Entiendo si llego demasiado tarde.
Te amo siempre y para siempre
May

Le doy la vuelta a la carta.
—¿Qué dice su carta? —pregunto.
—No creo que mi padre sepa nada de esto.
—William o May nunca me lo mencionaron en todas nuestras charlas. Incluso cuando May falleció, siempre hizo que pareciera que estaban muy felices. Dijo que ella siempre fue un alma despreocupada. Espera. Una vez él me dijo que a ella le encantaba viajar. Simplemente asumí que se refería con él.
Meto la mano en la caja y saco la última carta.
—Esta está fechada solo un mes después.
—¿Qué dice? —pregunta Lucas.

Mi querido William,
Lamento no haber podido asistir a tu boda. Simplemente no me atreví a verte casarte.
Te deseo toda la felicidad del mundo. No voy a fingir que mi corazón no está roto, pero no te

culpo.

No te dejé elección. A nosotros, mi amor, no se nos ha dado una segunda oportunidad, y ese es un dolor permanente en mi corazón con el que viviré hasta el día de mi muerte.

Te amo... por siempre y para siempre.

Tuya,

May

Lucas toma la carta de mi mano y la mira.

—¿Qué? —pregunta, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Estoy tan confundido. ¿El abuelo se casó antes de casarse con la abuela?

No quiero admitirle a Lucas que estoy aún más confundida. William había dicho que todas las respuestas de por qué nos dio la propiedad compartida de esta casa se pueden encontrar en este cofre. Pero todo lo que había en este cofre era más confusión y dolor.

De pie, intento descifrarlo todo en mi cabeza—. Ahora la otra carta tiene sentido. La que le escribió a M. Esa fecha es solo dos días antes de esta, que mando May. Entonces, ¿M no era May, sino otra persona?

Lucas parece estupefacto. Echa un vistazo a la caja.

—Espera, hay una carta más.

Me giro y lo veo abrirla y leer las primeras líneas. Sus ojos se abren con incredulidad.

—¿Qué, qué es, qué dice?

Traga saliva.

—Creo que es la respuesta que estábamos buscando.

Capítulo 20 – Lucas

El trozo de papel es la razón por la que mi abuelo nos dio a Paige y a mí la propiedad de esta casa. Simplemente no puedo creerlo. Todo lo que siempre pensé que sabía sobre mi abuelo y la abuela desapareció en un instante. Explica el amor de Paige por la casa y por qué el abuelo le había dado una parte de ella. Está literalmente en su sangre.

—¿Lucas, qué dice la carta?

—No es una carta, es un certificado de matrimonio.

Se lo doy a Paige. Ella lo mira con absoluta incredulidad.

—Mierda. —Sus ojos vuelven a los míos.

—Esta casa es tanto tuya como mía —digo.

Paige vuelve a mirar el certificado, luego me mira antes de concentrarse en el papel y leerlo.

—Por la presente declaro el matrimonio de Lucas William Foster con Millie Rose Miller. —
Se tapa la boca y mira fijamente el papel.

Millie Rose Miller era la abuela de Paige. Si mi cabeza está dando vueltas, sé con seguridad, que también lo está la de Paige.

—¿William estaba casado con mi abuela, por qué nunca lo mencionaría?

—Si mal no recuerdo, nunca conociste a tu abuela.

—No —dice Paige, luciendo completamente confundida—. Murió mientras daba a luz a mi...
padre.

La cara de Paige se pone blanca como un fantasma.

—Oh Dios mío, ¿estamos...?

—No, eso no puede ser cierto. No hay forma de que el abuelo hubiera permitido que eso sucediera. Tú y yo éramos amigos. Le dije que estaba enamorado de ti; no lo habría permitido. Ni siquiera por ocultar un secreto.

—Espera, necesito sentarme. Nada de esto tiene sentido. Mi padre fue criado por su padre, pero ¿él era su padre o era William? —Ella me mira—. ¿Qué está tratando de decirnos William, Lucas?

Froto la parte de atrás de mi cuello, deseando haber dejado pasar toda esta mierda. Pero incluso yo comienzo a dudar de todo. ¿Era William también el abuelo de Paige?

—Las otras cartas las pasamos por alto. ¡Tenemos que leer todas las cartas! —Paige grita.

Paige y yo volvemos a sentarnos y comenzamos a leer las cartas que mi abuelo había guardado.

—Debemos habernos saltado algo —dice—. Tenemos que seguir buscando.

Asiento con la cabeza, sacando la pila.

—Veamos las fechas en los sobres de cuando se enviaron por correo.

Abrimos cada carta de la abuela. No podemos encontrar nada más. Paige se pone de pie y envuelve sus brazos alrededor de su cuerpo.

—No nos hubiera dejado salir si fuéramos parientes. No lo habría hecho —murmura.

Me paro y camino de regreso a donde Paige había encontrado el cofre. Levanto una manta y casi salto de jodida alegría. Hay otro cofre, exactamente igual al que habíamos encontrado. Está colocado de lado; aparentemente se había caído en algún momento.

—Hay otra caja, Paige.

Ella corre hacia mi lado.

—¿Encaja la llave ahí?

Con el cofre en mis manos, regreso al sofá, tomo la llave y la meto. Casi dejo escapar un grito de alegría cuando escucho que se abre.

Dentro del cofre hay papeles, junto con algunas cartas. Saco el papel superior.

—Es un certificado de nacimiento. Tiene el nombre del abuelo y el de Millie. Tuvieron un hijo, su nombre era... Phillip Joseph Miller Foster.

—Me voy a enfermar —dice Paige, tapándose la boca.

—El próximo documento son los documentos de adopción.

—¿Papeles de adopción? —Paige pregunta.

—Joseph Miller, el hermano de Millie Miller Foster adoptó a su sobrino, Phillip Joseph Miller, un mes después de su nacimiento. —Sigo leyendo—. Dice en el papel que Phillip nunca sabrá quién fue su verdadero padre, que ambos hombres acordaron mantenerlo en secreto.

—¿Por qué, por qué William no quería conocer a su propio hijo?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Pero el abuelo conocía a tu padre. Era amigo de él. Él conocía a su hijo, Paige, pero no de la forma en que debería haberlo hecho.

—Sí, hablaban a menudo y William quería mucho a mi padre.

Su voz se apaga de nuevo.

—Parece que Millie quedó embarazada casi inmediatamente después de su matrimonio. Murió al dar a luz. Hay una nota aquí, una carta. Es del abuelo... para ti.

Paige me mira con miedo grabado en esos hermosos ojos. Su mano tiembla cuando la toma.

Lentamente, la abre y lee en voz alta.

Querida Paige,

Tenías solo una semana la primera vez que te vi.

Oh, cómo deseaba haberte abrazado. El tiempo había sanado mi corazón roto, pero para entonces ya era demasiado tarde para que saliera la verdad.

Quería decirte la verdad esa noche. Mientras decorábamos el árbol de Navidad afuera.

Oh, cuánto quería decirte lo mucho que te parecías a tu abuela. Millie era hermosa.

Ella también fue mi salvadora. Ella me salvó la vida, Paige.

Ella estuvo ahí para mí cuando me rompí en más de un sentido.

Herido y seguro que nunca más podría amar.

Iba de camino a la estación de tren de Austin, para correr tras mi primer amor, May.

Verás, May era un espíritu libre cuando era más joven.

Una aventurera, como tú. Le pedí que se casara conmigo y se asustó. Huyó a Europa.

No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que tenía que ir tras ella.

Pero el destino tenía otros planes y tuve un accidente automovilístico.

En el hospital, conocí y me enamoré de nuevo, de una hermosa mujer que había sido mi enfermera.

Tu abuela, Millie Miller. Solía burlarme de ella por su nombre.

Pronto, me di cuenta de que quería casarme con ella.

Le pedí que se mudara a Johnson City y fuera mi esposa. Ella estuvo de acuerdo.

Cuando regresé a Johnson City, meses después del accidente, tenía todas las cartas de May esperándome, sin abrir.

No pude animarme a leerlas.

Le escribí y le dije que había conocido a alguien y me había enamorado y que me iba a casar. May regresó a casa justo antes de la boda, pero debió haberlo pensado mejor y nunca vino a la boda.

Se fue a Inglaterra unos días después. Durante mucho tiempo estuve tan en conflicto. Verás, había estado enamorado de dos mujeres. Amaba a tu abuela con todo mi corazón. Cuando murió al dar a luz a tu padre, casi pierdo la cabeza. No, perdí la cabeza. No me podría importar Phillip, y tu tío abuelo, a quien has conocido como tu abuelo, intervino y crió a su sobrino como si fuera su propio hijo. Tomé todos los muebles que habían sido de Millie y los puse en el granero después de que ella falleció. No podía soportar verlo porque me traía tanta tristeza. Al final, lo coloqué todo en una bodega, pero lo más probable es que lo sepas antes de encontrar esta carta. Lo guardé todo para ti, Paige. Por supuesto para tu hermano también, pero él nunca ha sido el indicado para ese tipo de cosas. Esas eran piezas que significaban algo para ella, reliquias familiares, que te pertenecen. Por favor, deja que Tom y tu papá también lo revisen. Después de la muerte de Millie, tomé la botella. Fue entonces cuando May apareció de nuevo en mi vida. La extrañaba, de verdad. Fue la primera mujer a la que le había entregado mi corazón y siempre sería dueña de una parte. Cuando se enteró de la muerte de Millie durante el parto, regresó a Estados Unidos. Amaba a Millie, pero Dios, también amaba a May, y verla de nuevo despertó ese amor una vez más. May tenía sus propios demonios y los había combatido mientras estábamos separados. Cuando apareció en mi puerta, estaba embarazada de casi tres meses. Sabía en mi corazón que no iba a dejarla ir de nuevo. No podría perder otro amor. Nos casamos lo más rápido posible. La única persona que supo la verdad fue tu tío abuelo. Le dije, le expliqué que necesitaba criar a este niño, que era mi segunda oportunidad para hacer las cosas bien. Los tres acordamos que lo mantendríamos en secreto. Todo. May tuvo un hijo seis meses después. Les dijimos a todos que el bebé era prematuro y que era lo suficientemente pequeño como para hacer creíble nuestra mentira. Era la viva imagen de su madre. Le pusimos el nombre de su padre.

Paige deja de leer y me mira. Lo sé al instante, pero me encuentro preguntando—: ¿Cómo se llama?

—Carl. Carl Lee Foster.

Me siento allí, estupefacto.

—¿Dice si mi padre lo sabe?

Moviendo la carta, Paige continua—: Esto... déjame seguir leyendo. —Ella toma mi mano entre las suyas.

Carl Lee Foster es y siempre será mi hijo. Al igual que tu padre Phillip es mi hijo. Los amaba a los dos, pero solo podía mostrar ese amor a uno. Ninguno de los dos sabe la verdad, Paige.

Les pido que respeten ese deseo. Tengo la esperanza de que Lucas esté contigo, si mi plan funciona como creo.

Sé que no me queda mucho tiempo en esta tierra, y con lo tercos que son ustedes dos, sé que

*tendré que hacer magia para darles a los dos la segunda oportunidad que necesitan.
Es un pequeño empujón, por así decirlo. Una idea que tuve hace unos meses cuando hablabas
de esta casa.*

*Los quiero mucho a los dos, Paige. Lucas era mi todo, y desearía haberte dicho a ti y a Tom lo
mucho que realmente significan para mí. Cuando eras pequeña y te enamoraste del
invernadero, May me dijo que algún día te casarías allí, como lo había hecho tu abuela.*

Por eso te llevó los tés y te mostró todas las flores.

Sabía lo mucho que había significado para Millie y que estaba en tu sangre.

No te enojés conmigo. Dile a Lucas que me perdone.

Todo salió como debería. Ahora, el viaje continúa con ustedes dos.

Te he querido desde siempre,

William

Paige deja caer sus manos sobre su regazo y la carta cae al suelo mientras sus ojos se levantan para encontrar los míos.

—¿Estoy soñando, verdad? —susurra.

Niego con la cabeza, me inclino y agarro la carta. La doblo y vuelvo a mirar el cofre. Hay otra carta allí, con mi nombre. La agarro y dejo escapar un suspiro. Hemos tenido suficientes cartas por un día.

Lo meto en mi bolsillo trasero, luego cierro el cofre y tiro de Paige en mis brazos.

—Lucas —susurra, sus brazos envolviéndome—. Necesito un trago, de algo fuerte.

Riendo, deslizo mi brazo alrededor de su cintura y la guío hacia los escalones.

—Necesito más de uno.



Después de hacer algunas llamadas telefónicas, hemos reunido a unos amigos en un bar del centro. Tanto Paige como yo necesitamos una noche de distracciones. Sin casa, sin cartas, sin papeles de adopción. Un rato con los amigos para pasarla bien. Algo que ambos hemos necesitado más de lo que nos habíamos dado cuenta.

Cuando Paige me recibe en la puerta principal, no puedo apartar los ojos de ella. Su cabello está recogido en uno de esos moños desordenados. Un vestido verde abraza su cuerpo en todos los lugares correctos, rematado con botas de vaquero marrones. Ella sonrío cuando me ve.

—Te ves guapo, vaquero.

Le guiño un ojo y la atraigo a mis brazos. Al diablo con eso de tomarlo con calma.

—Tengo ganas de bailar contigo.

Ella arquea las cejas.

—¿De verdad, sólo de bailar conmigo?

Pongo mi boca junto a su oreja.

—Si prefieres que te folle, puedo hacerlo primero.

Cuando su respiración se entrecorta, no puedo evitar sonreír.

—Qué boca la tuya, señor Foster.

—Vamos —digo, extendiendo mi brazo—. Vámonos.

Paige y yo habíamos decidido que no íbamos a hablar sobre los descubrimientos que hicimos antes. De camino al bar hablamos de cosas sin importancia, hasta que se nos acaba el tema.

Yo, por mi parte, todavía estoy tratando de entender el hecho de que Paige es la nieta biológica del abuelo, no yo. No es que me molestará; sé que el abuelo me había amado, pero todo en lo que puedo pensar es en todo el tiempo que él había perdido. Estoy seguro de que el abuelo y la abuela fueron felices, pero ¿el abuelo realmente no quería conocer mejor a Phillip? Cada vez que yo veía a William con mi propio padre, no mostraba más que puro afecto. Lo amaba, como debería haberlo hecho.

—Estás pensando, Lucas. Deja eso —dice Paige, tomando mi mano y apretándola.

Me obligo a sonreír cuando entramos en el estacionamiento del bar.

Milo se ha detenido a nuestro lado, saltando de su camioneta y dando la vuelta al otro lado para ayudar a su cita a apearse. Jen y su esposo Gene caminan por el camino de entrada. Pronto, un pequeño grupo de nuestros amigos entra.

Milo mira hacia la camioneta con una sonrisa y me da un rápido pulgar hacia arriba. Le doy un asentimiento con la cabeza. Le había enviado un mensaje de texto antes con una idea con la que necesitare su ayuda. Volviéndome, miro a Paige. Ella me está mirando con una delicada sonrisa en su rostro.

—El único sueño que he tenido fue casarme contigo, Paige. No me importa dónde, cuándo o cómo, solo quiero estar contigo, y lamento no haber podido darme cuenta antes.

Sus labios se separan ligeramente, luego baja la mirada a sus manos antes de encontrar mi mirada de nuevo.

—Entonces, ¿lo que me estás diciendo es que no planeas venderme la mitad de la casa?

Riendo, niego con la cabeza.

—No. No lo haré.

—¿Y no hay posibilidad de que te mudes?

—No hay ninguna posibilidad.

Sus dientes se clavan en su labio mientras una sonrisa florece en su hermoso rostro.

—No te voy a vender mi mitad y no hay forma de que me mude. ¿Entonces, dónde nos deja eso exactamente?

Abro la puerta de la camioneta y salgo. Mientras camino por el frente, Paige me mira. Abriendo su puerta, alcanzo su mano y la ayudo a salir. Se apoya en la camioneta y me mira. Saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto rápido a Milo. Paige me mira confundida.

—Hemos manejado tantas cosas mal. No quiero estropear esto de nuevo.

—No lo harás. No lo haremos —susurra.

La música se filtra desde el salón de baile mientras nos miramos a los ojos. Una ligera brisa sopla en sus rizos, y levanto mis dedos para apartar uno de su cara.

—¿Recuerdas esa noche que bailamos en el estacionamiento del estadio de fútbol después del partido?

Con un pequeño asentimiento, ella responde—: Lo recuerdo.

Mi pecho retumba con un trueno cuando el recuerdo de esa noche regresa rápidamente.

—¿Recuerdas la canción?

Antes de que tenga la oportunidad de responder, la canción comienza a sonar.

Una sola lágrima se asoma y se desliza lentamente por su mejilla. Inclinándome, la beso y luego susurro—: “To Make You Feel My Love” de Garth Brooks.

—Oh, Lucas.

—Cometí un error y pasaré el resto de mi vida haciéndolo por ti, Paige.

Tomo su mano en la mía y la atraigo hacia mi cuerpo, bailando lentamente mientras suena la canción. Le voy a deber un gran favor a Milo por hacer que eso sucediera en el maldito momento

exacto en que lo necesitaba.

Con la única mujer que he amado sostenida con fuerza en mis brazos, le canto y dejamos que todo menos ese momento se escape.

Cuando suena la última nota, saco el anillo en mi bolsillo y me arrodillo. Paige niega con la cabeza y me mira completamente conmocionada.

—Lucas.

—No digas que tenemos que tomarnos las cosas con calma. Diez años es bastante tiempo, si lo piensas bien. Nos movemos lento... hacia atrás. He estado llevando este anillo conmigo durante mucho tiempo. Creo que es hora de que lo ponga en tu dedo.

Sus suaves ojos castaños se pierden en un mar de lágrimas. Se inclina y me besa mientras deja escapar medio sollozo y medio risa.

—¿Es un sí? Necesito un sí firme y confirmado.

—¡Si! Eso es un sí confirmado.

Mis mejillas arden con una amplia sonrisa mientras desliza el anillo en su dedo. Me paro, enmarco su rostro entre mis manos y presiono mi boca contra la de ella. Después de un suave gemido, profundizo el beso. Quiero llevarla de regreso a nuestra casa y hacerle el amor toda la noche, pero también quiero gritarle al mundo que esta mujer, esta mujer increíble, hermosa y amorosa va a ser mía.

Rompemos el beso cuando ambos necesitamos respirar. Paige me mira y juro que veo las estrellas bailando en sus ojos. Ojalá estuviera aquí el abuelo, para poder darle las gracias. Si no hubiera sido por él, nada de esto estaría sucediendo.

Encontrando su mirada, la beso en la frente y digo—: Dime lo que estás pensando, Paige.

Toca un lado de mi cara y respira lentamente antes de soltarlo.

—En lo feliz que estoy. Cuán inimaginablemente feliz estoy.

Capítulo 21 – Paige

En el momento en que entramos al salón de baile, nuestros amigos estallan en vítores. Lucas envuelve su brazo alrededor de mí y me atrae hacia él. Milo se acerca a nosotros y niega con la cabeza.

—Jesús, María y José. ¿Solo ustedes dos pasarían de ser enemigos a prometidos en qué? ¿Una semana?

Lucas le dispara el dedo.

—¿De qué estás hablando? Estamos tomando todo con calma.

Milo parece confundido y me río mientras intercambio una mirada con Lucas. La broma privada es solo eso, privada. No tenemos que explicar nada a nadie. Sé que las únicas personas que se preocuparán serán nuestros padres. Mi padre, sobre todo, quien dirá que nos estamos moviendo demasiado rápido. Pero eso es una preocupación para más tarde.

Pasamos el resto de la noche simplemente disfrutando. Bailamos, nos besamos, nos besamos en un rincón como dos adolescentes, luego bailamos un poco más. Jen está confundida, especialmente cuando ve el anillo de compromiso en mi dedo. No le hemos dicho a nadie, y aunque Jen lo había visto desde el principio, no insistió en el tema y, sinceramente, me siento aliviada. Tantas emociones me han golpeado en las últimas veinticuatro horas. No estoy segura de poder aguantar más.

Nuestros amigos empiezan a irse, uno por uno se despiden y les agradecemos su asistencia. Al principio me había preocupado cómo iría. Ni Lucas ni yo habíamos salido realmente con nuestros amigos de Johnson City en mucho tiempo. Algunos se han casado, uno o dos tienen hijos, pero una vez que nos juntamos, todo encajó. Cuando llamamos a nuestros amigos y les dijimos que íbamos a celebrar que estamos juntos de nuevo, todos nos apoyaron mucho. Había extrañado a este grupo. Las llamadas telefónicas entre los años, los mensajes de texto al azar o las tarjetas de Navidad no habían sido suficientes. Lucas hizo que todos se comprometieran a hacer esto una vez al mes.

Cuando sólo Milo queda parado frente a nosotros, el último de nuestros amigos toma mi mano, sonriendo al anillo. Sus ojos se levantan y me mira a mí, luego a Lucas.

—¿Acaso quiero saber qué pasó entre ustedes dos?

Lucas y yo intercambiamos una mirada de complicidad, luego ambos decimos al mismo tiempo —: No.

—Bien, voy a seguir con eso. ¿Están juntos de nuevo, puede que estén comprometidos o no, y supongo que ya no se habla de comprar a nadie?

—Estás en lo correcto —dice Lucas.

—¿En qué parte? —pregunta Milo.

—Todo —dice Lucas con una palmada en el brazo de Milo.

Él pone los ojos en blanco.

—Ustedes dos siempre han sido tan raros.



Me paro en medio del local abierto.

—¡Puedo verlo ahora! Las paredes de ladrillo se pintarán de blanco. Quizás algunas repisas

por aquí, en un tono claro de rosa o incluso blanco y gris.

Lucas se apoya contra la pared opuesta con una amplia sonrisa. Han pasado cuatro días desde que encontramos los dos cofres. Dos semanas desde que él se había mudado. Y todo ha sido perfecto.

—Ya sabes, los muebles en la bodega... podría haber algunas piezas que podrías usar para la florería.

Sonrío.

—Lucas, es una idea asombrosa.

Todavía tenemos que ir al almacén. Sé que tenemos miedo de desenterrar más secretos.

—¿Venderás otras cosas, además de flores? —pregunta Jen.

—¡Creo que sí! Sería muy divertido salir al mercado. Podrías venir y ayudarme a elegir algunas cosas.

—¿Qué es el mercado? —pregunta Lucas.

—Es una feria comercial donde puedes ir y buscar artículos que puedes vender en tu tienda —le respondo.

Jen camina golpeándose la barbilla con el dedo.

—Sabes, hay una chica aquí que hace jabones y lociones con leche de cabra. Podrías hablar con ella sobre vender sus artículos aquí. Incluso hace jabones de pétalos para usar en la tina. Son sorprendentes.

Todo esto es tan emocionante.

—¡Me encanta esa idea! Y el colmenar que está justo en las afueras del pueblo tiene productos hechos a base de miel y jalea real. También podríamos vender sus cosas.

Jen asiente con entusiasmo.

—¿Qué hay de las cestas? —Lucas dice de la nada.

Jen y yo nos volvemos a mirar a Lucas. Hasta ahora, se había quedado callado, haciendo una pregunta aquí o allá.

—¿Cestas? —pregunto.

Parece inseguro de lo que va a decir.

—No importa. Estaba pensando en voz alta.

—Por favor, dime lo que ibas a decir. También quiero tu opinión, Lucas.

Su sonrisa parece incómoda.

—Una vez vi esta florería y me recordó a ti. En el exterior, el dueño tenía cestas de mimbre llenas de flores. Me recordó a ti cuando caminabas por el jardín de flores con tu mamá y la abuela. Cortarías las flores y las pondrías en las cestas. Siempre pensé que se veía bien. Podría verse lindo fuera de tu casa llena de flores.

Mi mandíbula se abre y corro hacia Lucas, lanzándome a sus brazos.

—Es una linda idea, pero ¿no crees que le estás dando a él demasiado crédito? —pregunta Jen.

Lucas se ríe entre dientes y me rodea con sus brazos.

—No es que me esté quejando, pero ¿por qué fue eso?

Lo beso. Lucas empuja sus dedos en mi cabello, atrayéndome aún más mientras profundiza el beso.

—Está bien, en serio, sé que estás recuperando el tiempo perdido, pero nadie cae en un beso romántico así por el gusto de hacerlo —Jen dice.

Sonriendo contra los labios de Lucas, susurro—: Acabas de nombrar la tienda.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Cuando estaba en Francia, en las afueras de París, había una pequeña florería que se llamaba La casa de las flores. En ese momento pensé que era un nombre lindo.

Doy un paso atrás e inclino la cabeza mientras lo miro.

—De hecho, afuera había cestas con flores.

Lucas deja escapar su sonrisa y me doy cuenta de por qué había actuado con tanta indiferencia.

—¿Has visto esa tienda, no?

—He visto cientos de florerías, Paige.

Niego con la cabeza y me invade una oleada de tristeza que no puedo detener, incluso si hubiera querido. Lucas y yo habíamos estado viviendo en una burbuja los últimos cuatro días, tanto que todavía no habíamos hablado. Acerca de todo. Había sido más fácil dejarlo todo a un lado y estar en el momento.

—¿Fue en París? ¿Con Bianca?

Aparta la mirada y mira a Jen. Sigo su mirada y veo a mi amiga darle una expresión que podría haber sido una advertencia para que vaya con cuidado. Ella enarca las cejas y retrocede unos pasos.

—Voy a salir, echar un vistazo al exterior y ver qué está pensando tu papá, Lucas.

Lucas asiente con la cabeza, luego se encuentra con mi dura mirada.

—Sí, creo que vimos la misma florería —dice finalmente.

Me doy la vuelta y camino hacia el centro de la tienda. Sé que estoy siendo infantil, pero no puedo evitarlo. No importa lo felices que seamos en este momento, todavía duele saber que había viajado a tantos lugares con Bianca. Lugares a los que debería haber ido conmigo. Yo quería vivirlo con él. No puedo evitar pensar en May. Ella tenía que haberse sentido de la misma manera cuando William nunca la siguió.

—Si pudiera retroceder en el tiempo, Paige, estaría allí contigo. Ni siquiera estaba con Bianca ese día. Ella estaba en una sesión de fotos y yo caminaba por París. Vi la tienda y entré.

Jadeo y me doy la vuelta.

—¿Llevabas un abrigo azul?

Con una expresión aturdida, pregunta—: ¿Qué? ¿Cuándo?

—¿Llevabas un abrigo azul? ¿El día que caminaste por París? Vi la florería y me detuve a admirar las flores. Cuando eché un vistazo a la tienda, pensé que te había visto. Vestido con un abrigo azul. Me reprendí por pensar que podrías ser tú, pero sabía que habías ido antes a Francia con Bianca. Iba a entrar en la tienda, pero estaba demasiado nerviosa acerca de cómo reaccionarías si me vieras. Entonces me di cuenta de lo estúpido que era y volví al día siguiente. Juré que no lo haría, pero le pregunté a la dueña de la tienda si recordaba a un hombre del día anterior. Ella dijo que sí, que era estadounidense, pero eso era todo lo que recordaba. ¡Eras tú! ¿No es así?

—Honestamente, Bianca siempre me hacía vestirme con la ropa más estúpida, pero bien podría haber sido yo.

Asiento y luego aparto la mirada. No quiero que se me escape la emoción de hace unos momentos, pero lo hace.

Lucas envuelve sus brazos alrededor de mí, sosteniendo mi espalda con fuerza contra su pecho.

—No podemos cambiar el pasado, pero te prometo que haré todo lo posible para que tu futuro, nuestro futuro, sea hermoso.

Mis ojos se cierran mientras dejo caer mi cabeza contra su robusto cuerpo.

—Lo siento —susurro—. Lamento haber reaccionado de esa manera. Fue infantil y no sé qué me pasó.

Apoya la barbilla en la parte superior de mi cabeza y deja escapar una larga bocanada de aire.

—Necesitamos hablar, Paige. Estamos jugando a fingir y tenemos que hablar de ello. Todo ello.

Dejo escapar mi propio suspiro exasperado.

—Lo sé. Vamos a casa.

Me giro en sus brazos y Lucas levanta mi barbilla hasta que nuestras miradas se encuentran. Hay tanta emoción en su mirada. Amor, arrepentimiento, tristeza. Ambos tenemos un torbellino adentro y fingir que el pasado nunca había sucedido está causando que el torbellino se convierta en un huracán.

Se inclina y me besa suavemente. Mis brazos se envuelven instintivamente alrededor de su cuello, y él me abraza con más fuerza, levantándome del suelo mientras chupa mi lengua, luego muerde mi labio inferior.

—Te amo —decimos al mismo tiempo.

Nos reímos y nos separamos rápidamente cuando el padre de Lucas se aclara la garganta.

—¿Cuándo pasó esto? —pregunta.

Lucas y yo intercambiamos una mirada y luego volvemos a centrarnos en su padre.

—Hace unos días —responde Lucas.

Carl asiente.

—Tu abuelo siempre dijo que era el destino que ustedes dos terminaran juntos. Cuando me dijo que les había dejado la casa a los dos, no estaba tan seguro de que funcionaría. Preferiría que te hubiera dicho la verdad.

Trago saliva y lo miro.

—¿Qué quieres decir con eso, papá?

Carl entra en el lugar con una carcajada. Mira por encima del hombro, asegurándose de que estemos solos antes de hablar.

—Yo sé la verdad. Que William no era mi padre de sangre.

Mi mano sube a mi boca mientras trato de ocultar la rápida inhalación.

—¿Cómo lo sabes? ¿Él te lo dijo?

Carl mira con tristeza al suelo antes de volver a mirar a Lucas para darle una leve sonrisa.

—No, no me lo dijo. Hace unos seis años vino a verme un caballero de Inglaterra. Afirmó que era mi hermano y que yo había sido nombrado en el testamento de su padre. Aparentemente, mi padre biológico tenía remordimiento de conciencia por abandonar a tu abuela.

Lucas se pasa la mano por la cara y suelta una maldición.

—Papá, me enteré hace unos días. El abuelo dijo que no lo sabías y nos pidió que no te lo dijéramos.

—Lo sé. Nunca le hablé a él de la visita. Me habían otorgado una tierra en Escocia. Al parecer, el señor era un lord, un duque o alguna tontería de esas. Les informé que no quería nada y que era de su familia. Hicimos que se le entregara legalmente a mi medio hermano. Es un tipo agradable. Nos hemos mantenido en contacto a lo largo de los años, como amigos. No le dije a tu abuelo, supuse que él y la abuela tenían sus razones. Pero nunca se me pasó por alto lo mucho que te parecías a William, Paige. La conexión que ustedes dos compartieron. Ya saben lo que dicen de un pueblo pequeño... Nadie lo dirá, pero todos saben que mi padre entregó al hijo que tuvo su primera esposa la noche en que ella falleció.

Una lágrima corre por mi mejilla.

—¿Mi padre lo sabe? —pregunto.

Carl se frota la nuca.

—Ha escuchado los rumores. Crecimos juntos y la gente hablaba, pero ambos lo ignoramos. Creo que en el fondo tu abuelo sabía que ambos lo sabíamos. Phillip adoraba a William y William lo adoraba a él. Como él te adoraba, Paige.

Lucas cruza el local.

—Esto es tan jodido. ¿Por qué Paige y yo no escuchamos ninguno de estos rumores? ¿No pensaron en decirnos nada? Si tú y Phillip sabían por qué William nos dejó la casa como lo hizo, ¿por qué diablos no dijiste nada? ¿Por qué hacernos descubrirlo así?

Se encoge de hombros y nos da una media sonrisa.

—Creo que tu abuelo quería que ambos fueran juntos a esa aventura, a la que nunca pudieron seguir juntos. Probablemente se esté riendo mientras hablamos.

Puedo ver que Lucas no encuentra nada de esto divertido. Sacude la cabeza y sale de la tienda.

Carl me mira y yo respiro hondo antes de dejarlo ir.

—Ha sido una montaña rusa emocional los últimos días.

Él se ríe entre dientes.

—Sólo puedo imaginarlo. ¿Puedo darte un consejo, Paige?

Asiento—: Sí por favor.

—Deja ir el pasado. Nada de lo que pasó hace dos años, ni siquiera diez, va a cambiar tu futuro. Tú decides el camino que vas a seguir. Veo la forma en que ustedes dos se miran. Todo el mundo lo ha visto desde la primera vez que caminaron agarrados de la mano hacia esa casa. Siempre estar ahí el uno para el otro. Detente y escucha tus inquietudes, miedos, sueños. Y lo más importante de todo, sigue a tu corazón. Siempre te llevará a casa.

Mi barbilla tiembla mientras intento no liberar mis sollozos. Las palabras de dos hombres Foster diferentes se sienten como si perforaran mi alma y me hubieran castigado instantáneamente.

Nada más en este mundo importa excepto estar en el hogar. Y el hogar no es una casa o un trabajo. Es él.

Lucas fue y siempre será... mi hogar.

Capítulo 22 – Paige

Cierro la tienda y me giro para mirar a Carl y Jen.

—¿Él se fue? —le pregunto a Jen. Ella me da una sonrisa comprensiva y asiente.

—Dijo que se dirigía al rancho para arreglarle una cerca a Carl.

Con una carcajada, Carl me atrae para abrazarme y luego me besa en la frente.

—El chico siempre ha buscado trabajo pesado para sacar su enojo.

Hago eco de su sonrisa con la mía propia.

—Lo recuerdo.

—Ve a la casa. Haré que Lynn nos prepare algo de cenar.

—Lo haré después de que corra a casa y me cambie. ¿Me puedes dar su presupuesto para el frente de la tienda si dibujo algunas ideas?

Él asiente.

—La construcción está en muy buen estado. Creo que, si lo compras, estarías haciendo una inversión inteligente.

—Estoy de acuerdo —dice Jen.

No hay forma de que pueda contener mi sonrisa.

—Voy a presentar una oferta, pero sé que el banco querrá ver un plan de negocios. Puedo tener una redactada rápidamente una vez que obtenga las ofertas.

—Podemos charlar en la cena, tal vez entonces puedas darme tu visión.

Poniéndome de puntillas, beso su mejilla.

—Gracias.

Él guiña un ojo y luego se vuelve hacia Jen.

—Las veré chicas por aquí. Necesito hacer algunos otros pendientes.

Vemos como Carl se dirige a su camioneta. Una vez que entra y arranca, me enfrento a Jen.

—¿Estoy loca?

—¿De verdad quieres que te conteste?

—Sí —le digo, rodeándola con mi brazo mientras nos dirigimos al carro.

—Bueno, ¿de qué me estás preguntando exactamente? Tu relación con Lucas, que debo agregar, sucedió bastante rápido, incluso si nadie se sorprende. Todos siempre pensaron que ustedes dos estarían juntos.

—Siempre supe que estaba locamente enamorada de él. Me hace dejar de pensar con claridad. Esa es otra conversación de salir a tomar unos tragos. Lo que quiero decir es, ¿estoy loca por abrir una florería?

Ella deja de caminar y me mira.

—¿Me estás preguntando si creo que es una locura que estés siguiendo un sueño? No, creo que es asombroso. Te envidio, Paige. Y no importa qué, sabes que siempre te apoyaré.

—¿Por qué eres tan buena amiga?

Con un medio encogimiento de hombros, responde—: Tengo que serlo. Conoces algunos de mis secretos más oscuros de cuando éramos más jóvenes. Si no te hago feliz, podrías dejarlos salir.

Riendo, la abrazo con más fuerza.

—Yo nunca lo haría.

—¡Ah! Esa es la diferencia entre tú y yo. Si no me das flores gratis y me dejas ayudar a administrar esta tienda, le contaré a Lucas cómo nos describiste su polla a todos nosotros esa

noche que te emborrachaste en mi decimosexta fiesta de pijamas.

Jadeando, me aparto.

—¡Nunca hice algo así!

Ella arquea una ceja.

Mis mejillas se calientan y me tapo la boca para ocultar mi risa.

—¿Fue bastante descriptivo, no?

—Sí, y tuve pesadillas con pollas durante semanas. Estoy bastante segura de que tu descripción detallada y cómo funcionó hizo que Annie Mason le preguntara a su madre al respecto y por eso nunca más se le permitió salir con nosotras.

Ambas nos echamos a reír, y se siente increíble reír como solo las mejores amigas pueden hacerlo.



En el momento en que entro en el camino de entrada y veo el BMW, mi corazón se acelera. La camioneta de Lucas está estacionada frente a ella. Me tiemblan las manos. *Raro*. Dijo que se iba al rancho de sus padres.

Estacionando junto al BMW, apago el carro. Salgo y camino hacia el porche.

Él no lo haría. No volvería a hacerme daño. Lo sé con cada gramo de mi ser.

Giro la manija de la puerta principal y entro.

Se pueden escuchar voces masculinas provenientes de la cocina. Entro y encuentro a Lou Howard sentado a la mesa de la cocina con Lucas. Ambos están mirando papeles.

—¿Qué está pasando, Lucas, pensé que ibas a ir a casa de tus padres?

Lucas mira hacia arriba y me da una sonrisa.

—Lou necesitaba reunirse conmigo, así que nos quedamos de ver aquí.

Miro de Lucas a Lou y viceversa.

—¿Qué está pasando?

Lou se aclara la garganta antes de hablar—: Lucas me pidió hace unos días que le redactara unos papeles. Estoy aquí para que los firme.

Se me encoge el estómago.

—¿Qué tipo de papeles?

Lucas sonrío mientras se dirige hacia mí.

—Le pedí a Lou que te legara la mitad de la casa.

—¿Qué? —pregunto con voz de asombro—. ¿Por qué harías eso, cuándo lo hiciste?

—La otra mañana, antes de que encontráramos el cofre.

Me quedo atónita.

—No quiero que lo hagas. ¿Por qué harías eso?

Él sonrío y mis rodillas se sienten débiles.

—Porque quería que supieras que ya nada de eso importa.

—Pero nunca dijiste...

—Honestamente, nunca pensé que encontraríamos nada.

—Esta casa te pertenece tanto a ti como a mí. Es nuestra. De ambos. Nos vamos a casar aquí, formaremos una familia, invertiremos una enorme cantidad de dinero en hacerla increíble. Todo juntos. No porque cada uno de nosotros tenga una parte, sino porque es nuestra.

Niego con la cabeza, casi violentamente.

Lucas pone su mano a un lado de mi cara y susurra—: Tranquila, no te enojés.

—Estoy enojada.

Doy un paso a su alrededor y camino hacia Lou. Al mirar hacia abajo, veo los papeles que Lucas está a punto de firmar. Los agarro y los parto por la mitad.

—¡Dios, Paige! —Lucas grita mientras corre hacia mí.

—¡Esto es una locura!

Lou se reclina en la silla, sonriendo.

—Señor, ustedes dos me recuerdan mucho a William y May. Es increíble. Realmente lo es.

Lucas y yo nos enfrentamos a Lou.

—¿Qué? —pregunto con voz incrédula.

—Mierda, ¿tú también sabes la verdad? —pregunta Lucas.

Lou suelta una carcajada mientras recoge sus cosas.

—Por supuesto que lo sé. Yo era su mejor amigo. William me lo contó todo. Mi padre fue quien redactó los papeles de adopción de ambos niños.

Me quedo mirando a Lou, mi sorpresa va en aumento.

—Me preguntaba cuándo entraste y me pediste que rechazara tu legado, si ambos ya habían encontrado sus respuestas. Veo que ya lo hicieron.

—¿Por qué no nos lo dijiste, Lou? —Yo pregunto.

Agarra su maletín, me mira a mí, luego a Lucas, y luego vuelve a reír a carcajadas.

—¿Qué tendría eso de divertido?

Lucas y yo nos quedamos en la cocina y observamos a Lou alejarse.

—Disfruten su velada —grita mientras Oreo entra saltando a la cocina.

Una vez que escuchamos cerrarse la puerta principal, me enfrento a Lucas y lo golpeo en el pecho.

—¡Tú idiota!

—¿Qué?

—¿Por qué pensaste que querría quitarte esta casa?

Él sonríe.

—Para ser justos, hace solo unas semanas estabas *tratando* de quitarme la casa.

Pongo los ojos en blanco y levanto las manos.

—Necesito un trago.

Tomándome en sus brazos, Lucas presiona su boca contra la mía.

—Primero, vamos a hablar.

Agarra dos cervezas del refrigerador y nos dirigimos hasta el patio. Nos sentamos y tomo un largo trago antes de contemplar el paisaje.

—Primero, debemos decirles a nuestros padres que estamos comprometidos —dice.

—Sabes que nos van a sermonear. Dirán que nos estamos moviendo demasiado rápido.

—Déjalos —dice—. En segundo lugar, nada de lo que descubrimos cambia nada en mis ojos.

Con una sonrisa, alcanzo su mano.

—Para mí tampoco cambia nada.

—Bueno. Lo siguiente, y probablemente lo más importante, odio el color de pintura que elegiste para la oficina.

Mi boca se abre.

—¿Qué está mal con el color?

—Es rosa.

—¡No es rosa! Es un melocotón muy claro y era el color de esa habitación cuando se construyó

la casa. Encontré una tira de la pintura original en el armario y le tomé una foto. Ellos igualaron el color.

—La oficina es mía, incluso tú lo dijiste. No quiero ese color. Quizás un azul.

—¿Azul?

—¿Qué pasa con el azul?

Me encojo de hombros y tomo otro trago de cerveza.

—Creo que puedo encontrar un tono azul que se utilizó durante ese período de tiempo.

—Siguiente, quiero ir a algún lugar en el que ninguno de los dos haya estado antes durante nuestra luna de miel.

—¿Luna de miel? Estamos restaurando una casa, además de un nuevo negocio, tú conducirás de ida y vuelta a Austin. La vida es una locura. Creo que tenemos que hacer retroceder un poco la idea de una boda. Al menos hasta que las cosas se calmen.

—No. —Sacude la cabeza.

Con los ojos entrecerrados, le pregunto—: ¿No... qué?

—La casa nada más necesita pintura y cambiar algunos muebles. La cocina es la mayor renovación y podemos encargarnos de eso. Milo se ocupará de la renovación del exterior. Entre los dos, podemos encargarnos de la pintura interior.

—Sí, pero eventualmente volverás a trabajar a tiempo completo.

Lucas me mira con expresión seria.

—Sobre eso. He decidido aceptar una oferta de trabajo que recibí hoy.

—¿De quién? —pregunto.

—Mi padre. Siempre quisimos trabajar juntos, así que lo aceptaré.

Un calor se extiende por todo mi cuerpo.

—¡Lucas, esa es una noticia increíble!

Él sonrío, luego deja que se desvanezca un poco.

—No ganaré tanto dinero como estaba ganando, pero aun así será una cantidad decente. Además, ayudaré más en el rancho. Mi papá realmente lo necesita. Tu padre también podría usar una mano extra para darle a Tom algo de tiempo libre de vez en cuando.

Me siento en su regazo. La forma en que me abraza, su mano en mi cintura envía un rayo de excitación y lujuria directamente a mi centro.

—Sé que a mi papá le encantaría y Tom lo agradecerá.

Deja su cerveza, luego empuja un mechón de cabello detrás de mí oreja.

—En cuanto a casarme contigo, Paige, siento que he perdido mucho tiempo, y sé que es solo un pedazo de papel, pero he querido casarme contigo desde que tengo memoria. No quiero esperar. ¿Podemos tomarnos con calma el asunto de la boda también?

Sonriendo, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, luego la beso suavemente.

—Seis meses. Dejemos que todo se asiente durante ese tiempo, lo que nos dará tiempo para poner el invernadero en orden para nuestra boda.

La forma en que sonrío hace que mi respiración se atasque en mi garganta.

—¿Todavía quieres casarte allí?

—Claro que sí.

Frunce el ceño y deja escapar un suspiro.

—Voy a tener que pensar en un regalo de bodas que coincida con el regalo del abuelo para Millie.

Me giro y me siento a horcajadas sobre él en la silla.

—Lo único que quiero es a ti.

—Eso puedo dártelo libremente y con tanta frecuencia como quieras.

Me presiono contra su erección.

—¿Qué tal ahora?

Lucas gime.

—¿Aquí, ahora mismo?

—Sí. —Me levanto la camiseta por la cabeza y la tiro a un lado. Lucas deja escapar un gruñido gutural desde la parte posterior de su garganta mientras pasa su pulgar sobre la punta de mi pezón. Jadeo cuando lo chupa a través de la tela de encaje.

—Más —jadeo, agachándome para desabrochar el botón y la cremallera de sus jeans—. Quiero más.

—No tengo un condón —responde Lucas, desabrochando mi sostén con dedos expertos.

—Quiero sentirte, Lucas. Todo de ti.

Hace una pausa y me mira fijamente.

—¿Qué?

—Ya habíamos hablado de esto.

Cuando sus cejas se arquean, odio la expresión de su rostro.

—Pero si no quieres...

Pone su mano en mi nuca y acerca mi boca a la suya, interrumpiendo mis palabras con el beso más apasionado que jamás he experimentado.

—Desnúdate —dice con brusquedad, levantándose para ponerme de pie. Rápidamente desechamos el resto de nuestra ropa. Lucas vuelve a sentarse en la silla, sus ojos recorriendo con avidez mi cuerpo.

—La idea de estar dentro de ti... no voy a durar mucho, nena.

Sonrío y me siento a horcajadas sobre él en la silla.

—Ya somos dos.

Sus dedos se deslizan primero en mi cuerpo y ambos gemimos.

—Joder, estás tan mojada.

Muevo mis caderas.

—Yo te deseo mucho.

Cuando retira los dedos, dejo escapar un gemido de protesta. Sus manos van a mis caderas y me guían hacia él. Mis ojos se cierran mientras llena cada centímetro de mí.

—Dios, sí —siseo cuando me siento completamente sobre él. Ruedo mis caderas instintivamente, pero él hunde sus dedos en ellas.

—Espera, no te muevas.

—¿Hay algo mal? —pregunto, mirando la expresión de dolor en su rostro.

—Se siente... Dios, se siente... necesito un segundo, Paige. Si te mueves, creo que voy a correrme.

Con una risita, coloco besos suaves a lo largo de su mandíbula, luego por su cuello.

—Te sientes tan bien dentro de mí.

Gime cuando me muevo levemente.

—Lucas, tengo que moverme. Me muero por moverme.

—No puedo pensar con claridad, esto es grande.

Mis dedos se posan en su cabello castaño oscuro antes de agarrar un puñado y tirar su cabeza hacia atrás, haciendo que me mire a los ojos.

—Quiero follarte —le digo.

—Oh Dios, creo que podría haberme corrido un poco.

Muevo mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo, lentamente al principio, moviendo mis caderas y amando la forma en que su cuerpo se frota contra el mío. No voy a tardar en llegar y, a juzgar por lo duro que está Lucas, tengo la sensación de que no le llevara mucho más tiempo.

—Se siente tan bien —susurro, moviéndome más rápido, moviendo mis caderas mientras lo siento dentro de mí—. Lucas.

Su nombre suena más como una súplica que cualquier otra cosa. Estoy ansiosa por correrme. Necesitando sentirlo más profundo por dentro, la idea de que va a correrse dentro de mí me deja casi jadeando de lujuria y deseo.

—Fóllame más rápido, Paige. Más fuerte.

Agarro mis manos sobre sus hombros y me muevo más rápido. El sonido de mi cuerpo golpeando el suyo llena el aire, mezclándose con los sonidos de la naturaleza. Es uno de los momentos más asombrosos de mi vida.

—Estoy tan cerca —jadeo.

Lucas mueve su mano hacia abajo entre nosotros y presiona contra mi clítoris, lo que hace que me retuerza aún más fuerte.

—Joder, no voy a durar. Paige. *Dios*.

Su voz está tensa, y me encanta que estoy sacando esto en él.

La acumulación de mi orgasmo viene rápido y corre por todo mi cuerpo, haciéndome gritar su nombre mientras deja caer la cabeza hacia atrás. Instantáneamente lo siento hincharse más grande dentro de mí.

—Dios, se siente tan bien. Voy a terminar...

Lucas suelta una serie de maldiciones mezcladas con gemidos de placer y mi cuerpo vuelve a temblar. No sé si es otro orgasmo o si el primero aún no se ha calmado. Todo lo que sé es que mi cuerpo nunca había sentido nada tan asombroso.

Sintiéndome exhausta, me apoyo contra él mientras me rodea con sus brazos. Nuestra respiración se mantiene rápida y difícil. Mi corazón late con fuerza contra el suyo. Me encanta que estemos conectados entre nosotros de esta manera. Si pensara que podría meterme en su cuerpo, lo habría hecho.

—Joder, ese fue el momento más asombroso de mi vida. Nunca volveré a usar condón.

Me río y echo mi cuerpo hacia atrás. Todavía sentada sobre él, muevo mis caderas un poco. Él arquea una ceja y luego toma mi rostro con sus manos.

—Ojalá pudiera ponerse duro de nuevo tan rápido, pero necesito unos treinta minutos después de ese orgasmo tan alucinante.

Con un puchero, me muevo de nuevo, sintiendo la humedad pegajosa donde se unen nuestros cuerpos.

Lucas gime y ahueca mis pechos con sus manos.

—Está bien, diez minutos. Creo que solo necesito diez minutos.

—Eso está mejor, cariño, *lento* y constante.

Capítulo 23 – Lucas

A la mañana siguiente, me doy la vuelta y sonrío cuando siento a Paige a mi lado. Del porche trasero nos movimos a la ducha, donde la follé contra la pared de azulejos, lo que nos hizo reír históricamente porque de todos modos había que rehacer todo el baño.

Nos mudamos a la cama, y después de una hora de hablar sobre nuestro futuro, su florería, la remodelación de la cocina y el hecho de que necesitábamos averiguar qué hacer con todos los muebles en la bodega y el ático, le hice el amor de nuevo. No nos apresuramos. Simplemente nos movimos lentamente. Incluso nuestros besos se asentaron en un nivel más suave y profundo. Cuando volví a entrar en ella, envolvió sus brazos y piernas alrededor de mí con fuerza, susurrándome al oído cuánto me amaba.

Ninguna otra mujer me ha hecho sentir las cosas que siento con Paige. De hecho, sólo puedo recordar haber estado con ella antes y ahora. Todas las demás mujeres en el medio se desvanecen en la oscuridad.

Muevo la yema del dedo suavemente por su brazo, mirándola respirar. Su cuerpo está frente a mí y parece un ángel. Estoy a punto de inclinarme y besarla, empujándola sobre su espalda y hacerle el amor de nuevo, cuando mi teléfono suena en la mesita de noche.

Cuando me doy la vuelta, veo que mi madre está llamando. Pienso en no responder, pero decido que sería mejor hacerlo.

—Hola, mamá.

—¿Cuándo ibas a decirnos que estás comprometido?

Me siento rápidamente, haciendo que Paige se mueva.

—¿Qué?

—Tuve que enterarme por alguien más que tú y Paige están comprometidos.

—¿Quién te lo dijo?

—Lucy, la cajera de Super S. ¿Quieres saber lo sorprendida que yo estaba? ¿Entonces, es cierto?

Frunzo el ceño y luego me paso la mano por la cara.

¿Cómo diablos se enteró la gente que le había pedido a Paige que se casara conmigo? Se había quitado el anillo, estuvimos de acuerdo en que no lo usaría hasta que se lo dijéramos a nuestros padres.

—¿Es cierto, Lucas? Acaban de volver a la vida del otro durante unas pocas semanas. Dime que no hiciste algo tan loco. Buen Dios, debe estar en tu sangre. Tu padre me propuso matrimonio después de salir conmigo durante dos semanas. Mira a William y May, ellos también corrieron hacia el altar.

Sonriendo, beso a Paige en la frente, provocando un suave gemido de ella.

—¿Qué fue eso?

—Oreo la gata —respondo mientras me deslizo fuera de la cama—. ¿No le has dicho nada a papá todavía, verdad?

—¡Oh, Dios mío, es verdad!

Al entrar al baño, agarro un par de pantalones cortos y me los pongo. Algo sobre estar desnudo y hablar con mi madre por teléfono se siente mal.

—Sí, le pedí que se casara conmigo. Queríamos decírtelo a ti, a mi papá y a Phillip al mismo tiempo. Iba a llamar para invitar a la familia de Paige a cenar esta semana.

—¿Estás seguro de que ambos quieren apresurarse con esto?

Con un suspiro, salgo silenciosamente del dormitorio y me dirijo a la cocina.

—Veamos, somos dueños de una casa y vivimos juntos. Salimos durante años antes de la gran cagada.

—Esa boquita, Lucas Foster.

—Lo siento. Puede parecer que estamos apurados, pero nos estamos tomando nuestro tiempo, mamá. Estamos enamorados y nunca hemos dejado de amarnos.

Deja escapar uno de esos suspiros femeninos que hacen las mujeres cuando ven películas románticas o leen novelas románticas.

—Ustedes dos siempre se amaron. ¿Están durmiendo juntos?

Gruño—: Mamá, realmente no voy a responder eso.

—Eso es un sí. Ahora, no creas que no estoy feliz. ¡Estoy muy feliz! Emocionada más allá de lo creíble. Todos sabemos que ustedes dos son almas gemelas, y esa horrible Bianca no fue más que un error.

—Gracias por eso.

—No actúes como si estuvieras sorprendido de que yo no pudiera soportar a la chica.

—Más bien la odiabas, pero está bien.

—Esas fueron tus palabras ahora, no las mías. Nadie sabía lo que estabas pensando cuando empezaste a salir con ella. Te habías vuelto loco, eso es seguro.

—Vaya, mamá, qué boquita. Y no te reprimas. ¿Podemos dejar de hablar de ella? Eso está en el pasado.

—Gracias a Dios. ¿Estás usando protección? Un bebé en este momento solo agregaría estrés a la situación.

—Una vez más, no voy a responder esa pregunta.

—Es que digo, ustedes dos han hecho algunos cambios serios en sus vidas en el último mes. Ambos dejaron sus trabajos, empezaron uno nuevo, viven juntos.

—Trabajo para mi papá. No creo que sea estresante.

—No debes recordar cómo hace las cosas tu papá. ¿Y qué hay de Paige? ¡Abrirá una florería! Si quedara embarazada ahora...

—¡Mamá! Paige no va a quedar embarazada. Por favor, deja de decir eso.

—Bueno, ustedes dos no se están volviendo más jóvenes, ¿sabes? No me demoraría mucho en tener hijos.

Aparto el teléfono de mí y dejo caer mi mano a mi costado. Mirando hacia arriba, oro a los cielos por fuerza y paciencia.

—¿Qué está pasando? —Paige pregunta, entrando a la cocina.

Levanto el teléfono.

—Mi mamá. Hablando de que vamos a tener un bebé.

Sus ojos se agrandan.

—¿Un bebé, es que sabe algo que nosotros no?

Riendo, camino hacia ella y la beso y luego llevo el teléfono a mi oído.

—... Tenía treinta y seis años cuando tuvo a su bebé, y Dios, las complicaciones.

—Mamá, literalmente dijiste que no deberíamos tener un bebé, ahora estás diciendo que no deberíamos esperar.

—Eso no fue lo que dije, claramente no me estás escuchando, Lucas.

—Tienes razón, no lo estaba haciendo.

Paige niega con la cabeza, se dirige al horno y lo enciende.

Con una respiración profunda y relajante, digo—: Mamá, llama a Phillip. Invítalos a él, a Tom y a las chicas a cenar esta semana. Entonces anunciaremos el compromiso.

Paige se gira con una mirada horrorizada en su rostro. Levanto mi dedo en un gesto de espera un momento.

—Mientras tanto, por favor no le digas nada a nadie, y si alguien como la cajera de Super S lo menciona, desacréditalo por el momento. Hazlo por mí y Paige, ¿de acuerdo?

—Yo puedo hacer eso. ¿Quieres que averigüe de dónde se generó el rumor? Sabes que tengo mis maneras.

—No —respondo con una risita—. Eso no es importante, todos los que compran en el Super S lo sabrán.

Paige se deja caer contra el mostrador.

—Tu padre dijo que vendrías más tarde, ¿te veré entonces?

—Sí, nos vemos en un rato.

Al presionar finalizar en el teléfono, encuentro la mirada de Paige.

—No me digas que se enteró de nuestro compromiso por medio de una cajera en el supermercado —dice Paige.

—Está bien, no te lo diré.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Milo o Jen?

—Me voy por Milo.

Arquea las cejas, claramente sorprendida.

—¿De verdad, crees que le diría algo a alguien?

—Sí, la nueva chica con la que está saliendo probablemente se lo contó a otra persona, quien luego se lo contó a otra persona, quien luego se lo contó a la cajera de Super S, quien finalmente le preguntó a mi madre al respecto.

Paige trata de ocultar su sonrisa, pero las comisuras de su boca se levantan levemente.

—Pueblo chico...

—Infierno grande y a veces es bastante molesto. —Dejo escapar un suspiro frustrado—. ¿Quieres ir a la bodega hoy? Tengo que encontrarme con papá para que lo ayude con el rancho y luego ir a un lugar de trabajo en Fredericksburg. Puedo saltármelo si quieres que vaya contigo.

Ella sacude su cabeza.

—No, echaré un vistazo por ahí. Tengo curiosidad por saber más sobre mi abuela. En secreto, espero encontrar algunas piezas para la florería. Oh, hablando de eso, nunca llegamos a casa de tus padres anoche. Necesito darle a tu papá un esbozo de cómo quiero que se vea el frente.

Sonrío.

—Ya hice eso por ti.

—¿Lo diseñaste para mí? —pregunta, sus ojos se iluminan.

—Sí, anoche me levanté cuando estabas agotada por todos los orgasmos increíbles que te di.

Sus mejillas se vuelven de un hermoso color rosa.

—Tú eres un ser humano más fuerte que yo, Dios. Necesitaba descansar después de todo eso. ¿Puedo ver?

—Por supuesto. —Señalo detrás de ella—. Mi cuaderno de bocetos está ahí.

—¿De verdad lo dibujaste, no lo hiciste en la computadora?

El calor se extiende por mi pecho ante su sonrisa. Si alguien sabe cuánto me encanta poner lápiz sobre papel y dibujar, es esta mujer.

—Se sintió bien volver a lo básico.

Paige saca el cuaderno de bocetos del mostrador. Lo abre y jadea.

—Lucas, así es exactamente como lo imaginé. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Es como si hubieras entrado en mi mente y sacaste esto. ¿Cómo supiste que esto era lo que quería?

Me encojo de hombros.

—Así lo describías cuando eras más joven, cuando solías soñar con tener tu florería.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Te acuerdas de eso?

—Recuerdo todo, Paige.

Se lleva la mano a la boca y vuelve a mirar el dibujo. Parece que está abrumada por la emoción, así que me dirijo hacia ella. Tomo el cuaderno de bocetos de sus manos, lo pongo sobre el mostrador y la abrazo.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente contra su cabello.

Ella solloza y luego me rodea con sus brazos.

—No podría imaginarme haciendo esto sin ti. Odio que tuviéramos que perder a William para encontrar el camino de regreso el uno al otro.

—Yo también —respondo, pasando mi mano suavemente por su espalda.

Oreo frota nuestras piernas, maullando y levantándose para patearme a mí y luego a Paige.

Ambos nos reímos.

—Tu gata quiere comida.

Paige se agacha para recoger Oreo. Ella acurruca su rostro en el cuello de la gata, e instantáneamente escucho a Oreo comenzar a ronronear.

—Buenos días, cariño. ¿Tienes hambre? ¿Olvidamos darte de comer anoche?

Mientras se dirige a la despensa donde guarda la comida, no puedo evitar contemplar la vista frente a mí. Se siente como si todo fuera exactamente como debería ser. Estoy increíblemente feliz por primera vez en mucho tiempo.

Y en mi experiencia, eso significa que nos aproximamos a una tormenta.

Capítulo 24 – Paige

Un mes después

Me paro en medio de la florería y miro a mi alrededor. Todo va más rápido de lo que había soñado. Las paredes interiores de ladrillo están pintadas de blanco hueso. Lucas había medido cuan largo quería yo el mostrador y lo está haciendo con madera recuperada que había encontrado en una de las obras en los que está trabajando con su padre.

Con una brocha en la mano, miro el escritorio antiguo frente a mí. Proviene de la bodega llena de muebles antiguos que habían sido de Millie. Le pregunté a mi abuelo si a alguien de la familia también le gustaría mirar los muebles. Unos primos míos vinieron y escogieron algunas piezas. Lucas y yo llevamos de vuelta a la casa algunas otras, algunos se exhibirán aquí en la florería, y el resto permanecerá almacenado hasta que averigüe qué hacer con ellos. La idea de vender cualquiera de las piezas ni siquiera es una opción. La pequeña cuna de madera que había estado en la casa de mi padre está actualmente en la florería, esperando una mano de pintura. Imagino llenarla con mantas y almohadas.

La puerta suena y me vuelvo para ver a mi padre.

—Papá, ¿qué te trae por aquí?

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Me encontré con Linda May Hacker.

Poniendo los ojos en blanco, respondo—: Oh, Señor, ¿qué quería?

—Nada que valga la pena repetir. La mujer es vil. No es de extrañar que tu mamá no la soportara.

—Papá, sé amable. —Le advierto, apuntándole con la brocha—. Mi mamá jamás habló mal de ella.

—Ah. Simplemente nunca la escuchaste. Y, además, digo la verdad.

Con una sonrisa, sumerjo la brocha en la lata y luego comienzo a pintar.

—¿Has hablado con Lucas?

Deja escapar un gruñido y agarra otra brocha, uniéndose a mí. Mi padre no ha estado muy contento de saber que Lucas y yo estamos comprometidos. Sigue albergando malos sentimientos sobre cómo habíamos terminado. Le habíamos dicho a él, a Tom, Kate, Carl y Lynn hace aproximadamente un mes en la cena. Lynn, por supuesto, ya lo sabía. Carl estaba feliz. Mi padre, sí, todavía lo estaba pasando mal. Tom y Kate no se sorprendieron en lo más mínimo. Callie y Tom Jr no habían estado allí, así que les dijimos unos días después. Lo único que les importaba era ser parte de la boda, lo que les prometimos.

Dejo de pintar y lo miro.

—Papi, lo amo.

—Él te lastimó. Rompió contigo por una estúpida razón y luego nunca regresó a Johnson City. Agarró a una modelo y viajó con ella. ¿Por qué no pudo haber hecho eso contigo?

—Está en el pasado. Lo dejé allí, ¿por qué tú no puedes?

Dándome una mirada dura, niega con la cabeza.

—Porque soy tu padre, Paige. Juré el día que naciste que nunca dejaría que nadie te lastimara y él te hirió profundamente. Odio que simplemente regresó a tu vida y lo dejaste sin un lío.

Estoy segura de que mi mandíbula cae al suelo.

—¿Sin un lío? Papá, no sabes lo que pasó entre Lucas y yo. Y no me disculparé por amarlo. Sí, me lastimó, pero nunca dejé de amarlo. Estoy casi segura de que, si me estableciera con otra persona, una buena parte de mi corazón seguiría perteneciendo a Lucas hasta el día de mi muerte. Un amor como ese no aparece a menudo.

Él se burla.

—Él no te merece.

Con un suspiro, cierro los ojos. Puedo sentir los latidos de mi corazón acelerarse. Odio tener que defender a Lucas. Sé que no puedo permitir que mi padre odie a Lucas por el resto de nuestras vidas. Haría todo más difícil. Respiro hondo unas cuantas veces y estoy lista para decirle que tiene que hablar con Lucas y llegar a una especie de tregua. Cuando vuelvo a abrir los ojos, mi padre me está mirando. La comisura de su boca se eleva un poco y asiente.

—Lo siento. Hablaré con él, cariño —dice en voz baja, luego me da una leve sonrisa.

—Gracias, papá. Significaría mucho para mí si lo perdonaras.

—Lo sé. Pero si alguna vez te vuelve a lastimar, le romperé las piernas. Despacio.

Trato de no sonreír, pero es en vano.

—De acuerdo.

—¿Encontraron alguna vez lo que William quería que ustedes dos encontraran? —pregunta después de unos minutos de pintar en silencio. Me congelo y él se da cuenta.

—Lo tomaré como un sí. ¿Qué era?

—Bueno, fue... esto...

Maldigo por dentro. Lucas y yo nunca habíamos ideado un plan sobre cómo o qué decirle a la gente que habíamos encontrado. Lou ya sabía la verdad. También Carl y Lynn. Pero mi padre, por lo que yo sé, no lo sabía.

Frunce el ceño mientras me mira. Una sensación pesada se apodera de mi pecho y mi mano tiembla levemente. ¿Por qué no estaba preparado para esto?

—Nosotros... sí... encontramos algo. Él básicamente quería que dejáramos de ser tan idiotas y volviéramos a estar juntos.

Papá me mira con los ojos entrecerrados.

—Bueno. ¿Eso es lo que me vas a decir?

—Es la verdad —digo en tono defensivo.

—Correcto. Eres tan ingenua como William, Paige, si de verdad crees que no sé la verdad.

Trago saliva. *Buen señor. ¿Lo saben todos en este pueblo?*

Aclarándome la garganta, digo—: No sé a qué te refieres.

Se ríe y luego vuelve a pintar. Permanece en silencio durante mucho tiempo hasta que finalmente no puedo soportarlo.

—¿Todos aquí saben que William era mi abuelo?

Su cabeza se levanta de golpe y me mira fijamente, completamente sorprendido.

Oh. Mierda.

Mi padre se queda allí con una brocha llena de pintura blanca que ahora gotea por su mano, mirándome como si hubiera perdido la maldita cabeza.

—¿Qué dijiste?

—Nada —respondo rápidamente.

—¿Paige, qué te hizo decir que William era tu abuelo?

Aprieto los labios, tratando de pensar en una manera de salir de lo que acabo de decir. Una parte de mí quiere decirle la verdad. Carl lo sabe; ¿Cómo podría mi padre no saberlo?

—¿Es ese el teléfono que suena? —pregunto, mirando hacia su bolsillo donde siempre guarda

su teléfono celular.

—No.

—Lucas se fue a París con Bianca, ¿te lo dije? La única ciudad a la que realmente quería ir con él.

Ahora mi padre deja la brocha, agarra una toalla de papel y se seca las manos. Cruza los brazos sobre el pecho y me mira.

—Estás tratando de cambiar de tema y no funcionará.

Cierro los ojos con fuerza y suelto un gemido de derrota antes de volver a centrarme en mi padre.

—Encontramos un certificado de matrimonio. William estaba casado con Millie, tu mamá. El abuelo era en realidad tu tío de sangre, no tu padre.

Me mira con una expresión en blanco.

—Encontramos los papeles de adopción. Cuando May regresó de Inglaterra, que es una larga historia por sí misma, estaba embarazada de algún conde o duque o algo así. William y May se casaron rápidamente, luego ella tuvo a Carl. William adoptó a Carl legalmente. Verás, William se sintió obligado a dejarme la mitad de la casa y la mitad a Lucas. Sé que esto es un montón de información, y bueno, cuando mencionaste la verdad, pensé que lo sabías porque Carl lo sabe.

Eso hace que su ceja se arquee aún más.

—Oh, lo estoy empeorando. No lo sabías, ¿verdad?

Se frota el cuello y aparta la mirada por unos momentos.

—Tenía mis sospechas. Escuché chismes en el pueblo cuando yo era joven. Le pregunté a William al respecto una vez, y él solo sonrió y puso su mano en mi hombro y me dio un apretón, pero nunca respondió la pregunta. Me enteré un par de años después de que tu mamá y yo nos casáramos que alguien había pagado nuestro rancho. Hice algunas excavaciones y todos los caminos apuntaban a William. Sin embargo, nunca le pregunté al respecto. Supuse que tenía una razón. Sabía que me parecía a él, muchísimo más que Carl.

Sonrío.

—Entonces, para responder a tu pregunta, supongo que sí lo sabía, pero nunca lo admití en voz alta.

—¿Cómo se mantuvo algo así en secreto? —pregunto.

Él se encoge de hombros.

—La gente de pueblo saben cuándo mantener ciertas cosas en privado y cuándo no.

—Linda May ciertamente no lo sabe.

Mi papá se ríe.

—No, probablemente porque se mudó tan tarde. Los veteranos lo sabían.

—Yo no lo sabía, no tenía ni idea.

—Tuviste un vínculo increíble con William. Me alegro.

Con una sonrisa, le respondo—: Yo también. Lamento que tú no lo hayas tenido.

—Lo tuve, era un buen amigo. Yo amaba a tu abuelo. Él era un buen hombre y me amaba con fiereza. Esa fue probablemente una de las razones por las que elegí no creer en los rumores, aunque en el fondo supongo que lo sabía.

—Encontré las fotos de la boda de William con Millie. Te ves exactamente como él cuando eras más joven. ¿Quieres una? ¿Puedo hacer algunas copias?

—Me encantaría.

—Las conseguiré de inmediato. También hay un álbum de fotos familiar. Lo traeré mañana. No estaba segura de sí tal vez teníamos algunos primos o algo a quien le podrían gustar las fotos.

Millie y el abuelo eran los únicos dos hermanos. No he podido averiguar si había primos.

—A mi papá nunca tuvo otros hijos, así que soy solo yo. Todos sus primos eran del área de Austin. Se mudó aquí después de que yo naciera.

—Para cuidar de ti, porque William no era emocionalmente capaz.

—Entonces, William te dejó la casa porque eres su nieta. ¿Cómo se lo tomó Lucas?

Me encojo de hombros a medias.

—Bien. William adoptó a Carl, por lo que Lucas también era su nieto.

—¿No le molesta que no sean familia de sangre?

—En absoluto —le digo, dándole una mirada que pregunta a dónde va con todo esto. Pongo mis manos en mis caderas y le lanzo una mirada que debe haberlo arrojado al suelo.

—No pienses ni por un momento que Lucas está tratando de apoderarse de la casa. Papá, él le pidió a Lou que me dejara su herencia antes de que nos diéramos cuenta de toda esta historia.

—¿Él hizo qué? —pregunta mi padre, claramente desconcertado.

—Trató de darme toda la casa. Es tanto suya como mía. Ambos queremos verla arreglada y formar nuestra propia familia allí, tal como hablamos cuando éramos más jóvenes.

Camina hacia mí, tirándome a sus brazos.

—Estoy feliz, cariño. Realmente lo estoy. Mientras el gilipollas ese te trate bien y te haga feliz, estoy bien con él.

Con una risita, lo beso en la mejilla.

—¿De qué estabas hablando cuando dijiste que sabías la verdad?

Él se ríe.

—Demonios, la mía era mucho más simple. Que William estaba tratando de unirlos a los dos. Nunca soñé que sería todo eso.

Niego con la cabeza.

—Fue un shock, por decir lo menos. ¿Estás bien, papá? ¿Sabiendo la verdad?

—Lo estoy, princesa. Como dije, siempre lo supe en el fondo.

Con una sonrisa, indico que vuelva al escritorio.

—Ven. Terminemos de pintar este escritorio, luego puedes llevarme a tomar un helado.

—Me gusta cómo suena ese plan.

Capítulo 25 – Paige

Al acercarme al granero, veo a Lucas en el corral trabajando a un caballo. Mi estómago da un vuelco de deseo y un recuerdo me inunda.

Lucas estaba de pie en el granero, con su sombrero de vaquero muy bajo, sus ojos verdes en marcado contraste con el negro de su sombrero. Él sonrió, y fue tan alucinante que me dejó sin poder respirar. Su aspecto juvenil contrastaba con su gran figura. Mis dedos ansiaban trazar cada centímetro de su cuerpo. Para explorar cómo fue construido. Sentir la forma en que se movían sus músculos cuando finalmente tuvimos sexo.

—¿Estás segura, Paige? No tenemos que hacer esto. Te esperaría por siempre.

Le devolví la sonrisa y me pasé el vestido por la cabeza, dejando solo mi sostén y mis bragas, junto con mi par favorito de botas vaqueras rojas. Lucas pasó sus ojos por mi cuerpo de una manera codiciosa: rápida, luego más lenta. La expresión de su rostro quedaría grabada para siempre en mi memoria. Se humedeció los labios y me escuché gemir muy levemente. Un pulso entre mis piernas se hizo más rápido, más fuerte. Dios, no podía esperar a que él estuviera dentro de mí.

—Quiero esto, Lucas, lo he estado deseando.

Después de estacionar mi carro, me dirijo a la cerca. Subo y me siento allí, mirándolo mover el lazo. La forma en que sus músculos se mueven a través de su camiseta ajustada hace que mi cuerpo zumbe de pura lujuria.

El caballo es una criatura tan hermosa como Lucas. Los músculos del caballo se flexionan mientras corre alrededor del círculo, sin apenas hacer ningún esfuerzo mientras parece bailar sobre la tierra.

Cuando Lucas baja el lazo, el caballo reduce la velocidad. Se detiene y luego se dirige hacia él. Observo con asombro cómo inclina la cabeza y Lucas inclina la frente hacia la del caballo. Le susurra algo al caballo mientras acaricia suavemente el costado de su cuello.

Es oficial. Estoy locamente celosa del caballo.

Después de observarlos durante unos minutos, decido que es hora de hacerles saber que tienen compañía.

—Odio interrumpir este pequeño romance entre amigos, pero seguro que no me importaría algo de esa atención.

Lucas me ve de frente. Mi estómago da un vuelco cuando rompe en una amplia sonrisa, la que parece guardar para mí. Siento mi cuerpo temblar muy levemente mientras camina hacia mí.

—Esta es una agradable sorpresa.

Extiende la mano y me ayuda a saltar de la cerca, luego me envuelve en sus brazos. El caballo se acerca y golpea a Lucas en la espalda, lo que hace que ambos tropecemos con la cerca del corral.

—Dios, parece que tengo que luchar por tu atención —digo con una sonrisa mientras acaricio el cuello del caballo suavemente.

—Ranger te recuerda —dice Lucas con un poco de picardía en su voz—. O al menos recuerda lo que me hiciste en su corral.

Mis mejillas se calientan cuando el caballo se ríe.

—Compartir es cariño, Ranger. Ya te lo dije una vez.

—Todavía siento ese heno en mi culo.

Me río más fuerte y tomo las riendas del caballo mientras camino junto a Lucas. Mis ojos recorren rápidamente su cuerpo.

Jeans Wrangler. Apretados y sexys.

Sombrero Stetson.

Camiseta ajustada que no deja nada a mi imaginación.

Botas de vaquero, viejas y gastadas. *Sí, por favor.*

—Si sigues mirándome así, Paige, Ranger tendrá que verme tomarte contra su corral.

Mi cuerpo zumba de emoción.

—Entonces déjame mirar un poco más.

Lucas deja escapar un gruñido y acelera el paso.

—Déjame atender al caballo, luego me encargaré de ti.

Siento que mi labio inferior se entumece cuando me doy cuenta de que lo estoy mordiendo.

Treinta minutos después, Lucas me tiene contra la pared del corral de Ranger.

—Quítate los pantalones.

—No es así de fácil. Tengo botas —digo con una risita.

—Solo necesito una bota fuera, una pierna fuera de tus pantalones.

Le doy una expresión burlona de sorpresa.

—¿Me tomarías a medio vestir?

—Sí, en todas las maneras posibles si se me da la oportunidad.

Moviéndome a la velocidad del rayo, me quito la bota y la dejo caer a un lado, luego saco la pierna de mis jeans. Voy a bajarme las bragas cuando Lucas agarra mi mano.

—No te molestes. —Me levanta, empuja mis bragas a un lado y me penetra con un movimiento rápido. Jadeo ante la repentina plenitud.

—Mierda, ¿estás bien? —pregunta, su respiración entrecortada.

—Sí, estoy bien. No te detengas.

Lucas se mueve de nuevo. La sensación de él dentro de mí, tan rápido y duro, hace que mi cuerpo se fortalezca más rápido que nunca. Ya puedo sentir mi orgasmo en las etapas iniciales cuando llega al punto exacto en el que lo necesito. Yo estoy tan cerca. Ajustando mis caderas, jadeo. Mi orgasmo está a punto de llegar.

Entonces todo cambia. No estamos solos y no me refiero a los caballos.

—Lucas estuvo en el corral antes. Tienen que estar por aquí en alguna parte.

Con los ojos tan abiertos como platos, Lucas deja de moverse en el momento en que escucha la voz de su padre.

—Traté de llamar a su celular y dejar un mensaje.

Cierro mis ojos. Nuestros dos padres están en el granero.

Antes de que pueda moverme, Lucas se gira y nos deja a los dos en el piso del establo.

—Hablamos muy pronto de no tener heno en nuestros traseros —susurro.

Lucas pone su mano sobre mi boca mientras se apresura a ayudarme a ponerme los pantalones. Yo, por otro lado, comienzo a reír incontrolablemente.

—¡Calladita! —Lucas susurra.

Cuando finalmente nos las arreglamos para volver a ponerme los jeans, Lucas gatea y toma mi bota, luego agarra mi mano y se traslada a la esquina trasera del cubículo.

—Ranger está en su corral, así que tal vez estén afuera —dice Carl.

Ranger comienza a quejarse, claramente no le gusta lo cerca que estamos. Lucas lo mira con ojos suplicantes y todo. Lo que me hace empezar a reír de nuevo. Me tapo la boca con ambas manos y cierro los ojos. Tal vez si lo deseo lo suficiente, ambos hombres saldrán del granero.

Es entonces cuando escucho a Lucas.

—Mierda.

Abro un ojo y veo a mi padre de pie en el establo, mirándonos. Gracias a Dios tengo puestos mis jeans, aunque todavía están desabotonados, y me falta la bota.

—Hola, papá —digo con una amplia sonrisa—. ¿Qué te trae por aquí?

—Dios —gime Lucas, frotándose la cara con la mano.

—¿Paige, qué haces en el suelo de un corral, a medio vestir? —La forma en que mi padre se vuelve y mira a Lucas me hace saltar.

—Estoy vestida, papá.

Él arquea una ceja.

—También me voy a casar con Lucas, así que no pretendamos que no vamos a dormir juntos.

—¡Por el amor de Dios, Paige, lo estás empeorando! —dice Lucas.

Ahora mi padre está de pie con los puños apretados.

—Foster, será mejor que corras si sabes lo que es bueno para ti.

—Phillip —dice Carl, con un poco de humor en su voz—. Deja al chico en paz.

—¿Papá, te estás riendo? —pregunta Lucas mientras se esconde detrás de mí.

Mi papá da un paso adelante.

—Esconderte detrás de mi hija no te va a ayudar, cobarde.

—Por el amor de Dios, Lucas, no crie a un cobarde. No te escondas detrás de tu prometida. Al menos ponte detrás del caballo.

Empiezo a reír de nuevo.

—¡No es gracioso! —Lucas y mi padre dicen simultáneamente.

—¿Qué están haciendo? —Lynn dice mientras se acerca—. ¡Paige! Estoy tan contenta de que estés aquí. Encontré una chica que hace los pasteles de boda más increíbles.

—¿De verdad? —digo, volviéndome a poner la bota.

—¿Qué pasó? —preguntó Lynn.

—Tu hijo es lo que pasó. Él estaba... Ellos estaban... en el establo —se las arregla para decir mi padre.

Mientras paso, lo golpeo en el pecho.

—Oh papi. Esta no es la primera vez en el establo.

—¡Mierda! ¡Me arrojaste debajo del autobús, Paige! —Dice Lucas.

—Hijo, ahora probablemente sea el mejor momento para correr —dice Carl, riéndose de nuevo.

Con eso, Lucas pasa corriendo junto a mí y sale disparado del establo, con mi padre pisándole los talones.

—No me había dado cuenta de que mi padre todavía podía moverse así —digo riendo.

—Bueno, tiene cincuenta y tres años, todavía tiene mucha energía por dentro —dice Lynn mientras salimos del establo.

Carl se quita el sombrero de vaquero, se pasa los dedos por el pelo y suspira.

—Realmente debería ir a salvar a mi único hijo. Lo necesito vivo para ayudar con la renovación del juzgado.

Lynn hace un gesto de despedida con la mano.

—Seguramente puede superar a Phillip. Ahora, hablemos de pasteles de boda.

Capítulo 26 – Lucas

En el momento en que la bolsa de hielo toca mi ojo, siseo.

—Lo siento. —Paige me mira con una sonrisa comprensiva—. ¿Cómo te atrapó?

—¡El viejo es rápido! Realmente rápido. Debería haberlo recordado de cuando fue entrenador de fútbol en el bachillerato.

Aprieta los labios con fuerza en un intento por no reír. De nuevo.

—Entonces, después de que me golpeó, ¿sabes lo que dijo?

Paige niega con la cabeza.

—Él se río, primero que nada, luego me dijo que eso era por quitarte la virginidad. Sé que él sabe que no fue la primera vez, especialmente después de lo que le dijiste.

Esta vez ella suelta una carcajada. Muy fuerte.

Ruedo los ojos, luego gimo cuando me duele el ojo derecho.

—Creo que él ha estado esperando hacer eso durante varios años. Todo el asunto de golpearte por arruinar la cosa de su niña.

Me burlo.

—Poco sabe él que todo fue idea tuya.

—Como si tu hubieras estado en contra.

—Lo estaba, no quería tener sexo contigo por primera vez en un establo.

—No te quejaste. Además, pensé que era romántico. Incluso nos pusiste una manta.

—Solo porque Milo me dijo que lo hiciera. Experiencia de cuando él y Jen lo hicieron en el establo.

La boca de Paige se abre.

—¿Jen y Milo durmieron juntos?

—Pensé que lo sabías.

Ella niega con la cabeza y hace un sonido extraño.

—Espera hasta que la vuelva a ver. Ella siempre está hablando de que nunca le cuento todo. ¿Cómo no me dijo que Milo fue el primero?

—Él no lo fue —respondo, sacando un grito ahogado de Paige.

—¡Esa zorra!

Me río, luego suavemente bajo su mano.

—¿Cómo se ve? Mañana tengo una reunión con algunos clientes en Austin con los que todavía estoy tratando de terminar.

Se muerde nerviosamente el labio.

—¿Es afuera? Si es así, es posible que desees mantener tus gafas de sol puestas.

Mis hombros se hunden.

—¿Por qué sería afuera?

Paige se encoge de hombros.

—Quería darte esperanzas.

—Mierda. —Agarro la bolsa de hielo y me la vuelvo a poner en el ojo.

—Probablemente voy a reservar en un hotel en Austin mañana, ya que estaré fuera hasta tarde. Siempre les gusta cenar y tomar algo después.

Paige peina un mechón de mi cabello hacia atrás.

—Está bien, me reuniré con una florista en Fredericksburg para repasar las flores para la boda.

¿Todavía estás de acuerdo con que vaya sola a verla?

—Totalmente. No sé nada sobre flores y quiero que elijas lo que quieras.

Ella sonríe.

—Encontré una foto vieja del invernadero, Millie parada allí con su vestido de novia. Sostenía un ramo de hermosos crisantemos blancos. Pensé que algunos de esos en los arreglos podrían verse bien.

—¿Y tú ramo, cómo te gustaría que fuera?

La forma en que sonríe hace que mi corazón se sienta como si se saltara un latido.

—Gerberas rosadas.

En este momento, me enamoro un poco más de ella, si eso es posible.

—Las primeras flores que te di.

Ella asiente.

—Creo que podría agregar una rosa blanca o dos.

Sonriendo, pongo mi dedo en su barbilla, atrayendo su boca hacia la mía.

—Dios te amo.

Nuestras bocas se encuentran en un dulce beso cuando escucho las tablas del porche protestar con alguien caminando sobre ellas.

—¿Quieres que tu otro ojo sea negro y azul, hijo? —Phillip dice, haciendo que Paige y yo sonriamos.

—No, señor.

—Entonces aparta tu boca de mi niña.

—Papá, eso es suficiente. Tuviste tu oportunidad, Lucas ahora está fuera del alcance de futuras lesiones.

Phillip cruza los brazos sobre su enorme pecho. ¿Por qué nunca me había dado cuenta de lo fornido que es? Honestamente, no parece tener más de cuarenta años, y seguro que no corre como si tuviera cincuenta años.

Resopla y me mira con incredulidad.

—Ya lo veremos. Un error y te destrozaré.

Trago saliva y luego me aclaro la garganta.

—No tengo intenciones de estropear nada, señor, nunca más.



—Joder, Foster. ¿De dónde sacaste el ojo morado? —pregunta Pete Mulligan mientras todos nos sentamos alrededor de la gran mesa de conferencias.

—Mi futuro suegro, Phillip Miller.

Timothy, mi antiguo jefe y el tipo a cargo de esta empresa, se ríe.

—Todavía no puedo creer que estés comprometido.

Sonríe mientras miro alrededor de la mesa. Afortunadamente, Bianca no está aquí. Ella era una inversionista en este edificio de apartamentos que se está construyendo en el centro de Austin. Recientemente me enteré de su participación. Estaba seguro de que lo hizo porque escuchó que Timothy me había pedido que me quedara como diseñador principal.

—Creo que el padre no te aprueba —dice Pete con una sonrisa y todos vuelven a reírse.

—Bueno, considerando que salí con su hija en el bachillerato y luego rompí con ella antes de irnos a la universidad, él tiene algunos problemas conmigo. De todos modos, no estamos aquí para

hablar de mí, estamos aquí para repasar mi diseño.

Abro mi diseño CAD y presiono el botón de reproducción, luego dirijo la atención de todos a la gran pantalla detrás de mí.

Después de treinta y cinco minutos de describir el edificio, el plazo previsto y una estimación aproximada de los costos, me reclino en mi silla y espero. Pete toma algunas notas, se inclina y habla en voz baja con su socio comercial, Roger. Luego me mira y sonrío.

—Me gusta mucho el diseño. Está en consonancia con la sensación de Austin, para atraer a los lugareños, pero las comodidades internas atraerán a los inversores que quieran vivir en el centro.

Con un breve vistazo a Timothy, le sonrío a Pete.

—Me alegro de que te guste.

—¿Estás bastante seguro del plazo? —pregunta.

—Como con cualquier proyecto, pueden surgir cosas que nos retrasen. Hay que tenerlo en cuenta, además de tratar con la gente del ayuntamiento. Algo tan simple como obtener un permiso puede convertirse en un proceso largo y tedioso.

La puerta de la sala de conferencias se abre y entra una mujer joven. Se inclina y le dice algo a Pete. Él pone los ojos en blanco y asiente.

—Dile que tendrá que esperar. La reunión casi ha terminado.

Alzando una ceja, veo a Pete mirar sus notas, luego me mira directamente.

—Tengo un inversor que está invirtiendo mucho dinero en este proyecto. Cuando digo mucho, quiero decir mucho. Su sola presencia social venderá unidades. Por lo que tengo entendido, estás... familiarizado con ella.

Mi corazón se acelera.

—Su nombre es Bianca Williams. Llega tarde a Austin desde Roma. Un desfile de modas o algo así.

Aclaro mi garganta y digo—: Estoy seguro de que podrá ver la presentación y ponerse al día.

Pete me da una sonrisa de comemierda.

—Ella ha solicitado que la pongas al día. Voy a pedirte que lo hagas como un favor personal para mí, ya que ella es la mayor inversionista que tenemos en el proyecto. Me gustaría mantenerla... feliz.

Me muevo incómodo en mi asiento y le lanzo una mirada a Timothy.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente que haga aquí, Pete?

—Lucas —Timothy me regaña.

Pete se ríe y levanta las manos.

—No te estoy pidiendo que te la folles.

Algunas personas se mueven en sus asientos, claramente molestas por Pete. Me cabreo aún más, considerando que hay dos mujeres en la reunión.

—¿Es así como se habla en las reuniones de negocios? —pregunto, la ira en mi voz.

—Necesito que esta mujer se mantenga contenta. Me importa un carajo por qué terminó queriendo invertir en este proyecto, pero tiene algo que ver con el diseñador principal. Entonces, lo que te estoy pidiendo que hagas es ir al bar en el lobby del hotel con el resto de nosotros, tomar una copa con ella y endulzarle el oído.

—Ciertamente él puede hacer eso —dice Timothy—. Lucas es un profesional y conoce a Bianca. Él puede manejarla, ¿no es así, Lucas?

Niego con la cabeza y miro hacia la mesa. Necesito este puto trabajo para hacernos una buena reserva de ahorros para Paige y yo. Trabajar para mi papá pagaría bastante bien, pero no pagaría lo que ganaba anteriormente.

—Claro, no hay problema —digo. Cuando miro hacia arriba, una de las mujeres me está mirando. Me parece familiar y trato de ubicarla. Los músculos de su mandíbula se flexionan y me mira con puro disgusto. Agarra su teléfono y empieza a escribir en él.

¿Sobre qué demonios es todo esto?

—Está bien, bajemos todos al bar ahora que hemos quitado las cosas aburridas del camino — dice Timothy, aplaudiendo mientras se para.

Agarro mi computadora y la pongo en mi bolso. Timothy se queda atrás, esperando hablar conmigo.

—Lucas, necesito que seas cortés con ella.

—No voy a acostarme con ella, Tim. Estoy comprometido, estoy enamorado de otra mujer.

Asiente mientras deja escapar un suspiro de frustración.

—Lo sé, lo sé. También sé lo infeliz que estabas con Bianca, y ambos sabemos que la única razón por la que invirtió en esto es para estar cerca de ti.

—¿Por qué Pete no puede ver eso?

—Todo lo que ve son signos de dólar. Tómate una copa con ella, luego escápate y regresa al campo.

Froto la parte de atrás de mi cuello.

—Me quedaré en el hotel esta noche. No quería volver tarde en carro y sabía que íbamos a salir a tomar algo.

—Decisión inteligente, sé amable con ella, superaremos esto. —Me da una palmada en la espalda y se dirige hacia el ascensor.

—Tim, espera. La mujer sentada a la izquierda de Pete. ¿Quién era?

Él piensa por un momento.

—Harper, ella es la vicepresidenta de marketing de Pete.

—Me parece familiar.

Tim se encoge de hombros.

—Quizás ya se conocieron antes en una de las reuniones iniciales.

Asiento.

—Sí, debe ser eso.

Veinte minutos después, estoy en el bar tomando mi segunda copa mientras Bianca me cuenta todo sobre su viaje a Roma. No se me escapa cómo Harper sigue mirándonos. Ella está disparando dagas y no estoy seguro de si están apuntadas a mí o a Bianca. O a los dos.

Pasan otros treinta minutos y ya he tenido suficiente. Saco mi teléfono y veo que tengo un mensaje de texto de Paige. Con una sonrisa, lo abro para leerlo.

Paige: ¿Qué tal todo?

Yo: Estoy a punto de subir a mi habitación. Les encantó el diseño, así que parece que estamos listos.

Paige: ¡Eso es genial! Estoy feliz por ti.

Yo: Gracias, cariño. ¿Qué estás haciendo?

Paige: Oreo y yo acabamos de poner una película y estamos acurrucados en el sofá. Terminé de pintar el baño de arriba. ¡Se ve genial!

Yo: No puedo esperar a verlo. ¿Cómo fue la cita con la chica de la florería?

Paige: Increíble. Todas las flores están ordenadas e incluso me dio algunos consejos para mi propia tienda.

Yo: Eso es genial.

—Es de mala educación estar enviando mensajes de texto, Lucas —dice Bianca, tratando de poner su mano en mi brazo. Lo aparto y la miro.

Paige: ¿Alguien interesante con quien estés hablando?

Me quedo mirando su mensaje de texto. Lo correcto sería decirle que Bianca está aquí. Suspiro y empujo mi teléfono en mi bolsillo. La voy a llamar y a contarle de Bianca una vez que llegue a la habitación.

Cuando miro al otro lado de la mesa, Harper me toma una foto. Frunzo el ceño, pero luego mueve su teléfono a un lado y toma otra foto de Timothy y Pete hablando. Quizás las está tomando por razones de marketing. ¿Aunque, por qué tomarnos fotos bebiendo en un bar?

Con un movimiento de cabeza, llamo a Timothy.

—Tim, me despido por hoy.

—Buen trabajo, Lucas. —Él asiente.

Le estrecho la mano. De pie, agarro mi maletín y me despido de todos en la mesa.

—Me retiro, que disfruten la noche.

Al mirar a Harper mientras paso, veo que se ríe con Lou Hansen, el director de marketing de la empresa de Timothy.

Rápidamente, salgo del restaurante hacia el ascensor.

—¿Ni siquiera vas a decir adiós? —Bianca dice detrás de mí. Ella se mueve a mi lado frente al ascensor.

—No, no lo iba a hacer. Ni siquiera quería verte. —Soy duro, pero nunca se habían dicho palabras más verdaderas.

Hace un puchero.

—Eso es bastante malo de tu parte. Estuvimos cerca durante mucho tiempo, fuimos amantes.

Pongo los ojos en blanco y deajo escapar un ruido de frustración.

—No éramos más que dos personas que se usaban mutuamente. Una distracción.

Con una risa sin humor, dice—: ¿Eso es todo lo que fui para ti?

—Sí.

Deja escapar un suave gemido de disgusto.

—Yo quería más. No pude evitarlo si tú estabas atrapado en el pasado. Escuché que te vas a casar con la vagabunda esa.

Le envío una mirada que habría puesto a cualquier hombre en su lugar.

—No digas una palabra sobre ella. Ni siquiera digas su nombre.

Sus ojos se abren con fingida sorpresa.

—Vaya. Está bien, parece que te ha clavado las garras bastante bien.—

Otro hombre se acerca y se para a nuestro lado. El ascensor se abre y él entra primero, sin dejar siquiera que Bianca entrara. Tal vez yo no puedo soportarla, pero sigo siendo un caballero. Le indico que entre y ella se acerca y entrelaza su brazo con el mío.

—Vaya, gracias, Lucas.

Aparto mi brazo del suyo. Aprieta el botón de su piso y luego me mira.

—¿En qué piso estás?

Con una sonrisa, respondo—: Creo que esperaré a que te bajes antes de presionar el botón de mi piso.

Con una risa malvada, niega con la cabeza.

—Realmente estás muy seguro de ti mismo, Lucas. ¿De verdad crees que intentaré colarme en tu habitación? No eras tan bueno para follar.

—Si ese es el caso, ¿por qué sigues viniendo detrás de mí?

El hombre del ascensor suelta una suave risa. Cuando llegamos a su piso, salgo con él para no tener que estar solo con el buitro. Me dispara la señal del dedo de en medio cuando las puertas del ascensor se cierran.

El tipo se vuelve y me mira.

—Amigo, ella estaba buena, pero puedo ver por qué estás preocupado. Tiene un poco de locura en esos ojos.

—No tienes idea. Además, estoy comprometido, muy felizmente comprometido.

Él asiente.

—Te entiendo. Buena suerte. —Se dirige por el pasillo. Voy a las escaleras y subo los tres pisos hasta mi piso. Cuando llego a mi habitación, mi cabeza late con fuerza.

Cuando entro a mi habitación, saco mi teléfono y maldigo. Solo me queda un uno por ciento en mi batería.

—Maldita sea.

Rápidamente le envío un mensaje de texto a Paige diciéndole que estoy en mi habitación y que mi teléfono está a punto de morir. Presiono enviar y el teléfono se pone negro. Tiro mi maletín sobre la cama, me siento y busco el cargador de mi teléfono. Una vez que lo enchufo, me desnudo y me doy una ducha. Llamaré a Paige cuando salga de la ducha.

Después de estar de pie en la ducha durante unos minutos, dejando que el agua caliente corra por mi cuerpo, salgo, me seco y camino hacia mi teléfono. Paige no me ha respondido.

Le escribo un mensaje de texto.

Yo: ¿Sigues despierta? Quiero escuchar tu voz.

Ella no responde, así que supongo que se ha quedado dormida.

Yo: Lo siento, estuvo un poco loco en el bar.

Desafortunadamente, terminé teniendo que hablar con Bianca esta noche.

Ella es una de las inversionistas en este proyecto y el presidente de la empresa que construye los condominios descubrió que teníamos historia.

Él quería que fuera amable con Bianca. Ahora estoy en mi habitación, si te despiertas, llámame. Te amo

Después de dejar mi teléfono sobre la mesa, me siento en la cama, apoyo las almohadas y enciendo la televisión. Mi teléfono suena en la mesita de noche y sonrío cuando veo que es de Paige.

Paige: Ya sabía que estabas ahí con Bianca. Lo hiciste bien en ser amable.

—¿Qué carajo? —Murmuro mientras miro la captura de pantalla que Paige me ha enviado. Bianca está inclinada, diciéndome algo mientras mira mi teléfono. Es entonces cuando me doy

cuenta. La foto que había tomado Harper. Se la había enviado a Paige. ¿Pero cómo?

Mis dedos tiran de mi cabello mojado. Joder. ¡Harper era la compañera de cuarto de Paige en su primer y segundo año de universidad! De repente recuerdo haber visto fotos de ella en la cuenta de Facebook e Instagram de Paige.

Marco el número de Paige.

—¿No puedes dormir? —dice en lugar de saludar.

—¿En serio, es esto lo que vamos a hacer?

Paige se queda callada por un momento.

—No voy a jugar a ningún juego, Lucas. Fuiste tú quien se olvidó de decirme que pasabas la noche con tu ex. Simplemente me pilló con la guardia baja cuando una vieja amiga me envió un mensaje de texto. No hace falta decir que preferiría que me lo hubieras dicho, eso es todo.

—No sabía qué la iba a ver.

—Sabías que ella era una inversora. ¿No pensaste que eso era algo que debías haberme dicho? No me habría importado, Lucas, pero cuando me ocultas cosas, por supuesto que me da un momento de pausa.

—Por lo general, los inversores no se presentan para una mierda como esa. Ella no estuvo allí para la reunión y apareció después porque sabía que todos iríamos al bar. Entonces, ¿cómo fue que tuviste una pequeña espía en el redil?

Ella suelta una carcajada.

—¿Espía? Apenas. Mencionaste el nombre de mi padre y luego el mío, Harper sumó dos y dos y se dio cuenta de que eras el mismo Lucas que rompió conmigo en la universidad. Eso es todo.

—Eso explica todas las miradas sucias que sentí. Si sabías que Bianca estaba allí, ¿por qué no lo dijiste?

—No lo supe hasta que Harper envió la foto hace unos minutos. Antes me envió un mensaje de texto para decirme que finalmente pudo conocerte.

—Es curioso, ella no se presentó conmigo. ¿Estaba demasiado ocupada dándote una jugada por jugada de mis movimientos? ¿Te gustaría hacer FaceTime para ver que mi habitación está vacía?

Ella permanece en silencio, luego escucho una lenta exhalación.

—Lo creas o no, de hecho, confío en ti, Lucas. Incluso cuando Harper me envió la foto de ti entrando en el ascensor con Bianca. Le respondí el mensaje de texto y le pedí que se detuviera y le dije que confiaba en ti al cien por ciento.

La ira hierve en mis venas, y no tengo ni puta idea de por qué.

Eso es mentira. Yo lo sé. No me había mantenido firme y dije que no. Bianca había intentado jugar a un juego esta noche y yo culpaba a Paige por jugar juegos.

Paige no dice nada durante unos momentos. Confunde mi silencio con ira.

—¿Me confundieron las fotos? Sí, pero soy lo suficientemente inteligente como para no creer todo lo que veo. Honestamente, lo que me molesta más en este momento es lo enojado que estás conmigo. Estoy cansada y me voy a acostar. Te veré por la mañana, Lucas. Te amo.

El teléfono se queda en silencio, una clara señal de que ella ha colgado. Me echo hacia atrás y lo miro. Ella tiene todo el derecho de estar enojada conmigo. Me visto rápidamente, empaco mis cosas y me dirijo a la recepción para checar mi salida del hotel. Sólo hay un lugar en el que quiero estar, y cuanto antes llegue, mejor.

Capítulo 27 – Paige

El sonido de la puerta del dormitorio al abrirse me hace congelar. Oreo levanta la cabeza y mira hacia la puerta.

Trago saliva.

—No me importa si quieres coexistir en la casa. Pero un fantasma en mi habitación cuando estoy sola en casa no me va a sentar bien.

Una suave risa masculina me hace sentarme.

—¿Lucas, qué diablos estás haciendo aquí?

Deja caer sus cosas al suelo y luego se saca la camisa por la cabeza. Lo veo detenerse junto a la cama y quitarse los zapatos, luego los pantalones y los bóxer. Se sube a la cama, acomodando mi cuerpo contra el suyo.

—Siento haber actuado como un idiota. Estaba enojado conmigo mismo por no decirle a Pete que no iba a ser amable con Bianca. Timothy y Pete todavía estaban en el bar cuando salí de mi habitación. Le dije a Timothy que había terminado, que había terminado al cien por ciento con todos los proyectos.

—¿Qué? —digo, sentándome para mirarlo—. Lucas, dijiste que te iban a pagar muy bien por ese trabajo. Si abandonas la empresa, te quedas sin trabajo por completo.

—No es cierto, trabajo para mi padre. Y, además, firmaron el diseño final. Todavía me pagarán.

Con una risa de incredulidad, niego con la cabeza.

—Te das cuenta del recorte salarial que acabas de recibir.

—Sobreviviremos, no te preocupes. Todavía podemos celebrar la boda y arreglar la casa. Tengo algo de dinero guardado.

Pongo los ojos en blanco.

—No me importa eso. ¿Estás seguro de que quieres dejar tu trabajo? Pensé que te encantaba.

Me acerca a él.

—Tú me encantas más. Amo la vida que estamos comenzando y, sinceramente, quiero estar aquí para la remodelación de la casa y ayudarte a comenzar tu tienda. Eso es lo que me encanta.

Descansando mi barbilla en el dorso de mi mano, lo miro por unos momentos.

—Háblame.

Lucas suspira.

—Estoy enojado conmigo mismo por dejar que me intimidaran para que me sentara con ella esta noche. Creo que, en cierto modo, Pete quería que me acostara con ella. Está tan preocupado por asegurar su inversión. Pero Harper probablemente te dijo eso.

—No, ella no dijo nada de eso. Me dijo que parecía que querías salir pitando todo el tiempo que estuviste sentado allí. También quería decirte que lamentaba no confiar en ti. Ella solo había oído hablar de ti después de que me partiste el corazón en dos.

Lucas me da la vuelta tan rápido que dejo escapar un pequeño grito. Está encima de mí, su cuerpo entre mis piernas, su dura longitud contra mi centro palpitante al instante.

—¿Le dijiste que he cambiado? ¿Qué tomo las cosas con calma? —pregunta, besándome suavemente en el cuello y a lo largo de mi clavícula.

—Mmm —susurro, envolviendo mis piernas alrededor de él y levantando mis caderas para tener un mejor contacto. Él está desnudo, pero yo tengo puestos unos pantalones de dormir de

algodón—. No tuve que hacerlo. Ella se imaginó que habías cambiado desde que nos comprometimos, y me dijo que habías anunciado a todos.

Me mira.

—Alquilaría un avión y lo escribiría en el cielo si pudiera.

Sonrío.

—No tenías que volver a casa esta noche. No estaba enojada.

Lucas frota su nariz contra la mía.

—Lo sé, pero en el momento en que me di cuenta de lo imbécil que había sido, necesitaba estar aquí. Necesitaba decirte cuánto significas para mí y cuánto te amo.

Mi corazón se llena de amor cuando Lucas pone suaves besos sobre mi rostro y finalmente presiona su boca contra la mía.

Antes de que sepa lo que está pasando, Lucas me ha bajado los pantalones de dormir.

En el momento en que se desliza dentro de mí, dejo escapar un largo gemido de placer. Lucas se mueve lentamente, llenándome por completo, luego se retira laboriosamente lento antes de volver a entrar en mí.

—Lucas, más rápido —susurro, envolviendo mis piernas alrededor de él.

—Quiero hacerte el amor lentamente. Siente cada movimiento.

Mis dedos se mueven perezosamente sobre su espalda.

—¿Tienes tu vestido? —pregunta.

Entre el latido de mi corazón en mis oídos, el latido de mi cuerpo y la forma en que su voz susurrada me deja mareada, logro—: Sí.

—Entonces cástate conmigo... ahora.

Me congelo, pero él sigue moviéndose.

—¿Qué? —pregunto, pensando que no lo he escuchado bien, o tal vez lo había entendido mal.

—Quiero hacerte mía, ahora.

Presionando mi mano contra su pecho, lo empujo hacia atrás hasta que sus ojos se encuentran con los míos.

—Soy tuya, Lucas. Ningún certificado de matrimonio cambiará eso ni lo hará más creíble. Siempre he sido tuya y lo seré para siempre.

—Sé que todo está cambiando para ti, y finalmente estás haciendo realidad tus sueños, pero quiero que seas mi esposa y quiero... quiero...

Suena tan inseguro, como si le preocupara decírmelo. Pongo mi mano a un lado de su cara y sonrío.

—Dime qué quieres. No se trata sólo de mis deseos y sueños, también se trata de los tuyos.

La forma en que sus ojos brillan hace que mi corazón se sienta como si cayera en mi pecho.

—Quiero un bebé. Quiero casarme contigo e intentar tener un bebé y llenar esta casa con tantos pequeños como quieras. Si quieres uno, estoy bien con eso. Si quieres diez, con mucho gusto te mantendré embarazada o moriré en el intento.

Una mezcla entre un sollozo y una risa se desliza entre mis labios.

—¿Has perdido la cabeza? Lucas, solo hemos vuelto a estar juntos unos pocos meses. Todo en nuestro mundo está patas arriba. Estoy comenzando un nuevo negocio...

—Y lo harás genial, puedes trabajar. No tienes que renunciar a eso. Una vez que vuelvas a la florería, yo me ocuparé del bebé. Será más fácil para mí ya que trabajaré para papá.

—¿Vas en serio? —pregunto, buscando en su rostro y sintiendo mi corazón casi explotar de amor por este hombre—. ¿Quieres intentar tener un bebé de inmediato?

—Si quieres. Si no es así, lo entiendo.

Mi cabeza debería haber estado nadando en confusión. Tengo que estar loca pensando en quedar embarazada mientras abro un nuevo negocio. Pero, en el fondo sé que yo quiero esto tanto como Lucas. Habíamos desperdiciado tantos años que no quería desperdiciar ni un solo momento.

—Probablemente podamos adelantar la boda. En realidad, nada más vamos a invitar a la familia y amigos más cercanos, y no es un evento grande. Llamaré a la florería mañana y preguntaré cuando es lo más pronto que pueden tener todos los arreglos listos.

—¿Tu vestido?

—Fue casi un ajuste perfecto. Quería perder unas diez libras más o menos.

—¿Por qué diablos querías hacer eso? —Lucas frunce el ceño.

Me río.

—Llevo al menos diez libras de más.

Lucas que estaba dentro de mí, se retira por completo, dejándome instantáneamente sintiéndome vacía.

Él mira fijamente. Tanto es así que siento que el calor sube desde mi cuello hasta mis mejillas.

—¿Qué estás haciendo, por qué te retiraste?

Lucas niega lentamente con la cabeza, se pone de pie y toma mis manos, sacándome de la cama.

—Levanta los brazos —susurra mientras me quita la camiseta sin mangas de la cabeza. La tira a un lado y luego deja que sus ojos se muevan muy lentamente sobre mi cuerpo.

—Eres la mujer más hermosa que jamás he visto. Cada cosa de ti es perfecta. Todo.

Puedo sentir que mi rubor aumenta.

—Lucas, yo...

Presiona su dedo contra mis labios.

—No quiero que cambies y nunca quiero escucharte decir que tienes que bajar de peso. Cuando te miro, Paige... Dios, cuando te miro, me robas el aliento. No tienes idea de cómo haces que mi cuerpo se sienta tan vivo. La forma en que te deseo no se parece a nada. Si pudiera pasar el resto de mi vida explorando tu cuerpo como si fuera la primera vez, lo haría día tras día. Nunca intentes cambiar. Ni por mí, ni por nadie.

Siento una lágrima, luego otra, deslizarse por mis mejillas. Lucas toma mi rostro entre sus manos y pasa sus pulgares sobre mi piel.

—Eres lo máspreciado. Eres única, hermosa y perfecta. En el momento en que me alejé de ti, supe que era el mayor error de mi vida. Nunca más pasaré un día sin decirte lo afortunado que soy de que seas mía.

Intento con todas mis fuerzas no llorar. Después de frotar mis labios de un lado a otro en un intento de calmar mis emociones, miro hacia arriba y encuentro su mirada.

—No soy perfecta, de ninguna manera, pero saber qué es lo que ves cuando me miras me hace casi la mujer más feliz del mundo.

Él sonrío y luego frunce el ceño.

—¿Casi?

Asiento.

—Si me dejas pintar tu oficina del color que elegí, estaré más que locamente feliz.

Lucas me mira con absoluta incredulidad. Una pequeña sonrisa tira de las comisuras de su boca antes de que pierda el control y comience a reír.

—Eres imposible. Qué tal esto. Dejaré que lo pintes de rosa...

—Melocotón claro.

—Como quieras llamarlo —dice poniendo los ojos en blanco—. Si te casas conmigo este fin

de semana.

—¡Este fin de semana! —jadeo.

—Tómalo o déjalo.

—Sabes, aprendí el arte de la negociación de algunos de los mejores. Podría intentar endulzar el trato.

Levanta la ceja.

—Está bien. Me casaré contigo este fin de semana.

Grito cuando Lucas me levanta y me arroja sobre su hombro. Me deja caer en la cama y ambos nos reímos. En el momento en que se desliza dentro de mí, todo se siente exactamente como debería. Y yo soy, de hecho, la mujer más feliz del mundo.

Capítulo 28 – Lucas

Veo a mi padre mientras cabalgo en Ranger. Es un hermoso y fresco día de otoño, algo de lo que Texas no tiene mucho. Siempre hace mucho calor o mucho frío.

Ranger se detiene, me bajo de un salto, me ajusto el sombrero y me dirijo hacia la cerca.

—Te dije que arreglaría esto, papá.

Me mira y sonrío. Sé que todavía significa mucho para él tenerme de regreso en casa, trabajando junto a él, tanto aquí en el rancho como con la constructora Foster.

—Es una mañana tan fresca que quería encargarme de esto. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quiero hablar contigo sobre algunas cosas.

Él asiente.

—Agarra esos tiradores. Hablaremos y trabajaremos.

Sonriendo, agarro los tiradores de vallas. Mi padre siempre ha sido el tipo de persona que no cree en perder un solo momento. Si puede hacer algo de manera más eficiente, lo hace. No puedo evitar preguntarme si lo sacó de su padre inglés. Aparto el pensamiento y hablo.

—Primero, quiero hablar contigo sobre llevarme a Ranger a la casa del abuelo. He estado trabajando en el granero, no es que necesite mucho trabajo. El abuelo se aseguró de que se mantuviera en buenas condiciones, a pesar de que dejó de tener animales allí hace años.

Mi padre retuerce el cable y me mira.

—Tienes que empezar a llamarlo tu casa, hijo. Es tu propiedad. Tu rancho. Y sí, Ranger es tu caballo. De hecho, si quieres quitarme más de estas bestias de las manos, estoy más que feliz de dejarte.

Con una sonrisa, digo—: Estoy seguro de que a Paige también le encantaría un caballo. Ambos echamos de menos montar como solíamos hacerlo.

—Ustedes dos solían montar todos los días, prácticamente. A ella siempre le gustó Princesa.

—¿No crees que a mamá le importaría? Adora a la princesa.

—Adora más a Paige. Créeme, tu madre no ha montado en seis meses. Se ha mantenido ocupada con otras cosas. Creo que esa caída que tuvo el año pasado podría haberla asustado.

Asiento con la cabeza cuando el recuerdo del año pasado regresa. Mi padre me había llamado en un estado de pánico total. Mamá había salido a montar y había sido arrojada de un caballo. Se rompió el brazo y tuvo que someterse a una cirugía para volver a colocarlo en su lugar. Se había subido a un caballo unas cuantas veces después, simplemente para demostrarse a sí misma que no tenía miedo. Después de eso, dejó de montar por completo. No puedo culparla. Las pocas veces que me había caído de un caballo, también me había asustado. Los caballos son a la vez animales poderosos, pero también de gran corazón.

Mi padre me mira y sonrío.

—No sabes lo bueno que es verte con ropa real.

Frunciendo el ceño, miro mi ropa.

—¿Ropa de verdad, cuándo no me he puesto ropa de verdad?

Resopla.

—Esas malditas camisas con cuello y pantalones caqui que la mujer siempre te hizo usar. Ni siquiera hablemos de los zapatos de muy buen gusto.

Me río.

—Solía usar eso para trabajar, papá. No todos usan jeans, botas y sombreros para trabajar.

—Yo sí, mi papá lo hizo antes que yo.

Quiero señalar que su padre biológico probablemente nunca se puso unas botas de vaquero en toda su vida. Aunque no lo hago, Dejo pasar esa.

—Yo extrañaba el rancho. El olor aquí afuera me hace feliz.

—Estiércol y pasto. —Respira hondo y lo deja salir—. Ahh, nada como eso. Podría rodar en él.

—Yo no iría tan lejos —digo, gruñendo.

—¿De qué más quieres hablar?

—¿Tienes planes para este fin de semana?

Sabiendo ya la respuesta, veo como parece pasar por el calendario interno que tiene en la cabeza. Es la única persona que conozco que nunca escribe una maldita cosa. Algo con lo que no fui bendecido.

Sonrío.

—Papá, nunca trabajas los fines de semana. Siempre ha sido tu regla de oro. ¿Por qué estás pensando tanto en esto?

Él resopla de nuevo.

—¿Cómo sabes que no tengo planes? Iba a jugar golf con Lou este domingo después de la iglesia. Luego tu mamá habló sobre ir a Fredericksburg para el Oktoberfest el sábado.

Le doy una mirada pensativa mientras froto la parte de atrás de mi cuello.

—Maldita sea que tengas planes tan increíbles. Esperaba que pudieras estar libre el sábado por la noche, alrededor de las seis.

—¿Seis? Estoy seguro de que tu madre y yo estaremos de regreso para entonces. ¿Estás pensando en que cenemos contigo y con Paige?

—Algo como eso. Más en la línea de una boda, luego una pequeña cena después.

Tuerce el último lazo alrededor de la cerca reparada.

—Creo que podemos hacer eso...

Me río cuando su cabeza se da la vuelta y me mira fijamente, con la boca muy cerca del suelo.

—¿Dijiste una boda? ¿Este sábado? Eso es en tres días, Lucas.

—Sí, señor, lo sé. Mi futura esposa está en pánico. Verás, negociamos anoche. Le dije que la dejaría pintar mi oficina de rosa a cambio de una boda este fin de semana.

Se frota la barba incipiente en la barbilla.

—¿Por qué demonios aceptas que ella pinte tu oficina de rosa?

Me encanta que eso sea lo que él se pregunta.

—Creo que fuiste tú quien me dijo una vez, después de que Paige y yo tuvimos una discusión, que eligiera mis batallas.

Él sonrío y me apunta con el dedo.

—Por eso eres mi hijo favorito.

—Soy tu único hijo.

—Pequeño detalle. Entonces, ¿te importaría decirme por qué tanta prisa?

Empezamos a recoger las herramientas y lo acompaño a la camioneta del rancho.

—Estoy cansado de esperar. He perdido demasiado tiempo siendo un idiota. Quiero formar una familia.

Eso lo hace hacer una pausa.

—¿Cómo se siente Paige con eso? Ella está comenzando su negocio... ¿Quiere comenzar una familia tan pronto?

Sonrío.

—Sí, le dije que me quedaría en casa con el bebé. Pensé que podría arreglar algo con una niñera.

Un rugido de risa sale de su boca.

—Una niñera. Tu madre te golpearía en la cabeza si te escuchara decir eso. Ayer mismo me hizo limpiar tu antigua habitación. Va a ser el cuarto del bebé, dijo.

—¿Eh? —digo, sin creer lo que escucho.

—Lucas, las mujeres tienen una forma de saber las cosas antes que nosotros. Tu madre es la mejor del mundo con este pequeño regalo. Probablemente ya sepa que la boda es el sábado a las seis. Aprendí, como tú, que a menudo le dirás dos palabras a tu esposa, seguidas la mayoría de las veces por cuatro palabras más.

Puedo sentirme sonriendo.

—¿Qué palabras serían esas?

Mi padre me mira a los ojos antes de decir—: “Sí, cariño”. Y “cómo tú quieras, cariño”.



Después de pasar la mañana con mi padre en el rancho, vamos al ayuntamiento y revisamos las renovaciones. Luego pasamos y revisamos la tienda de Paige. Se está moviendo más rápido de lo que cualquiera de nosotros hubiera esperado. El exterior está casi completo y no puedo esperar a ver colgado el letrero que he hecho.

Me separo de mi padre, pero no antes de hacer los arreglos necesarios para recoger a Ranger, Princesa y otros dos caballos que mi padre insistió que serían más felices conmigo y con Paige. Luego paso por el supermercado y compro un ramo de flores para Paige. Mientras conduzco, frunzo el ceño ante la cantidad de carros y camionetas estacionadas afuera de la casa. Veo la camioneta de Milo, el carro de Jen, la camioneta de Gene, así como el carro de mis padres. Me hago a un lado y salgo, flores en mano mientras me dirijo a la casa. Puedo escuchar a todos afuera.

Cuando rodeo la casa, me detengo.

—Mierda —digo, mirando alrededor del patio a la vista frente a mí. Paige se gira y saluda con la mano, de pie sobre una escalera. Está colgando una hilera de focos.

—Ya era hora de que aparecieras. Necesito tu ayuda en el invernadero —dice Milo, indicándome que lo siguiera. Camino hacia Paige y la miro.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Se ríe como si le acabara de hacer la pregunta más loca.

—¡Nos casaremos en tres días! Tengo un montón de cosas que hacer para prepararme. La ceremonia será en el invernadero, luego tendremos la recepción aquí en el patio. Ya miré tres estaciones de noticias diferentes para conocer el clima. ¡Va a ser un hermoso día!

La forma en que sonrío me hace sentir como si estuviera flotando en una nube.

—Nena, ¿por qué no me dijiste que estabas haciendo todo esto? Hubiera estado aquí para ayudar.

Paige baja unos pasos de la escalera y luego se inclina para besarme.

—Querías hablar con tu papá. Llamé a tu mamá y la invité a desayunar. En el momento en que se enteró de que la boda era este fin de semana, se pusieron en marcha los planes.

Me río.

—Suena como mi mamá. ¿Tu papá?

Ella mira más allá de mí y yo sigo su mirada. Phillip está sentado en una mesa haciendo algo

con Jen.

—Está haciendo decoraciones para el invernadero con Jen. Me preguntó si estoy embarazada y si por eso teníamos prisa.

—Dios, desearía haber estado allí porque me hubiera encantado haber dicho que sí, solo para ver qué haría.

Paige frunce el ceño.

—¿No fue suficiente un ojo morado o te sientes lo suficientemente ágil como para hacer otros cinco kilómetros huyendo de él?

—Ahora que sé que el anciano puede correr, no podrá atraparme la próxima vez.

Con otra mirada por encima de mi hombro, Paige aprieta la boca y me mira.

—¿Él me escuchó, no?

Ella asiente.

—Quizás quieras correr.

Capítulo 29 – Paige

Me paro en el porche y respiro hondo. Es la mañana de mi boda. El día que había soñado desde los doce años, cuando me di cuenta de que me gustaba Lucas más que como un amigo. Fue la primera vez que me tendió la mano cuando me bajaba de un caballo. Ni siquiera se había dado cuenta de que me había guiñado un ojo cuando salté y tropecé. Me atrapó, me preguntó si estaba bien y luego me guiñó un ojo. A los doce, juré casarme con él algún día.

A los catorce, me di cuenta de que tenía más que un flechazo: me había enamorado de él. A los dieciséis años le di no sólo mi corazón, sino mi cuerpo. A los dieciocho años, aplastó mi corazón. Ahora, a los veintinueve me ha prometido la luna y las estrellas, y yo estoy locamente enamorada de él.

Me siento en una de las sillas de hierro blanco que había encontrado en la bodega, junto con una hermosa mesa de hierro blanco. Por las fotos que había encontrado en el álbum de fotos de Millie, supe que este juego de mesa había adornado este porche. Y volvió a su lugar original. Las grandes columnas blancas que cruzan el porche tienen que ser una de mis cosas favoritas de la casa. Le da una apariencia grandiosa, sin dejar de parecer una casa de campo. Miro los candelabros que mi padre y Lucas habían colgado anoche. Los dos, pasando la noche antes de nuestra boda colgando lámparas y bebiendo cerveza. Lucas había dicho que probablemente era la mejor despedida de soltero que había tenido. Me encantaba que mi padre le hiciera pensar a Lucas en secreto que estaba al borde de quererlo y odiarlo. En verdad, mi padre siempre había adorado a Lucas. Se había enojado con él, como yo, pero lo amaba como a un hijo. Anoche, cuando los escuché reír a los dos, me calentó el corazón, llenándome de tanta felicidad que me derrumbé y lloré.

Oreo se acerca y se frota contra mis piernas.

—Buenos días, cariño.

Cuando salta a mi regazo, noto que tenía una cinta atada alrededor del cuello. La desato y la llave del ático cae sobre mi regazo. Miro a mi alrededor y luego agarro la llave.

—¿Quieres subir al ático? —le pregunto mientras ronronea tan fuerte que no puedo evitar reír.

—En realidad, soy yo quien quiere ir allí.

Volviéndome, le sonrío a Lucas.

—Sabes, no se supone que nos veamos hasta la boda.

—¿De verdad quieres empezar a hacer las cosas según las reglas ahora?

Riendo, niego con la cabeza y levanto al gato, luego me dirijo hacia él.

—¿Quieres ir a explorar... ahora?

—Sí, Tom me dio esto anoche.

Levanta el collar que había estado en el baúl de May.

—Tom me dijo que eran diamantes reales en el brazalete, así que le di el collar de rubíes. Es un rubí. Un rubí muy caro.

Arqueo mis cejas.

—¿Tu abuelo? —pregunto.

—Eso es lo que estoy pensando. Probablemente la colmó de joyas cuando estaba saliendo con ella.

—Y ella las dejó todas en el ático.

—Tom trajo a su amigo, el joyero. Se ofreció a comprar algunas de las piezas.

—¿De verdad? Vaya. ¿Se las vas a vender?

Lucas se ríe.

—Tu padre realmente me patearía el trasero. Paige, valen mucho dinero. Mucho dinero.

—Bueno. Bueno, eso es bueno, supongo.

Pone sus manos sobre mis hombros y sonrío.

—Estoy hablando de suficiente dinero para pagar la hipoteca de la florería. Suficiente dinero para pagar la renovación de la cocina que deseas y suficiente dinero para que diez niños vayan a la universidad en cualquier universidad que quieran.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —pregunto, mi voz se quiebra.

—Vayamos allí muy rápido.

Sigo a Lucas. Una vez en el ático, me guiña un ojo antes de abrir el cofre. Abre el cajón y niega con la cabeza mientras mira las joyas.

—Entonces... estoy diciendo que la abuela guardó casualmente miles de dólares en joyas en su baúl de viaje durante años. De acuerdo, no sólo miles de dólares. Esa pieza que tienes en la mano es un rubí de cinco quilates y medio que vale veinte mil dólares. Según el amigo de tu hermano, podría haber más de un millón de dólares en joyas allí.

Jadeo.

—¿Q-qué?!

Él asiente.

—Llamé a mi padre esta mañana, le pregunté si podía contactar a su familia en Inglaterra, alertarlos de todo lo que encontramos. Me acaba de llamar y no quieren que se les devuelva nada. En lo que a ellos respecta, el papá de mi padre hubiera querido que la familia lo tuviera. Se lo dio a la abuela como regalo.

Me tiemblan las manos.

—Lucas, ni siquiera puedo pensar en este momento. ¿Por qué demonios William y May dejarían todo eso en este baúl?

Él se encoge de hombros.

—No lo sé. Quizás May no lo quería como un recordatorio de lo que había hecho. ¿Por respeto al abuelo? Tal vez ni siquiera se dio cuenta de lo que tenía allí.

—Tenemos que ponerlo en una caja fuerte, lo sabes.

Me río.

—Lo sé. La familia te pidió un favor... a ti.

—¿A mí? —pregunto con sorpresa.

—Les enviamos fotos de las joyas. Hay un broche ahí, uno que ha estado en la familia por un tiempo. Mi abuelo se lo dio a la abuela cuando ella le dijo que estaba embarazada. Él estaba casado en ese momento, por eso la dejó tranquila, y supongo que ella le dijo que estaba enamorada de otro hombre.

—William —susurro.

—Sí. De todos modos, preguntaron si lo usarías en nuestra boda.

Lucas mete la mano en el cofre y saca un broche negro con la imagen de una mujer pintada en el medio. Las perlas se alinean en el exterior de la pieza. Es impresionante.

—Aparentemente, esta es mi tatarabuela, podría haber un tata más allá. Su nombre era Lady Elizabeth Davers.

—¿Lady? Todavía no puedo creer que tengas nobleza en tu sangre

Lucas se aclara la garganta y habla con un terrible acento inglés.

—Mi señora, vengo de una de las mejores familias nobles de la madre patria.

Riendo, lo empujo suavemente en el pecho.

—Me encantaría usar el broche. Encontré los pendientes de perlas que usó Millie en su boda con William. ¿No es terriblemente romántico que lleve algo de ambas mujeres?

—Es simplemente perfecto. Te amo, lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto —digo suavemente, poniéndome de puntillas y besándolo—. Y yo te amo.

—¿Entonces, quieres hacer el tonto en el ático?

—Lo haría, pero todos aparecerán pronto.

Levanta la ceja.

—¿Quiénes son todos?

—Tu mamá, Jen, la maquilladora y peinadora que Jen encontró en el último minuto. Todos estarán aquí pronto.

Lucas parece aturdido.

—La boda no es hasta esta noche. ¿Por qué vienen todos tan temprano?

Pongo mi mano a un lado de su cara, luego le doy unas ligeras bofetadas.

—Es mejor que esperes que no tengamos diez niñas, Lucas, porque no tienes idea de lo que se necesita para que las mujeres se casen.

Él gime y luego me besa en la punta de la nariz. Una pequeña caja en la esquina del ático se mueve y cae al suelo. Lucas y yo miramos la caja y luego nos miramos el uno al otro. Un momento después, estamos empujándonos para salir del ático.

—¡Hay que hacer algo con el maldito fantasma! —Lucas grita mientras casi se cae por los escalones.

Una vez que salimos, la puerta se cierra y ambos respiramos como si hubiéramos corrido un maratón. Dejo escapar un largo suspiro.

—La boda primero. Segundo, la luna de miel. Tercero, el fantasma.

Lucas asiente.

—Quizás Oreo pueda convencerla de que se vaya.



—Te ves hermosa —dice Lynn.

—Lucas se va a cagar en los pantalones. Lo siento, señora Foster.

Lynn se ríe entre dientes.

—Es cierto, lo hará. Si no se cae de rodillas primero, me alegro de que el velo no te cubra la cara, te ves demasiado bonita para taparte.

Siento que mis mejillas se sonrojan.

—Mi corazón se siente como si se me fuera a salir del pecho.

—Me sentí de la misma manera —dice Jen—. Excepto que también me sentí mal del estómago y, durante unos buenos quince minutos, mi madre tuvo que convencerme de que no huyera de la iglesia.

Lynn y yo miramos a Jen con expresiones de asombro.

—¿No querías casarte con Gene?

—Claro que quería, pero los nervios son una emoción poderosa.

Volviéndome hacia el espejo, respiro lenta y constantemente.

—No tengo ninguna duda en mi mente de que estoy lista para casarme con Lucas. Me temo que, en el momento en que lo vea, intentaré escaparme de los brazos de mi padre para llegar al altar

más rápido.

Jen y Lynn sueltan una risita suave. Lynn da un paso hacia mí.

—He estado tratando de decidir cuándo es el mejor momento para hacer esto, y no parece haber ningún momento que probablemente no nos haga llorar a las dos.

Mis manos alcanzan las suyas.

—¿Qué es? —La preocupación es evidente en mi voz.

—Todo está bien. No quise asustarte. Oh dulce, dulce Paige. El día que tu mamá falleció, ella me llamó esa mañana.

—Lo recuerdo —digo en voz baja.

—Hablamos y ella... —Lynn deja escapar una tierna carcajada al recordar el recuerdo—. Me dijo que sabía que algún día tú y Lucas se casarían. Le dije que esperaba que tuviera razón.

Mi mano sube a mi boca mientras una risa y un sollozo se escapan.

—Tu mamá siempre tenía razón. He aquí otro ejemplo. Estás a punto de casarte con Lucas.—

Limpio una lágrima.

Lynn saca una caja que está en su bolso. Ella me la entrega.

—Tu madre me dijo que cuando te casaras, yo te debería de dar esto.

Me levanto el vestido y camino hacia el banco en la habitación donde me estoy preparando. Es una de las habitaciones de arriba, el segundo piso ha sido puesto patas arriba para prepararme. La preparación de la boda fue la más divertida que jamás había tenido. Me habían tratado como a una princesa. Manicura, pedicura, un facial, masaje, Lucas organizó todo eso para mí.

Con una respiración profunda para calmarme, desato la cinta de la caja y quito la tapa. Me recibe el olor del perfume favorito de mi madre y el papel de seda rosa. Abriendo con cuidado el pañuelo, sonrío al verlo.

—Su pañuelo —susurro—. Solía jugar con él cuando era pequeña. Me dijo que era un regalo de bodas de su madre.

Paso los dedos por las iniciales bordadas. Me duele el corazón al pensar que mi madre no está aquí. He estado tratando todo el día de no pensar en eso, pero a veces, la tristeza había sido tan abrumadora que sé que podría romper a llorar en cualquier momento. Pero este, este regalo me hace sentir como si ella estuviera aquí conmigo.

—Es hermoso —dice Jen, su mano en mi hombro—. Deberías envolverlo alrededor de tu ramo.

—El broche. Podemos sujetarlo al pañuelo. —Me levanto rápido para buscarlo.

—Es una idea asombrosa, Paige. —Lynn sonrío alegremente.

Jen se acerca y toma el ramo.

—Es casi la hora de bajar, así que dejemos que los tallos se sequen un poco antes de envolverlo. Retoquemos tu maquillaje, démosle a tu cabello un poco más de spray, entonces estarás lista para comenzar.

Asiento.

Mientras me paro en el espejo, dejo que mis ojos recorran mi vestido. El vestido de sirena de satén blanco se ajusta a mi cuerpo, es una suerte que me quedara tan bien desde el principio. Me encanta que muestra mis curvas y sé que Lucas le va a encantar. El delicado cinturón de cristales añade el toque perfecto. La blusa es de satén con encaje y un impresionante patrón de cristales, cuentas y lentejuelas que forman un intrincado, pero delicado, patrón en mi espalda. La mayor parte de mi espalda está expuesta, lo que hace que el vestido se vea sofisticado y sexy.

Mi cabello ha sido recogido en un moño bajo con solo unos pocos rizos colgando. Jen se para en un taburete y me sujeta el sencillo velo. No quise uno que cubriera mi rostro, sin embargo,

sentía que me faltaba algo si no lo tenía.

Lynn me entrega los pendientes de perlas que había encontrado en las cosas de Millie en la bodega. Me los pongo y me vuelvo a mirar.

—Todos se van a quedar sin aliento al verte —dice Lynn, besándome y luego volviéndose hacia Jen—. La dejo en tus manos. Me gustaría ver a mi hijo y luego creo que necesito llegar a mi asiento.

—Gracias por todo. —Aprieto su mano.

Ella me da una suave sonrisa.

—No tienes nada que agradecer, ha sido un gusto, mi dulce niña

Después de que Lynn se va, Jen me mira y luego ambos echamos otro vistazo a mi reflejo en el espejo.

—Espero que se cague en los pantalones —digo con una risita tonta.

—Créeme. Lo hará —contesta Jen, dándome un rápido beso en la mejilla.

Karen, la maquilladora de Fredericksburg, me entrega el ramo de gerberas rosadas y rosas blancas.

—He secado los tallos y envuelto con cuidado el pañuelo que te dio tu madre alrededor de los tallos y lo aseguré con el broche.

Lo envuelvo para que se vean las iniciales.

—Hiciste un trabajo hermoso. En todo —digo.

—Dios mío, te pareces a tu madre.

Al volverme, le sonrío a mi padre. Está vestido con un esmoquin negro.

—¡Te ves guapo como nunca antes! —exclamo, acercándome a él. Le doy un beso en la mejilla y él da un paso atrás, dándome una mirada.

—El bastardo no te merece, ningún hombre lo hace.

—Apuesto a que el abuelo le dijo a mamá lo mismo sobre ti.

Él se ríe.

—Lo hizo y tenía razón. Yo no era lo suficientemente bueno para ella en lo más mínimo, pero la amaba mucho.

—Ella también te amaba, papá. —Sonrío.

Asiente y se aclara la garganta.

—Sucede que sé que conozco a ese...

—Papá, ya, va a ser mi esposo...

Poniendo los ojos en blanco, digo—: Sucede que sé que Lucas te ama mucho. Lo acabo de ver.

—¿Cómo se ve?

Mi padre sonrío con picardía.

—Nervioso, le ofrecí un whisky, pero se negó.

—¿Le ofreciste un trago? —digo, dándole una palmada juguetona en el pecho.

Suspira como si se hubiera divertido muchísimo. Tomando mis manos entre las suyas, dice—: Es hora. ¿Estás lista?

Asiento.

—He esperado este día durante mucho tiempo.

Me tiende el brazo y yo lo paso por el suyo.

—Vamos a qué te cases, entonces.

Capítulo 30 – Lucas

Invitamos muy poca gente, ahora todos están acomodados en las sillas en el invernadero. Paige había mantenido las decoraciones al mínimo. Algunos ramos de flores están esparcidos por el lugar y el altar es un arco cubierto de rosas blancas y rosa claro. El pastor Smith se queda allí, con una sonrisa en el rostro mientras esperamos. La música comienza y mi corazón casi se me sale por la garganta.

Le pedí a Milo que hiciera de mi padrino, lo que hizo que el bastardo comenzara a llorar. Sucedió el día en que todos habíamos estado decorando el patio hasta la una de la madrugada. Él estaba borracho y casi se desmayó en el sofá. Entré y lo vi viendo *Top Gun* por alguna razón desconocida. Cuando le pedí que fuera mi padrino, se derrumbó y me abrazó. Sí, fue incómodo, pero me alegré de que aceptara.

Sonríó mientras dejó que mis ojos recorran a los amigos y familiares que hemos invitado a la ceremonia. En total, son solo veinticuatro personas, la mayoría de las cuales son amigos nuestros mientras crecíamos. ¿La recepción, por otro lado? Habíamos enviado un mensaje de texto tres días antes de la boda y habíamos invitado a más de ciento cincuenta personas. Algunos son compañeros de trabajo de Paige, otros míos. Muchos eran amigos de nuestra familia, personas que habíamos conocido mientras crecíamos y uno o dos de nuestros amigos de la universidad.

Callie y Tom Jr. caminan por el pasillo, cada uno de ellos asintiendo y saludando mientras avanzan. Callie se pone a un lado con Jen y Tom Jr. se para a mi lado. Tiene el trabajo muy importante de sostener los anillos. Le doy un rápido masaje a su cabello y le guiño un ojo.

—Buen trabajo, Junior.

Él sonríe con orgullo.

El aire cambia en el momento en que veo a Paige caminando por el sendero. No puedo verla bien a través de las ventanas del invernadero, pero en el momento en que entra, me roba el aliento, haciéndome tambalear.

—No te vayas a desmayar, Lucas —murmura Milo.

—No prometo nada. —Veo como Paige y su padre empiezan a caminar por el pasillo.

Se ríe entre dientes y me da una palmadita en la espalda.

Mientras Paige camina lentamente hacia mí, nuestras miradas se encuentran. Un millón de cosas pasan por mi mente. Cosas que quiero decirle.

Se ve absolutamente hermosa. Demasiado impresionante para que yo hile una frase coherente. Sus ojos parecen brillar y, por un breve momento, sé que Millie, May y William están aquí con nosotros.

Paige y Phillip se detienen frente a mí y Paige se gira hacia su padre.

—Te amo, papá.

Se seca una lágrima del ojo.

—Te amo más, mi dulce niña.

Extiendo la mano y Phillip coloca la mano de Paige en la mía.

—Ella es preciosa y es mi mundo entero —él dice, con la voz quebrada—. No podría dártela a menos que supiera en el fondo de mi corazón que ella significa lo mismo para ti.

Un dolor intenso se acumula en el interior mientras aprieto su mano suavemente.

—No te la estoy entregando, Lucas. No regalas algo que amas. Pero puedes compartirla conmigo.

Paige deja escapar un sollozo—: Papá.

—Gracias, señor. Y lo juro, la atesoraré y amaré con todo lo que tengo por el resto de mi vida y más allá.

Asiente con la cabeza, se seca las lágrimas y luego se va a su asiento.

Paige y yo nos acercamos unos pasos al predicador Smith. Me vuelvo hacia ella y nuestras miradas se encuentran.

—Tú te ves preciosa, lo que yo diga se queda corto...

Ella sonrío, con un tinte ligeramente rosado en sus mejillas. El pastor empieza con la ceremonia, pero todo lo que puedo hacer es mirarla. Cuando nos ponemos de frente para decir nuestros votos, ni siquiera estoy seguro de que esté hablando, pero por la forma en que ella me sonrío, sé que debí haberlo hecho. Intercambiamos anillos, y cuando llega el momento de besarla, hago acopio de todas las fuerzas que tengo para no llevármela de vuelta a nuestra habitación.

El beso es suave, dulce y lento. Cuando nos retiramos, ambos nos reímos porque todos están aplaudiendo y vitoreando como locos. Apoyo mi frente en la de ella y miro fijamente sus suaves ojos café.

—Un gusto saludarla, señora Foster.

Una lágrima se desliza de su ojo y recorre lentamente su mejilla.

—Lo mismo digo, señor Foster.

—Gracias —susurro.

—¿Por? —pregunta ella con una risita.

—Por tomarte esto *con calma* y hacerme el hombre más feliz del mundo.

Paige sonrío, envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y me besa una vez más. Esta vez, el beso es un poco más apasionado.

Epílogo

Tres años después

Mientras camino hacia La casa de las flores, Paige está afuera. Está hablando con una mujer mayor, con una sonrisa en su rostro y una de las cestas que usualmente pone fuera de la tienda en la mano. Está lleno de flores que parecen pequeños manojos de trigo. A sus pies, una canasta llena de crisantemos, y al lado, aún más flores. La fachada de su tienda se ve exactamente como Paige la había descrito años atrás. Los grandes ventanales grises con marcos de madera le dan un aspecto rústico. Una de las ventanas se abre y da paso a una pequeña jardinera llena de gerberas, una de las flores favoritas de Paige. Durante los últimos tres años, Paige también ha convertido el invernadero de nuestra casa en una de las cosas más impresionantes que jamás había visto. La mitad del invernadero tiene algunas de sus flores favoritas, la otra mitad es un área de juegos para nuestra hija, Zoey.

El interior de la florería es tan asombroso como el exterior. Es exactamente como Paige siempre lo soñó. Incluso había comprado algunos artículos para la tienda cuando fuimos a Italia para nuestra luna de miel. Habían sido dos semanas de pura felicidad. Explorando pueblitos, comiendo en restaurantes locales y probando todo el vino que nos ponían enfrente, hasta que juré no volver a beber vino nunca más.

Paige dejó de tomar sus píldoras anticonceptivas inmediatamente después de la boda. Pensamos con certeza que terminaríamos embarazados más temprano que tarde. Ciertamente lo intentamos y, justo cuando decidimos dejar de pensar en eso, Paige quedó embarazada. Para cuando nació Zoey, un año y dos meses después de nuestra boda, la florería había abierto y estaba prosperando. La remodelación de la casa había sido terminada, mi oficina había sido preparada, con una pequeña guardería justo al lado, con una puerta para que yo caminara directamente en caso de que Zoey me necesitara. Había comenzado mi propia empresa de consultoría, lo que me permite aceptar pocos clientes. Paso la mayor parte del tiempo ayudando a mi papá a administrar el rancho y trabajando en algunos proyectos de construcción. Sí, puedo decir que estamos muy ocupados.

Paige había decidido que también necesitamos una pequeña guardería en la parte trasera de la florería, para los días en que quiere tener a Zoey con ella.

Zoey tira de mi mano mientras hace todo lo posible por llegar a su mamá. Ella grita de alegría y Paige mira en nuestra dirección. Una brillante sonrisa aparece en su rostro cuando nos ve a mí y a nuestra hija de casi dos años dirigiéndonos hacia ella. Se vuelve hacia la mujer, dice algo, luego deja la canasta y abre los brazos para Zoey. Ella corre directamente hacia ellos.

—Ten cuidado, Zoey, no golpees a mami —le advierto. Paige me da una sonrisa y toma a nuestra pequeña en sus brazos.

—Hola, mi niña. ¿Te divertiste hoy?

Zoey se ríe y se retuerce para soltarse de los brazos de Paige. La aparto de Paige y luego beso a mi esposa en los labios.

—Te extrañamos.

Paige me mira y se ríe.

—Dices eso todos los días.

—Eso es porque es cierto, ¿no es así, pequeña?

Zoey asiente—: ¡Sí! ¡Te extrañé, mami! Y a mí manito.

Mis ojos miran el vientre redondo de ocho meses de embarazo de mi increíblemente hermosa esposa.

—¿Cómo está mi hijo? —pregunto, pasando mi mano por su vientre y sintiendo una patada.

Con una ceja levantada, Paige responde—: ¿Eso responde a tu pregunta? No recibió la nota de que a mamá no le gusta la idea de que él juegue fútbol con mis entrañas.

Me río y bajo a Zoey. Entra corriendo a la tienda, llamando a Lauren, una joven que Paige ha contratado. Había trabajado para Paige en Austin y es un par de años más joven que nosotros y había estado buscando un cambio. Paige le ofreció el puesto de gerente de la florería y ella lo aceptó sin pensarlo dos veces. A todos nos cayó bien desde el principio. Incluida mi hija, pero especialmente Milo, que se había enamorado de ella desde la primera vez que la vio. Después de un par de meses de amistad, luego unos meses más de citas, Milo y Lauren están comprometidos y planean una boda para junio.

—¿Te importaría dejar esa canasta allí? —Paige dice, señalando con el dedo.

—¿Estás lista para ir a casa? —pregunto, acercándome a ella y colocando mi dedo debajo de su barbilla, levantando su mirada hacia mí—. El médico te dijo que te lo tomaras con calma, ya sabes. Estás demasiado tiempo de pie.

Paige suspira.

—Estoy tan aburrida cuando Zoey está en la guardería y no estoy trabajando. Me volvería loca si tuviera que quedarme en casa todo el día.

—Muy bien, pero quiero que estés más tiempo sentada, este hijo nuestro te está dando mala vida con este embarazo.

Ella resopla—: Eso es bastante generoso, está acabando conmigo.

Entramos a la florería y vemos a Zoey sentada en una silla pequeña, mirando como Lauren arma un arreglo floral. Lauren señalaría una flor, Zoey gritaría el nombre y luego se aplaude por haberlo hecho bien. Ella es una amante de las flores, al igual que su mamá.

Paige y yo atravesamos la tienda y entramos en su oficina. Le llamo a Lauren—: Grita si llega a ser demasiado.

—¡Demasiado, ja, *por favor!* —Lauren responde.

Paige se apoya en su escritorio y me da esa sonrisa. La que dice que quiere algo.

Que necesita algo.

—Tienes una mirada traviesa, cariño —le digo, acercándome a ella.

Las comisuras de su boca se crispan mientras intenta contener una sonrisa.

—Llamé a tu mamá, le dije que necesitaba una noche libre. Se ofreció a llevarse a Zoey.

Arqueo las cejas.

—¿Qué tienes en mente?

—Primero, pensé que tal vez podrías prepararme un poco de tu increíble ensalada de pollo, con pan de nueces y arándanos, ya hice la compra.

—Considéralo hecho.

—Entonces, pensé que tal vez podríamos tener palomitas de maíz rociadas con salsa de caramelo y mantequilla de maní mientras vemos una película.

Gruño.

—La prepararé para ti y luego para mí, sin ese menjurje. —Hago un movimiento falso de náuseas y Paige sonrío.

—Entonces, pensé que tal vez podrías hacer magia con esa boca tuya.

Eso llama mi atención aún más.

—¿Alguien necesita tener un orgasmo? —pregunto mientras me inclino y beso su cuello.

—Más de lo que te imaginas. En el momento en que te vi, me tomó todo lo que tengo para no saltar sobre ti y pedirte que... —ella baja la voz—. Quisiera que me follaras en el congelador de atrás.

—Lo hemos hecho antes, podríamos hacerlo de nuevo. Ni siquiera sudaríamos.

Ella suelta una carcajada.

—Prefiero que nos vayamos a casa. ¿Suena como un plan?

Escuchamos el timbre de la puerta y Zoey grita.

—¡Abuelita!

—Eso suena como un plan asombroso —digo—. Toma tus cosas, nos vamos.

Paige deja escapar un suspiro como si de repente todo estuviera bien en su mundo.

Salimos a la tienda y vemos como mi padre carga a Zoey como si fuera un avión.

—El abuelo Phillip vendrá a cenar esta noche —dice mi madre, volviéndose y sonriendo cuando nos ve a Paige y a mí. Sus ojos bajan al estómago de Paige y hace una forma de O con la boca.

—Cariño, ese chico está creciendo a pasos agigantados.

Paige apoya la mano en su barriga.

—Ni que lo digas.

Después de despedirnos de Lauren, todos nos dirigimos hacia nuestros vehículos. Paige debe haber besado a Zoey unas diez veces.

—Ella va a pasar la noche con mis padres, Paige. Déjala ir —digo finalmente, tomando su mano y tirando de ella hacia la camioneta.

—¡Adiós, niña, pórtate bien!

Zoey levanta la mano, pero ni nos mira, sus abuelos son mucho más entretenidos.

—¡Adiós!

Paige jadea—: ¿Viste eso? ¡Ni siquiera nos miró!

—Probablemente porque sabe que está a punto de ser tratada como una princesa. Vámonos, necesito darte de comer y luego darte favores sexuales.

Tres horas más tarde, Paige y yo nos acostamos en nuestra cama, Paige satisfecha no sólo con uno, sino con tres orgasmos, y yo agotado por llenarla de atenciones y tratar de tener sexo en la última posición: de lado. Mi trasero nunca había tenido un calambre tan fuerte en mi vida. Todavía me duele estar acostado allí mientras me pregunto cómo demonios alguien tiene espasmos musculares en el culo.

Veo como Will hace un vuelco en el estómago de Paige. Algo que se parece a su talón traza un rastro de un lado al otro. Paige sonrío mientras se toca el estómago con una mano y se pasa la desagradable mezcla de palomitas de maíz con la otra.

—He estado pensando —dice de la nada.

—¿Acerca de?

—Los niños Foster.

Suelto una carcajada.

—¿Qué hay con eso?

Paige me mira, otro puñado de palomitas de maíz se dirige a su boca. Se ve tan hermosa, acostada allí, completamente desnuda, mi bebé en su vientre maduro. Si me hubiera dicho que quería ocho hijos más de inmediato, le habría dicho que sí. Paige está aún más sexy embarazada. Yo he caminado con una erección durante ambos embarazos. Ambos embarazos también habían puesto a Paige cachonda. Especialmente los últimos tres meses de cada uno.

—Creo que quiero detenerme después de Will.

Sentándome, dejo mis palomitas de maíz a un lado.

—¿De verdad, quieres parar con dos?

Ella asiente.

—¿Estás de acuerdo con eso? Tenemos la parejita, un niño y una niña.

—Estoy feliz mientras tú estés feliz. Una familia de cuatro suena bien.

Con una sonrisa, ella asiente.

—Yo también lo creo. Y tienen la edad suficiente para que sea divertido verlos crecer juntos.

—Facilitará las vacaciones. Tú persigues a uno, yo persigo al otro. Además, escuché que cuando los niños superan en número a los padres, la vida se complica.

Ella suelta una carcajada.

—Totalmente.

—Tengo algo para ti —le digo, inclinándome y sacando una vieja caja de madera.

—¿Qué es esto? —pregunta, tratando de sentarse más en la cama. Me acerco y la ayudo, luego deslizo una almohada detrás de su espalda.

—Estuve en el ático hace unos días, mirando cosas, y encontré esto.

Paige le da a la caja, y luego a mí, una mirada inquisitiva. Incluso después de tres años, todavía no hemos revisado todo lo que hay en el ático. Por supuesto, una vez que Paige se sintió demasiado incómoda con el embarazo de Zoey, dejamos de ir allí, y luego la vida se puso más ocupada. Hemos sacado todas las joyas del guardarropa de viaje de la abuela. Algunas las habíamos vendido; algunas las guardamos para Zoey para cuando fuera mayor.

—Echo de menos ir allí —dice Paige, pasando su dedo por la F que está grabada en la caja—. ¿Revisaste esto?

Asiento. La emoción burbujea, y es todo lo que puedo hacer para no actuar como Zoey y saltar alrededor de la cama y rogarle a Paige que abra la caja.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunta.

—Ábrelo y mira.

Con una sonrisa que me recuerda a Paige cuando era niña, abre la caja. Ella frunce el ceño y saca la carta cuidadosamente doblada. Sus ojos recorren el papel y su boca se abre por la sorpresa.

Cuando me mira, pregunta—: ¿Esto es real?

Asiento.

—Sí, le pedí a Lou que lo investigara y hoy me dio la respuesta. Es legalmente nuestro.

Paige se tapa la boca y mira el papel. Ella niega lentamente con la cabeza y vuelve a mirarme.

—¿Le regaló a May... un castillo?

Me rio, y con mi mejor acento escocés, respondo—: Sí, parece que somos dueños de un pequeño castillo en Escocia, mi señora.

Paige se queda sin habla.

—¿Un castillo, está en ruinas?

—La única forma de averiguarlo es hacer un viaje a Escocia, cuando tú y el pequeño estén listos para hacerlo.

Sus ojos se iluminan como la mañana de navidad cuando dice—: ¡Ahora soy la mujer más feliz del mundo entero!

Arqueo una ceja.

—¿A pesar de que mi oficina es azul... después de que te rogué que me dejaras pintar sobre el rosa?

Me rodea con los brazos y se ríe.
—¡Era melocotón!

FIN

No te pierdas De buenas en el amor

El siguiente libro de la serie Novias Texanas, próximamente a la venta.

Cuando se trata de suerte, estoy en el lado equivocado, con más contratiempos de los que puedo recordar. No me malinterpretes, soy un tipo feliz: soltero, de apariencia decente, rico, con una lista de espera de gente que quiere que haga realidad los sueños de sus hijos con mis casas de juegos diseñadas a medida.

Mi vida es exactamente como quería que fuera. Es decir, hasta que Saryn Night regresó a mi vida con la intención de despedirme. Buena suerte con eso. Una mujer testaruda y obstinada con una niña de tres años había puesto mi mundo patas arriba en cinco minutos. En el momento en que irrumpieron en mi oficina, ojos azules brillantes, cabello castaño rizado y una sonrisa que haría que cualquier hombre cayera de rodillas—y esa era sólo la hija—supe que me esperaba un viaje salvaje que estaba garantizado para cambiar mi suerte por completo.

Ahora, por una vez en mi vida, me encuentro pensando que tal vez, sólo tal vez, finalmente podría ser afortunado en el amor.

Sobre la autora

Kelly Elliott es una autora de romance contemporáneo más vendida del New YorkTimes y de USA Today. Desde que terminó su exitosa serie Wanted, Kelly continúa extendiendo sus alas sin dejar de ser fiel a sus raíces y brindando a los lectores historias ricas con hombres protectores calientes, mujeres fuertes y hermosos paisajes. Sus trabajos más vendidos incluyen Wanted, Broken, The Playbook y Lost Love, por nombrar algunos.

Kelly vive en el centro de Texas con su esposo, su hija, dos cachorros, cuatro gatos y un sinfín de criaturas silvestres. Cuando no está escribiendo, a Kelly le gusta leer y pasar tiempo con su familia. Para obtener más información sobre Kelly y sus libros, puedes encontrarla a través de su sitio web.

www.kellyelliottauthor.com